Olga Orozco

Poesía completa

Cuidado de la edición y cronología
de Ana Becciú

Prólogo de Tamara Kamenszain



Adriana Hidalgo editora

Orozco, Olga
Poesía completa. - 1a. ed.
Buenos Aires : Adriana Hidalgo editora, 2012
502 p. ; 22x14 cm. - (la lengua / poesía)

ISBN 978-987-1556-78-6

1. Poesía Argentina I. Título
CDD A861

la lengua / poesía

Editor: Fabián Lebenglik
Maqueta original: Eduardo Stupía
Diseño: Gabriela Di Giuseppe

Agradecemos la colaboración de Andrea Gutiérrez
en la revisión y su aporte a esta edición.

1ª edición en Argentina
1ª edición en España

Córdoba 836 - P. 13 - Of. 1301
(1054) Buenos Aires
e-mail: info@adrianahidalgo.com
www.adrianahidalgo.com

ISBN Argentina: 978-987-1556-78-6
ISBN España: 978-84-92857-64-7

Impreso en Argentina
Printed in Argentina
Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723

Acerca de la presente edición

Esta edición recoge los once libros de poesía de Olga Orozco publicados a lo largo de su vida, más su libro póstumo, reunido bajo el título de *Últimos poemas*, y tres textos en los que la poeta expresa sus ideas sobre la literatura y la creación poética y evoca su vida.

Antes de ingresar en la clínica, en mayo de 1999, para someterse a una delicada intervención quirúrgica, Olga dejó bien a la vista, sobre su mesa de trabajo en el cuartito más retirado de su departamento de la calle Arenales, que le servía de escritorio, dos carpetas caratuladas "A" y "B", y siete hojas con poemas mecanografiados y rubricados, abrochadas a una cartulina en cuyo dorso, escrita de su puño y letra, había una lista de doce títulos de poemas. La carpeta "A" contenía todos los poemas de la lista en proceso de escritura, y la "B" los agrupaba mecanografiados y firmados por ella, como dándolos por terminados. En la hoja que abría la carpeta "A" había escrito, a modo de título, "Últimos poemas". Al ver estas carpetas tan ordenadas supe que se había marchado presintiendo que no regresaría. Supe también que me había designado, sin decírmelo, su albacea literaria.

Consciente de que Olga concebía sus libros como una estructura vertebrada por la forma y el contenido, la edición póstuma de estos poemas no ha sido una decisión fácil. Los doce poemas de la carpeta "A", muchos de ellos manuscritos y con muchas correcciones y variantes, siguen el orden en que fueron escritos. Los once poemas de la carpeta "B" están mecanografiados y llevan, en su mayoría, su firma al pie, pero el orden no es el mismo, y tampoco coincide con el de la lista de doce títulos que figura en la cartulina del legajo. He optado por ordenarlos según esta última lista. Por la crucecita colocada a la izquierda de

cada título, concluyo que Olga la confeccionó cuando terminó de corregir cada uno de los poemas. Comparando las variantes entre una carpeta y otra, es posible afirmar que los títulos de esta lista son los definitivos. En cuanto al orden de los poemas, ella, tal vez, hubiera decidido otro.

Doy las gracias a Tamara Kamenszain por haberme respaldado desde el principio en la tarea de compilar la obra de Olga Orozco y por el luminoso texto que ha escrito como prólogo a este libro; a Álvaro y Silvia Lavia y a Alejandro O'Higgins, sobrinos y herederos de Olga Orozco, por confiar en el proyecto y facilitarnos información que enriquece esta edición; a Andrea Gutiérrez por sus valiosas observaciones, producto de su profundo conocimiento de la obra y la persona de Olga, y por su destacada labor al incorporar a los poemas y a los textos las correcciones imprescindibles para establecer sus versiones definitivas; y a Adriana Hidalgo editora y su equipo por su entusiasmo y su esmero.

Ana Becciú
Buenos Aires, 2011

Prólogo

Reunir una obra poética supone que un hilo invisible la fue encuadernando durante años y que sólo queda hacerlo evidente. Es el identikit de una voz que desde lejos nos convoca a actualizar todos los libros en uno nuevo. Y en el caso de Olga Orozco esto es efectivamente así. *Desde lejos*, su primer libro publicado en 1946, ya nos habla del último. "Son los seres que fui los que me aguardan", concluye en primera persona la que empieza preguntándole a un tú "Quién eras (...) como alguien que retorna desde el tiempo a repetir los llantos, los deseos, los ademanes". Esa atención puesta sobre lo que retorna en forma compulsiva dando cuenta de los avatares de una subjetividad es la impronta surrealista que de entrada se apodera de la poesía de Orozco. No nos referimos aquí a procedimientos, modas de época ni tampoco a la adhesión o no a determinados objetivos programáticos. Lo que Orozco comparte con el surrealismo es un asombro en relación con el descubrimiento del inconsciente. Ese que Breton, diferenciándose de Freud, definió como campo magnético de asociaciones cuyo registro se logra a través de medios automáticos. Estas diferencias con el psicoanálisis no impiden leer hoy, como lo hace Hal Foster,[1] el automatismo surrealista en relación directa con lo que para Freud son la compulsión a la repetición y la pulsión de muerte. Orozco, entonces, imbuida de ese asombro que multiplica a la que fui en una diversidad de seres –todos en uno repitiendo los mismos llantos, los mismos deseos, los mismos ademanes– estaría lanzando a rodar, a partir de 1946, una pregunta poética con relación al tiempo de la subjetividad que ya de entrada alude a la muerte. Siguiendo ese

[1] Foster, Hal, *Belleza compulsiva*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2008, p. 37.

hilo investigativo que abre la pregunta, se puede ir viendo cómo la cualidad de las alusiones a la muerte va cambiando a través de los diferentes libros, al mismo tiempo que cambia el modo en que la hablante se concibe a sí misma. Si empieza aferrada a la díada yo-tú para dar cuenta del otro mundo a través de una boca que se sitúa lejos, después se irá acercando a este para adueñarse definitivamente del presente ("con esta boca, en este mundo"). Un presente donde la muerte de los otros entendida como recuerdo deviene la marca de una experiencia actualizada con los otros. Este arduo trabajo de adueñarse de la propia voz es la vida que entre 1946 y 1999 pide ser reunida en una obra.

De los juegos peligrosos a ser vista por la madre

En *Las muertes* (1952), parece querer objetivarse desde el título mismo un asunto que les sucedió a los otros (referentes literarios, amigos o familiares) pero que, sin embargo, no deja de hacer resonar su cualidad traumática en el yo. Este, envuelto en el movimiento de la repetición, deviene plural: "por eso es que sus muertes son los exasperados rostros de nuestra vida". Ahora bien, esas muertes sucesivas que los otros inscriben en el nosotros culminan con "tu muerte" ("debo seguir muriendo hasta tu muerte"). Yo-tú es una díada que trabaja con fuerza en toda la primera parte de la obra orozquiana. Incluso en el emblemático poema titulado "Olga Orozco", donde se lanza a rodar una firma que, en el primer verso, vuelve a confirmar por duplicado la actualidad del nombre como afirmación de la muerte propia –"Yo, Olga Orozco, desde tu corazón digo a todos que muero"– y el yo queda desdoblado en la esfera de un tú. Mientras veinte años antes "César Vallejo ha muerto" denunciaba la no coincidencia entre la identidad del autor y la universalidad de un nombre puesto a jugar tapas adentro de un libro, aquí el yo del nombre no es, literalmente hablando, el mismo que el del corazón. Este desdoblamiento no parece ser, sin embargo, fácilmente homologable al "yo es otro" de Rimbaud. Porque nos encontramos aquí

con una separación que está trabajando todavía con densidad metafísica –y ahí el eco reconocible sería más el del romanticismo alemán[2] que el del surrealismo propiamente dicho–. Mientras la mente le pertenece al yo que dice, el corazón siente como otro. Es por eso que yo y tú pueden caminar en espejo ("mi propia aparecida condenada a mi forma de este mundo") pero sólo a condición de que exista otro mundo. Es esta dualidad la que después Alejandra Pizarnik, discípula dilecta de Orozco, arrancará del seno de la metafísica para hacerla jugar a nivel de la lengua, una lengua que, incapaz de dar cuenta de su objeto, deja al sujeto muerto en vida. Mientras Alejandra lanza, desde ultratumba, una pregunta en primera persona que no espera respuesta ("Al filo de las palabras golpes en la tumba. Quién vive, dije. Yo dije quién vive"), Orozco en *Los juegos peligrosos* (1962) le pregunta al tú del yo por ese otro mundo:

> ¿Quién llama?, ¿pero quién llama desde tu nacimiento hasta tu muerte
> con una llave rota, con un anillo que hace años fue enterrado?
> (...)
> Mas lo que quieres ver no puede ser mirado cara a cara
> porque su luz es de otro reino.

El "otro reino" orozquiano se corresponde con aquel cuyo territorio fue delimitado por Breton como campo de "lo maravilloso", término que ya en el medioevo señalaba una ruptura del orden natural. Este desafío a la causalidad racional "es esencial respecto del aspecto medievalista del surrealismo, de su fascinación con la magia y la alquimia, con el amor loco y el pensamiento analógico".[3] Para Hal Foster nuevamente aquí, en el concepto surrealista de lo maravilloso, se pueden rastrear

[2] "En muchas entrevistas Olga Orozco dice que si bien su poesía posee coincidencias con el surrealismo, la filiación más cercana a ella es la de los románticos alemanes", afirma María Elena Legaz en *La escritura poética de Olga Orozco*, Buenos Aires, Corregidor, 2010, p. 229.
[3] Foster, Hal, *op. cit.*, p. 57.

vestigios de la teoría freudiana relacionados con la compulsión a la repetición. Por ejemplo, lo maravilloso entendido como "azar objetivo"–ese fenómeno que se manifiesta en los encuentros repentinos y en los objetos encontrados– puede entenderse en términos de la repetición que rige lo siniestro y la pulsión de muerte. Pensados así, los encuentros con "una llave rota" o con "un anillo que hace años fue enterrado" remitirían a lo traumático. Trauma que, mientras en algunos pasajes de la poesía de Orozco queda separado en el otro reino ("no puede ser mirado") en otros ya despliega vasos comunicantes[4] con el fin de acercarse a este mundo. En el mismo libro *Los juegos peligrosos*, el poema "Si me puedes mirar" donde, desde el título mismo, la visión entre los dos mundos se plantea como posible, ya marca el comienzo de un acercamiento que aterrizará definitivamente en *Con esta boca, en este mundo* (1994) último libro publicado en vida de la autora. En los primeros versos de "Si me puedes mirar" el tú ya no es más un representante abstracto del yo en el otro mundo:

> Madre: es tu desamparada criatura quien te llama,
> quien derriba la noche como un grito y la tira a tus pies como
> un telón caído.

Ahora el tú es madre y el yo es hija, nada más cercano a este mundo aunque entre ambas medie la muerte (o justamente por eso). Porque se trata de una muerte inscripta en la experiencia, no en la idea. La hija atestigua con su cuerpo la experiencia de la muerte materna. Por eso se atreve a llamarla aunque no esté. Dice madre, agrega dos puntos, y actualiza un acta de nacimiento en el segundo término de la oración ("es tu desamparada criatura quien te llama"). Nombrar madre a una

[4] André Breton utilizó la metáfora de los vasos comunicantes justamente para materializar aquello que proviene de lo maravilloso. "Lo maravilloso es la erupción de contradicciones en lo real", dijo Aragon apuntando a esa misma postura antimetafísica.

muerta, entonces, es nombrarse a sí misma con más intensidad que cuando se afirma "Yo, Olga Orozco". Porque ahora la que llama ya es dueña de su propio corazón. El hilo infinito con que la madre lo cose –"tratas de coser con un hilo infinito la gran lastimadura de mi corazón"– sirvió para encuadernar durante años el identikit de una voz poética. Es el hilo invisible de la lengua materna que acompaña al sujeto en su descenso hacia sí mismo. No para volverlo una identidad unívoca, no para que se pierdan "los seres que fui", no para negar lo que vuelve compulsivamente como muerte en la cadena de las repeticiones, sino para ganar un modo de nombrar a esa muerte a la manera del diálogo:

> Pero aquí estoy, sobre mi pedestal partido por el rayo
> vuelta estatua de arena,
> puñado de cenizas para que tú me inscribas la señal,
> los signos con que habremos de volver a entendernos

La contraseña materna da la posibilidad de hablar con los muertos. El espiritismo, así, se vuelve metafórico ("como quien acaricia un talismán") y aquel misticismo medieval del que pretende diferenciarse Breton blandiendo el concepto de los vasos comunicantes disuelve su esencialidad ante la contundencia comunicante de los hechos cotidianos ("una mesa donde partes el pan de cada día"). La madre que no está, está sin embargo cosiendo en tiempo presente la lastimadura del corazón de la hija. Una tarea que no puede no ser exitosa: cuarenta y dos años después del primer llamado, los últimos versos de *Con esta boca, en este mundo* retoman la repetición. Y esta vez la insistencia traumática alude a la vida:

> Madre, madre,
> vuelve a erigir la casa y bordemos la historia.
> Vuelve a contar mi vida.

De la infanta difunta a las cosas por su nombre

La muerte de la discípula es otra ocasión privilegiada en la poesía de Olga Orozco para seguir encontrando modos más terrestres de decir, con palabras nuevas, lo que se va repitiendo en ese "imposible de escribir"[5] que es la muerte. "Pavana para una infanta difunta" (de *Mutaciones de la realidad*, 1979), dedicado a Alejandra Pizarnik, puede ser definido como el poema donde se dirimen las diferencias y las semejanzas entre ambas poetas. En el título, que Orozco toma prestado de la famosa pieza musical de Ravel, ya opera un oxímoron muy caro a Pizarnik: haciendo eco en la rima asonante se escucha, entre infanta y difunta, a la niña muerta. Muerte e infancia se reúnen siempre en la poesía de Pizarnik para abrir una paradoja. Porque la niña pizarnikiana siempre ya nació muerta y en ese sentido es una anciana desde el principio. Así lo dice la poeta en "Cantora Nocturna", un poema dedicado a Olga Orozco: "La que murió de su vestido azul está cantando. Canta imbuida de muerte al sol de su ebriedad (...) Expuesta a todas las perdiciones ella canta junto a una niña extraviada que es ella".

Orozco, por su parte, ya en *Desde lejos* había enumerado a una serie de niñas que vienen a representar a esos "seres que fui" y "que me aguardan". "La niña clara y cruel de la alegría", "la niña de los sueños", "la niña de la soledad", "la niña de la pena", "la niña del olvido", "la niña eterna", "la niña del espanto", "las fugitivas niñas de la sombra". Todas aguardando al yo lírico en el pretérito de haber ya sido niñas pero también en el futuro al que retornarán desde el tiempo para repetirse. Y Pizarnik lectora de Orozco parece haber capturado a esas niñas para ponerlas por fuera del tiempo, dado que para ella la muerte, al igual que la infancia, es siempre hoy. En ese sentido, ella parece entender la compulsión a

[5] Para Jean Claude Milner un poeta es reconocible por conseguir, si no colmar la carencia que supone toda lengua –"hay algo que no cesa de no escribirse en ella"– al menos simular que la colma. "En la lengua sucede a veces que un sujeto que la trabaja imprime una marca y abre una vía en la que se escribe un imposible de escribir", dice en *Amor de la lengua* , Madrid, Visor, 1998, p. 29.

la repetición de un modo literal. Mientras Freud y el Breton del segundo manifiesto[6] la entendieron como una oportunidad de sublimación, en Pizarnik la compulsión a la repetición aparece como un dato fijo detenido en la pulsión de muerte. Y la maestra sabe que esa literalidad fue mortal para la discípula:

Te probabas lenguajes como ácidos, como tentáculos,
como lazos en manos del estrangulador.
¡Ah los estragos de la poesía cortándote las venas con el filo del alba,
y esos labios exangües sorbiendo los venenos en la inanidad de la palabra!

La niña extraviada en el lenguaje, la enterrada debajo de su nombre propio ("Alejandra, Alejandra/ debajo estoy yo/ Alejandra") había logrado desustancializar el otro reino en el que Orozco situaba los vestigios románticos de una época todavía demasiado encandilada por los enunciados. Poniendo en primer plano el campo de la enunciación, con el lenguaje como protagonista indiscutido, la discípula abrió posibilidades nuevas para emigrar de esa impronta lírica que ambas poetas compartieron pero de la que ambas, cada una a su manera, intentaron liberarse. Sin embargo, la literalidad fue para Pizarnik un juego demasiado peligroso. Es por eso que el carácter sacrificial de su concepción del arte –que comparte con poetas como Baudelaire, Rimbaud, Nerval o Lautréamont– puede ser leído como una operación mistificadora que, como tal, anticipa la instauración de otro binarismo. Si poesía y vida ahora quieren fusionarse –"estos poetas, y unos pocos más, tienen en común el haber anulado, o querido anular, la distancia que la sociedad obliga a establecer entre poesía y vida"–[7] debe entenderse que

[6] "Breton, en el Segundo Manifiesto del Surrealismo (1929), explícitamente apoya la sublimación y rechaza la regresión, cuyo nombre en este contexto es Bataille", Hal Foster, *op. cit.*, p. 193.

[7] Pizarnik, Alejandra, "El verbo encarnado", en *Prosa reunida*, Barcelona, Lumen, 2001, p. 269.

la literatura realmente puede cortar las venas con los filos del alba. Este peligro supone otro: retrotraer al autor, cuya consistencia las vanguardias habían intentado disolver en el campo de la enunciación, a un lugar de genio romántico obligado a sacrificar su cuerpo. Así, vida y obra vuelven a separarse por el crimen de haber sido literalmente unidas.

Ahora bien, los discípulos suelen ayudar a madurar a los maestros. El ir y venir de las lecturas, las reescrituras que de un modo casi compulsivo van dando nuevas vueltas de tuerca a las obsesiones mutuas, son negociaciones generacionales que hacen del arte una tarea compartida con el único fin de transgredir. Mientras el otro reino orozquiano es transgredido por Pizarnik cuando, señalando que debajo de la nominación no hay más que nominación, disuelve el sustrato metafísico, Orozco recogerá ese guante para transgredir lo que, con la muerte de la discípula, queda firmado y confirmado como un drama de inadecuación. Si el lenguaje no es capaz de dar cuenta del objeto ("si digo agua, ¿beberé? Si digo pan ¿comeré?", se pregunta Pizarnik en "En esta noche, en este mundo") tampoco es posible amigar el objeto con el lenguaje. Y como en el caso de la literalidad que igualaba vida y obra, aquí también se corre el peligro de fijar un nuevo binarismo suicida donde entre palabras y cosas sólo reine la muerte, es decir, la diferencia. En "En esta noche, en este mundo", para César Aira el poema-manifiesto[8] de Alejandra Pizarnik, el desfasaje entre palabra y cosa es un drama nocturno del que el yo lírico, aunque no puede, parece sin embargo querer liberarse. "Ayúdame a escribir el poema más prescindible, el que no sirva ni para/ ser inservible/ ayúdame a escribir palabras", termina diciendo la hablante, como si buscara por fin un camino de salida de la alta poesía. Esa que se construye un lenguaje imprescindible a costa de alejarlo de las cosas. A su vez las cosas, vaciadas, paralizadas, ya no sirven ni para ser dichas. Por eso, el pedido de Pizarnik de "escribir palabras" debería ser leído como un pedido desesperado por poder escribir cosas. Sin embargo, la

[8] Aira, César, *Alejandra Pizarnik*, Rosario, Beatriz Viterbo, 1998, p. 74.

noche de la abstracción cae sobre la intención pizarnikiana antes de tiempo. Olga Orozco, quien a su manera también buscaba caminos de salida de esa encerrona lírica, retoma veinte años después a Pizarnik desde el título mismo del poema y lo reescribe para transgredirlo. El resultado es un libro titulado *Con esta boca, en este mundo* donde el cambio en las preposiciones (*en* por *con*) ya da cuenta de un cambio de posición del sujeto: de señalar la fijeza ("en esta noche") a adueñarse de la herramienta que posibilita el uso ("con esta boca"). Así, la segunda parte del enunciado, "en este mundo", que se mantiene inalterada, cambia sin embargo radicalmente su sentido en ambos títulos. En el título de Pizarnik, noche es sinónimo de mundo mientras en el de Orozco es el sujeto dueño de una boca el que también, en una misma operación, se adueña del mundo. Así como Pizarnik quería tocar lo prescindible y no podía, Orozco pedía liberarse de la noche para poder asegurarse, de la boca para afuera, un lugar en este mundo. Así lo enuncia en *Museo salvaje* (1974):

¡Basta, mirada de fisura, incesante mirada de pólipo en tinieblas!
Es otra vez el mismo tembladeral de aguas voraces,
la misma negra rampa circular que me pierde hacia adentro.

En la cadena compulsiva de las repeticiones, será otra muerte la que le permita a Olga Orozco crecer hacia "la consistencia de las cosas". En el proceso sublimatorio del duelo, estas emergerán desde la negra fisura para dejarse por fin nombrar.

De la vuelta de Valerio a nacer de vuelta

"A Valerio", dice la dedicatoria del poema "En la brisa, un momento" en *Con esta boca, en este mundo* (1994). Valerio Peluffo, marido de la poeta, había muerto en 1990 y su nombre vuelve a aparecer en los relatos de *También la luz es un abismo* (1995) pero ahora en un acto de escritura que lo arroja puertas adentro del texto. Ahí el interlocutor, puesto entre paréntesis,

legitima para la hablante la posibilidad de emerger desde la poesía hacia la narración autobiográfica pero sin tener que desembocar en la ficción:

> De las manos de papá, que era el gran mago, salían pequeñas oscuridades encendidas. (Ven a verlas, Valerio, ven a verlas en mi recuerdo que es el tuyo, donde el mago es tu padre y todo sucede en otra parte, siempre ocho años antes) (...) Mientras tomaba mi copa de naranjada, vi a mamá de pie frente a la ventana abierta con su copa levantada hacia el cielo, así, como he brindado yo después, año tras año, con todos los que estaban en aquella lejana Nochebuena, como brindo contigo, Valerio, con la certeza de encontrar tu copa a través del inmenso firmamento que tiembla.

Cuando el pretérito que rige la narración amenaza con abrir un mundo ficticio, el presente de la poesía, condensado en el nombre Valerio, vuelve a poner al yo lírico en su lugar de sujeto de la experiencia. Ahora el recuerdo no es más una evocación mecánica condenada a sustancializarse lejos, en otro mundo. Desde una lejana Navidad, se hacen presentes ahora todos los que estuvieron allí. Son los testigos de un matrimonio. Experiencia compartida donde dos cruzando el tiempo de sus mutuos recuerdos logran volver a llamar a las cosas por su nombre. Así, por ejemplo, logran el milagro de darle consistencia a una copa. Por eso la serie que abre con "En la brisa, un momento" se continúa con el poema titulado "Para que vuelvas". Porque primero hay que poder aceptar la partida para que después, con la mediación de la paradoja, el milagro se produzca:

> –¡Ya se fue! ¡Ya se fue! –como si yo no viera.
> Y me pregunto ahora cómo hacer para mirar de nuevo una torcaza,
> para volver a ver una bahía, una columna, el fuego, el humo de
> la sopa,
> sin que tus ojos me aseguren la consistencia de su aparición

Y los ojos de Valerio encuentran a la hablante en el tiempo presente de la poesía o, lo que es lo mismo, interceptan el pretérito de la prosa ("Encuéntrame, amor mío, en tu tiempo presente./ Mírame para hoy con tus ojos de miel, de chispas y de claro tabaco."). Si Olga Orozco necesitó años de investigación poética para descender por fin a este mundo, ahora, justamente con la boca viuda, logrará contaminar aquel lenguaje autosuficiente de la lírica con las palabras inservibles que Alejandra no alcanzó a poseer, esas que aluden a las cosas ("memoria de pared, memoria de cuchara, memoria de zapato"). Así como la madre muerta le había aportado la contraseña para hablar con los muertos, ahora el marido muerto le aporta la contraseña para hablar con las cosas ("he oído en el pan que cruje a solas el pequeño rumor con que me nombras,/ tiernamente, en secreto, con tu nuevo lenguaje"). La productividad de la paradoja hace de la muerte una condición de vida. Habría aquí, usando las palabras de César Vallejo, un "cadáver lleno de mundo" que emerge en el revés de cada esfuerzo poético por escribir ese "imposible de escribir"[9] que es la muerte. Orozco se lo confirma a un tú que en este caso no es otro que la poesía:

> Nuestro largo combate fue también un combate a muerte
>   con la muerte, poesía.
> Hemos ganado. Hemos perdido,
> porque ¿cómo nombrar con esta boca,
> cómo nombrar en este mundo con esta sola boca en este mundo
>   con esta sola boca?

Esta sola boca es la boca de la viuda, sola pero multiplicada por el lenguaje del amor ("esa doble moneda para poder pasar a uno y otro lado") Porque muerte y amor son los tópicos privilegiados de la investigación poética –"y otra vez descubrimos que la muerte se parece al amor/ en que ambos multiplican cada hora y lugar por una misma ausencia"–. Estos tópicos habilitan,

[9] Milner, Jean Claude, *op. cit.*

a través de la ausencia, la posibilidad de poner en palabras lo no decible. No en palabras abstractas, no en ideas, ni siquiera en metáforas. Ahora son las cosas del muerto que ya no está las que, con su sencillez extrema y despojada, vuelven para dejarse decir en contigüidad con la muerte ("¿Y qué será tu almohada, y qué será tu silla,/ y qué serán tus ropas, y hasta mi lecho a solas/ si me animo?") .

Sin pudor lírico se rompe ahora aquel binarismo palabra-cosa que abría un cono de sombra en la obra pizarnikiana. Incluso Olga Orozco, en su libro póstumo *Últimos poemas,* sabiéndose ella misma cercana al acontecimiento de la muerte ("¡Ah los abusos del miedo probándome los trajes de la muerte!") encuentra los puentes para acercarse a su propio cuerpo. En el poema "Himno de alabanza" llama al cuerpo "mi costado de inevitable realidad" como si del surrealismo al realismo no mediara más distancia que la que pone un cuerpo a la hora de la muerte.

En la recepción en México del Premio de Literatura Latinoamericana Juan Rulfo en 1998, Orozco afirmó que "la poesía espera para sí misma la misteriosa gratificación de asir lo inasible y expresar lo inexpresable". Y probablemente nada sea tan inexpresable como el tiempo de la subjetividad ni tan inasible como la muerte. Estos dos jeroglíficos que acompañan desde el inicio la investigación poética orozquiana, lejos de pretender aportar la versión definitiva, le van agregando a lo indecible, con cada vuelta de tuerca, palabras nuevas. Son repeticiones compulsivas donde lo mismo y lo diferente golpean juntos la puerta de acceso a lo real. Vía regia que las diversas niñas de 1946 ya transitaban cuando a coro decían que "son los seres que fui los que me aguardan". Y lo real alcanzó por fin el futuro un domingo 15 de agosto de 1999 con la muerte de la poeta. Pero también alcanza ahora, con este nacimiento que actualiza todos los libros en un nuevo cuerpo ("es mi propia manera de partir y volver a nacer", nos diría ella), una posibilidad renovada, distinta, impredecible de convocar las lecturas que vendrán.

Tamara Kamenszain

Desde lejos

1946

A Eduardo Jorge Bosco

Lejos, desde mi colina

A veces sólo era un llamado de arena en las ventanas,
una hierba que de pronto temblaba en la pradera quieta,
un cuerpo transparente que cruzaba los muros con blandura
dejándome en los ojos un resplandor pesado,
o el ruido de una piedra recorriendo la indecible tiniebla de la
medianoche;
a veces, sólo el viento.

Reconocía en ellos distantes mensajeros
de un país abismado con el mundo bajo las altas sombras de
mi frente.
Yo los había amado, quizás, bajo otro cielo,
pero la soledad, las ruinas y el silencio eran siempre los mismos.

Más tarde, en la creciente noche,
miraba desde arriba la cabeza inclinada de una mujer vestida
de congoja
que marchaba a través de todas sus edades como por un jardín
antiguamente amado.
Al final del sendero, antes de comenzar la durmiente planicie,
un brillo memorable, apenas un color pálido y cruel, la despedía;
y más allá no conocía nada.

¿Quién eras tú, perdida entre el follaje como las anteriores pri-
maveras,
como alguien que retorna desde el tiempo a repetir los llantos,

los deseos, los ademanes lentos con que antaño entreabría sus días?

Sólo tú, alma mía.

Asomada a mi vida lo mismo que a una música remota,
para siempre envolvente,
escuchabas, suspendida quién sabe de qué muro de tierno desamparo,
el rumor apagado de las hojas sobre la juventud adormecida,
y elegías lo triste, lo callado, lo que nace debajo del olvido.

¿En qué rincón de ti,
en qué desierto corredor resuenan los pasos clamorosos de una alegre estación,
el murmullo del agua sobre alguna pradera que prolongaba el cielo,
el canto esperanzado con que el amanecer corría a nuestro encuentro,
y también las palabras, sin duda tan ajenas al sitio señalado,
en las que agonizaba lo imposible?

Tú no respondes nada, porque toda respuesta de ti ha sido dada.

Acaso hayas vivido solamente
aquello que al arder no deja más que polvo de tristeza inmortal,
lo que saluda en ti, a través del recuerdo,
una eterna morada que al recibirnos se despide.

Tú no preguntas nada, nunca, porque no hay nadie ya que te responda.

Pero allá, sobre las colinas,
tu hermana, la memoria, con una rama joven aún entre las manos,
relata una vez más la leyenda inconclusa de un brumoso país.

Quienes rondan la niebla

Siempre estarán aquí, junto a la niebla,
amargamente intactos en su paciente polvo que la sombra ha invadido,
recorriendo impasibles esa región de pena que se vuelve al poniente,
allá, donde el pájaro de la piedad canta sin cesar sobre la indiferencia del que duerme,
donde el amor reposa su gastado ademán sobre las hierbas cenicientas,
y el olvido es apenas un destello invernal desde otro reino.

Son los seres que fui los que me aguardan,
los que llegan a mí como a la débil hiedra doliente y amarilla que sostiene el verano.
Triste será el sendero para la última hoja demorada,
triste y conocido como la tiniebla.

¡Oh dulce y callada soledad temible!
¡Qué dispersos y fieles hijos de nuestra imagen
nos están conduciendo hacia el amanecer de las colinas!

Están aquí, reunidas alrededor del viento,
la niña clara y cruel de la alegría, coronada de flores polvorientas;
la niña de los sueños, con su tierno cansancio de otro cielo recién abandonado;
la niña de la soledad, buscando entre la lluvia de las alamedas el secreto del tiempo y del relámpago;

la niña de la pena, pálida y silenciosa,
contemplando sus manos que la muerte de un árbol oscurece;
la niña del olvido que llama, llama sin reposo sobre su corazón adormecido,
junto a la niña eterna,
la piadosa y sombría niña de los recuerdos que contempla borrarse una vez más,



bajo los desolados médanos,
la casa abandonada, amada por el grillo y por la enredadera;
y más cerca, como el rumor del musgo en las mejillas de aquella incierta niña de leyenda,
la niña del espanto que escucha, como antaño junto al muro derruido,
las lentas voces de los desaparecidos;
y allí, bajo sus pies,
las fugitivas niñas de la sombra que los atardeceres reconocen,
las mágicas amigas del matorral y de la piedra temerosa.

Yo conozco esos gestos,
esas dóciles máscaras con que la luz recubre cada día sus amargos desiertos.
¡Tanta fatiga inútil entre un golpe de viento y un resplandor de arena pasajera!

No es cierto, sin embargo,
que en el sitio donde el sufriente corazón restituye sus lágrimas al destino terrestre,
palideciendo acaso,
nos espere un gran sueño, pesado, irremediable.

Esperadme, esperadme, inasibles criaturas del rocío,
porque despertaré
y hermoso será subir, bajo idéntico tiempo,
las altas graderías de la ciudad del sol y las tormentas,

y repetir aún, sin desamparo, las radiantes edades que la tierra enamora.

La abuela

Ella mira pasar desde su lejanía las vanas estaciones,
el ademán ligero con que idénticos días se despiden
dejando sólo el eco, el rumor de otros días apagados

bajo la gran marea de su corazón.

De todos los que amaron ciertas edades suyas, ciertos gestos,
las mismas poblaciones con olor a leyenda,
no quedan más que nombres a los que a veces vuelven como a un sueño
cuando ella interroga con sus manos el apacible polvo de las cosas
que antaño recobrara de un larguísimo olvido.
Sí. Ese siempre tan lejos como nunca,
esa memoria apenas alcanzada, en un último esfuerzo,
por la costumbre de la piel o por la enorme sabiduría de la sangre.

Ella recorre aún la sombra de su vida,
el afán de otro tiempo, la imposible desdicha soportada;
y regresa otra vez,
otra vez todavía, desde el fondo de las profundas ruinas,
a su tierna paciencia, al cuerpo insostenible, a su vejez,
igual que a un aposento donde sólo resuenan las pisadas de los antiguos huéspedes
que aguardan, en la noche, el último llamado de la tierra entreabierta.

Ella nos mira ya desde la verdadera realidad de su rostro.

Un pueblo en las cornisas

Es un pueblo disperso por áridas distancias,
por épocas que dejan una mortal sentencia entre las piedras,
aquel que se levanta, tan obstinadamente,
como si en esos gestos repetidos a lo largo de sueños y desvelos,
guardáramos, también, la esperanzada imagen de todos nuestros gestos,
su lejano destino.

Envueltos desde siempre en el canto nostálgico del tiempo
como en una mortaja que interminablemente los irá oscureciendo,
esos pálidos seres,
apenas sostenidos por angustioso afán de la memoria,
detienen con desiertas señales aquel día que antaño los condujo a esa gran soledad
o a esa larga velada en que de pronto se consumió la vida.

Solamente la lluvia y los transidos huéspedes del viento
–remolinos de briznas, pájaros agobiados por un ala invencible,
o errantes humaredas que abandonan una trémula aureola–
rodean, vanamente,
una triste cabeza cuyo cuerpo cubrieron las paredes,
unas manos hundidas en la inmóvil corriente de largas cabelleras,
un semblante asomado a algunas flores,
a una página hueca,
a otro rostro sumido en lo imposible.

Mientras pasan y tornan nuestras cambiantes sombras,
y nuestra misma imagen se pierde en los espejos bajo aquellos que fuimos,

cada vez más incierta,
como labrada en inasible bruma,
ellos,
testigos de ese coro de ahogadas resonancias, de confusos olores,
con el que cada casa penetra con su aliento a través de las otras,
custodian, impasibles, nuestra eterna esperanza,
con igual lejanía que la de un corazón demasiado colmado.

Porque son ese pueblo cuyo ademán paciente convocamos como a un resto de amor,
como a un secreto que se ampara en el polvo,
como a un recuerdo único que en la sangre perdura para cumplir la antigua, sagrada profecía:
"Tan sólo el verdadero de todos cuantos fuiste contemplará caer la sombra de los siglos".

Para Emilio en su cielo



Aquí están tus recuerdos:
este leve polvillo de violetas
cayendo inútilmente sobre las olvidadas fechas;
tu nombre,
el persistente nombre que abandonó tu mano entre las piedras;
el árbol familiar, su rumor siempre verde contra el vidrio;
mi infancia, tan cercana,
en el mismo jardín donde la hierba canta todavía
y donde tantas veces tu cabeza reposaba de pronto junto a mí,
entre los matorrales de la sombra.

Todo siempre es igual.
Cuando otra vez llamamos como ahora en el lejano muro:
todo siempre es igual.
Aquí están tus dominios, pálido adolescente:
la húmeda llanura para tus pies furtivos,
la aspereza del cardo, la recordada escarcha del amanecer,
las antiguas leyendas,
la tierra en que nacimos con idéntica niebla sobre el llanto.

–¿Recuerdas la nevada? ¡Hace ya tanto tiempo!
¡Cómo han crecido desde entonces tus cabellos!
Sin embargo, llevas aún sus efímeras flores sobre el pecho
y tu frente se inclina bajo ese mismo cielo
tan deslumbrante y claro.

¿Por qué habrás de volver acompañado, como un dios a su
    mundo,
por algún paisaje que he querido?

¿Recuerdas todavía la nevada?

¡Qué sola estará hoy, detrás de las inútiles paredes,
tu morada de hierros y de flores!

Abandonada, su juventud que tiene la forma de tu cuerpo,
extrañará ahora tus silencios demasiado obstinados,
tu piel, tan desolada como un país al que sólo visitaran cenicientos pétalos
después de haber mirado pasar, ¡tanto tiempo!,
la paciencia inacabable de la hormiga entre sus solitarias ruinas.

Espera, espera, corazón mío:
no es el semblante frío de la temida nieve ni el del sueño reciente.
Otra vez, otra vez, corazón mío:
el roce inconfundible de la arena en la verja,
el grito de la abuela,
la misma soledad, la no mentida,
y este largo destino de mirarse las manos hasta envejecer.

Esos pequeños seres

En un país que amaba ya estará anocheciendo.
Coronados por sus mustias guirnaldas,
esos pequeños seres creados cuando la oscuridad
vuelven a poblar con sus tiernas músicas,
a golpear con sus manos de brillantes estíos
ese rincón natal de mi melancolía.



Sonríen los inasibles huéspedes,
las criaturas largamente buscadas en las secretas ramas,
en lo más escondido de las piedras,
en la sombra abandonada del que salió de ella eternamente joven.
Desde la lejanía me sonríen.

Qué inútiles sus gestos, sus caricias,
cuando algún largo tiempo nos conoce calladamente ajenos,
cuando ya no hay temor por el huyente roce de los muertos que amamos,
ni por el musgo que crece murmurando sobre el corazón,
ni por las voces nocturnas de los que se despiden sollozando:
–¡Yo te esperaré siempre allá, doliente desaparecida!

Vosotros,
que habitáis en mí la región desmoronada del miedo,
de las ansiadas compañías terrestres:
¿A qué volvéis ahora
como un sueño demasiado violento que la infancia ha guardado?



Apenas si un recuerdo os reconoce,
cada vez más lejanos.

Las puertas

Semejante a los vientos,
que pasan coronando los pacientes senderos con flores,
con el polvo que alguna vez ardiera dentro del corazón,
con el eco doliente de sepultados muros,
con destellos y músicas,
con tanta triste ruina que desterrada emigra,
he penetrado junto con mis días a través de las puertas.

Largamente guardaban, al abrigo de duras estaciones,
un mundo que alentaba distraído,
como el aire y la luz sobre las tumbas,
entre la inmemorial paciencia de las cosas;
pero había, al pasar, tan cercano y profundo cual la sangre,
–melodiosa sin duda–
un rápido murmullo, un vago respirar de secretas imágenes,
apagados de pronto bajo el velo con que la soledad defiende sus comarcas.

Innumerables puertas:
os contemplo otra vez desde las grietas piadosas de los tiempos,
lo mismo que a esas piedras borrosas, desgastadas,
donde acaso reposa irrecobrable la sagrada leyenda de algún dios olvidado.

Y ante mí, como entonces, aparecen aquéllas,
inútiles, humildes,

demasiado confiadas en la débil custodia del silencio,
aquéllas, las que nunca pudieron contener ni el fulgor de las lágrimas,
ni siquiera las voces precarias de la dicha que invadieron, así,
rincones y aposentos reservados al color de otra muerte.

También te reconozco, guardiana insobornable de mi melancolía.
Quizás detrás de ti,
se levantan aún mis propias sombras huyendo todavía de las graves tormentas,
alcanzando en las noches el recuerdo apacible de algún semblante amado,
envolviendo en sus manos, tiernamente, la misma claridad vacía y amarilla,
donde antaño vivieron confundidas las mágicas ofrendas que los días dejaron en la tierra.
Tú seguirás allí
defendiendo un sagrario de sueños y de polvo,
asediada tal vez por ávidas jaurías.



Mientras tanto:
¡Cuántos mudos testigos de paz y desamparo
pasarán por las puertas entreabiertas!
¡Cuánto mensaje oculto entre sus huellas recogerán los vientos!
Ellas sabían ya que la mirada del sol bajo las piedras, era,
lo mismo que mis días en sus vanos albergues,
el saludo del huésped que habitará otras piedras,
no más tiempo que aquellas.

Y eres tú, condenada a no abrirte para siempre,
quien conoció, más cerca que ninguna,
la escondida piedad con que alguien cierra los reinos de otra vida.

Sin embargo, sería necesario un destino cualquiera tras de ti,
ser el ruido de un paso, o el largo empañamiento de un espejo
vacío,
para saber si puede su deseo, sumido en tu memoria,
volver a lo que amó.

Puertas que no recuerdo ni recuerdan,
perdidas con los años bajo tristes sudarios de nombres y de climas,
regresan, convocadas quién sabe por qué ráfagas crueles,
como esos remolinos que castigan el desdén de los árboles
con el verdor antiguo de unas manos gastadas en soledad y olvido.

No. Ninguna más llorada que tú, puerta primera.
Si crecerá la hierba en tus umbrales;
si el murmullo incesante de las ramas, confiadas a los pájaros
guardianes,
velará tu sopor, que la crueldad del médano acechaba;
si un cerrojo de lianas y de hiedra me apartaría hoy de tus claros
misterios
como de un paisaje totalmente abismado debajo de los párpados,
lejos de toda luz, negado a toda sombra.

Éstas fueron mis puertas.
Detrás de cada una he visto levantarse una vez más
una misma señal que por cielos y cielos repitieron los años en
mi sangre:
no de paz, ni tampoco de cruel remordimiento;
pero sí de pasión por todo lo imposible,
por cada soledad,
por cada tierno brillo destinado a morir,
por cada frágil brizna movida por un soplo de belleza inmortal.

Un rostro en el otoño

La mujer del otoño llegaba a mi ventana
sumergiendo su rostro entre las vides,
reclinando sus hombros, sus vegetales hombros, en las nieblas,
buscando inútilmente su pecho resignado a nacer y morir entre
dos sueños.

Desde un lejano cielo la aguardaban las lluvias,
aquellas que golpeaban duramente su dulce piel labrada por el
duelo de una vieja estación,
sus ojos que nacían desde el llanto
o su pálida boca perdida para siempre, como en una plegaria
que inconmovibles dioses acallaran.

Luego estaban los vientos adormeciendo el mundo entre sus
manos,
repitiendo en sus mustios cabellos enlazados
la inacabable endecha de las hojas que caen;
y allá, bajo las frías coronas del invierno,
el cálido refugio de la tierra para su soledad, semejante a un
presagio,
retornada a su estela como un ala.

Oh, vosotros, los inclementes ángeles del tiempo,
los que habitáis aún la lejanía
–ese olvido demasiado rebelde–;
vosotros, que lleváis a la sombra,

a sus marchitos ídolos, eternos todavía,
mi corazón hostil, abandonado:
no me podréis quitar esta pequeña vida entre dos sueños,
este cuerpo de lianas y de hojas que cae blandamente,
que se muere hacia adentro, como mueren las hierbas.

Después de los días

Será cuando el misterio de la sombra,
piadosa madre de mi cuerpo, haya pasado;
cuando las angustiadas palomas, mis amigas, no repitan por mí
su vuelo funerario;
cuando el último brillo de mi boca se apague duramente, sin
orgullo;
mucho después del llanto de la muerte.

No acabarás entonces,
mitad de mi vida fatigada de cantar lo terrestre.
Nadie podrá mirarte con esa misma pena que se tiene al mirar
un pálido arenal interminable,
porque tú volverás, ¡oh corazón amante del recuerdo!, a las tristes
planicies.

Serás el mismo viento tormentoso de agosto,
huracanado y redentor como la plegaria de un tiempo arrepen-
tido;
serás, cuando la noche, esa visión luciente que responde en la niebla
a una señal de oscuro desamparo;
tu voz tendrá un sonido humilde y temeroso
porque será el rumor doliente de los cercos que guardaron tu
infancia,
al desmoronarse;
y tu color será el color del aire, dulcemente amarillo,
que las hojas de otoño desvanecen para sobrevivir.

Detrás de las paredes que limitan los sueños
estarán todavía los hombres,
prisioneros de sus mismos semblantes,
aquéllos, los marchitos,
los que dicen adiós con su mirada única,
a cada nuevo paso del sombrío cortejo de su sangre,
mientras van consumiendo su destino de arena porque su cielo
cabe en una lágrima.

No te detengas, no, glorioso mediodía de mis huesos.
Ellos ven en el polvo un letárgico olvido tan largo como el mundo,
y tú sabes, cuerpo mío dichoso desde el tiempo,
que no en vano mecieron tu corazón las lentas primaveras,
que tu pecho está unido a ese incesante aliento que reconoce en
él una guarida,
que será necesario morir para vivir el canto glorioso de la tierra.

Flores para una estatua

¡Cuántas lamentaciones,
cuántas vanas promesas tenderán como redes vencidas los amantes,
cuántas húmedas hierbas seguirán envolviendo con ternura la sombra de las cúpulas sedientas,
cuántas desalentadas melodías pregonarán las piedras en las tardes,
mientras el viento mece la huella de una imagen como a un nombre desierto!

Era la blanca diosa que antaño nos sonriera
desde un rincón donde su largo sueño demoraba la vida,
lejana, inalcanzable,
más allá de las manos en que polvo y amor brillaban confundidos.

¿A qué dichosa edad, a qué mirada tan persistente aún,
que embellecía el mundo con su sólo recuerdo, destinaba sus ojos,
la pálida dulzura detenida en la piel como el último llanto en una tumba?
¿Qué soplo inacabable, desafiando los vientos,
flotaba todavía sobre su corazón, lo mismo que un ropaje?

Nada fueron en ella las sombrías tormentas,
el tiempo, la distancia, el triste decaer de las cosas terrestres
que solamente dejan en nosotros derrumbe y soledad,
memorias imposibles de una antigua belleza;
y así entre deseos y fatigas,

–esos mustios destellos, esas viejas guirnaldas de flores quebradizas–,
soñábamos también un porvenir en el que todo fuera un largo gesto,
el único elegido,
bajo la lentitud sagrada de algún día olvidado en lo eterno.

Ella fue recobrada, intacta para siempre.
No la veremos más.
No sabremos jamás qué resplandor lejano correrá por su frente como un río,
ni en qué lugar, junto a su gran silencio,
retornamos de nuevo apenas a ese instante, a ese ademán, apenas,
en que la sangre ardió como en la muerte, de una sola manera.

Pero aquellos que fuimos,
mensajeros de un mundo perdido en lo más hondo del destierro,
vieron, cuando partían, caer en la penumbra
nuestros mismos semblantes, el último fulgor de lo que nunca muere;
y entonces dispusieron de nosotros,
asediados, efímeros,
igual que de un recuerdo semejante a su olvido.

Donde corre la arena dentro del corazón

Yo nací con vosotras, incesantes arenas,
en un lugar donde los días tienden sus flores cenicientas como
si sólo fueran recuerdo de algún sueño,
la mirada de un tiempo guardado por congojas y fatigas, que
vuelve, largamente,
a repetir su inútil poderío.

Es la región mecida por llorosos derrumbes;
una llanura, al sur,
bajo el triste sopor de lentísimos cielos.

Allí pasan flotando las grandes estaciones:
los transidos inviernos con un halo de pálidas escarchas,
con los cardos errantes que alimentan las hogueras de junio
durante largas noches ataviadas de terror y leyenda;
y crueles, los estíos,
por siempre consagrados a una misma paciencia,
encienden unas hierbas, una extensión cansada de grises matorra-
les,
toda la sed, la dura soledad de no alcanzar la dicha más allá de
su llanto.

Entre el amanecer y el pausado crepúsculo
marchan los lentos hombres,
sentenciosos y graves,
al encuentro imposible de una época siempre demorada,

de una respuesta al débil trabajo de sus manos;
y vuelven, silenciosos,
a sus tranquilos ritos alrededor del fuego,
contemplando a lo lejos un pasado,
una vana distancia tendida como el humo sobre el picante y agrio crepitar de los leños.

Pero no son los años los que dejan esos muros exangües por donde asciende lenta la memoria.
Son unas y otras veces las sedientas manadas
o el rumor de los campos desvelados por crecientes mareas,
quienes llegan, precisos, hasta el infatigable recordar,
porque una vez se unieron, inseparablemente, como el tiempo a la piel,
a las gastadas vidas, las bodas y los muertos.

En tanto levantáis,
insaciables arenas,
médanos fugitivos que cumplen en el viento un sombrío destino,
una misión que sólo reconocen las ruinas
cuando al caer conquistan, en su más vasto sueño,
un poder semejante al que sostuvo cada piedra en las piedras.

Nada valen, entonces, pobres a vuestro paso,
plegarias y conjuros,
mágicos sortilegios convocando el amparo de los cielos,
murallas de indefensos tamariscos que abandonan al sol
un áspero dominio de aridez y despojos.

Desmedida es la tierra que amó en sus duros hijos hasta la destrucción,

hasta la sal paciente de su sangre;
mas de ella aprendieron a contemplar la vida a través de la muerte,
a saber, sin reposo, que aún no ha sido creado aquello que no puedan sobrellevar las almas de los hombres,
y a comprender que el cielo y el infierno son expiados aquí
con opacas desdichas.

Si ellos se marchan hoy,
si hoy sus pueblos emigran a lo largo de una seca planicie
donde antaño crecieron junto a las mismas casas,
con árboles, pesares y costumbres,
no es preciso volver la vencida cabeza en despedida,
no es preciso dejar señales de sus pasos que reciban después sus propios pasos.

Ellos regresarán,
porque así lo dispone un lamento de arena que responde al llamado natal de otras arenas,
allá,
en el más abismado eco del corazón.

"1889"
(Una casa que fue)

Implacables cayeron,
como golpes de tempestad sobre ávidos desiertos,
aquellos duros vientos, aquellas graves lluvias,
que ascendieron pacientes las paredes,
dejando esos ramajes de quejumbrosas grietas,
esas lágrimas días y días detenidas y continuadas siempre,
esos hijos del tiempo.

Ahora está sumida en un nivel más hondo que el del sueño.

Sólo quedan en pie las mudas escaleras que ascienden y descienden prolongando el corredor desierto,
los pálidos vestigios de los recintos desaparecidos
cuyas lápidas yacen al amparo piadoso de otros muros.

(Así cargan los hombres, sin saberlo,
con el peso ignorado de otra vida que se apoya en la suya.)

No hay castigo posible.
Ya nada teme al sol ni a las miradas,
aunque un destino humano esté labrado allí como en tablas de ley
y todo exista aún por fuerza poderosa de la ausencia.

Aún sabemos el sitio donde la infancia puso guirnaldas de fugaces mariposas,
más duraderas que los yertos nombres,
el preciso lugar donde el amor repitió una vez más,
entre murientes flores, sus mágicas endechas,
y el rincón angustioso donde una misma mano dibujó en largas sombras
toda la soledad,
el cansado letargo de la sangre.

Aún contemplan su mundo, no más antes que ahora,
esos antepasados de presentidos seres que se fueron;
y aún reinan transparentes, entre fieles despojos,
desde las claras huellas que dejaron sus lánguidos retratos,
y que son, en nosotros, como aquellos recuerdos demasiado constantes
que lentos, al vivir, empalidecen una región del alma.

Pronto habrá de caer hasta la fecha que aguardó tenazmente
el ropaje de polvo que recubre a la casa agonizante;
pues ese año del cual quedaron prisioneros tantos y tantos años,
no fue ni desafío ni memoria de un tiempo,
fue lejana advertencia de que toda constancia es derribada por mandato de tierra,
por razón inviolable de la muerte.

Detrás del sueño

a Raquel Lartigue

Tal vez sean los vientos, que silenciosos cruzan los sitios donde amamos,
quienes van recogiendo nuestras mismas imágenes de antaño
–¡tanta sombra que aún nos sobrevive!–
para poblar los sueños.

Incansable paciencia es la del viento
llorando inútilmente un olvido imposible hasta la eternidad.

Tú lo habrás sorprendido alguna vez entre las nieblas de una descolorida medianoche,
y te habrás detenido junto a tus propios rostros
lo mismo que delante de un espejo que las continuas lluvias empañaron
y desde el cual una velada niña saluda alegremente su juventud sombría y cruel.

Estaría también la escalera ruinosa,
vencida, como un puente que ha cruzado la dicha
y que vacila ya, irremediablemente, al eco de unos pasos;
y allí, sobre los muros,
el ángel del candor despertaría los antiguos retratos,
las ventanas abiertas a otro reino,
los penosos colores que no fueron un instante de luz tranquila sobre el mundo,

sino un largo misterio que sabías
porque habías sufrido también, palideciendo, el corazón secreto de las cosas;
y un olor a humedad, a leyenda anterior al tiempo conocido,
acercaría a ti la sombra de su musgo como un pausado amor.

Todo esto es lo que el viento ha podido guardar de una estación herida hasta las lágrimas:
dos desaparecidos que repiten aún, unidos como entonces,
una misma señal amante del recuerdo y de la lejanía,
un oscuro recinto, un rincón sepultado,
donde la soledad y la tiniebla se persiguen.

Escucha.
No es el rumor creciente de la sangre que sostiene los cuerpos deseos tras deseos.
Es el humilde roce del polvo sobre el polvo.
No penetrar allí.
Bastará solamente que levantes los ojos desde el llanto
y esa tierna ceniza, esa piedad de un pasajero tiempo logrado duramente,
se habrá desmoronado lo mismo que una rama bajo el peso de su último huésped.

Doliente sopla el viento alrededor del sueño.
Son las manos del alba, claras y despiadadas, que lo van conduciendo hacia otro cielo.
Una densa marea liviana como el aire nos descubre la piel
y un lugar conocido, indiferente a la remota nube que recién habitamos,
nos reconquista a un día entre otros días,
a un resplandor fugaz sobre la tierra.

Mientras tanto tú y yo,
¡oh dulce compañera de los mismos designios!
sabremos que una hoja vivida desde adentro alguna vez
y que reposa intacta, lejos del huracán y de las luchas desnudas
del invierno,
será el único siempre que habremos conocido,
aquí, donde terminan los venturosos sueños.

Mientras muere la dicha

He visto a la dicha perderse gritando por un umbrío y solitario
bosque,
donde el último día pasaba, silencioso,
olvidando a los hombres como a gastadas hojas que una lenta
estación sostiene todavía.

Nunca más, desdeñosa entre las tardes, su presencia variable,
las luminosas manos conduciendo los sueños a un sediento vivir,
el fugitivo manto,
su reflejo engañoso entre la hiedra que los recuerdos guardan
como un reino perdido.

¡Oh doliente descanso de la tierra!
Alguien espera aún junto al río indeciso que la sangre contiene:
el que en su oscuridad golpea vanamente las paredes,
persiguiendo una sombra más alta que sus noches,
y al amanecer mira apenas la terca ceniza y alguna flor marchita
sobre el pecho;
y más allá los otros,
los que buscan ese rincón del aire preparado a su forma
como un cuerpo anterior que en remotas edades habitaron.

Ellos quieren asir una huella en el polvo,
detener en la luz sus pobres paraísos hechos de lentos, trabajosos
dones,
pero basta ese soplo,

que apenas si estremece las oscilantes ramas,
para trocar la paz por una muerte,
por lánguida costumbre los deseos.

Porque indefensos viven los hombres en la dicha
y solamente entonces, mientras muere a lo lejos su vana melodía,
recobran nuestros rostros una aureola invencible.

El retrato de la ausente

a Zelmira Orozco

Aún no se ha extinguido esa cálida ráfaga
que corre desde entonces a través de los pliegues flotantes de su traje,
derribando a sus pies los mismos crisantemos,
recién resucitados cada día,
rodeándola como con una música tan imprecisa y blanda
que ella parece estar traspasando las cosas,
a pesar de la tierra, casi a pesar del cielo.

Nunca la conocí.
Nunca supe si sonrió alguna vez,
si el llanto le nacía entrecortado,
si amó la soledad de las lentas planicies
o los cambiantes pueblos que pasan en las nubes,
si sus costumbres fueron apasionadas magias o desganados ritos,
si sus manos buscaron la última tibieza de sus lacios cabellos, al morir.

Sin embargo, una misma ternura en mí la reconoce unida para siempre
a los desvanecidos aposentos, donde un tiempo letal suspende en los espejos intangibles encajes,
estremecidas felpas que recorren la piel con palpitantes olas de ceniza,
relicarios que guardan inseparablemente, entre lazos azules,
esos desmenuzados recuerdos de dos seres que jamás se encontraron,

y aéreos abanicos y sombrillas, tan lentos,
que adormecen la sangre con su soplo como envolventes ángeles.

Delante de una vaga tormenta detenida en iguales tinieblas,
en iguales pesados resplandores,
ella ocupó su mundo, su intransitable mundo
–esa distancia apenas conquistada por un solo ademán–,
mientras sentía ya, sin ninguna esperanza,
crecer en lo más hondo de su pecho indefenso invasiones de sombras,
enredaderas muertas pegadas a un aliento que escuchaba morir
inclinando la oscura cabeza sobre el aire,
cual una débil hoja que irremediablemente sabe su anochecer.

Acaso sea entonces su larga despedida,
entreabriendo esas puertas cuya clausura misma sostenemos viviendo,
quien condujo su gesto de antaño hacia otros tiempos,
para que ahora pueda tender,
con su mirada,
una grave indulgencia sobre nuestros recuerdos,
aún sobre el olvido que a veces la destruye
lo mismo que al follaje verdemente apagado tras la niebla llorosa de los vidrios.

Entonces, cuando el amor

Yo te recuerdo en mí, guardado amor, desde hace mucho tiempo:
era joven aún tu antigua melodía
y recorrías solo esos abandonados dominios del silencio
preferidos contigo por las hierbas y las tapias ruinosas.
Tú buscabas allí, desorientado, un pecho transparente
donde la soledad y el desamparo contemplaran su imagen lo mismo que en un río.

La juventud velaba distraída,
prisionera de ti como una tierra donde tan sólo habita algún dios inmortal,
encerrando sus días en suspiradas flores que guardabas, amor, marchitas en tus manos,
como si fuera dada a tu deseo la terrible belleza de contarnos un día,
lejana tu mirada a nuestros ojos,
esa vieja leyenda en la que somos, unidos todavía,
ese largo reflejo del agua entre las hojas.

Entonces,
cuando el terror llamaba verdadero en el interminable corredor de un sueño
y desde lo ignorado de nosotros respondían la crueldad, la piedad y el abandono,
tú cantabas de pie, invencible y altivo sobre los delirantes despertares;
y cuando la tiniebla simulaba, bajo el cansado y débil resplandor de las lámparas,

imágenes temibles, engañosas al corazón confiado,
era un mismo semblante quien se alzaba más alto que las altas soledades.

¡Oh, amor! Toda la fuerza oscura de la tierra está en ti
y basta siempre un nombre, una palabra apenas desprendida del mundo,
para entreabrir un cielo semejante,
un país escondido donde sobrevivimos a la incesante y muda confusión de los días.

Allí el tiempo prolonga nuestro tiempo junto a los mismos dones,
mecido lentamente por esos largos ecos del follaje
en que reconocemos nuestras voces mucho después de entonces,
cuando fueron,
demoradas aún por todo lo imposible.
Allí el viento conoce desde antes que nosotros
ese fulgor dichoso que nos cubre la piel,
ese dulce y velado porvenir tan antiguo como el primer recuerdo
que reposa encendido bajo la gran ceniza de la tierra natal.

Éste es tu reino, amor,
esta profunda sombra memorable en la que penetramos justamente.

Así se va al encuentro de algún gesto,
de aquel en que el destino se consume de pronto, intacto y duradero.

Sin embargo a lo lejos, tú lo sabes,
donde la vida sigue todavía una inmensa tristeza,
se entreabren ciertas puertas que no conducen nunca a sitio alguno,

ajenos a nosotros descendemos callados ciertas interminables
escaleras
donde los pasos suenan adentro de otros pasos.

Acaso nos aguarde, en medio de la noche pavorosa,
la enemiga de todos tus amparos.
Ella: la lejanía.

A SOLAS CON LA TIERRA

Para desvanecer este pesado sitio
donde mi sangre encuentra a cada hora una misma extensión,
un idéntico tiempo ensombrecido por lágrimas y duelos,
me basta sólo un paso en esa gran distancia que separa la sombra
    de los cuerpos,
las cosas de una imagen en la que sólo habita el pensamiento.

Oh, duro es traspasar esos dominios de fatigosas hiedras
que se han ido enlazando a la profunda ramazón de los huesos,
resucitar del polvo el resplandor primero
de todo cuanto fueran recubriendo las distancias mortales,
y encontrarse, de pronto,
en medio de una antigua soledad que prolonga un desvelado
    mundo en los sentidos.

Como tierra abismada bajo la pesadumbre de indolentes mareas,
así me voy sumiendo, corazón hacia adentro,
en lentas invasiones de colores que ondean como telas flotantes
    entre los grandes vientos,
de voces, ¡tantas voces!, descubriendo, con sus largos oleajes,
países sepultados en el sopor más hondo del olvido,
de perfumes que tienden un halo transparente
alrededor del pálido y secreto respirar de los días,
de estaciones que pasan por mi piel lo mismo que a través de
    tenues ventanales
donde vagas visiones se inclinan en la brisa como en una dichosa
    melodía.

Mi tiempo no es ahora un recuerdo de gestos marchitos, desasidos,
ni un árido llamado que asciende ásperamente las raídas cortezas
sin encontrar más sitio que su propio destierro entre los ecos,
ni un sueño detenido por pesados sudarios a la orilla de un pecho
irrevocable;
es un clamor perdido debajo del quejoso brotar de las raíces,
una edad que podría reconquistar paciente sus edades
por las nudosas vetas que crecen en los árboles remotos,
al correr de los años.

Ya nada me rodea.
No. Que nadie se acerque.
Ya nadie me recobra con un nombre que tuve
–una extraña palabra tan invariable y vana–
ahora, cuando a solas con la tierra, en idéntico anhelo,
la luz nos va envolviendo como a yertos amantes cuyos labios
no consigue borrar ni la insaciable tiniebla de la muerte.

La casa

Temible y aguardada como la muerte misma
se levanta la casa.
No será necesario que llamemos con todas nuestras lágrimas.
Nada. Ni el sueño, ni siquiera la lámpara.

Porque día tras día
aquellos que vivieron en nosotros un llanto contenido hasta palidecer
han partido,
y su leve ademán ha despertado una edad sepultada,
todo el amor de las antiguas cosas a las que acaso dimos, sin saberlo,
la duración exacta de la vida.

Ellos nos llaman hoy desde su amante sombra,
reclinados en las altas ventanas
como en un despertar que sólo aguarda la señal convenida
para restituir cada mirada a su propio destino;
y a través de las ramas soñolientas el primer huésped de la memoria nos saluda:
el pájaro del amanecer que entreabre con su canto las lentísimas puertas
como a un arco del aire por el que penetramos a un clima diferente.

Ven. Vamos a recobrar ese paciente imperio de la dicha
lo mismo que a un disperso jardín que el viento recupera.

Contemplemos aún los claros aposentos,
las pálidas guirnaldas que mecieron una noche estival,
las aéreas cortinas girando todavía en el halo de la luz como las mariposas de la lejanía,
nuestra imagen fugaz
detenida por siempre en los espejos de implacable destierro,
las flores que murieron por sí solas para rememorar el fulgor inmortal de la melancolía,
y también las estatuas que despertó, sin duda a nuestro paso,
ese rumor tan dulce de la hierba;
y perfumes, colores y sonidos en que reconocemos un instante del mundo;
y allá, tan sólo el viento sedoso y envolvente
de un día sin vivir que abandonamos, dormidos sobre el aire.

Nadie pudo ver nunca la incesante morada
donde todo repite nuestros nombres más allá de la tierra.
Mas nosotros sabemos que ella existe, como nosotros mismos,
por el solo deseo de volver a vivir, entre el afán del polvo y la tristeza,
aquello que quisimos.

Nosotros lo sabemos porque a través del resplandor nocturno
el porvenir se alzó como una nube del último recinto,
el oculto, el vedado,
con nuestra sombra eterna entre la sombra.

Acaso lo sabían ya nuestros corazones.

Cabalgata del tiempo

Inútil. Habrá de ser inútil, nuevamente,
suspender de la noche, sobre densas corrientes de follaje,
la imagen demorada de un porvenir que alienta en la memoria;
penetrar en el ocio de los días que fueron dibujando con terror
y paciencia
la misma alucinada realidad que hoy contemplo,
ya casi en la mirada;
repetir todavía con una voz que siento pesar entre mis manos:
–Alguna vez estuve, quizás regrese aún, a orillas de la paz,
como una flor que mira correr su bello tiempo junto al brazo
de un río.

Todo ha de ser en vano.
Manadas de caballos ascenderán bravías las pendientes de su
infierno natal
y escucharé su paso acompasado, su trote, su galope salvaje,
atravesando siglos y siglos de penumbra,
de sumisas distancias que irremediablemente los conducen aquí.

Tal vez sería dulce reconquistar ahora una música antigua,
profunda y persistente como el eco de un grito entre los sueños,
sumirse bajo el verde sopor de las llanuras
o morir con la lluvia, tristemente,
entre ramos llorosos que sombrearan viejísimas paredes.

Imposible. Sólo un fragor inmenso de ruinas sobre ruinas.

Es el desesperado retornar de los tiempos que no fueron cumplidos
ni en gloria de la vida ni en verdad de la muerte.
Es la amarga plegaria que levantan los ángeles rebeldes
llamando a cada sitio donde pueda morar su dios irrecobrable.
Es el tropel continuo de sus lucientes potros enlutados
que asoman a las puertas de la noche la llamarada enorme de sus greñas,
que apagan con mortajas de vapor y de polvo toda muda tiniebla,
agitando sus colas como lacios crespones entre la tempestad.
La sangre arrepentida, sus heroicas desdichas.

Y nada queda en ti, corazón asediado:
apenas si un color, si un brillo mortecino,
si el sagrado mensaje que dejara la tierra entre tus muros,
se pierden, a lo lejos,
bajo un mismo compás idéntico y glorioso como la eternidad.

Cuando alguien se nos muere

Fue necesario el grave, solitario lamento del viento entre los árboles,
para que tú supieras más que nadie ese desesperado resonar,
ese rumor sombrío con que pueden decirse las palabras
cuando de nada vale su fugaz melodía,
cuando en la soledad
–la única apariencia verdadera–,
contemplamos, callando, los seres y los tiempos que fueron en nosotros
irrevocables muertes cuyos nombres no sabremos jamás.

Fue necesario el ocio de aquellas largas noches
que minuciosamente ordenaste en recuerdos, memorioso,
para que tú pasaras sosteniendo la sombra con tu sombra,
apenas presentida por los días,
con tu misma pausada palidez demorándose aún después de haberte ido,
porque era tu adiós la despedida última,
la última señal que acercaba los sueños desde el incontenible amanecer.

Fue necesario el lento trabajo de los años,
su rápido fulgor, su mustio decaer entre pesados muros
que sólo levantaron respuestas de ceniza a tu llamado,
para que tú miraras largamente tus despojadas manos
como a una llanura donde los vientos dejan polvaredas mortales,
mientras disponen, lejos,
la tempestad que arrase desmedida su sediento destino.

Fue necesario todo lo que fuimos contigo,
lo que somos contigo del lado de los llantos,
para saber, viviendo, cuánta sorda tiniebla te asediaba
y encontrarnos, después,
con el transido resplandor del aire que dejaste muriendo.

Porque todo ese tiempo
es el innumerable testigo que nos trae las mismas evidencias,
aquello en lo que fuiste cuanto eras, de una vez para siempre:
acostumbrados gestos,
ciertos ritos que cumpliera tu sangre sumisa a la memoria,
esos nocturnos pasos acercando los campos
donde la luz es sólo un repetido comienzo de penumbras,
las remotas paredes, las efímeras cosas a las que retornabas
con la triste paciencia de quien guarda afanoso, en la mirada,
paisajes habituales que más tarde
aliviarán el peso de las horas en sabido destierro.

Tú pedías tan poco.
Apenas si anhelas un tranquilo vivir que prolongara la duración
de tu alma en idéntico amor,
en radiante amistad, en devoción sagrada
por gentes que existieron con la simple nobleza de la tierra,
sin glorias ni ambiciones.
Tú amabas lo inmortal, lo grandioso terrestre.

Mas nada pudo el débil llamado de tu vida contra pesadas puertas
–aposentos malditos, épocas miserables
donde la dicha duerme sordamente su legendario olvido–,
nada tu lejanía contra las invencibles mareas de lo inútil,
nada tu juventud contra ese rostro
que entre desalentadas rebeldías, nostalgias y furiosas pesadumbres,

infatigablemente se asomó a tus desvelos;
y una noche sentimos dentro del corazón un ronco oleaje,
amargamente vivo,
en el preciso sitio donde ardía en nosotros,
como nosotros mismos duradera,
tu callada grandeza.

Ahora estamos más solos por imperio de muerte,
por un cuerpo ganado como un palmo de tierra por la tierra
baldía,
recobrando al conjuro del más lejano soplo
realidades perdidas en lo más olvidado de los antiguos días,
imágenes que juntos traspasamos, que juntos nos esperan;
porque no es el recuerdo del pasado dispersos ademanes
–hojarascas y ramas que encendemos
para llorar al humo de una lánguida hoguera–,
sino fieles señales de una región dormida que aguarda nuestro paso
con las huellas de antaño suspendidas como eternos ropajes.

No es por decir, Eduardo, cuando alguien se nos muere,
no hay un lugar vacío, no hay un tiempo vacío,
hay ráfagas inmensas que se buscan a solas, sin consuelo,
pues aquí, y más allá,
tanto de lo que él fue respira con nosotros la fatiga del polvo
pasajero,
tanto de lo que somos reposa irrecobrable entre su muerte,
que así sobrevivimos
llevando cada uno una sombra del otro por los distantes cielos.
Alguna vez se acercarán,
entonces, cuando estemos contigo para siempre,
últimos como tú, como tú verdaderos.

La desconocida

Un día recogieron el indolente peso de su cuerpo bordeado por un sueño,
la ramazón de su alma balanceándose al soplo de iguales melodías,
todo su largo tiempo contenido por inmóviles redes;
y así quedó labrada
–un reflejo tan sólo de sus cambiantes, indomables sombras–
dentro de un corazón como una nervadura.

Allí no penetró ni el esplendor del aire desplegando el suspiro de las recientes flores,
ni la noche roída por esos tristes huecos que abandona al partir
todo cuanto ya fue desvanecido.
Ni claridad gloriosa como un saludo de alas relucientes,
ni penumbra de labios que musitan un desmayado adiós,
porque allí reina apenas la estéril duración de un momento cumplido,
un cielo sin anhelo de otros cielos,
la hija inalterable de una sorda memoria.

Pero donde los días entretejen pacientes sus coronas,
ella sintió filtrarse hasta sus venas las hondas estaciones,
el hechicero vuelo de la vida y la muerte
como dos mariposas que estremecen una ansiosa pradera.

¡Cuánta pasión rodando por sus dulces declives!

¡Cuánta quietud a la que el viento llega con sus manos salvajes
rescatando el despojo de unas ramas que ardieron hasta el polvo,
levantando el silvestre perfume de unas hierbas
y repitiendo el canto de lo hermoso que pasa
–susurros o alaridos mortalmente abismantes!
¡Cuántos tallos erguidos por una sed que nada colma nunca!

¿Cómo encontrar bajo invencibles lianas
esa respuesta a un alma que interroga incesante,
ese lugar preciso para una oscura forma cuyos lindes se borran
prolongándose en lágrimas, en huellas,
en ademanes vagos, en nombres tan inciertos para el amor y el odio?

Ella lleva en sus brazos tantos restos de edades desoídas,
tanta vana esperanza, tantas ofrendas demasiado pródigas,
que se irán convirtiendo en ramo que se ahueca hasta ser un color
cuando atraviese lóbregos recintos,
corredores sumidos en el eco monótono de un tiempo,
herrumbres y letargos donde esperaba hallar las grandes primaveras.

¡Oh tierra, juventud insaciable!
Cubridla de piedad,
de promesas lucientes como un río al caer de un relámpago,
cuando ella se asome a la cerrada cavidad de un pecho que ha servido a un recuerdo
y contemple, todavía ignorante,
lo mismo que a través de un cristal empañado por la respiración de pálidos helechos,
a aquella que vivió tan sólo un gesto suyo,
solitario, perdido,
el inmutable rostro de la desconocida.

Cortejo hacia una sombra

Lejos van nuestros gestos,
las palabras recién desamparadas,
la imagen de los cuerpos prisionera del aire,
a entretejer distantes otro tiempo con todo lo que acaso sobreviva a nuestra vida misma.

De nosotros emigran las tristezas con sus alas nocturnas,
las dichas inasibles como un cálido vaho que levanta la tierra adormilada,
el triste resonar de las tardes cumplidas en odio o en amor,
las viejas alegrías cuyo adiós demoramos lo mismo que las voces que los árboles huecos rememoran,
los cielos entreabiertos de las revelaciones,
el terror, las plegarias,
todo cuanto sostiene la ansiedad, la fatiga de no alcanzar jamás un memorable olvido.

Desde lo más callado de nosotros emigran esos lentos cortejos
para poblar, lejanos, la inviolable comarca donde habita nuestro propio destino,
y donde cada paso se abisma en el clamor de otros pasos que fueron,
y luego se despide,
y retorna en la luz, pálidamente, a un débil despertar que sólo nos ayuda a salir de nosotros.

Así llegan a veces esos días mentidos
de los que el corazón se aleja, soñoliento, ataviado de fieles pesadumbres,
porque antaño vivió sus mismas agonías;
y aun los increíbles,
aquellos que recobran momentos tan efímeros,
tantos sueños dispersos,
tantas sombras que nunca se unieron en nosotros
y que llaman, perdidas, como alguien que despierta de pronto en otro reino.

Ahora, cuando la juventud recorre como un río el semblante ligero de las horas dispuestas a partir:
¿quién reconocería el valor de una lágrima a lo lejos,
la inmensa resonancia de una noche cualquiera,
junto al gran resplandor en el que ardiendo bellamente se extinguen
tantas cosas que aquí soñamos para siempre todavía?

Ahora, cuando yo me pregunto
en qué región nacida al conjuro del llanto o al llamado de la hierba apacible,
en qué lerdo sendero desvelado por ávidos ramajes o por el indolente redoblar de las lluvias,
en qué mirada ajena,
en qué ademán tan mío, melancólicamente apasionado,
encontraré ese tiempo al que cada llegada me condujo:
esa sombra de siempre,
la esperada.

Las muertes

1952

Las muertes

He aquí unos muertos cuyos huesos no blanqueará la lluvia,
lápidas donde nunca ha resonado el golpe tormentoso de la piel del lagarto,
inscripciones que nadie recorrerá encendiendo la luz de alguna lágrima;
arena sin pisadas en todas las memorias.
Son los muertos sin flores.
No nos legaron cartas, ni alianzas, ni retratos.
Ningún trofeo heroico atestigua la gloria o el oprobio.
Sus vidas se cumplieron sin honor en la tierra,
mas su destino fue fulmíneo como un tajo;
porque no conocieron ni el sueño ni la paz en los infames lechos vendidos por la dicha,
porque sólo acataron una ley más ardiente que la ávida gota de salmuera.
Ésa y no cualquier otra.
Ésa y ninguna otra.
Por eso es que sus muertes son los exasperados rostros de nuestra vida.

Gail Hightower

No quería más que paz y pagué
sin regatear el precio que me pidieron.
William Faulkner, *Luz de agosto*

Yo fui Gail Hightower,
Pastor y alucinado,
para todos los hombres un maldito
y para Dios ¡quién sabe!
Mi vida no fue amor, ni piedad, ni esperanza.
Fue tan sólo la dádiva salvaje que alimentó el reinado de un fantasma.
Todos mis sacrilegios, todos mis infortunios,
no fueron más que el precio de una misma ventana en cada atardecer.
¿Qué aguardaba allí el réprobo? ¿Qué paz lo remunera?
Un zumbido de insectos fermentando en la luz como en un fruto,
la armonía de un coro sostenido por la expiación y la violencia,
y después el estruendo de una caballería que alcanza entre los tiempos ese único instante en que el cielo y la tierra se abismaron como por un relámpago;
esa gloria fulmínea que arde entre el estampido de una bala y el trueno de un galope.
Aquélla fue la muerte de mi abuelo.
Aquél es el momento en que yo,
Gail Hightower veinte años antes de mi nacimiento,
soy todo lo que fui:
un ciego remolino que alienta para siempre en la aridez de aquella polvareda.
¿Qué perdón, qué condena,
alumbrarán el paso de una sombra?

Carina

Yo morí de un corazón
hecho cenizas.
Crommelynck, *Carina*

Adiós, gacela herida.
Tu corazón manando dura nieve es ahora más frío que la corola abierta en la escarcha del lago.
Déjame entre las manos el último suspiro
para envolver en cierzo el desprecio que rueda por mi cara,
el asco de mirar la cenagosa piel del día en que me quedo.
Duerme, Carina, duerme,
allá, donde no seas la congelada imagen de toda tu desdicha,
ese cielo caído en que te abismas cuando muere la gloria del amor,
y al que la misma muerte llegará ya cumplida.
Tu soledad me duele como un cuerpo violado por el crimen.
Tu soledad: un poco de cada soledad.
No. Que no vengan las gentes.
Nadie limpie su llanto en el sedoso lienzo de tu sombra.
¿Quién puede sostener siquiera en la memoria esa estatua sin nadie donde caes?
¿Con qué vano ropaje de inocencia ataviarían ellos tu salvaje pureza?
¿En qué charca de luces mortecinas verían esconderse el rostro de tu amor consumido en sí mismo como el fuego?
¿Desde qué innoble infierno medirían la sagrada vergüenza de tu sangre?
Siempre los mismos nombres para tantos destinos.
Y aquel a quien amaste,
el que entreabrió los muros por donde tu pasado huye sin detenerse como por una herida,

sólo puede morder el polvo de tus pasos,
y llorar, nada más que llorar con las manos atadas,
llorar sobre los nudos del arrepentimiento.
Porque no resucitan a la luz de este mundo los días que apagamos.
No hablemos de perdón. No hablemos de indulgencia.
Esos pálidos hijos de los renunciamientos,
esos reyes con ojos de mendigo contando unas monedas en el
desván raído de los sueños,
cuando todo ha caído
y la resignación alza su canto en todos los exilios.
Duerme, Carina, duerme,
triste desencantada,
amparada en tu muerte más alta que el desdén,
allá, donde no eres el deslumbrante luto que guardas por ti misma,
sino aquella que rompe la envoltura del tiempo
y dice todavía:
Yo no morí de muerte, Federico,
morí de un corazón hecho cenizas.

El extranjero

Él pasó entre vosotras,
gentes amables como el calor del fuego en la choza vecina.
Mas ¿qué fue vuestro acento sino un puñal mellado que vacila en la hondura del pecho?
Él os miró pasar,
días adormilados como bestias en sumisas praderas.
Mas ¿qué fue vuestra paz sino arenas ardiendo debajo de los párpados?
Lejos corría el viento que no deja salobres las mejillas.
Lejos hay un lugar para su sombra junto a la fresca sombra de los antepasados.
Lejos será el ausente menos ausente ahora.
¡Oh! Secad vuestras lágrimas
que nada son para la sed del extranjero.
Guardad vuestras plegarias:
él no pedía amor ni otro exilio en el cielo.
Y dejad que la tierra levante sus arrullos de injuriada madrastra:
"Yo guardo un corazón tan áspero y hostil como la hoja de la higuera".

Christoph Detlev Brigge

> La muerte de Christoph Detlev vivía ahora en Ulsgaard, desde hacía largo, largo tiempo, y hablaba a todos y exigía.
>
> Rainer María Rilke,
> *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge*

Esta mansión de Ulsgaard se colmó con la muerte de Christoph Detlev Brigge.
Tan sólo con su muerte.
No bebió su veneno a grandes cucharadas
ni le llegó hasta el pecho emboscada en la sombra creciente de los pinos.
Él llevaba su muerte entre la sangre:
galerías ardientes en donde los espejos proclamaron la reina prometida.
Y un día vino a él como la esposa loca.
Sesenta días y sesenta noches testimonian la boda colérica en Ulsgaard:
una endecha de amor que llega al alarido,
un cortejo de perros y de criados desgarrando la niebla de las gasas nupciales,
una marea cuya hirviente ira derribó los objetos que aún sobrevivían pegados como lapas a la piel de un destino.
¿A quién no convocaron las campanas para los esponsales?
¿Quién no temió morir llevado por la muerte de Christoph Detlev Brigge?
Esta mansión lo sabe.
De unos a otros muros resonaba la marcha de aquellos desposados;
recinto tras recinto retrocedía el tiempo apagando sus galas,
hasta llegar al último,

aquel en que la vida, lo mismo que una amante desechada,
escondió entre las manos los cristales de su rostro trizado.
Ya todo fue cumplido.
En esta mansión vaga solamente la muerte de Christoph Detlev
Brigge envuelta en estandartes imperiales.

Noica

(Personaje de un cuadro
de J. Batlle Planas)

Nunca oísteis su nombre.
Sin embargo, cuando un sueño cualquiera entretejió fosforescentes redes sobre el rostro del tiempo,
Noica estuvo.
Tal vez su cabellera fuera para vosotros la marea letárgica por donde sube al cielo la primer Navidad
–esa novia que flota con su ramo de cristal escarchado y una cinta plateada en la garganta–.
Acaso sus ropajes fueran para vosotros un ámbito en que caen lentamente las hojas,
cuando el amor golpea con sus manos el follaje encantado.
Lo cierto es que fue Noica,
la diosa de los seres subterráneos que disponen callando el esplendor del mundo.
Reconocedla ahora.
Antes que se haya ido para ser melodía de polvo contra el vidrio, sombra musgosa de los muros.
Guardadla para siempre en esta misma puerta abierta en el celaje de los siglos,
donde se balancea, despidiéndose,
como la luminaria en el claro final de la arboleda.
Del otro lado yace su reino alucinado.
Nunca entraréis en él.
Juntos se abismarán debajo del recuerdo y del olvido.

Maldoror

¡Ay! ¿Qué son pues el bien y el mal? ¿Son una misma cosa por la que testimoniamos con rabia nuestra impotencia y la pasión de alcanzar el infinito hasta por los medios más insensatos?
Lautréamont, *Los cantos de Maldoror*

Tú, para quien la sed cabe en el cuenco exacto de la mano,
no mires hacia aquí.
No te detengas.
Porque hay alguien cuyo poder corromperá tu dicha,
ese trozo de espejo en que te encierras envuelto en un harapo
deslumbrante del cielo.
Se llamó Maldoror
y desertó de Dios y de los hombres.
Entre todos los hombres fue elegido para infierno de Dios
y entre todos los dioses para condenación de cada hombre.
Él estuvo más solo que alguien a quien devuelven de la muerte
para ser inmortal entre los vivos.
¿Qué fue de aquel a cuyo corazón se enlazaron las furias con
brazos de serpiente,
del que saltó los muros para acatar las leyes de las bestias,
del que bebió en la sangre un veneno sediento,
del que no durmió nunca para impedir que un prado celeste le
invadiera la mirada maldita,
del que quiso aspirar el universo como una bocanada de cenizas
ardiendo?
No es castigo,
ni es sueño,
ni puñado de polvo arrepentido.
Del vaho de mi sombra se alza a veces la centelleante máscara

de un ángel que vuelve en su caballo alucinado a disputar
un reino.
Él sacude mi casa,
me desgarra la luz como antaño la piel de los adolescentes,
y roe con su lepra la tela de mis sueños.
Es Maldoror que pasa.
Hasta el fin de los siglos levantará su canto rebelde contra el
mundo.
Su paso es una llaga sobre el rostro del tiempo.

Miss Havisham

> Cuando la ruina sea completa, me extenderán,
> ya muerta y vestida con mi traje nupcial,
> sobre la mesa de la boda.
> Charles Dickens, *Grandes ilusiones*

Aquí yace Miss Havisham,
lujosa vanidad del desencanto.
Un día se vistió para la dicha con su traje de muerte,
sin saberlo.
Era la hora exacta en que alcanzaba la música de un sueño
cuando alguien cortó con duro golpe las cuerdas mentirosas del amor,
y quedó desasida, cayendo hacia lo oscuro como una nube rota.
Todo fue clausurado.
No invadir el recinto donde una novia hueca recogió para el odio los escarchados trozos de su corazón.
Quien entró fue elegido para expiar ciegamente todo el llanto.
No levantar los sellos.
Las manos de la luz habrían dispersado los flotantes ropajes,
los manteles roídos por tenaces dinastías de insectos,
las aguas del espejo enturbiadas aún después de la caída de la última imagen,
los lugares desiertos donde los comensales serían calmos deudos
alrededor de una desenterrada,
de una novia marchita fosforeciendo aún en venganza y desprecio.
Ahora ya está muerta.
Pasad.
Esa es la escena que los años guardaron en orgulloso polvo de paciencia,

es la suntuosa urdimbre donde cayó como una colgadura envuelta por las llamas de su muerte.
Fue una espléndida hoguera.
Sí. Nada hace mejor fuego que la vana aridez,
que ese lóbrego infierno en que está ardiendo por una eternidad,
hasta que llegue Pip y escriba debajo de su nombre:
"la perdono".

Bartleby

> Había rehusado decir quién era, o de dónde venía,
> o si tenía algún pariente en el mundo.
> Herman Melville, *Bartleby*

Nadie supo quién fue.
Nunca estuvo más cerca de los hombres que de los mudos signos.
Él hubiera podido enumerar los días que soportó vestido de gris desesperanza,
o describir siquiera la sombra de los sueños sobre el muro vacío.
Mas prefirió no hacerlo.
Nos queda solamente la mascarilla pálida,
la mirada serena con que eludió el llamado de todos los destinos,
la imagen de su muerte desoladoramente semejante a su vida.
No queremos pensar que fue parte en nosotros,
que fue nuestra constancia a las pacientes leyes que ignoramos.
Todos hemos sentido alguna vez la pavorosa y ciega soledad del planeta,
y hasta el fondo del alma rueda entonces la piedrecilla cruel,
conmoviendo un misterio más grande que nosotros.
¡Oh Dios! ¿Es preciso saber que no podemos interpretar las cifras inscritas en el muro?
¿Es preciso que aullemos como perros perdidos en la noche o que seamos Bartleby con los brazos cruzados?
Preferimos no hacerlo.
Preferimos creer que Bartleby fue sólo memoria de consuelos, de perdón, de esperanzas que llegaron muy tarde para los que se fueron;
testigo de un gran fuego donde ardió la promesa de un tiempo que no vino.
No será en ese cielo. En otro nos veremos.

Él estará también pálidamente absorto contemplando la otra
cara del muro.
Deberá recordar una por una todas las cartas muertas.
Pero acaso aun entonces él prefiera no hacerlo.

...LIEVENS

> La niña se creía la única niña en el mundo, acaso.
> ¿Sabía siquiera que era una niña?
> Jules Supervielle, *La niña de alta mar*

Esa criatura ha muerto,
Charles Lievens.
¿Para qué detener su marcha en la obediencia de un idéntico día?
¿Por qué guardar su imagen como el ángel helado que habita una burbuja en el cristal del tiempo?
Nadie puede llegar a compartir su rostro.
Nadie puede llamarla del lado de la luz o el de las sombras.
No cantará en la rueda de la ronda celeste que gira con el humo en el azul atardecer,
ni habrá nunca una casa con olor a costumbres,
ni padre que atraviese sobre el mapa, después de cada viaje, la mariposa incierta del destino,
ni madre en cuyas lágrimas todos estén unidos por un mismo relámpago.
Porque sólo es el eco de tu ciega nostalgia memoriosa,
la flotante sonámbula que palpa las paredes en un perdido corredor del mar.
¿De qué vale que en nadie pueda morir ahora, si tampoco podemos morir entre su sangre?
Ya no la pienses más.
Somos tantos en otros, que acaso es necesario desenterrar del fondo de cada corazón el semblante distinto,
la bujía enterrada con que abrimos las últimas tinieblas,
para saber que estamos completamente muertos.
No la detengas más.

Déjale recobrar entre la muerte sus antiguas edades,
el olvidado nombre, la historia de los seres que son huecos desiertos en los vanos retratos,
la esperanza de ser algo más que la sombra de la sombra de un Dios que nos está soñando a todos, Charles Lievens.

James Waitt

Luchando contra grandes sombras,
aferrado a mentiras sin pudor,
saludando con penosa sonrisa el fin
de su transparente impostura.
Joseph Conrad, *El negro del Narcissus*

Yo, James Waitt,
hijo del miedo y la impostura,
tenía un cofre con monedas y un infame secreto.
Las monedas resonarán al paso de Donkin, el astuto emisario de mi muerte,
y el secreto me rozará la cara por los siglos como una rama seca.
¿Dónde está el verdadero James Waitt?
En un barco alcanzaba las riberas del ocio
simulando agonías más fastuosas que un incendio en los bosques.
Pero un día la cólera marina silbó sobre su espalda como un látigo.
¿Dónde está el verdadero James Waitt?
En un barco alcanzaba las afanosas islas
simulando un poder más obstinado que las raíces en la primavera.
Pero un día la codicia terrestre esgrimió la verdad como un relámpago.
Me arrojaron al mar envuelto en un sudario de amenaza y terror que llamaron plegaria.
¡Piedad para James Waitt,
que conquistó la vida con la faz engañosa de la muerte
y penetró en la muerte con el rostro ilusorio de la vida!
Nadie venga a buscarlo.
Rasguñará en el limo lo mismo que las ratas en la viscosidad del maderamen,
hasta que el mar lo sorba como a un brebaje oscuro tras la máscara

lisa de una lona.
Nadie diga su nombre para el último día.
James Waitt no tendrá rostro.

Andelsprutz

¿Por qué está muerta la ciudad de Andelsprutz
y cuándo se quedó sin alma?
Lord Dunsany, *Cuentos de un soñador*

Mi nombre era Andelsprutz,
infortunada hija de Akla muerta en el cautiverio.
Treinta guirnaldas fueron en mi frente la promesa y el llanto de mi madre.
Treinta guirnaldas fueron los treinta aniversarios en que el conquistador velaba iluminado por la luz de su espada.
Pero ninguna flor fue paz ni fue venganza.
Tan sólo mi locura
–ese árbol ardiendo entre la selva helada–
proclamó la caída de la última noche.
Y yo salí de mí siendo yo y siendo ajena lo mismo que las sombras.
Yo descendí mis gradas y marché hacia los montes con mi vestido gris de niña ciega que busca otra morada,
y los cabellos como un haz de llamas,
y el ángel del consuelo golpeándome la espalda con sus manos de polvo alucinado.
¿Dónde estaba la llave? ¿Dónde la puerta que abre el nuevo nacimiento?
Vinieron mis hermanas,
aquellas que hace siglos tienen un mismo rostro en la memoria,
en la pequeña eternidad que el hombre crea para sus propias muertes,
y alumbraron mi paso en la penumbra.
Nadie regresará por esas huellas porque Andelsprutz no es más la conquistada.

Viajeros, contempladme:
mis lámparas no encienden una reunión de gentes que entretejen esperanza y paciencia,
ni mis muros se estrían con las lágrimas de los que desesperan,
ni mi color es dulce y resignado como el de un viejo clima.
Mis frutos son apenas desabridos.
Conquistadores:
descansad tranquilos.
¿Qué puede profanar un sueño sin orgullo?
No guardáis más que piedras sobre piedras en honor de mi muerte.
Emisarios:
no traigáis más guirnaldas.
Y decid a mi madre que soy la bien venida
aquí, donde comienzo a ser la huérfana y ella un poco la ausente que ya no espero en vano.
(Del único testigo,
del que escuchó el aullido de las bestias y las campanas de las catedrales clamando con mi voz en el desierto,
de aquel que vio perderse mi alma fugitiva en las moradas de la lejanía,
alguien dirá que caminaba envuelto en sus propias tinieblas.
Pero decid, ¿quién puede sobrellevar a solas, sin quebranto, la imagen del prodigio?
Y más aún, decidme si un corazón amante y solitario,
si un árido sagrario donde ardemos irrevocablemente perdidos y llorados,
no puede ser tal vez nuestro sitio en el cielo.)

Carlos Fiala

> Estoy aquí porque me lo han mandado. No estoy aquí porque quiera nada para mí, ni para ser recompensado.
>
> Franz Werfel, *La muerte del pequeño burgués*

Nació un cinco de enero.
Tenía que vivir sesenta y cinco años porque así estaba escrito en todos los papeles.
No fue un rostro esperado,
ni el sueño de un jardín donde los girasoles son el tambor absorto del verano,
ni el miedo de partir y volver a llamar desde la lejanía sin que nadie responda.
No un obstinado afán de prolongar la gloria miserable de felpas y retratos.
Fue un humilde legado lo que su voluntad compraba día a día.
Día a día escuchamos el tintinear sombrío de la oscura moneda de la muerte.
Pero no lo sabíamos.
Del lado de los hombres el tiempo era tan sólo el color de unas hojas que perduran palideciendo hasta la extenuación.
Del lado de los hombres él yacía en su cuerpo lo mismo que el heroico morador de una casa donde todo ha caído,
donde légamo y ruinas se disputan un palmo de corazón aciago,
ese aliento que aún brota sofocado por la respiración de unas hiedras mortales,
la última memoria de una tierra baldía.
Del lado de los dioses el tiempo era una insignia de sangre y de coraje.
Del lado de los dioses él estaba de pie, insomne en su portal, aguardando el relevo.

En vano desfilaron las muchachas sedosas como un vaho estival,
los viejos compañeros del Regimiento Real de Infantería,
o los adoradores de unas sagradas leyes que acatara con todo su terror o toda su esperanza.
¿Qué podían las máscaras brillantes, los rastros engañosos para la cacería?
Él era el centinela de una dura consigna.
Ninguna otra obediencia, ningún otro castigo.
Hasta que las banderas enrojezcan la niebla
y un galope salvaje, un toque de trompetas resuenen como el trueno,
y el carruaje imperial atraviese la tierra rodando con la última moneda de la muerte.
Carlos Fiala, a la orden.
Murió el siete de enero.
Debajo de su almohada había un calendario y un ribete dorado.

Evangelina

Duerme aquí Evangelina.
Su dulce tierra fue tan leve
que en un día cualquiera la invadieron los cielos.
En ningún corazón tatuó su nombre como en una corteza.
Ningún semblante amado se sumergió en la aureola de su sueño.
Alguien recuerda a veces vagamente su vestido celeste:
"Acaso es el color de esa estación brumosa que envolvió con sus
gasas las altas alamedas...
o quizás el hechizo de algún cuento de infancia
donde había una barca abandonada llevando entre las noches de
cierto aniversario unas pálidas flores por los ríos".
Nadie lo sabrá nunca.
No es ésta la morada de ninguna memoria,
de ningún olvido.
Por eso aquí la hierba es sólo hierba,
pero hierba celeste.

La víspera del pródigo

Yo, el que vela arropado en la inocencia,
soy el que no partió cuando mi último soplo extinguió la bujía.
Pero ¿quién descifró lentamente los fabulosos signos?
¡Oh, lejano!
¿Quién buscaba en las nubes el espejo donde duerme la imagen de secretos países?
¿Quién oía otras voces quejándose en el viento contra el cristal golpeado?
¿Quién inscribió con fuego su nombre en los maderos para que fuese anuncio ardiente por las playas?
¡Oh, mensajeros!
Otro es el que se fue.
Mas por su rostro paso a veces como si aún se viera en el globo azogado de la infancia que el tiempo balancea;
y hasta mí llega a veces, tras las frondas errantes, el fulgor de su mísera realeza.
No me juzguéis ahora.
Esperadlo conmigo.
Su muerte ha de alcanzarme tanto como su vida.

El Pródigo

Aquí hay un tibio lecho de perdón y condenas
–injurias del amor–
para la insomne rebeldía del Pródigo.
Sí. Otra vez como antaño alguien se sobrecoge cuando la soledad asciende con un canto radiante por los muros,
y el aliento remoto de lo desconocido le recorre la piel lo mismo que la cresta de una ola salvaje.
"Levántate. Es la hora en que serás eterno".
Y otra vez como antaño alguien corta sin lágrimas unas ajadas cintas que lo ataban al cuadro familiar
y sepulta una llave bajo el ácido musgo del olvido.
Detrás queda una casa en donde su memoria será sombra y relámpago.
Él probará otros frutos más amargos que el llanto de la madre,
arderá en otras fiebres cuyas cóleras ciegas aniquilen la maldición del padre,
despertará entre harapos más brillantes que el codicioso imperio del hermano.
¿Hay algún sitio aún donde la libertad levante para él su desafío?
Allí está su respuesta: una furiosa ley sin paz y sin amparo.
Pero noche tras noche,
mientras la sed, el hambre y el deseo dormitan junto al fuego como errantes mendigos que soñaran una fábula espléndida,
otras escenas vuelven tras el cristal brumoso de su llanto
y un solo rostro surge desde el fondo de los gastados rostros
lo mismo que el monarca a través de la herrumbre de las viejas monedas.
Es el antiguo amor.
El elegido ahora cuando el Pródigo torna a rescatar la llave de la casa.

Ha pagado su precio con el mismo sudario de un gran sueño.
¡Oh redes, duras redes que intentáis contener el viento de setiembre:
permitidle pasar!
No vino por perdón: no le obliguéis a expiar con el orgullo.
No vino por condena: no le obliguéis a amar con indulgencia.
Otra vez como antaño sólo vino con un ramo de ofrendas a cambio de otros dones.
No haya más juez que tú,
Dios implacable y justo.

Olga Orozco

Yo, Olga Orozco, desde tu corazón digo a todos que muero.
Amé la soledad, la heroica perduración de toda fe,
el ocio donde crecen animales extraños y plantas fabulosas,
la sombra de un gran tiempo que pasó entre misterios y entre alucinaciones,
y también el pequeño temblor de las bujías en el anochecer.
Mi historia está en mis manos y en las manos con que otros las tatuaron.
De mi estadía quedan las magias y los ritos,
unas fechas gastadas por el soplo de un despiadado amor,
la humareda distante de la casa donde nunca estuvimos,
y unos gestos dispersos entre los gestos de otros que no me conocieron.
Lo demás aún se cumple en el olvido,
aún labra la desdicha en el rostro de aquella que se buscaba en mí igual que en un espejo de sonrientes praderas,
y a la que tú verás extrañamente ajena:
mi propia aparecida condenada a mi forma de este mundo.
Ella hubiera querido guardarme en el desdén o en el orgullo,
en un último instante fulmíneo como el rayo,
no en el túmulo incierto donde alzo todavía la voz ronca y llorada
entre los remolinos de tu corazón.
No. Esta muerte no tiene descanso ni grandeza.
No puedo estar mirándola por primera vez durante tanto tiempo.
Pero debo seguir muriendo hasta tu muerte
porque soy tu testigo ante una ley más honda y más oscura que los cambiantes sueños,
allá, donde escribimos la sentencia:
"Ellos han muerto ya.

Se habían elegido por castigo y perdón, por cielo y por infierno. Son ahora una mancha de humedad en las paredes del primer aposento".

Los juegos peligrosos

1962

Lo eterno es uno, pero tiene
muchos nombres.

RIG - VEDA

La cartomancia

Oye ladrar los perros que indagan el linaje de las sombras,
óyelos desgarrar la tela del presagio.
Escucha. Alguien avanza
y las maderas crujen debajo de tus pies como si huyeras sin cesar
y sin cesar llegaras.
Tú sellaste las puertas con tu nombre inscripto en las cenizas de
ayer y de mañana.
Pero alguien ha llegado.
Y otros rostros te soplan el rostro en los espejos
donde ya no eres más que una bujía desgarrada,
una luna invadida debajo de las aguas por triunfos y combates,
por helechos.

Aquí está lo que es, lo que fue, lo que vendrá, lo que puede
venir.
Siete respuestas tienes para siete preguntas.
Lo atestigua tu carta que es el signo del Mundo:
a tu derecha el Ángel,
a tu izquierda el Demonio.

¿Quién llama?, ¿pero quién llama desde tu nacimiento hasta tu
muerte
con una llave rota, con un anillo que hace años fue enterrado?
¿Quiénes planean sobre sus propios pasos como una bandada
de aves?
Las Estrellas alumbran el cielo del enigma.
Mas lo que quieres ver no puede ser mirado cara a cara

porque su luz es de otro reino.
Y aún no es hora. Y habrá tiempo.

Vale más descifrar el nombre de quien entra.
Su carta es la del Loco, con su paciente red de cazar mariposas.
Es el huésped de siempre.
Es el alucinado Emperador del mundo que te habita.
No preguntes quién es. Tú lo conoces
porque tú lo has buscado bajo todas las piedras y en todos los abismos
y habéis velado juntos el puro advenimiento del milagro:
un poema en que todo fuera ese todo y tú
–algo más que ese todo–.
Pero nada ha llegado.
Nada que fuera más que estos mismos estériles vocablos.
Y acaso sea tarde.

Veamos quién se sienta.
La que está envuelta en lienzos y grazna mientras hila deshilando tu sábana
tiene por corazón la mariposa negra.
Pero tu vida es larga y su acorde se quebrará muy lejos.
Lo leo en las arenas de la Luna donde está escrito el viaje,
donde está dibujada la casa en que te hundes como una estría pálida
en la noche tejida con grandes telarañas por tu Muerte hilandera.
Mas cuídate del agua, del amor y del fuego.

Cuídate del amor que es quien se queda.
Para hoy, para mañana, para después de mañana.
Cuídate porque brilla con un brillo de lágrimas y espadas.
Su gloria es la del Sol, tanto como sus furias y su orgullo.
Pero jamás conocerás la paz,

porque tu Fuerza es fuerza de tormentas y la Templanza llora de
cara contra el muro.
No dormirás del lado de la dicha,
porque en todos tus pasos hay un borde de luto que presagia el
crimen o el adiós,
y el Ahorcado me anuncia la pavorosa noche que te fue destinada.

¿Quieres saber quién te ama?
El que sale a mi encuentro viene desde tu propio corazón.
Brillan sobre su rostro las máscaras de arcilla y corre bajo su piel
la palidez de todo solitario.
Vino para vivir en una sola vida un cortejo de vidas y de muertes.
Vino para aprender los caballos, los árboles, las piedras,
y se quedó llorando sobre cada vergüenza.
Tú levantaste el muro que lo ampara, pero fue sin querer la
Torre que lo encierra:
una prisión de seda donde el amor hace sonar sus llaves de insobornable carcelero.
En tanto el Carro aguarda la señal de partir:
la aparición del día vestido de Ermitaño.
Pero no es tiempo aún de convertir la sangre en piedra de memoria.
Aún estáis tendidos en la constelación de los Amantes,
ese río de fuego que pasa devorando la cintura del tiempo que
os devora,
y me atrevo a decir que ambos pertenecéis a una raza de náufragos
que se hunden sin salvación y sin consuelo.

Cúbrete ahora con la coraza del poder o del perdón, como si
no temieras,
porque voy a mostrarte quién te odia.
¿No escuchas ya batir su corazón como un ala sombría?
¿No la miras conmigo llegar con un puñal de escarcha a tu
costado?

Ella, la Emperatriz de tus moradas rotas,
la que funde tu imagen en la cera para los sacrificios,
la que sepulta la torcaza en tinieblas para entenebrecer el aire de tu casa,
la que traba tus pasos con ramas de árbol muerto, con uñas en menguante, con palabras.
No fue siempre la misma, pero quienquiera que sea es ella misma,
pues su poder no es otro que el ser otra que tú.
Tal es su sortilegio.
Y aunque el Cubiletero haga rodar los dados sobre la mesa del destino,
y tu enemiga anude por tres veces tu nombre en el cáñamo adverso,
hay por lo menos cinco que sabemos que la partida es vana,
que su triunfo no es triunfo
sino tan sólo un cetro de infortunio que le confiere el Rey deshabitado,
un osario de sueños donde vaga el fantasma del amor que no muere.

Vas a quedarte a oscuras, vas a quedarte a solas.
Vas a quedarte en la intemperie de tu pecho para que hiera quien te mata.
No invoques la Justicia. En su trono desierto se asiló la serpiente.
No trates de encontrar tu talismán de huesos de pescado,
porque es mucha la noche y muchos tus verdugos.
Su púrpura ha enturbiado tus umbrales desde el amanecer
y han marcado en tu puerta los tres signos aciagos
con espadas, con oros y con bastos.
Dentro de un círculo de espadas te encerró la crueldad.
Con dos discos de oro te aniquiló el engaño de párpados de escamas.
La violencia trazó con su vara de bastos un relámpago azul en tu garganta.
Y entre todos tendieron para ti la estera de las ascuas.

He aquí que los Reyes han llegado.
Vienen para cumplir la profecía.
Vienen para habitar las tres sombras de muerte que escoltarán
tu muerte
hasta que cese de girar la Rueda del Destino.

Espejos a distancia

I

Tú, testigo tan implacable y fiel como la piedra al sol del mediodía,
búscame en algún sitio donde sea más fuerte que el sabor del tiempo,
tráeme desde algún lugar donde las aguas del diluvio hayan bajado,
y yo esté allí aún,
envuelta con el manto de los invulnerables
después de toda prueba.

Y es como una burbuja desprendida de la espuma del cielo.
Veo abierta de par en par una ventana sólo para salir a la intemperie,
sólo para seguir este reguero de migajas sombrías que lleva hasta la muerte.
Veo un jardín inmenso sepultado en la huella de una pata de pájaro.
Y la casa que crece entre los sueños con raíces de locura furiosa,
la casa que simula a la distancia navíos y combates,
se ha levantado y anda debajo de la arena.
Veo unas gradas en las que retumba la cabeza del miedo
–olas, galope y trueno–,
cercenada de pronto por el primer cuchillo que guardo en la nostalgia.
Cae, cae conmigo hasta el regazo.
¡Oh piedad! ¡Oh sangre siempre insomne del corazón materno,
lúcida como la hierba me has guardado!

Y yo tengo en los ojos el tamaño de lo irrecobrable.
Soy apenas ese fulgor del oro perdido que cualquiera puede mirar desde sus propias lágrimas.

II

Tú, ladrón de la gloria y la miseria,
merodeador de tantas escenas
que se encienden después igual que un talismán en el fondo del alma,
desentierra el lejano amor del huésped,
ábreme las cavernas donde fui arrebatada con ese brillo de ascua,
déjame contemplar en la nostalgia de esas vivas estatuas que miran hacia atrás.

Y es un vapor que sube desde cada caldera donde me están hirviendo,
un vaho de salvajes corazones en el ritual del hambre,
un humo de expiación que asciende desde el fin de toda hoguera.
¿Quién era yo, desnuda, bajo esos velos de eternidad tejidos por la sed en el palacio de los espejismos?
Cara de cuenco blanco, hecha para beber el ácido brebaje del olvido:
no me puedo mirar.
¿Quién era yo en un lecho con orillas de río, en una barca en llamas que corría más allá del abismo?
Cara de cuenco rojo, roída por los dientes veloces del deseo:
quienquiera que te vio te ha perdido entre mil.
¿Quién era yo con una piedra de inocencia en cada mano para ahuyentar las invencibles sombras?
Cara de cuenco negro, trizada por el golpe del engaño:
nadie ha quedado en ti.
¿Quién era yo?
¿Quién era, puñado de cenizas?

III

Tú, cómplice de la rampa del abismo,
con ese brillo de ángel caído entre dos mundos,
ilumina este rostro que pugna por asomar desde mi nacimiento,
muéstrame a la que mide con mirada de siglos la distancia que
me aparta de mí,
a la que marca con un tatuaje fúnebre todo cuanto me habita,
lo mismo que una herida.

Y es como una bujía que asciende desde el fondo del estanque.
Hay un fulgor de verde venenoso,
una luna que avanza como la emanación de vegetales milenarios.
Ella pega sus mejillas de reina leprosa contra el cristal del in-
vernáculo.
–Carne desconocida,
carne vuelta hacia adentro para sentir pasar el arenal del mundo,
carne absorta, arrojada a la costa por el desdén del alma–.
Yo no entiendo esta piel con que me cubren para deshabitarme.
No comprendo esta máscara que anuncia que no estoy.
¿Y estos ojos donde está suspendida la tormenta?
¿Esta mirada de ave embalsamada en mitad de su vuelo?
¿He transportado años esta desolación petrificada?
¿La he llevado conmigo para que me tapiara como un muro la
tierra prometida?
Entonces, este cuerpo ¿habrá estado tal vez tan lejos de la vida
como ahora está lejos de su muerte?
Sin embargo la tierra en algún lado está partida en dos;
en algún lado acaba de cambiarse en una cifra inútil sobre las
tablas de la revelación;
en algún lado,
donde yo soy a un tiempo la esfinge y la respuesta.
Que se calle mi nombre en esa boca como en un sepulcro.
Voy a empezar a hablar entre los muertos.
Voy a quedarme muda.

No hay puertas



Con arenas ardientes que labran una cifra de fuego sobre el tiempo,
con una ley salvaje de animales que acechan el peligro desde su madriguera,
con el vértigo de mirar hacia arriba,
con tu amor que se enciende de pronto como una lámpara en medio de la noche,
con pequeños fragmentos de un mundo consagrado para la idolatría,
con la dulzura de dormir con toda tu piel cubriendo el costado del miedo,
a la sombra del ocio que abría tiernamente un abanico de praderas celestes,
hiciste día a día la soledad que tengo.

Mi soledad está hecha de ti.
Lleva tu nombre en su versión de piedra,
en un silencio tenso donde pueden sonar todas las melodías del infierno;
camina junto a mí con tu paso vacío,
y tiene, como tú, esa mirada de mirar que me voy más lejos cada vez,
hasta un fulgor de ayer que se disuelve en lágrimas, en nunca.

La dejaste a mis puertas como quien abandona la heredera de un reino del que nadie sale y al que jamás se vuelve.
Y creció por sí sola,
alimentándose con esas hierbas que crecen en los bordes del recuerdo

y que en las noches de tormenta producen espejismos misteriosos,
escenas con que las fiebres alimentan sus mejores hogueras.

La he visto así poblar las alamedas con los enmascarados que inmolan el amor
–personajes de un mármol invencible, ciego y absorto como la distancia–,
o desplegar en medio de una sala esa lluvia que cae junto al mar,
lejos, en otra parte,
donde estarás llenando el cuenco de unos años con un agua de olvido.
Algunas veces sopla sobre mí con el viento del sur
un canto huracanado que se quiebra de pronto en un gemido en la garganta rota de la dicha,
o trata de borrar con un trozo de esperanza raída
ese adiós que escribiste con sangre de mis sueños en todos los cristales
para que hiera todo cuanto miro.

Mi soledad es todo cuanto tengo de ti.
Aúlla con tu voz en todos los rincones.
Cuando la nombro con tu nombre
crece como una llaga en las tinieblas.

Y un atardecer levantó frente a mí
esa copa del cielo que tenía un color de álamos mojados y en la que hemos bebido el vino de eternidad de cada día,
y la rompió sin saber, para abrirse las venas,
para que tú nacieras como un dios de su espléndido duelo.
Y no pudo morir
y su mirada era la de una loca.

Entonces se abrió un muro
y entraste en este cuarto con una habitación que no tiene salidas
y en la que estás sentado, contemplándome, en otra soledad
semejante a mi vida.

Repetición del sueño

Como una criatura alucinada
a quien ya sólo guiara la incesante rotación de la luna entre los
 médanos,
o como un haz de mariposas amarillas sumergidas por el farol
 de las tormentas
en el vértigo del miedo y de la oscuridad,
o quizá más aún como la ahogada que desciende hasta el fondo
 del estanque
girando con un lento remolino de adiós,
así voy convocada, sin remedio,
hasta alcanzar mi sombra de extranjera en la niebla,
hasta pasar los muros que llevan paso a paso a la condena,
hasta entrar en la noche en que el malhechor asume las aparien-
 cias del sueño
para mejor herir sin ningún desafío.
Ése es mi más allá tras la única puerta que se abre cada día hacia
 la misma jaula
en donde la costumbre grazna sobre sus alimentos de naufragio.

Él me espera vestido de terciopelo negro,
envuelto por la dulce pesadumbre del duelo que no llega jamás,
y su rostro vacío, fundiéndose en la nieve dorada de otro tiempo,
exhala una luz muerta,
un fulgor como de viejas lágrimas guardadas para la acusación.
Yo me acerco a través de esos relampagueantes espejismos de
 ayer que me anuncian una vez más mi propio sacrificio,
pero debo llegar
igual que un personaje prometido por las mareas del pasado

para un día cualquiera,
a la hora azul pálido de las inmolaciones,
hasta un lugar que ahora es el sueño que se pierde conmigo y nadie sabe.
Porque ahora él separa con este solo golpe de cuchillo la envoltura del mundo
y abre de par en par los grandes cielos de las transformaciones.

Sin embargo, esta herida del corazón por donde salgo,
estas gradas sin fin por donde ruedo con la velocidad de la distancia,
estas aguas que giran y se aquietan de pronto para cristalizar en una sombra igual a mi destino,
me conducen de nuevo a la cárcel de espejos que arroja cada noche a la noche en que muero.

Aunque nada me diga al despertar que yo sea yo misma.

Una palabra oscura puede quedar zumbando dentro del corazón.
Una palabra oscura puede ser el misterio de otros nombres que tuve.
Una palabra oscura puede volver a levantar el fuego y la ceniza.

"Matrika Doléesa,
llora por mí.
Matrika Doléesa,
vuelve por mí.
Ven a buscar el ascua del esplendor
sepultada en mi mano".

Y unas ramas sobre la cabeza bastan
para desenterrar una reina borrada por las plumas de un dominio salvaje.
Conservo de ese tiempo el tatuaje que deja una sombra de triste idolatría en todo cuanto toco,
una respiración de plantas sofocadas que exhalan un veneno semejante al del sueño,
el puñado de piedras siemprevivas donde hierve la sangre de mis antepasados,
un poder en tinieblas encerrado por el vuelo de un pájaro
y esta máscara fúnebre que avanza desde el fondo de mi rostro cuando nadie me mira.
Entre las ceremonias del amor
ninguna es comparable al matrimonio del sol y de la luna.
El sabor de los días es como un talismán que preservara del gusto de morir,

y el éxtasis y el pavor son como dos tormentas que vienen y se van
llevadas por el bostezo de una larga, larguísima pereza.

"Griska Soledama,
no llores por mí.
Griska Soledama,
no vuelvas por mí.
Rompe el cristal de invierno
donde guardas mis lágrimas".

Y desde no sé dónde, los cabellos llorosos
anudados por unas cintas grises que despliegan un viaje de huérfana en la lluvia
vuelven con el color de la nostalgia.
He guardado ese rostro como de ramo hallado en una tumba,
un pedazo de vidrio para verme pasar embalsamada delante del cortejo de lo que nunca vuelve,
y las historias del amor o el miedo
labradas por el llanto sobre unas piedrecitas que señalan mi descenso al olvido.
Alguien me llama a veces desde una casa que hunde sus raíces de arena en la distancia que llamamos nunca,
y otras veces despierto en mi memoria con el olor de los países donde nunca estuve.
Porque mi exilio está conmigo.
Cuando me alejo crezco, como las catedrales.
Quienes más me conocen me recuerdan como a una bujía apenas entrevista detrás de una ventana,
o las aparecidas que surgen desde el fondo del estanque en su ataúd de hierbas,
y llaman desde el costado de la luz a ciegas,
llaman.

"Darvantara Sarolam,
junta nuestros despojos.
Darvantara Sarolam,
búscanos la salida.
Toma el grano de trigo funerario,
tómalo desde el fondo de cada eternidad".

Entonces, la que no duerme en mí
levanta la cabeza de sonámbula como una luminaria entre las colgaduras de la fiebre.
Siempre este gusto a sed,
esta mano que incendia con mi mano las grandes asambleas de la sombra,
esta mirada que no ve para mirar mejor debajo de las aguas.
Yo escarbo en mi memoria otra memoria como un desván en llamas
donde se ocultan cifras entretejidas con molduras,
enigmas disfrazados de falsos personajes de la ley,
revelaciones encubiertas con ropones de hiedra, entre restos de espejos,
poderes enmascarados por la promesa de la muerte.
Todo arde aquí, inmóvil en su envoltura inalcanzable.
Y alguien da la señal.
Las aguas suben en una estría azul que rompe las paredes.
Voy a poder mirar.
Voy a desenterrar la palabra perdida entre las ruinas de cada nacimiento.

¿Y este nombre secreto con que me nombran todos y se nombran?
Ya soy ajena a mí,
pero es el mundo entero quien emigra conmigo
como un solo organismo arrebatado de cada cautiverio, de cada soledad,
por esa bocanada de las grandes nostalgias.

Y de pronto, ¿este desgarramiento,
esta palpitación en medio de la noche que corta su atadura en la vena más honda de la tierra,
este fondo de barca que asciende sobre un lecho de plumaje celeste,
este portal aún entre la niebla,
este solo recuerdo del porvenir desde el comienzo de los siglos?
¿Quién soy? ¿Y dónde? ¿Y cuándo?

Día para no estar

Vete, día maldito;
guarda bajo tus párpados de yeso la mirada de lobo que me olvida mejor;
camina sobre mí con tu paso salvaje, simulando un desierto entre el hambre y la sed,
para que todos crean que no estoy,
que soy una señal de adiós sobre las piedras;
cierra de par en par, lejos de mí, tus fauces sin crueldad y sin misericordia,
como si fuera ya la invulnerable,
aquella que sin pena puede probarse ya los gestos de los otros;
y tiéndete a dormir, bajo la ciega lona de los siglos,
el sueño en que me arrojas desde ayer a mañana:
esta escarcha que corre por mi cara.
Aun así, he de llegar contigo.
Aun así, has de resucitar conmigo entre los muertos.

El adiós

La sentencia era como esos calcos en que el relieve del amor deja un vacío semejante a sus culpas.
Me arrojaron al mundo en mi ataúd de hielo.
Una tierra sin nombre todavía corrió sobre este rostro con que habito en la desconocida:
era la tierra del castigo.
Era la hora en que comienzo a despertar entre los muertos con la evidencia de un anillo roto,
un vestido de momia desprendido de las vendas del cielo
y un espejo de sal donde puede leerse mi destino.
El porvenir no es nada más que mirar hacia atrás.

Debajo de esas nubes desgarradas
hay una casa en llamas
en donde los amantes trasmutaban en oro de eternidad el resplandor de un día,
o tomaban las apariencias de ladrones de pájaros
aprisionando entre los hilos del ocio las metamorfosis de sus propias imágenes.
Hay una luz dorada que hiere hasta las lágrimas;
hay un lecho también
como una barca invadida por el follaje del deseo
–unas hojas carnosas que exhalan el perfume de los más largos viajes–.
Y había siempre y nunca
como ahora vueltos de pronto boca abajo.

Corazón repudiado,
animal aterido en uno de los dos costados de tu sangre,
ignorabas entonces que tendrías la forma de un retablo de la creación hecho pedazos,
que alguna vez la noche del adiós te nombraría en voz muy baja
como nombra la soledad a sus testigos,
o como llaman aquellos que se van a los que nunca vuelven.

Ahora, de espaldas contra el muro que custodia el guardián de todo nacimiento,
sólo te quedan las apariciones,
el fantasma de un tiempo que gritará contigo en el estanque muerto de algún sueño,
cuando él duerme, tan lejos en su adiós.
Un soborno de plumas para una ley de fuego.

Para hacer un talismán

Se necesita sólo tu corazón
hecho a la viva imagen de tu demonio o de tu dios.
Un corazón apenas, como un crisol de brasas para la idolatría.
Nada más que un indefenso corazón enamorado.
Déjalo a la intemperie,
donde la hierba aúlle sus endechas de nodriza loca
y no pueda dormir,
donde el viento y la lluvia dejen caer su látigo en un golpe de azul escalofrío
sin convertirlo en mármol y sin partirlo en dos,
donde la oscuridad abra sus madrigueras a todas las jaurías
y no logre olvidar.
Arrójalo después desde lo alto de su amor al hervidero de la bruma.
Ponlo luego a secar en el sordo regazo de la piedra,
y escarba, escarba en él con una aguja fría hasta arrancar el último grano de esperanza.
Deja que lo sofoquen las fiebres y la ortiga,
que lo sacuda el trote ritual de la alimaña,
que lo envuelva la injuria hecha con los jirones de sus antiguas glorias.
Y cuando un día un año lo aprisione con la garra de un siglo,
antes que sea tarde,
antes que se convierta en momia deslumbrante,
abre de par en par y una por una todas sus heridas:
que las exhiba al sol de la piedad, lo mismo que el mendigo,
que plaña su delirio en el desierto,
hasta que sólo el eco de un nombre crezca en él con la furia del hambre;
un incesante golpe de cuchara contra el plato vacío.

Si sobrevive aún,
si ha llegado hasta aquí hecho a la viva imagen de tu demonio
o de tu dios,
he ahí un talismán más inflexible que la ley,
más fuerte que las armas y el mal del enemigo.
Guárdalo en la vigilia de tu pecho igual que a un centinela.
Pero vela con él.
Puede crecer en ti como la mordedura de la lepra,
puede ser tu verdugo.
¡El inocente monstruo, el insaciable comensal de tu muerte!

Madre: es tu desamparada criatura quien te llama,
quien derriba la noche con un grito y la tira a tus pies como un telón caído
para que no te quedes allí, del otro lado,
donde tan sólo alcanzas con tus manos de ciega a descifrarme en medio de un muro de fantasmas hechos de arcilla ciega.
Madre: tampoco yo te veo,
porque ahora te cubren las sombras congeladas del menor tiempo y la mayor distancia,
y yo no sé buscarte,
acaso porque no supe aprender a perderte.
Pero aquí estoy, sobre mi pedestal partido por el rayo,
vuelta estatua de arena,
puñado de cenizas para que tú me inscribas la señal,
los signos con que habremos de volver a entendernos.
Aquí estoy, con los pies enredados por las raíces de mi sangre en duelo,
sin poder avanzar.
Búscame entonces tú, en medio de este bosque alucinado
donde cada crujido es tu lamento,
donde cada aleteo es un reclamo de exilio que no entiendo,
donde cada cristal de nieve es un fragmento de tu eternidad,
y cada resplandor, la lámpara que enciendes para que no me pierda entre las galerías de este mundo.
Y todo se confunde.
Y tu vida y tu muerte se mezclan con las mías como las máscaras de las pesadillas.
Y no sé dónde estás.
En vano te invoco en nombre del amor, de la piedad o del perdón,

como quien acaricia un talismán,
una piedra que encierra esa gota de sangre coagulada capaz de revivir en el más imposible de los sueños.
Nada. Solamente una garra de atroces pesadumbres que descorre la tela de otros años
descubriendo una mesa donde partes el pan de cada día,
un cuarto donde alisas con manos de paciencia esos pliegues que graban en mi alma la fiebre y el terror,
un salón que de pronto se embellece para la ceremonia de mirarte pasar
rodeada por un halo de orgullosa ternura,
un lecho donde vuelves de la muerte sólo por no dolernos demasiado.
No. Yo no quiero mirar.
No quiero aprender otra vez el nombre de la dicha en el momento mismo en que roen su rostro los enormes agujeros,
ni sentir que tu cuerpo detiene una vez más esa desesperada marea que lo lleva,
una vez más aún,
para envolverme como para siempre en consuelo y adiós.
No quiero oír el ruido del cristal trizándose,
ni los perros que aúllan a las vendas sombrías,
ni ver cómo no estás.
Madre, madre, ¿quién separa tu sangre de la mía?,
¿qué es eso que se rompe como una cuerda tensa golpeando las entrañas?,
¿qué gran planeta aciago deja caer su sombra sobre todos los años de mi vida?
¡Oh, Dios! Tú eras cuanto sabía de ese olvidado país de donde vine,
eras como el amparo de la lejanía,
como un latido en las tinieblas.
¿Dónde buscar ahora la llave sepultada de mis días?
¿A quién interrogar por el indescifrable misterio de mis huesos?
¿Quién me oirá si no me oyes?
Y nadie me responde. Y tengo miedo.

Los mismos miedos a lo largo de treinta años.
Porque día tras día alguien que se enmascara juega en mí a las alucinaciones y a la muerte.
Yo camino a su lado y empujo con su mano esa última puerta,
esa que no logró cerrar mi nacimiento
y que guardo yo misma vestida con un traje de centinela funerario.
¿Sabes? He llegado muy lejos esta vez.
Pero en el coro de voces que resuenan como un mar sepultado
no está esa voz de hoja sombría desgarrada siempre por el amor o por la cólera;
en esas procesiones que se encienden de pronto como bujías instantáneas
no veo iluminarse ese color de espuma dorada por el sol;
no hay ninguna ráfaga que haga arder mis ojos con tu olor a resina;
ningún calor me envuelve con esa compasión que infundiste a mis huesos.
Entonces, ¿dónde estás?, ¿quién te impide venir?
Yo sé que si pudieras acariciarías mi cabeza de huérfana.
Y sin embargo sé también que no puedes seguir siendo tú sola,
alguien que persevera en su propia memoria,
la embalsamada a cuyo alrededor giran como los cuervos unos pobres jirones de luto que alimenta.
Y aunque cumplas la terrible condena de no poder estar cuando te llamo,
sin duda en algún lado organizas de nuevo la familia,
o me ordenas las sombras,
o cortas esos ramos de escarcha que bordan tu regazo para dejarlos a mi lado cualquier día,
o tratas de coser con un hilo infinito la gran lastimadura de mi corazón.

Estatua del azul, deshabitada,
bella estatua de sal,
desconocida fatalidad adonde voy con los ojos abiertos y la memoria a ciegas:
¿eres tú quien me llama con una gran nostalgia, fuerte como el amor?
¿eres tú quien me aspira de pronto hacia la ronca garganta de los siglos?
¿eres acaso tú, incesante comienzo de mi culpa?
(¡Oh alma!, ¿adónde vas?,
¿adónde vas con las tinieblas y la luz como dos alas abiertas para el vuelo?)
Estatua del azul: yo no puedo volver.
Me exilaste de ti para que consumiera tu lado tenebroso.
Y aún tengo las dos caras con que rodé hasta aquí, igual que una moneda;
y la piedra que anudaste a mi cuello para que fuese dura la caída;
y la sombra que arrastro
–esta mancha de escarnio que pregona tu condena en el mundo–.
(¡Oh sangre!, ¿adónde vas?,
¿adónde vas como el doble de Dios y con la espada hundida en tu costado?)
Bella estatua de sal: tú no puedes llegar.
Te desterraste en mí para escarbarme con uñas y con dientes,
para cavar debajo de mi corazón esta tumba del cielo
donde caes y caes expiación hacia abajo y plegaria hacia adentro.
Reconoce la herida: mírala en todas partes.
Es la desgarradura con que habitas en todo cuanto miro,
el paraíso roto,

la señal del exilio que te lleva a partir y a volver a nacer en este
mismo oficio de tinieblas,
la morada de paso para el crimen,
el pecado de muerte que te convierte en juez, en mártir y en
verdugo
hasta que se desprenda en negro polvo la mascarilla última,
esa que te recubre con la cara del hombre.

¡Oh Dios, mitad de Dios cautiva de Dios mismo!
¿Quién llama cuando llamo? ¿Quién? ¿Quién pide socorro des-
de todas partes?
Hay aquí una escalera,
una sola escalera sin tinieblas para el día tercero.

Llega en cada tormenta

¿Y no sientes acaso tú también un dolor tormentoso sobre la piel
del tiempo,
como de cicatriz que vuelve a abrirse allí
donde fue descuajado de raíz el cielo?
¿Y no sientes a veces que aquella noche junta sus jirones en un
ave agorera,
que hay un batir de alas contra el techo,
como un entrechocar de inmensas hojas de primavera en duelo,
o de palmas que llaman a morir?
¿Y no sientes después que el expulsado llora,
que es un rescoldo de ángel caído en el umbral,
aventado de pronto igual que la mendiga por una ráfaga extranjera?
¿Y no sientes conmigo que pasa sobre ti
una casa que rueda hacia el abismo con un chocar de loza trizada
por el rayo,
con dos trajes vacíos que se abrazan para un viaje sin fin,
con un chirriar de ejes que se quiebran de pronto como las rotas
frases del amor?
¿Y no sientes entonces que tu lecho se hunde como la nave de
una catedral
arrastrada por la caída de los cielos,
y que un agua viscosa corre sobre tu cara hasta el juicio final?

Es otra vez el légamo.
De nuevo el corazón arrojado en el fondo del estanque,
prisionero de nuevo entre las ondas con que se cierra un sueño.

Tiéndete como yo en esta miserable eternidad de un día.
Es inútil aullar.
De estas aguas no beben las bestias del olvido.

Para destruir a la enemiga

Mira a la que avanza desde el fondo del agua borrando el día con sus manos,
vaciando en piedra gris lo que tú destinabas a memoria de fuego,
cubriendo de cenizas las más bellas estampas prometidas por las dos caras de los sueños.
Lleva sobre su rostro la señal:
ese color de invierno deslumbrante que nace donde mueres,
esas sombras como de grandes alas que barren desde siempre todos los juramentos del amor.

Cada noche, a lo lejos, en esa lejanía donde el amante duerme con los ojos abiertos a otro mundo adonde nunca llegas,
ella cambia tu nombre por el ruido más triste de la arena;
tu voz, por un sollozo sepultado en el fondo de la canción que nadie ya recuerda;
tu amor, por una estéril ceremonia donde se inmola el crimen y el perdón.
Cada noche, en el deshabitado lugar adonde vuelves,
ella pone a secar la cifra de tu edad al bajar la marea,
o cose con el hilo de tus días la noche del adiós,
o prepara con el sabor del tiempo más hermoso ese turbio brebaje que paladeas en la soledad,
ese ardiente veneno que otros llaman nostalgia
y que tan lentamente transforma el corazón en un puñado de semillas amargas.

No la dejes pasar.

Apaga su camino con la hoguera del árbol partido por el rayo.
Arroja su reflejo donde corran las aguas para que nunca vuelva.
Sepulta la medida de su sombra debajo de tu casa para que por su boca la tierra la reclame.
Nómbrala con el nombre de lo deshabitado.
Nómbrala.
Nómbrala con el frío y el ardor,
con la cera fundida como una nieve sucia donde cae la forma de su vida,
con las tijeras y el puñal,
con el rastro de la alimaña herida sobre la piedra negra,
con el humo del ascua,
con la fosa del imposible amor abierta al rojo vivo en su costado,
con la palabra de poder
nómbrala y mátala.

Y no olvides sepultar la moneda.
Hacia arriba la noche bajo el pesado párpado del invierno más largo.
Hacia abajo la efigie y la inscripción:
"Reina de las espadas,
Dama de las desdichas,
Señora de las lágrimas:
en el sitio en que estés con dos ojos te miro,
con tres nudos te ato,
la sangre te bebo
y el corazón te parto".

Si miras otra vez en el fondo del vaso,
sólo verás ahora una descolorida cicatriz cuyos bordes se cierran donde se unen las aguas,
pero pueden abrirse en otra herida, adonde nadie sabe.

Porque ella te fue anunciada en el séptimo día
–en el día primero de tu culpa–,
y asumiste su nombre con el tuyo,
con los nombres vacíos, con el amor y con el número,
con el mismo collar de sal amarga que anuda la condena a tu garganta.

Entre perro y lobo

Me clausuran en mí.
Me dividen en dos.
Me engendran cada día en la paciencia
y en un negro organismo que ruge como el mar.
Me recortan después con las tijeras de la pesadilla
y caigo en este mundo con media sangre vuelta a cada lado:
una cara labrada desde el fondo por los colmillos de la furia a solas,
y otra que se disuelve entre la niebla de las grandes manadas.
No consigo saber quién es el amo aquí.
Cambio bajo mi piel de perro a lobo.
Yo decreto la peste y atravieso con mis flancos en llamas las planicies del porvenir y del pasado;
yo me tiendo a roer los huesecitos de tantos sueños muertos entre celestes pastizales.
Mi reino está en mi sombra y va conmigo dondequiera que vaya,
o se desploma en ruinas con las puertas abiertas a la invasión del enemigo.
Cada noche desgarro a dentelladas todo lazo ceñido al corazón,
y cada amanecer me encuentra con mi jaula de obediencia en el lomo.
Si devoro a mi dios uso su rostro debajo de mi máscara,
y sin embargo sólo bebo en el abrevadero de los hombres un aterciopelado veneno de piedad que raspa las entrañas.
He labrado el torneo en las dos tramas de la tapicería:
he ganado mi cetro de bestia en la intemperie,
y he otorgado también jirones de mansedumbre por trofeo.
Pero ¿quién vence en mí?

¿Quién defiende mi bastión solitario en el desierto, la sábana del sueño?
¿Y quién roe mis labios, despacito y a oscuras, desde mis propios dientes?

Sol en Piscis

Solamente los muertos conocen el reverso de las piedras.
Solamente las piedras conocen el reverso de los muertos.
Lo sé.
A veces las estatuas vuelven a abrir en mí ciertas heridas
o toman el color de las acusaciones que me impiden dormir.
Pero hay pruebas que nadie quiere ver.
Se atribuyen al tiempo, a las tormentas,
a la sombra de pájaro con que los días se alzan o se dejan caer
sobre la tierra.
Nadie quiere pensar que hay muchas muertes por cada corazón.
Tantas como muertos nos lloren.
Tantas como piedras los sigan lamentando.

Existe una canción que entre todos levantan desde los fríos labios
de la hierba.
Es un grito de náufragos que las aguas propagan borrando los
umbrales para poder pasar,
una ráfaga de alas amarillas,
un gran cristal de nieve sobre el rostro,
la consigna del sueño para la eternidad del centinela.

¿Dónde están las palabras?
¿Dónde está la señal que la locura borda en sus tapices a la luz
del relámpago?
Escarba, escarba donde más duela en tu corazón.
Es necesario estar como si no estuvieras.

He aquí el pequeño guijarro recogido para la gran memoria.
De este lado no es más que un pedazo de lápida sin inscripción alguna.
Y sin embargo desde allá es como un talismán que abre las puertas de mi vida.
Por sus meandros azules llego a veces más allá de mis venas:
cerraduras que giran contra la misteriosa rotación de los años,
vértigos de continuas despedidas que ahora me despiden a través de mis lágrimas de entonces,
hasta ser nada más que una cinta brillante,
un fulgor que ilumina ese fondo de abismo donde caigo hacia el fondo del cielo,
tan ávido como el tambor que invoca las tormentas.

Heroína de miserias, balanceándote ahora casi al borde de tu alma,
no mires hacia atrás, no te detengas,
mientras arde a lo lejos la galería de las apariencias,
las máscaras del sueño que labraste sobre ciegas cortezas para poder vivir.

A solas con tu nombre, contra el portal resplandeciente,
a solas con la herida del exilio desde tu nacimiento,
a solas con tu canción y tu bujía de sonámbula para alumbrar los rostros de los desenterrados;
porque ésa es la ley.
A solas con la luna que arrastra en las mareas del más alto jardín de la memoria
un rumor de leyendas desgarradas por la crueldad de la distancia:
"Cuando llegues del otro lado de ti misma
podrás reconocer el puñal que enterraste para que tú vinieras despojada de todo poderío.
Si avanzas más allá

encontrarás la fórmula que yace bajo los centelleos de todos los delirios.
Si consigues pasar
alcanzarás la Rueda que avanza hacia el poniente".

Pero no hay arma alguna que arrebate a mi vida su inocencia,
ni retablo enterrado en cuyo espejo de oro se abran las flores de otros mundos,
ni carruaje que avance con el rayo.

Sin embargo, esta palabra sin formular,
cerrada como un aro alrededor de mi garganta,
ese ruido de tempestad guardada entre dos muros,
esas huellas grabadas al rojo vivo en las fosforescencias de la arena,
conducen a este círculo de cavernas salvajes
a las que voy llegando después de consumir cada vida y su muerte.
Celdas tornasoladas del adiós para siempre, para nunca,
y cada una se abre hacia las otras con la fisura de una gran nostalgia
por donde pasa el soplo de los siglos,
la mariposa gris que envuelve con sus nieblas al huésped solitario,
a ese que ya fui o al que no he sido en este y otros mundos.
El que entreteje sus coronas con la ceniza de la tierra,
el que reluce con cabeza de león como un sol heráldico entre las tinieblas,
el que sueña conmigo como con una cárcel de muros transparentes,
esta que soy queriendo guardar la eternidad en el polvo de cada sonrisa,
el que se cubre con ropajes de águila para volar más lejos que la mirada de los hombres,
los que habitan aquí o en otro lado lejos de las investiduras de la sangre

y no puedo nombrar,
y el que rescatará la coraza de luz
–su día levantado palmo a palmo con la noche de los otros–
para cruzar la última puerta del arcano.

Oh sombra de claridad sobre mi rostro,
relámpago entrevisto desde el fondo del agua:
tu signo está grabado sobre todas las frentes para la ceremonia de la duración,
para la travesía de todos los recintos en cuyo fondo te alzas como una llamarada de la gran añoranza,
como los espejismos de un perdido país anunciado por el sueño y la sed,
el miedo y la nostalgia,
y el insaciable tiempo que llevamos de migración en migración
como una brasa que quema demasiado.

Todos los grandes vértigos del alma nacen del otro lado de las piedras.

Habitación cerrada

No hay crespones.
Ni carteles que digan que se han ido como todos los días.
Pero la hierba muda en el umbral ¿no te recuerda nada?
¿No te recuerda acaso a la sonámbula que vela en los espejos
para que nada invada nada?
¿No eres acaso tú vista del otro lado,
tú, con tus ojos de mirar más lejos?
La que aprendió el terror en los signos del humo,
o la que abrió una estría en el tabique de los sueños ajenos para
verse morir,
puede decirte ahora si se han muerto o si yacen dormidos.
¡Has visto tantas veces cruzar sobre la fase más triste de la luna
el semblante de aquellos que ya estaban muy altos!
¿Cómo no has de poder desentrañar entonces lo último que
fuiste tras la última puerta del amor,
aunque tu llave sea ya como una antorcha debajo de las aguas?
"Sí.
Ella se convirtió en cera transparente.
Pero allí en el costado de la condenación
su pecho se ha fundido en una flor abierta contra un cristal de
invernadero.
Él quedó envuelto en hielo.
Pero allí en el costado de los remordimientos
los días sin vivir se abren como la onda de la piedra en el lago.
No sé si hay que llorar.
Ambos están tendidos en su abrazo de adiós
arrebatado para siempre a los mármoles del cielo
y a las losas sangrientas del infierno".
Es una hermosa historia para noches de escarcha, junto al fuego,

cuando en cada mirada se humedece la cinta de las degollaciones.
(Oh, sí, los crímenes del amor,
los inmolados de hoy por la fe de mañana.)
Mas no están muertos, no.
¿No alcanzas a escuchar el susurro de cada promesa, de cada abandono,
como un cordaje tenso sumergido en la almohada?
O acaso sea el roce de un ala de nostalgia contra la urdimbre de la noche.
O tal vez simplemente el zumbido del tiempo tatuando la esperanza sobre el corazón.
Lo cierto es que algo vibra,
algo palpita allí entre labios de piedra
que no fueron cerrados para guardar el canto de la sangre cernida por el polvo,
sino un rumor que sólo reconocen los que deben volver:
el desvarío del porvenir en la garganta del pasado.
Tú, la deshabitada,
¿no oyes que resuena dentro de ti lo mismo que el llamado en la casa vacía?

Él lo estará escuchando dondequiera que esté.

En donde la memoria es una torre en llamas

No, ninguna caída logró trocarse en ruinas
porque yo alcé la torre con ascuas arrancadas de cada infierno del corazón.
Tampoco ningún tiempo pronunció ningún nombre con su boca de arena
porque de grada en grada un lenguaje de fuego los levantó hasta el cielo.

Nadie se muere aquí.
Una criatura vela
envuelta entre sus plumas de ángel invulnerable
jugando con ayer convertido en mañana.
Vuelve a escarbar con un trozo de espejo los terrenos prohibidos,
la oscuridad sin nombre todavía,
para entregar a cada huésped la llave al rojo vivo que abrirá cualquier puerta hacia este lado,
una consigna de sobreviviente
y las semillas de su eternidad
–un áspero alimento con un sabor a sed que nunca cesa–.

Nadie se pierde aquí.
A la entrada de cada laberinto
la adolescente aguarda con un ovillo sin fin entre las manos.
Otra vez del costado donde perdura el eco,
una vez más del lado que se abre como un faro hacia la soledad,
hay un hilo que corre solamente desde siempre hasta nunca,
que ata con unos nudos invencibles las ligaduras de la separación.

Con ese mismo hilo tejía sus disfraces de araña la impostura
y el estrangulador, noche tras noche, preparaba su lazo mejor
para mañana.
Pero ella sonríe aún detrás de su cristal de azul melancolía
escribiendo sobre el vaho de las nuevas traiciones las más viejas
promesas,
con un tizón ardiendo,
para que nadie pierda la señal,
para que a nadie borre ni siquiera el perdón.

Nadie sale de aquí.
Yo convierto los muros en ansiosas hogueras que alimento con
sal de la nostalgia,
con raíces roídas hasta el frío del alma por la intemperie y el
destierro.
Yo cierro con mis ojos todas las cerraduras.
No hay grieta que se entreabra como en una sonrisa para burlar
la ley,
ni tierra que se parta en la vergüenza,
ni un portal de cenizas labrado por la cólera, el sueño o el desdén.
Nada más que este asilo de paso hacia el final,
donde siempre es ahora en todas partes al sol de la vigilia,
donde los corredores guardan bajo sus alas de ladrones de adiós
a todo mensajero del destino,
donde las cámaras de las torturas se abren en una escena de
dicha o infortunio que ninguna distancia consigue restañar,
y por cada escalera se asciende una vez más hasta el fondo de la
misma condena.

Ésta es la torre en llamas en medio de las torres fantasmas del
invierno
que huelen a guarida de una sola estación,
a sótano cerrado sobre unas aguas quietas que nadie quiere abrir.
A veces sus emisarios vienen para trocar cada cautivo ardiente

por una sombra en vuelo.
Entonces oigo el coro de las apariciones.
Llaman áridamente igual que una campana sepultada.
Zumban como un enjambre elaborando para mi memoria un ataúd de reina helada en el exilio.

Mis días en los otros ya no son nada más que una semilla seca,
un hilo roto,
la irrevocable momia del olvido.

Feria del hombre

Ésta es la barraca del hambre hecha con piel de lobo y vaho del invierno.
Cuando entras, los disfraces acaban de llegar.
Elige el que convenga a tu gran aventura,
el que mejor te encubra entre las cuatro tablas de tu ley.
Sólo te falta el arma con que al matar te mates.
Yo elegí los delirios, las magias y el amor.

Aquí comienza la madriguera de los sobrevivientes.
Son los que están de pie, sobre el pecho roído de los otros.
Se alimentan con sal de las memorias,
con la harina enlutada de alguna eternidad,
con el vino sagrado que destilan los corazones fieles.
Cada día la mano llega y los parte en dos con un golpe de acero:
la cabeza en las nubes, el cuerpo en un abismo.
Pero mitad y mitad, como la culpa y el remordimiento,
se juntan cada día en un solo castigo.
Es un juego que empieza con la inocencia del amor, en un cristal de miedo,
y que sigue después y más tarde hasta nunca en los negros espejos de la soledad.

Ese tren que se acerca envuelto en llamas
es ese tren fantasma que atraviesa todos los aposentos y no llega jamás.
Corre con la velocidad de los deseos
arrastrando el jadeo de las fiebres y el humo del olvido.

Cuando miras acaba de pasar.
Sólo queda el latido de un tiempo inalcanzable.
Es un tren del adiós.
Es un tren de viajeros condenados a contemplar el mundo en una polvareda.
De una estación a otra, de un verano a un otoño,
desembocas en medio del invierno hecho de flores rotas.
Si subes, no tendrás nada más.

Zona de pastos secos en tierra de miseria
y de fieras que brillan como el oro de la revelación al sol del mediodía.
Se trata de vencer o de morir.
Todo consiste en convertirse en lazo o en puñal,
en despertar un día púrpura de verdugo que se teme a sí mismo,
en descubrir el sitio justo del sacrificio.
Si te rindes, puedes vivir a expensas de tu mismo animal,
en un costado de la madriguera.
Pero no gritarás ni en medio de los sueños.
También puedes ser pasto.
Puedes crecer debajo de tus pies.
Ellos caminan sobre vidrios que los separan de la tierra,
ellos absorben fuego y clavan en su piel mariposas y ramas que nadie puede ver.
Cantan con una cinta en la garganta y bendicen el radiante telón que cae en el patíbulo.
Sus heridas brillan como lujosas pedrerías en medio del desierto.
Son su propio rehén: el premio del martirio.
Gentes cuya expiación zumba como un enjambre en el ayuno;
gentes con mirada de exilio bajo los párpados de la primavera.
Cuídate de su orgullo como de una alimaña que avanza por debajo de tu casa.
Huye de su perdón deshabitado.
Oh, conozco las redenciones sin piedad,
las arpas solitarias,

esas linternas hacia adentro que convierten el mundo en un
salón velado para el crimen.

Gira con el pregón de reinos y abalorios y caras de hechiceras
pegadas contra el vidrio,
con tu fauna de azogue disuelta en una lágrima,
con tu cielo de tormenta de nieve adentro de un gran globo
sepultado en el jardín perdido.
Gira sin detenerte, demasiado temprano carrusel de inocencia.
Es demasiado tarde.
Para quedarse en ti no bastan las dos alas, ni los ojos cerrados,
ni siquiera dormir con el tiempo encerrado en una caja.
Habría que volver a echar los dados de la primera vuelta.
Habría que borrar la ráfaga que aspira desde el fondo de cada
porvenir.
Habría que cambiar la contraseña y olvidar las tijeras.
Habría que nacer sin esta herida abierta en el costado.

"Nada por aquí, nada por allá,
nada en esta mano, nada en esta otra".

Nada en la galera del prestidigitador, ni en sus huesos, ni en el
revés de su alma.
Pero en algún lugar cómplice de la oscuridad trota la trampa:
la bestia con cabeza de cuchara para vaciar mejor,
con cara de moneda para engañar mejor,
con mirada de rata para escapar mejor;
la indiferente bestia emboscada entre plumas,
en el centro de un círculo de luz, debajo de la felpa de todas las
palabras.
Un día de repente surge la aparición con color de relámpago,
y las plumas no cesan de caer y las luces se apagan y la palabra
es vana.

Una negra burbuja encierra el mundo desde tu corazón.
En tanto la impostura roe como la muerte tus entrañas.

Estos que se sostienen de la mano de Dios,
de una esperanza abierta en forma de sombrilla sobre la cuerda floja,
de un milagro que arrulla como un violín debajo de las aguas en el salto mortal,
cruzan los precipicios de espaldas hacia atrás y hacia mañana,
porque de todos los peligros eligieron no ver, no volver a mirar.
En vano les repiten que el ojo de la tierra es acechanza,
que desde abajo hay bocas que reclaman con el revés de la plegaria,
que el vértigo es de pronto una tinaja azul que se convierte en urna,
que la caída es una ley más fuerte que cualquier ascensión.
Ellos caen un día con una levedad de espantajos en vuelo,
con un sonido hueco, como ángeles vacíos.

Se adivina el pasado, el presente, el porvenir con las manos atadas.
Se lee el pensamiento en el papel en blanco.
Se bebe un elixir que transforma los sueños en el ojo de las cerraduras,
que trasmuta las fiebres en escaleras hacia la más lejana lejanía.
Entonces es la hora de recoger las redes.
Llegan voces de mando, destellos de un combate que se libra con las puertas cerradas,
y la tiniebla surge con la lluvia que cae en otra parte,
con la luna que arrastra una viva reunión de muertos milenarios,
con tu casa invadida por una casa donde ya no estás y los huéspedes son tus sombras de mañana.
Si quieres, puedes interrogar el desvarío de tu sangre convertida en oráculo,
puedes buscar la lámpara enterrada en el borde de tu alma.

No lograrás hallar en ninguna respuesta la primera palabra;
no encontrarás jamás una luz que ilumine lado a lado las dos mitades de tu cara.

Un ojo, dos cabezas, tres brazos, cuatro pies.
He aquí la guarida de los expulsados, al margen de la ley.
Un ojo solo cambia como el rayo cada intención del mundo;
dos cabezas nos bastan para multiplicar por dos las cifras del enigma;
tres brazos equivalen a querer abrazar al testigo invisible;
cuatro pies nos delatan la demencia de la separación.
A ellos los arrancaron de raíz, molieron sus semillas entre las fauces de la bruma.
Pero también en ti, también en mí,
una desobediencia hacia lo alto, una infracción abajo,
incuban ese monstruo que un día nos devora con la sal del destierro:
el habitante solitario de la más desolada soledad.

Ya puedes elegir.
Alguien va a dar la orden de hacer fuego.
Vas a entrar en la cárcel de tu inmolación.

Desdoblamiento en máscara de todos

Lejos,
de corazón en corazón,
más allá de la copa de niebla que me aspira desde el fondo del
vértigo,
siento el redoble con que me convocan a la tierra de nadie.
(¿Quién se levanta en mí?
¿Quién se alza del sitial de su agonía, de su estera de zarzas,
y camina con la memoria de mi pie?)
Dejo mi cuerpo a solas igual que una armadura de intemperie
hacia adentro
y depongo mi nombre como un arma que solamente hiere.
(¿Dónde salgo a mi encuentro
con el arrobamiento de la luna contra el cristal de todos los albergues?)
Abro con otras manos la entrada del sendero que no sé adónde da
y avanzo con la noche de los desconocidos.
(¿Dónde llevaba el día mi señal,
pálida en su aislamiento,
la huella de una insignia que mi pobre victoria arrebataba al
tiempo?)
Miro desde otros ojos esta pared de brumas
en donde cada uno ha marcado con sangre el jeroglífico de su
soledad,
y suelta sus amarras y se va en un adiós de velero fantasma hacia
el naufragio.
(¿No había en otra parte, lejos, en otro tiempo,
una tierra extranjera,
una raza de todos menos uno, que se llamó la raza de los otros,
un lenguaje de ciegos que ascendía en zumbidos y en burbujas
hasta la sorda noche?)

Desde adentro de todos no hay más que una morada bajo un friso de máscaras;
desde adentro de todos hay una sola efigie que fue inscripta en el revés del alma;
desde adentro de todos cada historia sucede en todas partes:
no hay muerte que no mate,
no hay nacimiento ajeno ni amor deshabitado.
(¿No éramos el rehén de una caída,
una lluvia de piedras desprendida del cielo,
un reguero de insectos tratando de cruzar la hoguera del castigo?)
Cualquier hombre es la versión en sombras de un Gran Rey herido en su costado.

Despierto en cada sueño con el sueño con que Alguien sueña el mundo.
Es víspera de Dios.
Está uniendo en nosotros sus pedazos.

Museo salvaje

1974

Génesis

No había ningún signo sobre la piel del tiempo.
Nada. Ni ese tapiz de invierno repentino que presagia las garras del relámpago quizás hasta mañana.
Tampoco esos incendios desde siempre que anuncian una antorcha entre las aguas de todo el porvenir.
Ni siquiera el temblor de la advertencia bajo un soplo de abismo que desemboca en nunca o en ayer.
Nada. Ni tierra prometida.
Era sólo un desierto de cal viva tan blanca como negra,
un ávido fantasma nacido de las piedras para roer el sueño milenario,
la caída hacia afuera que es el sueño con que sueñan las piedras.
Nadie. Sólo un eco de pasos sin nadie que se alejan
y un lecho ensimismado en marcha hacia el final.

Yo estaba allí tendida;
yo, con los ojos abiertos.
Tenía en cada mano una caverna para mirar a Dios,
y un reguero de hormigas iba desde su sombra hasta mi corazón y mi cabeza.

Y alguien rompió en lo alto esa tinaja gris donde subían a beber los recuerdos;
después rompió el prontuario de ciegos juramentos heridos a traición
y destrozó las tablas de la ley inscritas con la sangre coagulada de las historias muertas.

Alguien hizo una hoguera y arrojó uno por uno los fragmentos.
El cielo estaba ardiendo en la extinción de todos los infiernos
y en la tierra se borraban sus huellas y sus pruebas.
Yo estaba suspendida en algún tiempo de la expiación sagrada;
yo estaba en algún lado muy lúcido de Dios;
yo, con los ojos cerrados.

Entonces pronunciaron la palabra.

Hubo un clamor de verde paraíso que asciende desgarrando la raíz de la piedra,
y su proa celeste avanzó entre la luz y las tinieblas.
Abrieron las compuertas.
Un oleaje radiante colmó el cuenco de toda la esperanza aún deshabitada,
y las aguas tenían hacia arriba ese color de espejo en el que nadie se ha mirado jamás,
y hacia abajo un fulgor de gruta tormentosa que mira desde siempre por primera vez.
Descorrieron de pronto las mareas.
Detrás surgió una tierra para inscribir en fuego cada pisada del destino,
para envolver en hierba sedienta la caída y el reverso de cada nacimiento,
para encerrar de nuevo en cada corazón la almendra del misterio.
Levantaron los sellos.
La jaula del gran día abrió sus puertas al delirio del sol
con tal que todo nuevo cautiverio del tiempo fuera deslumbramiento en la mirada,
con tal que toda noche cayera con el velo de la revelación a los pies de la luna.
Sembraron en las aguas y en los vientos.
Y desde ese momento hubo una sola sombra sumergida en mil sombras,

un solo resplandor innominado en esa luz de escamas que ilumina hasta el fin la rampa de los sueños.
Y desde ese momento hubo un borde de plumas encendidas desde la más remota lejanía,
unas alas que vienen y se van en un vuelo de adiós a todos los adioses.
Infundieron un soplo en las entrañas de toda la extensión.
Fue un roce contra el último fondo de la sangre;
fue un estremecimiento de estambres en el vértigo del aire;
y el alma descendió al barro luminoso para colmar la forma semejante a su imagen,
y la carne se alzó como una cifra exacta,
como la diferencia prometida entre el principio y el final.

Entonces se cumplieron la tarde y la mañana
en el último día de los siglos.

Yo estaba frente a ti;
yo, con los ojos abiertos debajo de tus ojos
en el alba primera del olvido.

Lamento de Jonás

Este cuerpo tan denso con que clausuro todas las salidas,
este saco de sombras cosido a mis dos alas
no me impide pasar hasta el fondo de mí:
una noche cerrada donde vienen a dar todos los espejismos de
la noche,
unas aguas absortas donde moja sus pies la esfinge de otro
mundo.

Aquí suelo encontrar vestigios de otra edad,
fragmentos de panteones no disueltos por la sal de mi sangre,
oráculos y faunas aspirados por las cenizas de mi porvenir.
A veces aparecen continentes en vuelo, plumas de otros ropajes
sumergidos;
a veces permanecen casi como el anuncio de la resurrección.



Pero es mejor no estar.
Porque hay trampas aquí.
Alguien juega a no estar cuando yo estoy
o me observa conmigo desde las madrigueras de cada soledad.
Alguien simula un foso entre el sueño y la piel para que me
deslice hasta el último abismo de los otros
o me induce a escarbar debajo de mi sombra.

Es difícil salir.
Me tapian con un muro que solamente corre hacia nunca jamás;
me eligen para morir la duración;

me anudan a las venas de un organismo ciego que me exhala y
me aspira sin cesar.

Y el corazón, en tanto,
¿en dónde el corazón,
el tambor de nostalgias que convoca en tinieblas a todos los
relevos?
Por no hablar de este cuerpo,
de este guardián opaco que me transporta y me retiene
y me arroja consigo en una náusea desde los pies a la cabeza.

Soy mi propio rehén,
el pausado veneno del verdugo,
el pacto con la muerte.

¿Y quién ha dicho acaso que éste fuera un lugar para mí?

Mis bestias



Me habitan, como organismos de otra especie, atrapadas en este impalpable paraíso de mi leyenda negra.

Respiran y palpitan, ¡sofocante asamblea!, con la codicia y la voracidad de las flores carnívoras y esa profunda calma de los monstruos marinos al acecho de algunos continentes tal vez a la deriva, de unas hierbas tenaces que arrastren la creación.

No las puedo pensar con estos ojos sin transformarme en bestiario invisible, sin trocarme por ellas y abdicar.

Sin embargo persisten, evidentes, como la idea fija engarzada en tinieblas, que hace retroceder todas las lámparas y se bebe la luz.

Y así mis bestias brillan, ¿para quién?, ¿para qué?, mientras absorben lentas sus brebajes, solemnes, taciturnas, tenebrosas, con ropones de obispo, de verdugo, de murciélago azul o de peñasco que de pronto se convierte en molusco o en un tenso tambor.

Inflan sus fuelles, despliegan sus membranas, abren sus fauces locas en bostezos y en carcajadas escarlatas entre los tapizados que cierran en carne viva el extraño salón.

Me aterran estos antros contráctiles, estas gárgolas en migratoria comunión, estos feroces ídolos arrancados con vida de la hoguera y encarnizados siempre en el trance final.

Deliberan, conspiran, se traicionan estas vísceras mías, igual que conjurados que intercambian consignas, poderes y malicias. ¿Y no simulan fábricas, factorías del cielo, y hasta grandes colmenas que elaboran narcóticos, venenos y elixires violentos, como miel?

Lo que tengan que hacer que lo demoren. Porque hay una que adelanta la hora y decreta la entrega y funda su reinado en la

consumación. Hay una cuya máscara es ópalo, o esponja o tegumento y que tiene debajo la señal. ¡Y convive conmigo y come de mi plato!

¡Qué tribunal tan negro en la trastienda de toda mi niñez amedrentada por la caída de una pluma en el mero atardecer!

¿Y es esto una gran parte de lo que yo llamaba mi naturaleza interior?

Universo minúsculo,
desplegable al tamaño de tu dios.
Te pareces a un puño de cazador que exprime hasta la sombra
de su presa,
o quizás a la bolsa del avaro repleta de monedas sin comunión
y sin destino.
Ni crueldad, ni riquezas.
Es a ti a quien apuntan y no tienes más oro que la borra de
alguna alucinada primavera.
Entonces tal vez seas, lo mismo que en los cuentos,
el corazón de alguien que está lejos y debo custodiar como el
dragón,
lo mismo que en los cuentos,
para que nada puedan la espada ni el veneno contra las orfan-
dades de su dueño.
Sí, sí. Sepultado de un tajo en lo más hondo de la selva nocturna,
debajo de unas aguas que se entreabren al soplo del amor
y se cierran de golpe al roce de la piedra,
así estás, como un pájaro en exilio, en la jaula del pecho.
¿Y el corazón de quién?,
grito hacia el tiempo todo, vuelto columna helada hasta las nubes.
¿De quién sino de todas las remotas criaturas que prolongan tu
credo, sin saber;
que exhiben una máscara, un número, una especie, lo mismo
que un estigma de la separación?
¡Esa sangre dispersa e infranqueable, multiplicada en tantas di-
visiones!
¡Esos muros errantes, con sus puertas tapiadas y su consigna de
olvidar!

¡Ese dialecto inútil para todo posible paraíso!
Y tú aquí, corazón, cerrado laberinto,
con tu monstruo interior como un rehén perdido,
arrojando tus hilos en una red que choca contra la misma costa,
recogiendo tan sólo tus pequeños guijarros –tu soledad insoluble–,
encendiendo fogatas invisibles a modo de señal detrás de estas murallas,
tu Jericó al revés, sin paz y sin reclamo.
¿Y el corazón de quién?,
pregunto en esta noche que pasa con sus velas fantasmas sobre el mundo.
¿De quién sino de quienes escarbaron en ti, con uñas y con plumas,
un lugar a su imagen y a su tan pasajera semejanza;
de quienes erigieron sus torres de cal viva junto al abismo y sobre la corriente
para oficiar la luz y las tinieblas?
¡Fundaciones insomnes, que vagan todavía con sus ojos de fiebre por todos los rincones!
¡Ceremonias sonámbulas en las que aún se exhuman reliquias y cuchillos sepultados en las arcas de todas las alianzas!
¡Tatuajes e inscripciones como esas llagas pálidas que deja el desarraigo!
Y tú aquí, corazón, residencia hechizada,
con tu guardián demente y sin relevo,
convocando con tu oscuro tambor las procesiones de vivos y de muertos,
vistiendo a los desnudos con corona de rey,
transformando tu confuso inventario en un oleaje donde naufraga la cabeza,
distribuyendo un filtro que absorbe la distancia y acrecienta la sed de todo lo imposible
hasta perder la piel y acampar en el alma.
¡Y estos cielos que crecen y se alejan en rojo o en azul,
en terror o en delirio,
debajo de tu estruendo, debajo de tu rayo!

Sí, tú, corazón, talismán de catástrofes,
posado en este yo como el vampiro de todo el porvenir,
siempre a punto de abrir y de cerrar y arrojarme hacia afuera en
cada tumbo,
en cada contracción con que me aferras y me precipitas
entre salto y caída.

El continente sumergido

Cabeza impar,
sólo a medias visible desde donde se mire
y a medias rescatada de un exilio sin fin en la cabeza de la bruma.
Es opaca por fuera,
impermeable al bautismo de la luz,
porosa como esponja a las destilaciones de la noche insoluble.
Pero por dentro brilla;
arde en un remolino de cristales errantes,
de chispas desprendidas de la fragua del sueño,
de vértigos azules que atestiguan que es la tumba del cielo.
Se supone que alguna vez fue parte desprendida de Dios,
en forma de tiniebla,
y que rodó hacia abajo, cercenada sin duda por la condenación
de la serpiente.
Se ignoran los milenios y las metamorfosis,
las napas de estupor que debió atravesar hasta llegar aquí,
girando como sombra de topo entre raíces,
avanzando después como un planeta ciego
que se condensa en humo, en vapor, en eclipse.
Fue aspirada hacia arriba,
erigida en lo alto de un tronco a la deriva que apenas la retiene,
con dos cavernas sordas para escuchar la voz que rompe contra
el muro,
con dos estrías vanas para ver desde un claustro la caída,
con un olor de bestia acorralada debajo de la piel,
con un sabor de pan sepultado entre ayunos,
y esta lengua insaciable
que devora el idioma de la muerte en grandes llamaradas.
Cabeza borrascosa,

cabeza indescifrable,
cabeza ensimismada:
se asemeja a un infierno circular
donde el perseguidor se convierte de pronto en perseguido,
siempre detrás de sí, o delante de mí,
que no sé desde dónde surjo a veces, aferrada a este cuello,
sin encontrar los nudos que me atan a esta extraña cabeza.

Esfinges suelen ser



Una mano, dos manos. Nada más.
Todavía me duelen las manos que me faltan,
esas que se quedaron adheridas a la barca fantasma que me trajo
y sacuden la costa con golpes de tambor,
con puñados de arena contra el agua de migraciones y nostalgias.
Son manos transparentes que deslizan el mundo debajo de mis pies,
que vienen y se van.
Pero estas que prolongan mi espesa anatomía
más allá de cualquier posible hoguera,
un poco más acá de cualquier imposible paraíso,
no son manos que sirvan para entreabrir las sombras,
para quitar los velos y volver a cerrar.
Yo no entiendo estas manos.
Sí, demasiado próximas,
demasiado distantes,
ajenas como mi propio vuelo acorralado adentro de otra piel,
como el insomnio de alguien que huye inalcanzable por mis dedos.
A veces las encuentro casi a punto de ocultarme de mí
o de apostar el resto en favor de otro cuerpo,
de otro falso plumaje que conspira con la noche y el sol.
Me inquietan estas manos que juegan al misterio y al azar.
Cambian mis alimentos por regueros de hormigas,
buscan una sortija en el desierto,
transforman la inocencia en un cuchillo,
perseveran absortas como valvas en la malicia y el error.
Cuando las miro pliegan y despliegan abanicos furtivos,
una visión errante que se pierde entre plumas, entre alas de saqueo,

mientras ellas se siguen, se persiguen,
crecen hasta cubrir la inmensidad o reducen a polvo el cuenco de mis días.
Son como dos esfinges que tejen mi condena con la mitad del crimen,
con la mitad de la misericordia.
¡Y esa expresión de peces atrapados,
de pájaros ansiosos,
de impasibles harpías con que asisten a su propio ritual!
Esta es la ceremonia del contagio y la peste hasta la idolatría.
Una caricia basta para multiplicar esas semillas negras que propagan la lepra,
esas fosforescencias que propagan la seda y el ardor,
esos hilos errantes que propagan el naufragio y la sed.
¡Y esa brasa incesante que deslizan de la una a la otra
como un secreto al rojo,
como una llama que quema demasiado!
Me pregunto, me digo
qué trampa están urdiendo desde mi porvenir estas dos manos.
Y sin embargo son las mismas manos.
Nada más que dos manos extrañamente iguales a dos manos en su oficio de manos,
desde el principio hasta el final.

Brotando acusadora, como ciertos oleajes emplumados sobre la superficie de un estanque asesino o esa loca maleza que enfunda de la noche a la mañana algún recinto destinado a ser estatua y tumba del secreto cautivo, mi cabellera es la evidencia escalofriante de lo que oculto en mí. Lo denuncia, lo exalta, lo pregona. Pero ¿qué oculto en mí, como no sea mi maraña de sombras y esa legión orgánica y sin rostro que oficia en mis entrañas? ¡Contra ellas la tibia, la densa, la inocente o perversa y filiforme delación!

O tal vez sea apenas, simplemente, un fulgor semejante, una metamorfosis del hechizo interior, si no el manto piadoso de la estirpe animal sobre la exigua tentativa humana. O tal vez nada más que el último recurso de la fuga o esas prolongaciones insensatas que emite la nostalgia.

¿Y a expensas de qué vive esta especie de ráfaga atrapada, esta indolente enviada de otro mundo arraigado en el hambre, parásita de fiebres, vampira en la profunda garganta de los sueños? Sé que extrae de mí un alimento tan letal como el vaho que exhalan los sofocantes folletines. Se empapa en una niebla malsana, alucinógena. No en vano esa apariencia de alma errante, de espeso cortinaje dispuesto para el crimen, de lujoso sudario hecho para cubrir o revelar las heridas que dejan los amores fatales en cuerpos de mujer trocados en violentos catafalcos o en proas de navíos sobre lechos de sangre.

A veces, siempre a solas, un crujido entre briznas soterradas, una absorción repentina hasta la médula, me anuncian que pretende arrancarme de mí, desenraizarme, como a un tubérculo antropomorfo, para implantarme en la negrura de la fábula igual que a una mandrágora. No cedo, no; me aferro a mis modestas

pertenencias. Pero una bocanada casi eléctrica que me impulsa hacia arriba me indica que está a punto de suspenderme de lo alto y cubrirme de filamentos encendidos a manera de lámpara.

¡Ah, las maquinaciones que paralizan las ruedas de la noche! ¡Cuando la oigo respirar a leves sacudidas y deslizarse astuta y sigilosa, destejiendo mi trama, devanando sin duda la urdimbre que me fija a duras penas en este pozo abierto en lo ilusorio!, ¡cuando siento que se escurre feroz, palpando los objetos y los muebles con oscuras llamaradas dementes, y tapiza sin tregua, como una devoradora enfermedad, el piso y las paredes, y se enrosca y palpita en esta habitación lo mismo que una insaciable y esponjosa bestia exigiendo la dádiva de todo el universo!, ¡qué visión admirable!, ¡qué fiesta en los telares del Apocalipsis! ¡Espléndido proyecto el de invadirlo todo o acosarnos cambiando de lugar, como el bosque de Birnam! La misma ambigüedad de una obra maestra.

Pero no. Se retrae. Se domestica como un gato. Se convierte en caricia vagabunda en busca de caricias, en reclamo entre insomnios más lentos que las letanías.

A lo sumo un ansioso follaje que susurra el idioma del amor, un lluvia sensual embalsamada por el asombro y el deseo, una provocación al fuego, al erotismo.

¿Y por qué no las hebras que segrega la sustancia de la poesía, el delirio de la muerte?

Cada ojo en el fondo es una cripta donde se exhuma el sol,
donde brilla la luna sobre la piedra roja del altar
erigida entre espejos y entre alucinaciones.
Yo asisto cada día con los ojos abiertos al sacrificio de la resurrección,
a la alquimia del oro en aguas estancadas.
Es difícil mirar con la sustancia misma de la luz filtrada por la
tierra del destierro;
es imposible ver quién se levanta y anda entre malezas
desde estos dos fragmentos arrancados a la cantera de la eternidad.
Uno al lado del otro en su prisión de nácar,
en su evasión de nubes y de lágrimas;
uno ajeno del otro,
sometidos a ciegas a la ley de la alianza en la separación,
fabulan la distancia, la envoltura de cada desencuentro, la isla que
no soy.
¿Y acaso no me acechan desde el fondo de todo cuanto miro
igual que a una extranjera?
¿No me dejan a solas con su estuche de nieblas,
lo mismo que a un rehén,
contra la trampa abierta en la espalda del mundo?
¡Extraña esta custodia que permite avanzar al enemigo transpa-
rente
y retiene hacia adentro este insondable vacío de caverna!
No tiene explicación esta córnea con piel de escalofrío,
con avaricia de ostra que incuba al mismo tiempo su misterio y
el cuchillo final;
tampoco es razonable este iris que tiembla como una flor al borde
del abismo,
que destella y se apaga lo mismo que un relámpago de tigres,

que se acerca y se aleja semejante a una selva sumergida en un ala de insecto.
¿Y la pupila, entonces?
¿Quién puede descifrar esta pupila cautiva entre cristales,
este túnel contráctil siempre alerta a la inminencia a solas,
esta palpitación a medias con la muerte?
¡Basta, mirada de fisura, incesante mirada de pólipo en tinieblas!
Es otra vez el mismo tembladeral de aguas voraces,
la misma negra rampa circular que me pierde hacia adentro.
Es otra vez el mismo recinto central adonde caigo
arrastrando un telón sobre la lejanía,
entreabriendo la escena donde los personajes son una sola máscara de Dios.
Es otra vez el mismo centinela que dice que no estoy,
la misma luz de espada que me empuja hacia afuera hasta el revés de mí,
hasta la ciega condena de estos ojos que me impiden mirar
y que sólo atestiguan la división debajo de estos párpados.

¿Acaso es nada más que una zona de abismos y volcanes en plena ebullición, predestinada a ciegas para las ceremonias de la especie en esta inexplicable travesía hacia abajo? ¿O tal vez un atajo, una emboscada oscura donde el demonio aspira la inocencia y sella a sangre y fuego su condena en la estirpe del alma? ¿O tan sólo quizás una región marcada como un cruce de encuentro y desencuentro entre dos cuerpos sumisos como soles?

No. Ni vivero de la perpetuación, ni fragua del pecado original, ni trampa del instinto, por más que un solo viento exasperado propague a la vez el humo, la combustión y la ceniza. Ni siquiera un lugar, aunque se precipite el firmamento y haya un cielo que huye, innumerable, como todo instantáneo paraíso.

A solas, sólo un número insensato, un pliegue en las membranas de la ausencia, un relámpago sepultado en un jardín.

Pero basta el deseo, el sobresalto del amor, la sirena del viaje, y entonces es más bien un nudo tenso en torno al haz de todos los sentidos y sus múltiples ramas ramificadas hasta el árbol de la primera tentación, hasta el jardín de las delicias y sus secretas ciencias de extravío que se expanden de pronto de la cabeza hasta los pies igual que una sonrisa, lo mismo que una red de ansiosos filamentos arrancados al rayo, la corriente erizada reptando en busca del exterminio o la salida, escurriéndose adentro, arrastrada por esos sortilegios que son como tentáculos de mar y arrebatan con vértigo indecible hasta el fondo del tacto, hasta el centro sin fin que se desfonda cayendo hacia lo alto, mientras pasa y traspasa esa orgánica noche interrogante de crestas y de hocicos y bocinas, con jadeo de bestia fugitiva, con su flanco azuzado por el látigo del horizonte inalcanzable, con sus ojos abiertos al misterio de la doble tiniebla, derribando con cada

sacudida la nebulosa maquinaria del planeta, poniendo en suspensión corolas como labios, esferas como frutos palpitantes, burbujas donde late la espuma de otro mundo, constelaciones extraídas vivas de su prado natal, un éxodo de galaxias semejantes a plumas girando locamente en el gran aluvión, en ese torbellino atronador que ya se precipita por el embudo de la muerte con todo el universo en expansión, con todo el universo en contracción para el parto del cielo, y hace estallar de pronto la redoma y dispersa en la sangre la creación.

El sexo, sí,
más bien una medida:
la mitad del deseo, que es apenas la mitad del amor.

Un metro sesenta y cuatro de estatura sumergido en la piel
lo mismo que en un saco de obediencia y pavor.
Cautiva en esta piel,
cosida por un hilo sin nudo a esta ignorancia,
aferrada centímetro a centímetro a esta lisa envoltura que me protege a medias y por entero me delata,
siento la desnudez del animal,
el desabrido asombro del santo en el martirio,
la inexpresiva provocación al filo del cuchillo y al látigo del fuego.
No me sirve esta piel que apenas me contiene,
esta cáscara errante que me controla y me recuenta,
esta túnica avara cortada en lo invisible a la medida de mi muerte visible.
Apenas una pálida estría en la muralla:
la tensa cicatriz sobre la dentellada de la separación.
No puedo tocar fondo.
No consigo hacer pie dentro de esta membrana que me aparta de mí,
que me divide en dos y me vuelca al revés bajo las ruedas de los carros en llamas,
bajo espumas y labios y combates,
siempre a orillas del mundo, siempre a orillas del vértigo del alma.
No alcanza para lobo
y le falta también para cordero.
Y no obstante me escurro entre los dos bajo esta investidura del abismo,
invulnerable al golpe de mi sangre y a mi pira de huesos.
¿Quién apuesta su piel por esta piel ilesa e inconstante?

Nada para ganar.
Todo para perder en esta superficie donde sólo se inscriben los errores sobre la borra de los años.
Y ese color de enigma que termina en pregunta,
esa urdimbre cerrada donde cruzan sus hilos la permanencia y la mudanza,
esa simulación de mansedumbre alrededor de un cuerpo irremediable,
ese aspecto de falso testimonio con que encubre, bajo la misma lona, el fantasma de ayer y el de mañana,
ese tacto como una chispa al sol, o un puñado de vidrios, o un huracán de mariposas,
¿a imagen de quién son?
¿A semejanza de qué dios migratorio fui arrancada y envuelta en esta piel que exhala la nostalgia?
Una mutilación de nubes y de plumas hacia la piel del cielo.

En el bosque sonoro

Cada día me despierta este doble cuerno de cazador que parece atravesar mi cabeza lado a lado. Aspira el bosque entero. Lo convoca hacia adentro como un viento donde flotan inasibles combates y roces y resistencias y caídas. Lo ausculta como a un cuerpo contagioso que denunciara la enfermedad con tales estertores.

Pero no somos mutuos las legiones y yo. Mi presente es pasivo y no se ramifica. Acata sin defensas la conmovida inmensidad, el estado de sitio, la alarma que establece su feroz batería sobre rieles frenéticos y los lanza, sin más, a lo desconocido.

Es un tropel de intrusos que irrumpen en mis cámaras secretas. Violan los sellos, derriban los tabiques, estampan la protesta en las paredes de este negro anfiteatro donde hace sus disecciones el silencio.

¡Equívoca invasión! Unas veces propaga el terciopelo como una nervadura de tormenta que me fulmina hasta los huesos o una antena de insecto que vibra entre los filamentos de la luz y me ensordece. Y otras, como si nada, sofoca con tapices o sandalias de nieve la explosión y la gangrena.

Y por mi lado siempre esta forzosa, forzada intimidad con un secreto a voces que emana desde el fondo de cada intimidad; esta avasalladora convivencia de oreja contra el mundo; esta equívoca participación en la cárcel ajena.

No hay rigor ni medida, ni siquiera para escuchar el propio corazón, los propios dientes.

Aquí la resonancia que exagera con su coro demente el golpe en el vacío, o el alfabeto casi restaurado que se escurre de pronto en polvo demasiado fino o estalla en grandes bloques de vociferaciones. Boquetes y obstrucción.

Y debajo estas bocas que se abren en el muro, contra toda esperanza, y que musitan siempre la palabra. Palabra inaudible, palabra empecinada, palabra terrible –mi mantra del ascenso y del retorno–, palabra como un ángel suspendido entre la aniquilación y la caída, como la trompeta del juicio que se rompe contra el fragor, contra el acantilado, bajo la irremediable rompiente que me aturde y me envuelve y me tritura desde los alaridos de mi sangre y me impide escuchar.

El sello personal

Estos son mis dos pies, mi error de nacimiento,
mi condena visible a volver a caer una vez más bajo las implacables ruedas del zodíaco,
si no logran volar.
No son bases del templo ni piedras del hogar.
Apenas si dos pies, anfibios, enigmáticos,
remotos como dos serafines mutilados por la desgarradura del camino.
Son mis pies para el paso,
paso a paso sobre todos los muertos,
remontando la muerte con punta y con talón,
cautivos en la jaula de esta noche que debo atravesar y corre junto a mí.
Pies sobre brasas, pies sobre cuchillos,
marcados por el hierro de los diez mandamientos:
dos mártires anónimos tenaces en partir,
dispuestos a golpear en las cerradas puertas del planeta
y a dejar su señal de polvo y obediencia como una huella más,
apenas descifrable entre los remolinos que barren el umbral.
Pies dueños de la tierra,
pies de horizonte que huye,
pulidos como joyas al aliento del sol y al roce del guijarro:
dos pródigos radiantes royendo mi porvenir en los huesos del presente,
dispersando al pasar los rastros de ese reino prometido
que cambia de lugar y se escurre debajo de la hierba a medida que avanzo.
¡Qué instrumentos ineptos para salir y para entrar!
Y ninguna evidencia, ningún sello de predestinación bajo mis pies,

después de tantos viajes a la misma frontera.
Nada más que este abismo entre los dos,
esta ausencia inminente que me arrebata siempre hacia adelante,
y este soplo de encuentro y desencuentro sobre cada pisada.
¡Condición prodigiosa y miserable!
He caído en la trampa de estos pies
como un rehén del cielo o del infierno que se interroga en vano
    por su especie,
que no entiende sus huesos ni su piel,
ni esta perseverancia de coleóptero solo,
ni este tam-tam con que se le convoca a un eterno retorno.
¿Y adónde va este ser inmenso, legendario, increíble,
que despliega su vivo laberinto como una pesadilla,
aquí, todavía de pie,
sobre dos fugitivos delirios de la espuma, debajo del diluvio?

Aspirar y exhalar. Tal es la estratagema en esta mutua transfusión con todo el universo.

Día y noche, como dos organismos esponjosos fijados a la pared de lo visible por este doble soplo de vaivén que sostiene en el aire las cosmogonías, nos expandimos y nos contraemos, sin sentido aparente, el universo y yo. Lo absorbo hacia mi lado en el azul, lo exhalo en un depósito de brumas y lo vuelvo a aspirar. Me incorpora a su vez a la asamblea general, me expulsa luego a la intemperie ajena que es la mía, al filo del umbral, y me inhala de nuevo. Sobrevivimos juntos a la misma distancia, cuerpo a cuerpo, uno en favor del otro, uno a expensas del otro –algo más que testigos–, igual que en el asedio, igual que en ciertas plantas, igual que en el secreto, como en Adán y Dios.

¿Quién pretende vencer? Bastaría un error para trocar las suertes por el planeo de una pluma en la vacía inmensidad. Mi orgullo está tan sólo en la evidencia del apego feroz, en mi costado impar –tan ínfimo y sin duda necesario– que crece en la medida de su pequeñez.

Cumplo con mi papel. Conservo mi modesto lugar a manera de pólipo cautivo. Me empino a duras penas en alguna saliente para hallar un nivel de intercambio al ras del bajo vuelo, un punto donde ceda dignamente mi propia construcción.

Más corta que mis ojos, más veloz que mis manos, más remota que el gesto de otra cara esta errónea nariz que me arranca de pronto de la lisa paciencia de la piel y me estampa en el mundo de los otros, siempre desconocida y extranjera.

Y sin embargo me precede. Me encubre con aparente solidez, con intención de roca, y me expone a los vientos invasores

a través de unas fosas precarias, vulnerables, apenas defendidas por la sospecha o el temblor.

Y así, sin más, olfateando costumbres y peligros, pegada como un perro a los talones del futuro, almaceno fantasmas como nubes, halos en vez de bienes, borras que se combinan en nostálgicos puertos, en ciudades flotantes que amenazan volver, en jardines que huelen a la loca memoria del paraíso prometido.

¡Ah, perfumes letárgicos, emanaciones de lluvias y de cuerpos, vahos que se deslizan como un lazo de asfixia en torno a la garganta de mi porvenir!

Una alquimia volátil se hacina poco a poco en los resquicios, evapora las duras condensaciones de los años, y me excava y me sofoca y me respira en grandes transparencias que son la forma exangüe de mi última armazón.

Y aunque aún continúe la mutua transfusión con todo el universo, sé que "allí, en ese sitio, en el oscuro musgo soy mortal, y en mis sueños husmea interminablemente un hocico de bestia", un hocico implacable que me extrae el aliento hasta el olor final.

Tierras en erosión

Se diría que reino sobre estos territorios,
se diría que a veces los recorro desde la falsa costa hasta la zona
del gran fuego central
como a tierra de nadie,
como a región baldía sometida a mi arbitrio por la ley del saqueo
y el sol de la costumbre.
Se diría que son las heredades para mi epifanía.
Se diría que oponen sus murallas en marcha contra los invasores,
que abren sus acueductos para multiplicar mi nombre y mi lugar,
que organizan las grandes plantaciones como colonias del Edén
perdido,
que erigen uno a uno estos vivos menhires para oficiar mi sal-
vación.
¡Sagrada ceremonia la que urdimos en tierra mis tejidos y yo!
Y sin embargo acechan como tembladerales palpitantes
esta noche de pájaro en clausura donde caigo sin fin,
remolino hacia adentro,
girando con el cielo cerrado que me habita y no logro alcanzar.
Y de pronto, sin más, sin ir más lejos,
soy como una fisura en esta incomprensible geología,
como burbuja a ciegas por estos laberintos que no sé adónde dan.
Me arrastran a mansalva de una punta a la otra
estas negras gargantas que me devoran sin cesar.
Me sofocan con fibras de humedad,
me trituran entre fauces de hueso como a una mariposa,
me destilan en sordas tuberías y en ávidas esponjas que respiran
como los lentos monstruos de la profundidad,
me empapan en sentinas,
me ligan con tendones y con nervios hasta la desunión,
me ponen a secar en la negrura de este sol interior,

me abandonan como resaca muerta a la furia de todas las corrientes
hasta la gran caída y el vértigo final,
siempre inminente,
siempre a punto de trizarme de golpe contra el acantilado de la insufrible luz.
¡Qué lugar para crecer y para amar!
¡Tantos derrumbes, tantas fundaciones, tantas metamorfosis insensatas!
¡Tantas embalsamadas batallas que se animan en un foso del alma!
¿Tanta carnicería de leyenda levantada en mi honor?

Mi fósil

Guárdame, duro armazón tallado por la muerte en el polvo de
Adán.
Pliégame a la obediencia,
incrústame otra vez en lo visible con esas nervaduras de terror
que delatan mi número incompleto, mi especie miserable.
Apenas me retienes por un lazo de sombra debajo de los pies,
apenas por un jirón de luz helada entre los dientes,
y no obstante persevero contigo en el desierto contra la voz que
clama,
me aferro como a un mástil contra el ciclón de plumas que me
aspira,
me adhiero como un náufrago al tablón que corre hacia el abismo.
Porque eres aún la encrucijada,
las gradas hasta el fin y la escalera rota,
ese extraño lugar donde se alían la maldición y el exorcismo.
Te han arrojado aquí
para que me enseñaras con tu duro evangelio la salida.
Te han encerrado a oscuras
para que me acecharas con mi propio fantasma sin remedio.
Te han jugado a perderme.
Te han prometido el sol de mi destierro,
mi feroz horizonte replegado debajo de la hierba,
la sábana de espumas en alguna intemperie en que no estoy.
Y tú en paz con tus huesos,
como momia de perro en el museo donde empieza mi infierno.
Sí, tú, mi Acrópolis de sal,
mi pregunta de nube sepultada,
mi respuesta de cera,
mi patíbulo errante lavado por las olas de una misma sentencia.

Duro brillo, mi boca

Como una grieta falaz en la apariencia de la roca, como un sello traidor fraguado por la malicia de la carne, esta boca que se abre inexplicable en pleno rostro es un destello apenas de mi abismo interior, una pálida muestra de sucesivas fauces al acecho de un trozo de incorporable eternidad.

Casi no se diría con los labios cerrados. Más bien sólo un error, un soplo de otra especie en la obra incompleta. Y de pronto un desliz, un relámpago acaso, un salto de animal que descorre los bordes del paisaje sobre la sumergida inmensidad, y se enciende el peligro y estalla la amenaza. Un lugar de barbarie bajo el fulgor lunar.

Dientes como blancura tenebrosa, verdugos alineados en feroces fronteras al filo de la luz, amuletos de viva hechicería erigidos en piedras para la inmolación; y en su sitial el monstruo palpitante, el ídolo cautivo, la leviatán de felpa, esta oficiante anfibia debatiéndose a ciegas desde su raigambre hasta las nervaduras de su propio sabor, de mi dulzona insipidez.

¿Quién hablaba de bocas celestiales para la eucaristía, para el trasvasamiento con los ángeles?

Me adhiero por mi boca a las posibles venas del planeta, extraigo la sustancia de mi día y mi noche en las arterias de la perduración, y sólo paladeo brebajes y alimentos adulterados por el latido contagioso de la muerte.

¡Ah, me repugna esta voracidad vampira de inocencias, esta sobrevivencia siempre colmada y siempre insatisfecha bajo la mordedura de los tiempos!

¡Y esta risa, con retazos de huesos que iluminan la exhumación a medias de mi cara final! ¡Tanto exceso en la fatua, innoble alegoría!

¡Y tanta ambivalencia en esta boca, bajo el signo de la carencia y la embriaguez, bajo los dobles nudos ceñidos por el amor y el aislamiento!

¿Aquí no empieza acaso ese maelstrón ardiente que arrebata los cuerpos y trueca los alientos y aspira el corazón de cada uno hasta el fondo del otro corazón, y que a veces devuelve sólo un grano de sal, un jirón de intemperie en medio del invierno?

Y un poco más acá de lo visible, debajo de esta lengua que celebra el silencio y escarba en la prohibida oscuridad, ¿no comienzan también las canteras del verbo, las roncas fundiciones de la poesía, el acceso a las altas transparencias que hacen palidecer la pregunta y la respuesta?

Duro brillo, este oráculo mudo.

Corre sobre los muelles

Hace ya muchos años que corres dando tumbos por estos laberintos
y aún ahora no logro comprender si buscas a borbotones la salida
o si acudes como un manso ganado a ese último recinto donde se fragua el crimen con las puertas abiertas.
Sólo sé que me llevas a cuestas por este mapa al rojo que anticipa el destino
y que acato las tablas de tu implacable ley
bajo el hacha de un solo mandamiento.
Hemos firmado un pacto de guardianas en esta extraña cárcel que remonta en la noche la corriente,
más alertas que un faro,
y no importa que a veces me arrebaten las sombras de otros vuelos
o que te precipites con un grito de triunfo en el cadalso.
Porque al final de cada deserción estamos juntas,
con una llaga más, con un vacío menos,
y pagamos a medias el precio del rescate para seguir hirviendo en la misma caldera.
Pero ¿quién rige a quién en esta enajenada travesía casi a ras del planeta?
¿Quién soy, ajena a ti, en este visionario depósito de templos sobre lunas y jardines errantes sobre arenas?
¿Dónde está mi lugar entre estas pertenencias por las que me deslizo como la nervadura de un escalofrío?
En cada encrucijada donde escarbo ni nombre compruebo que no estoy.
¡Sangre insensata, sangre peligrosa, mi sangre de sonámbula a punto de caer!
No juegues a perderme en estas destilerías palpitantes;

no me filtres ahora con tu alquimia de animal iniciado en todos los arcanos
ni me arrojes desnuda e ignorante contra el indescifrable grimorio de los cielos,
porque tú y yo no somos dos mitades de una inútil batalla,
ni siquiera dos caras acuñadas por la misma derrota,
sino tal vez apenas una pequeña parte de algún huésped sin número y sin rostro que aguarda en el umbral.
¡Vamos, entonces, sangre ilimitada, sangre de abrazo, sangre de colmena!
Envuélveme otra vez en esa miel caliente con que pegas los trozos de este mundo para erigir la torre:
tu Babel de un vocablo hasta el final.
Has fundado tu reino en la tormenta,
bajo el ala inasible de una desesperada y única primavera.
Has acarreado herencias, combates y naufragios insolubles como el cristal azul de la memoria en la sal de las lágrimas.
Has apilado bosques, insomnios y fantasmas embalsamados vivos
en estas galerías delirantes que solamente se abren para volver a entrar.
Has hurgado en la lumbre de la fiebre y el ocio para extraer esa tinaja de oro que irremediablemente se convierte en carbón.
Has encerrado el mar en un sollozo y has guardado los ojos del abismo vistos desde lo alto del amor.
Vestida estás de reina, de bruja y de mendiga.
Y aún sigues transitando por esta red de venas y de arterias,
bajo los dos relámpagos que iluminan tu noche con el signo de la purificación,
mientras arrastras fardos y canciones lo mismo que la loca de los muelles
o igual que una inmigrante que se lleva en pedazos su país,
para depositar toda tu carga de pruebas y de errores a los pies del gran mártir o el pequeño verdugo:
ese juez prodigioso que bajó al sexto día,
que está sentado aquí, a la siniestra, en su sitial de zarzas,
y que será juzgado por vivos y por muertos.

Cantos a Berenice

1977

I

Si la casualidad es la más empeñosa jugada del destino,
alguna vez podremos interrogar con causa a esas escoltas de genealogías
que tendieron un puente desde tu desamparo hasta mi exilio
y cerraron de golpe las bocas del azar.
Cambiaremos panteras de diamante por abuelas de trébol,
dioses egipcios por profetas ciegos,
garra tenaz por mano sin descuido,
hasta encontrar las puntas secretas del ovillo que devanamos juntas
y fue nuestro pequeño sol de cada día.
Con errores o trampas,
por esta vez hemos ganado la partida.

II

No estabas en mi umbral
ni yo salí a buscarte para colmar los huecos que fragua la nostalgia
y que presagian niños o animales hechos con la sustancia de la frustración.
Viniste paso a paso por los aires,
pequeña equilibrista en el tablón flotante sobre un foso de lobos
enmascarado por los andrajos radiantes de febrero.
Venías condensándote desde la encandilada transparencia,
probándote otros cuerpos como fantasmas al revés,
como anticipaciones de tu eléctrica envoltura
–el erizo de niebla,
el globo de lustrosos vilanos encendidos,
la piedra imán que absorbe su fatal alimento,
la ráfaga emplumada que gira y se detiene alrededor de un ascua,
en torno de un temblor–.
Y ya habías aparecido en este mundo,
intacta en tu negrura inmaculada desde la cara hasta la cola,
más prodigiosa aún que el gato de Cheshire,
con tu porción de vida como una perla roja brillando entre los dientes.

III

Quiero pensar que no eras la cría repudiada,
hija de gato errante y de gata cautiva
–la pareja precaria, victoriosa en la ley de un solo acoplamiento
y sumisa al decreto de algún Malthus tardío que impera en el desván–.
Puedo creer que no eras trofeo ni residuo
arrojado al azar desde lo alto de la roca,
ni yo la tejedora que detiene con redes milagrosas el vuelo o la caída.
Algo más que piedad, que providencia y desatino
erigió nuestra carpa invulnerable entre las carcomidas fundaciones.
Algo que comenzamos a saber entre un plato de leche
y huesos, sólo huesos de desapariciones, tan duros de roer.

IV

Que eras la fugitiva de esos tiempos errantes
en los que los demonios se visten con el prestigio de los dioses
y ocultan en criaturas inocentes la ciencia de sus ascuas,
lo denunciaba a veces ese oscuro meteoro,
esa amenaza al rojo que corría veloz desde tu zarpa a tu mirada
estirando tu piel como una elástica permanencia en la huida
o quizás un resorte pronto a saltar bajo la tentación del exterminio.
Que eras, por otra parte, la emisaria de una zona remota
donde el conocimiento pacta con el silencio
y atraviesa los siglos arrastrando como boa de plumas la nostalgia,
lo atestiguaba ya tu ser secreto,
vuelto en contemplación hacia las nubes de la sabiduría,
suspendido en tus ojos como una lluvia de oro,
más acá del recuerdo, más allá del olvido.
Pero ¿qué fuiste entonces, antes de ser ahora?

V

Tú reinaste en Bubastis
con los pies en la tierra, como el Nilo,
y una constelación por cabellera en tu doble del cielo.
Eras hija del Sol y combatías al malhechor nocturno
–fango, traición o topo, roedores del muro del hogar, del lecho del amor–,
multiplicándote desde las enjoyadas dinastías de piedra
hasta las cenicientas especies de cocina,
desde el halo del templo, hasta el vapor de las marmitas.
Esfinge solitaria o sibila doméstica,
eras la diosa lar y alojabas un dios, como una pulga insomne,
en cada pliegue, en cada matorral de tu inefable anatomía.
Aprendiste por las orejas de Isis o de Osiris
que tus nombres eran Bastet y Bast y aquel otro que sabes
(¿o es que acaso una gata no ha de tener tres nombres?);
pero cuando las furias mordían tu corazón como un panal de plagas
te inflabas hasta alcanzar la estirpe de los leones
y entonces te llamabas Sekhet, la vengadora.
Pero también, también los dioses mueren para ser inmortales
y volver a encender, en un día cualquiera, el polvo y los escombros.
Rodó tu cascabel, su música amordazada por el viento.
Se dispersó tu bolsa en las innumerables bocas de la arena.
Y tu escudo fue un ídolo confuso para la lagartija y el ciempiés.
Te arroparon los siglos en tu necrópolis baldía
–la ciudad envuelta en vendas que anda en las pesadillas infantiles–,
y porque cada cuerpo es tan sólo una parte del inmenso sarcófago de un dios,

eras apenas tú y eras legión sentada en el suspenso,
simplemente sentada,
con tu aspecto de estar siempre sentada vigilando el umbral.

VI

No comiste del loto del olvido
–el homérico privilegio de los dioses–,
porque sabías ya que quien olvida se convierte en objeto inanimado
–nada más que en resaca o en resto a la deriva–
al antojo del caprichoso mar de otras memorias.
Y así escarbaste un día en tu depósito de sombras congeladas
y volviste a anudar con tiernos ligamentos huesecitos dispersos,
tejidos enamorados del sabor de la lluvia,
vísceras dulces como colmenas sobrenaturales para la abeja reina,
dientes que fueron lobos en las estepas de la luna,
garras que fueron tigres en la profunda selva embalsamada.
Y lo envolviste todo en ese saco de carbón constelado
que arrojaste hacia aquí, como hacia un tren en marcha,
y que en algún lugar dejó un agujero por el que te aspiran
y al que debes volver.

VII

Aún conservas intacta, memoriosa,
la marca de un antiguo sacramento bajo tu paladar:
tu sello de elegida, tu plenilunio oscuro,
la negra sal del negro escarabajo con el que bautizaron tu linaje sagrado
y que llevas, sin duda, de peregrinación en peregrinación.
¿Para quién la consigna?
¿Qué te dejaste aquí?, ¿qué posesiones?
¿O qué error milenario volviste a corregir?
Ahora llegas caminando hacia atrás como aquellos que vieron.
Llegas retrocediendo hacia las puertas que se alejan con alas vagabundas.
Tal vez te asuste la invisible mano con que intentan asirte
o te espante este calco vacío de otra mano que creíste encontrar.
Vuelcas el plato y permaneces muda como aquellos que vuelven,
como aquellos que saben que la vida es ausencia amordazada,
y el silencio,
una boca cosida que simula el olvido.

VIII

¿Y qué viniste a ser en esta arca impar
donde también "conmigo mi raza se termina"?
Tú, tan semejante a la naturaleza en su inminente salto
replegado en la jungla del instinto.
¿La gata de las mieses,
cautiva entre las ruedas del oscuro solsticio
que muelen hasta el último espíritu del grano?
¿La Perséfona estéril,
arrebatada por la huida del sol a los negros recintos
donde el polvo tapia las puertas y traba los cerrojos?
Si ese fue tu reverso,
¿por qué no te arrojaste de cara a los tejados de la primavera?
No hubo ninguna antorcha de rescate por ti,
ni chispas que propiciaran tu división en la progenie.
Jugaste en una vez, con los dados en blanco,
el principio y el fin de tu aventura.
Ganaste a mala luna el gato mutilado
que se pudrió al caer, noche tras noche, por el desagüe de tu sueño,
y te quedaste a solas, sin saber, en el alba del celo
–el enjambre furioso, la vibración que atruena–,
interrogando en vano a un hueso ambiguo,
a una indescifrable cabeza de pescado,
a un hermético claustro de semillas,
por si en ellos estaban el aguijón y la respuesta,
por si acaso sabían.

IX

Pero salta, salta otra vez sobre las amapolas,
salta sobre las hogueras de junio sin quemarte,
como si supieras.
Asómate otra vez a plena luz por tu sombra entreabierta,
aunque sólo sembremos como niebla rastrera,
como invasión de arañas transparentes,
la sospecha de que somos de nuevo la bruja y la emisaria.
No lamerán tu rastro dos perros amarillos,
ni volarás en nubes erizadas a la fiesta de Brocken.
No tuvimos más búho que la vigilia alerta en el fondo del sueño
ni más sapo lacayo que la ráfaga fría para ahuyentar los duendes.
Nuestra maldita alianza con el diablo
fue el poder del terror contra los roedores inasibles
que excavaban sus trampas debajo de la casa;
nuestra señal satánica,
la misma desmesura en la pupila
para precipitar allí las intenciones de la noche embozada;
nuestro pacto de sangre,
nada más que aquel trueque de enigmas insolubles:
otras nosotras mismas.

X

Sí, tú, mi otra yo misma en la horma hechizada de otra piel
ceñida al memorial del rito y la pereza.
No fetiche, donde crujen con alas de langosta los espíritus puestos a secar;
no talismán, como una estrella ajena engarzada en la proa de la propia tiniebla;
no amuleto, para aventar los negros semilleros del azar;
no gato en su función de animal gato;
sino tú, el tótem palpitante en la cadena rota de mi clan.
¡Ese vínculo como un intercambio de secretos en plena combustión!
¡Ese soplo recíproco infundiendo las señales del mal, las señales del bien,
en cada tiempo y a cualquier distancia!
¡Esas suertes ligadas bajo el lacre y los sellos de todos los destinos!
¿No guardabas acaso mi alma ensimismada como una tromba azul entre tus siete vidas?
¿No custodiaba yo tus siete vidas,
semejantes a un nocturno arco iris en mi espacio interior?
Y este rumor y ese gorgoteo,
este remoto chorro de burbujas soterradas
y ese ronco zumbido de abejorro en suspenso entre los laberintos de tu sangre,
¿no serían acaso mi mantra más oculto y tu indecible nombre
y la palabra perdida que al rehacerse rehace con plumas blancas la creación?

XI

¿En qué alfabeto mítico aprendiste a interpretar los símbolos?
¿Qué fábulas heroicas te enseñaron
a sitiar los aviesos anuncios con el foso de la monotonía
y a clavarles después el puñal del relámpago?
Tu poder era el poder de la distancia
que con un golpe cierra su abanico y expulsa al invasor.
Horas que fueron años alertas como lámparas,
pacientes como estatuas frente a huéspedes que vienen y se van.
Tú, inmóvil, sumergida en dorados invernáculos,
en visiones letárgicas bordadas por la conspiración del sol y sus oleajes,
acechabas un flanco con repentinas rayas de leopardo,
la música irisada de un abejorro ciego taladrando de pronto todo el cosmos,
para hacer estallar bajo un solo zarpazo sus amenazadoras maquinarias.
Así pudiste un día replegar el espacio
y descubrir en el fondo de mi corazón alguna sombra intrusa entre otras sombras,
o adivinar qué oculta telaraña tejían, destejiendo, mis tejidos,
o qué vetas aciagas fraguaban bajo mi piel un mármol implacable
y escarbaste, escarbaste con felpas y pezuñas hasta arrancar el mal
como una perla negra que se disuelve en polvo,
en nada.
Yo te pregunto ahora, entre nosotras,
¿era realmente nada?
¿O atesoraste acaso una por una esas cuentas sombrías
y enhebraste un collar que se hizo nudo en torno a tu garganta?

XII

¡Y hay quien dice que un gato no vale ni la mitad de un perro muerto!
Yo atestiguo por tu vigilia y tus ensalmos al borde de mi lecho,
curandera a mansalva y arma blanca;
por tu silencio que urde nuestro código con tinta incandescente,
escriba en las cambiantes temporadas del alma;
por tu lenguaje análogo al del vaticinio y el secreto,
traductora de signos dispersos en el viento;
por tu paciencia frente a puertas que caen como lápidas rotas,
intérprete del oráculo imposible;
por tu sabiduría para excavar la noche y descubrir sus presas y
sus trampas,
oficiante en las hondas catacumbas del sueño;
por tus ojos cerrados abiertos al revés de toda trama,
vidente ensimismada en el vuelo interior;
por tus orejas como abismos hechizados bajo los sortilegios de
la música,
prisionera en las redes de luciérnagas que entretejen los ángeles;
por tu pelambre dulce y la caricia semejante a la hierba de se-
tiembre,
amante de los deslizamientos de la espuma en acecho;
por tu cola que traza las fronteras entre tus posesiones y los reinos
ajenos,
princesa en su castillo a la deriva en el mar del momento;
por tu olfato de leguas para medir los pasos de mi ausencia,
triunfadora sobre los espejismos, el eco y la tiniebla;
por tu manera de acercarte en dos pies para no avergonzar mi
extraña condición,
compañera de tantas mutaciones en esta centelleante rotación
de quince años.

No atestiguo por ti en ninguna zoológica subasta
donde serías siempre la extranjera.
Apuesto por tus venas anudadas al enigmático torbellino de otros astros.

XIII

Se descolgó el silencio,
sus atroces membranas desplegadas como las de un murciélago
anterior al diluvio,
su canto como el cuervo de la negación.
Tu boca ya no acierta su alimento.
Se te desencajaron las mandíbulas
igual que las mitades de una cápsula inepta para encerrar la
almendra del destino.
Tu lengua es el Sahara retraído en penumbra.
Tus ojos no interrogan las vanas ecuaciones de cosas y de rostros.
Dejaron de copiar con lentejuelas amarillas los fugaces modelos
de este mundo.
Son apenas dos pozos de opalina hasta el fin donde se ahoga el
tiempo.
Tu cuerpo es una rígida armadura sin nadie,
sin más peso que la luz que lo borra y lo amortaja en lágrimas.
Tus uñas desasidas de la inasible salvación
recorren desgarradoramente el reverso impensable,
el cordaje de un éxodo infinito en su acorde final.
Tu piel es una mancha de carbón sofocado que atraviesa la es-
tera de los días.
Tu muerte fue tan sólo un pequeño rumor de mata que se arranca
y después ya no estabas.
Te desertó la tarde;
te arrojó como escoria a la otra orilla,
debajo de una mesa innominada, muda, extrañamente impe-
netrable,
allí, junto a los desamparados desperdicios,
los torpes inventarios de una casa que rueda hacia el poniente,

que oscila, que se cae,
que se convierte en nube.

XIV

Jugabas a esconderte entre los utensilios de cocina
como un extraño objeto tormentoso entre indecibles faunas,
o a desaparecer en las complicidades del follaje
con un manto de dríada dormida bajo los velos de la tarde,
o eras sustancia yerta debajo de un papel que se levanta y anda.
Henchías los armarios con organismos palpitantes
o poblabas los vestidos vacíos con criaturas decapitadas y fantasmas.
Fuiste pájaro y grillo, musgo ciego y topacios errantes.
Ahora sé que tratabas de despistar a tu perseguidora con efímeras máscaras.
No era mentira el túnel con orejas de liebre
ni aquella cacería de invisibles mariposas nocturnas.
Sólo que yo no supe echar arena sobre tus pisadas.
Te alcanzó tu enemiga poco a poco
y te envolvió en sus telas como con un disfraz de lluviosos andrajos.
Saliste victoriosa en el irreversible juego de no estar.
Sin embargo, aún ahora, cierta respiración desliza un vidrio frío por mi espalda.
Y entonces ese insecto radiante que tiembla entre las flores,
la fuga inexplicable de las pequeñas cosas,
un hocico de sombra pegado noche a noche a la ventana,
no sé, podría ser,
¿quién me asegura acaso que no juegas a estar, a que te atrapen?

XV

¡Imágenes falaces! ¡Laberintos erróneos los sentidos!
¡Anagramas intransferibles para nombrar la múltiple y exigua realidad!
Cada cuerpo encerrado en su Babel sin traducción desde su nacimiento.
Tú también en el centro de un horizonte impar, pequeño y desmedido.
¿Cómo era tu visión?
¿Era azul el jardín y la noche el bostezo fosforescente de una iguana?
¿Tenían una altura de aves migratorias mis zapatos?
¿Los zócalos comunicaban con andenes secretos que llevaban al mar?
¿La música que oías era una aureola blanca
semejante a un incendio en el edén de los niños perdidos en el bosque?
¿O era un susurro de galaxias perfumadas en la boca del viento?
¿Bebían de tu respiración la esponja palpitante y el insaciable pan?
¿Había en cada mueble un rehén sideral cuyos huesos crujían por volver a vivir?
¿Cada objeto era un ídolo increíble que reclamaba su óbolo,
su cucharada de aceite luminoso desde el amanecer?
¿Olfateabas la luna en la cebolla y la tormenta en el espejo?
¿Crecían entre tú y yo inmensos universos transparentes?
¿El mundo era una fiesta de polillas ebrias adentro de una nuez?
¿O era una esfera oscura que encerraba sucesivas esferas hasta el fin,
allí, donde estabas soñando con crecientes esferas como cielos para tu soledad?

¡Inútil cuestionario!

Las preguntas se inscriben como tu dentellada en el alfabeto de la selva.

Las respuestas se pierden como tus pasos de algodón en los panteones del recuerdo.

XVI

No invento para ti un miserable paraíso de momias de ratones,
tan ajeno a tus huesos como el fósil del último invierno en el desván;
ni absurdas metamorfosis, ni vanos espejeos de leyendas doradas.
Sé que preferirías ser tú misma,
esa protagonista de menudos sucesos archivados en dos o tres memorias
y en los anales azarosos del viento.
Pero tampoco puedo abandonarte a un mutilado calco de este mundo
donde estés esperándome, esperando,
junto a tus indefensas y ya sobrenaturales pertenencias
–un cuenco, un almohadón, una cesta y un plato–,
igual que una inmigrante que transporta en un fardo el fantasmal resumen del pasado.
Y qué cárcel tan pobre elegirías
si te quedaras ciega, plegada entre los bordes mezquinos de este libro
como una humilde flor, como un pálido signo que perdió su sentido.
¿No hay otro cielo allá para buscarte?
¿No hay acaso un lugar, una mágica estampa iluminada,
en esas fundaciones de papel transparente que erigieron los grandes,
ellos, los señores de la mirada larga y al trasluz,
Kipling, Mallarmé, Carroll, Eliot o Baudelaire,
para alojar a otras indescifrables criaturas como tú,
como tú prisioneras en el lazo de oscuros jeroglíficos que las ciñe a tu especie?

¿No hay una dulce abuela con manos de alhucema y mejillas
de miel
bordando relicarios con aquellos escasos momentos de dicha
que tuvimos,
arrancando malezas de un jardín donde se multiplica el desarraigo,
revolviendo en la olla donde vuelven a unirse las sustancias de la
separación?
Te remito a ese amparo.
Pero reclamo para ti una silla en la feria de las tentaciones;
ningún trono de honor,
sino una simple silla a la intemperie para poder saltar hacia el
amor:
esa gran aventura que hace rodar sus dados como abismos
errantes.
El paraíso incierto y sin vivir.

XVII

Aunque se borren todos nuestros rastros igual que las bujías en el amanecer
y no puedas recordar hacia atrás, como la Reina Blanca,
déjame en el aire la sonrisa.
Tal vez seas ahora tan inmensa como todos mis muertos
y cubras con tu piel noche tras noche la desbordada noche del adiós:
un ojo en Achernar, el otro en Sirio,
las orejas pegadas al muro ensordecedor de otros planetas,
tu inabarcable cuerpo sumergido en su hirviente ablución,
en su Jordán de estrellas.
Tal vez sea imposible mi cabeza, ni un vacío mi voz,
algo menos que harapos de un idioma irrisorio mis palabras.
Pero déjame en el aire la sonrisa:
la leve vibración que azogue un trozo de este cristal de ausencia,
la pequeña vigilia tatuada en llama viva en un rincón,
una tierna señal que horade una por una las hojas de este duro calendario de nieve.
Déjame tu sonrisa
a manera de perpetua guardiana,
Berenice.

Mutaciones de la realidad

1979

Mutaciones de la realidad

Rosa, oh pura contradicción,
voluptuosidad de no ser el sueño
de nadie bajo tantos párpados
Rainer María Rilke

¿De modo que la piedra húmeda no contiene agua
y el reflejo en el vidrio no traslada la escena al medio del jardín?,
¿que mi sombra no me precede ni me sigue sino que testimonia
por la luz
y un hueso fosforescente no anda en busca de cenizas dispersas
para la fiesta de la resurrección?

Es posible, como todo prodigio al que deshojan las manos de
la ley.

No niego la realidad sin más alcances y con menos fisuras
que una coraza férrea ciñendo las evaporaciones del sueño y de
la noche
o una gota de lacre sellando la visión de abismos y paraísos que
se entreabren
como un panel secreto
por obra de un error o de un conjuro.

Pero es sólo un deseo sedentario, como fijar la luna en cada
puerta;
nada más que un intento de hacer retroceder esas vagas fronteras
que cambian de lugar

–¿hacia dónde? ¿hacia cuándo?–
o emigran para siempre aspiradas de pronto por la fuga de la revelación impenetrable.

Sé que de todos modos la realidad es errante,
tan sospechosa y tan ambigua como mi propia anatomía.

Digo que también ella ha llegado hasta aquí a través de otro salto feroz en las tinieblas,
y guarda, como yo,
nostalgias y temores de faunas y de floras
como aquellas que trasplantó Hieronymus Bosch desde los depósitos del caos,
adherencias de nubes sobre las cicatrices de las mutilaciones,
vértigos semejantes a un éxodo de estrellas
y raíces tan hondas que sacuden a veces los pilares de este aparente suelo
y atruenan, con su ronco reclamo de otro mundo.

Cautiva, como yo, con las constelaciones y la hormiga,
quizás en una esfera de cristal que atraviesan las almas,
la he visto reducirse hasta tomar la forma del ínfimo Jonás dentro de la ballena
o expandirse sin fin hacia la piel exhalando en un chorro de vapor todo el cielo:
el insoluble polizón a tientas en la sentina de lo desconocido
o la envolvente bestia a punto de estallar contra las alambradas de los limbos.
Y ni en la puerta exigua ni en la desmesurada estaba la salida.

Guardiana, como yo, de una máscara indescifrable del destino,
se viste de hechicera y transforma de un soplo las aves centellantes

en legiones de ratas,
o pone a evaporar en sus marmitas todo el vino de ayer y el de mañana
hasta que sólo quedan en el fondo esas ásperas borras que acrecientan la sed
con su sabor de nunca o de nostalgia;
o se convierte en reina y se prueba los trajes de la belleza inalcanzable,
las felpas tachonadas de la lejanía,
que son vendas de olvido,
jirones de mendiga cuando pega su frente a mi ventana,
o desnudez de avara cuando vuelca en mis arcas sus tesoros roídos por la lepra.
Y nunca entenderemos cuál es nuestro verdadero papel en esta historia.

Ajena, como yo, a los desordenados lazos que nos unen
y que ciñen mi cuello con los nudos de la rebeldía, la desconfianza y la extrañeza,
a veces me contempla tan absorta como si no nos conociéramos
y desplaza su alfombra debajo de mis pies hasta que pierdo de vista su aleteo,
cuando no se me acerca con un aire asesino y me acorrala contra mis precipicios
para desvalijarme con sus manos de asfixia y de insanía;
¿y acaso no simula de repente distintas apariencias entre dos parpadeos?,
¿no me tiñe de luto las paredes?,
¿no cambia de lugar objetos y tormentas y arboledas, sólo para perderme?
Y apenas si hay momentos de paz entre nosotras.

Precaria, como yo,
aquí, donde somos apenas unos pálidos calcos de la ausencia,

se desdobla en regiones que copian los incendios del recuerdo
perdido,
abre fisuras en las superficies como tajos de ciega para extraer el
porvenir,
olfatea con sus perros hambrientos cada presagio que huye con
la muerte
y persigue de mutación en mutación vislumbres que se trizan en
alucinaciones.
Y no consigue asir más que fantasmas de la desconocida imagen
que refleja.
No, tampoco tú,
aunque niegues tu empeño entre fulgores y lo sepultes entre es-
combros;
aunque traces tus límites acatando el cuchillo de la pequeña ley;
por más que te deshojes para demostrar
que la rosa de Rilke no encierra ningún sueño bajo tantos pár-
pados.

Presentimientos en traje de ritual

Llegan como ladrones en la noche.
Fuerzan las cerraduras
y hacen aparecer esas puertas que se abren en un error del muro
y solamente indican la clausura hacia afuera.
Es un manojo de alas que aturde en el umbral.
Entran con una antorcha para incendiar el bosque sumergido en la almohada,
para disimular las ramas que encandilan desde el fondo del ojo,
los pájaros insomnes, con su brizna de fuego arrebatada al fuego de los dioses.
Es una zarza ardiendo entre la lumbre,
un crisol donde vuelcan el oro de mis días para acuñar la llave que lo encierra.
Me saquean a ciegas,
truecan una comarca al sol más vivo por un puñado impuro de tinieblas,
arrasan algún trozo del cielo con la historia que se inscribe en la arena.
Es una bocanada que asciende a borbotones desde el fondo de todo el porvenir.
Hurgan con frías uñas en el costado abierto por la misma condena,
despliegan como vendas las membranas del alma,
hasta tocar la piedra que late con el brillo de la profanación.
Es una vibración de insectos prisioneros en el fragor de la colmena,
un zumbido de luz, unas antenas que raspan las entrañas.
Entonces la insoluble sustancia que no soy,
esa marea a tientas que sube cuando bajan los tigres en el alba,
tapiza la pared,
me tapia las ventanas,

destapa los disfraces del verdugo que me mata mejor.
Me arrancan de raíz.
Me embalsaman en estatua de sal a las puertas del·tiempo.

Soy la momia traslúcida de ayer convertida en oráculo.

Operación nocturna

Alguien sopla.
Sopla contra mi casa una envoltura de cortinajes negros,
una niebla sedienta que husmea como hiena en los rincones,
unas sombras que incrustan trozos de pesadilla en la pared.
Alguien sopla y convoca los poderes sin nombre.
Mi guarida se eriza,
se agazapa en el foso de las fieras,
resiste con su muestrario de apariencias a los embates de la mutación.
Alguien sopla y arranca de sus goznes mi precaria morada,
las maquinarias de su remota realidad.
Ahora es otra y no es y apenas vuelve a ser en más o en menos,
tan amenazadora y tan falaz como una escena blanca espejeando en la nieve
o la ventana que se enciende y se apaga en la espesura del tapiz.
Pero igual la sofocan en su temblor final con una funda helada,
la separan de sus mansas costumbres,
le quitan una a una sus misericordiosas pertenencias con un duro escalpelo.
La convierten en la trampa feroz sobre las bocas del abismo que viene.
¡Y yo que reclamaba solamente un lugar de pequeñas alianzas como chispas,
solamente un lugar para oficiar la luz en torno de mis huesos!
¿No había para mí nada más que esta cárcel,
estos muros aviesos, fatales hacia abajo,
esta tensa tiniebla que me arroja de subsuelo en subsuelo?

Remo contra la noche

a V. E. L.

Apaga ya la luz de ese cuchillo, madrastra de las sombras.
No necesito luces para mirar en el abismo de mi sangre,
en el naufragio de mi raza.
Apágala, te digo;
apágala contra tu propia cara con este soplo frío con que vuela
mi madre.
Y tú, criatura ciega, no dejes escapar la soga que nos lleva.

Yo remonto la noche junto a ti.
Voy remando contigo desde tu nacimiento
con un fardo de espinas y esta campana inútil en las manos.

Están sordos allá.
Ninguna pluma de ángel,
ningún fulgor del cielo hemos logrado con tantas migraciones
arrancadas al alma.

Nada más que este viaje en la tormenta
a favor de unas horas inmóviles en ti, usurera del alba;
nada más que este insomnio en la corriente,
por un puñado de ascuas,
por un par de arrasados corazones,
por un jirón de piel entre tus dientes fríos.

Pequeño, tú vuelves a nacer.
Debes seguir creciendo mientras corre hacia atrás la borra de estos años,
y yo escarbo la lumbre en el tapiz
donde algún paso tuyo fue marcado por un carbón aciago,
y arranco las raíces que te cubren los pies.

Hay tanta sombra aquí por tan escasos días,
tantas caras borradas por los harapos de la dicha
para verte mejor,
tantos trotes de lluvias y alimañas en la rampa del sueño
para oírte mejor,
tantos carros de ruinas que ruedan con el trueno
para moler mejor tus huesos y los míos,
para precipitar la bolsa de guijarros en el despeñadero de la bruma
y ponernos a hervir,
lo mismo que en los cuentos de la vieja hechicera.

Pequeño, no mires hacia atrás: son fantasmas del cielo.
No cortes esa flor: es el rescoldo vivo del infierno.
No toques esas aguas: son tan sólo la sed que se condensa en lágrimas y en duelo.
No pises esa piedra que te hiere con la menuda sal de todos estos años.
No pruebes ese pan porque tiene el sabor de la memoria y es áspero y amargo.
No gires con la ronda en el portal de las apariciones,
no huyas con la luz, no digas que no estás.

Ella trae una aguja y un puñal,
tejedora de escarchas.
Te anuda para bordar la duración o te arrebata al filo de un relámpago.

Se esconde en una nuez,
se disfraza de lámpara que cae en el desván o de puerta que se
abre en el estanque.
Corroe cada edad,
convierte los espejos en un nido de agujeros,
con los dientes veloces para la mordedura como un escalofrío,
como el anuncio de tu porvenir en este día que detiene el pasado.

Señora, el que buscas no está.
Salió hace mucho tiempo de cara a la avaricia de la luz,
y esa espalda obstinada de pródigo sin padres para el regreso y
el perdón,
y esos pies indefensos con que echaba a rodar las últimas monedas.
¿A quién llamas, ladrona de miserias?
El ronquido que escuchas es tan sólo el del trueno perdido en
el jardín
y esa respiración es el jadeo de algún pobre animal que escarba
la salida.
No hay ninguna migaja para ti, roedora de arenas.
Este frío no es tuyo.
Es un frío sin nadie que se dejó olvidado no sé quién.

Criatura, esta es sólo una historia de brujas y de lobos,
estampas arrancadas al insomnio de remotas abuelas.
Y ahora, ¿adónde vas con esta soga inmóvil que nos lleva?
¿Adónde voy en esta barca sola contra el revés del cielo?
¿Quién me arroja desde mi corazón como una piedra ciega contra
oleajes de piedra
y abre unas roncas alas que restallan igual que una bandera?

Silencio. Está pasando la nieve de otro cuento entre tus dedos.

Brillos, soplos, rumores

Es exigua esta luz.
Apenas si dibuja escenas inconstantes hechizadas por el fulgor de la corriente
o pájaros prisioneros en un témpano inmóvil.
Todo lo que se va entre dos golpes de ola, como cambiar los ojos;
todo lo que se queda como estatua de sal en su visión insomne.
Esta luz es de paso y es mortal.
Nada que me descifre qué puede ser entonces
esta intención de brillo que llega sin un cuerpo donde poder estar,
este soplo a través de una brecha más honda que un anillo vacío
o este rumor de frondas que traspasan la noche lado a lado.
Tal vez brillo de miradas que vuelven
como vivas monedas rescatadas desde el fondo sin fondo de un tonel;
tal vez soplo de bocas que me nombran con mi nombre de arena;
tal vez rumor de antiguos ropajes desgarrados por los vigías de otro mundo.
Alguien que se rehace con la dócil sustancia de las apariciones.
Es voraz esta luz.
Absorbe sin piedad al que retorna con su rostro extranjero.
Sólo me deja restos,
vestigios insolubles de esos vagos tejidos que fragua la nostalgia.
Aunque quizás se trate de mi propia nostalgia y de otra luz.
¿No soy acaso un brillo, un soplo y un rumor también indescifrables,
allá, donde acudo con mi carne intangible y mis disueltos pies
a una densa reunión de desaparecidos?

Rehenes de otro mundo

a Vincent van Gogh, a Antonin Artaud, a Jacobo Fijman

Era un pacto firmado con la sangre de cada pesadilla,
una simulación de durmientes que roen el peligro en un hueso
de insomnio.
Prohibido ir más allá.
Sólo el santo tenía la consigna para el túnel y el vuelo.
Los otros la mordaza, las vendas y el castigo.
Entonces había que acatar a los guardianes desde el fondo del
foso.
Había que aceptar las plantaciones que se pierden de vista al
borde de los pies.
Había que palpar a ciegas las murallas que separan al huésped
y al perseguidor.
Era la ley del juego en el salón cerrado:
las apuestas a medias hasta perder la llave
y unas puertas que se abren cuando ruedan los últimos dados
de la muerte.
Y ellos se adelantaron de un salto hasta el final,
con sus altas coronas.
Quemaron los telones,
arrancaron de cuajo los árboles del bosque,
rompieron hasta el fondo las membranas para poder pasar.
Fue una chispa sagrada en el infierno,
la ráfaga de un cielo sepultado en la arena,
la cabeza de un dios que cae dando tumbos entre un rayo y el
trueno.
Y después no hubo más.
Nada más que las llamas, el polvo y el estruendo,
iguales para siempre, cada vez.

Pero esa misma mano mordida por la trampa rozó la eternidad,
esa misma pupila trizada por la luz fue un fragmento del sol,
esas sílabas rotas en la boca fueron por un instante la palabra.
Ellos eran rehenes de otro mundo, como el carro de Elías.
Pero estaban aquí,
cayendo,
desasidos.

La realidad y el deseo

a Luis Cernuda

La realidad, sí, la realidad,
ese relámpago de lo invisible
que revela en nosotros la soledad de Dios.

Es este cielo que huye.
Es este territorio engalanado por las burbujas de la muerte.
Es esta larga mesa a la deriva
donde los comensales persisten ataviados por el prestigio de no
estar.

A cada cual su copa
para medir el vino que se acaba donde empieza la sed.
A cada cual su plato
para encerrar el hambre que se extingue sin saciarse jamás.
Y cada dos la división del pan:
el milagro al revés, la comunión tan sólo en lo imposible.
Y en medio del amor,
entre uno y otro cuerpo la caída,
algo que se asemeja al latido sombrío de unas alas que vuelven
desde la eternidad,
al pulso del adiós debajo de la tierra.

La realidad, sí, la realidad:
un sello de clausura sobre todas las puertas del deseo.

Traslación del sueño

Venían a buscarme,
ellos,
los emisarios de la ciudad que grazna en las tinieblas
y acecha con los ojos encendidos las fisuras del alma.
Venían en sus altos carruajes enlutados desde el fondo del viaje,
más fatales que un túnel, que ayer o que la noche,
y huí como durmiendo por la cabellera del sueño en el jardín.
Me devoró la tierra,
me filtró entre sus napas,
me asestó en sus urdimbres lo mismo que a un puñal en las ávidas aguas.
Yo era como una estatua, pálida entre las pálidas raíces,
incrustada en un bloque de mansedumbre ciega,
y no entendía el trueno secreto, ni los bulbos,
ni la respiración inmensa,
ni aquellos organismos afanosos como un hervor de insectos en el panal de la penumbra.
A veces los espíritus menudos me llamaban "la reina" o "la extranjera".
A veces me confundían con un trozo de paisaje cautivo,
o una nube atrapada,
o una constelación oculta en la memoria de la idolatría.
No tenía otro cielo que un reverso de ausencias entre remotas ruedas,
y ningún despertar,
como no fueran unos pasos insomnes sobre el escalofrío de la hierba.
¿Velaban todavía mis perseguidores sus inútiles armas?
¿Y para quién entonces esta inerme victoria,

el precario trofeo invulnerable, sin porvenir y sin sentido?
Yo quería morir a plena muerte,
con un sol que se apaga y un cielo que se desliza o que se alcanza.
Trataba de ascender por la frágil nostalgia de las flores
remontando las lluvias palmo a palmo.
Pero estaba engarzada por los siglos en un espejo inmóvil:
el jardín me soñaba.

Bloques al rojo, bloques en blanco

Los paisajes que alguna vez huyeron con alas espejeantes,
los rostros que no se condensaron contra las bocanadas de la niebla,
las casas que jamás habité
–sus puertas como trampas abiertas hacia afuera, junto a tantos exilios–,
todo lo que no fue reverbero de polvo girando en lo imposible,
sino que se desvaneció a un temblor de mi pie o a un vuelco de mi mano,
transforma extrañamente la distancia en la que se acumulan los paisajes,
los rostros y las casas insolubles que me trajeron a este día.

Depósito irrisorio ese donde se acopian los telones como en el escenario de una ciega,
ese donde el destino desborda la memoria y se despliega
con su oleaje de ayer ya tan juzgado como las aguas del diluvio,
con su oleaje de nunca a salvo ya de toda absolución y de toda condena.

De lugar a lugar,
de criatura a criatura,
de encuentro a desencuentro,
se establecen los vínculos del huracán, el sueño y la demencia:
injertos de territorios arrancados a la topografía de terremotos y de nubes;
incrustaciones de recintos huecos en un solo recinto que se divide

y que se multiplica sin poder olvidar;
alianzas entre seres tan distantes como el pájaro negro, como el pájaro blanco de los equinoccios,
unidos solamente por la fisura del adiós;
parentescos tramados sobre los labios de una herida,
sobre los bordes de un abismo en llamas,
sobre oquedades vueltas a colmar por las aéreas construcciones del alma.

De lugar a lugar,
de criatura a criatura,
de encuentro a desencuentro,
mis fundaciones se alzan con sus bloques al rojo, con sus bloques en blanco,
irreales como brasas engarzadas en hielo.

Porque no solamente sobre piedras se erigieron los reinos de este mundo,
sino también, y más, sobre las mordeduras del hambre y de la ausencia.

Mi historia, cada historia,
es un inmenso calco de los días vividos y de los días sin vivir:
relieves y vacíos fraguados por igual en la sustancia de la consumación.

Crónica entre dos ríos

a mi hermano Francesco Stella

En Rio de Janeiro
–¡triste río de enero cuando arroja mis lágrimas en el opuesto
julio!–
me dio un vuelco la mitad de la sangre
al absorber la tinta áspera de tu muerte.
Y empecé a caminar entre dos ríos que mezclaban sus aguas:
uno que iba extrayendo mansamente, como un perro amarillo,
residuos de vergüenzas y aventuras, fuegos decapitados y oros
muertos,
y otro que te traía con su salto de tigre azul desde el Tirreno,
herido por el puñal de tu pequeña gesta, todavía,
todavía sonriendo heroicamente bajo los pocos soles del en-
cuentro.
Llegabas desde atrás de la memoria, probándote las sombras de
mi añoranza ciega.
Aferrado a tu isla de terremotos, almendros e invasiones,
entraste rezongando con el siglo por la mañana inmóvil
en el antiguo São João del Rei, el que perdió su nombre,
y entre las dos hileras de bostezos con que las casas siguen el
cabeceo de las cuestas
en las que tropezó la sonámbula historia fatalmente,
eras también el que perdió su nombre en una encrucijada del
azar,
el que anduvo confuso por esos laberintos de la infancia,
sin acertar jamás las verdaderas puertas.
Creciste con las barcas que se van sobre los matorrales de una
plaza,
tan irreal y tan rústica como un sueño de cabra.

Creciste solitario, como una estría blanca en la escollera,
junto a los niños negros que venían en una ráfaga erizada a recoger la ofrenda;
las dieciséis enigmáticas monedas que según la sibila exigieron sus dioses
–¿tú les dictaste acaso la sentencia, para hacerme una seña?–;
sí, dieciséis monedas
–una por cada año que cayó compartido en la rota alcancía del recuerdo–.
Tus manos recordaron la primera moneda del destino:
yo conocí la cara entre las caras; tú, solamente el reverso.
A través de los vidrios del mesón tu aliento se esforzaba por deshacer la niebla;
después tomamos sopa con la misma cuchara,
la misma sal amarga en la garganta
y distinta obediencia.
Firmamos en el libro de un museo tan pobre como un desván salvado del incendio;
tú, con el apellido que fue una marca errónea en tu corteza;
yo, con el de mi madre, el que había elegido como un traje para mis ceremonias
haciendo frente a ti un voto de soberbia o de pobreza, sin saberlo.
En seguida te alzaste con tu joven plumaje, cálido y tormentoso,
arrebatando en vuelo las ninfas de una arcadia más radiante
que aquella que aleteaba con insomnios de monje en las pinturas de los cielorrasos.
Descendiste ya hombre hacia el camino de los bandeirantes
defendiendo contra los latigazos del siroco la luz de tu bandera,
y seguiste sin duda por un atajo subterráneo el rumbo de las minas,
detrás del eco traicionero.
Fueron también las décadas del topo,
de los granos dorados rodando hacia los agujeros del delirio,
de la veta que huye en las tinieblas como los horizontes de la fábula

–sueños, codicia, triunfos, engaños, frustraciones–.
Desde lejos te vi labrado en las alturas del Itacolomi
con tu aire friolento y esa extraña apariencia de dominar las nubes.
Cuando entré en Ouro Preto, Capo d'Orlando desbordó las calles
y estableció tu casa en cada casa, detrás del humo de mis trenes.
Entonces cada portal nos puso frente a frente
en el primer umbral por el que sube ahora la memoria, dondequiera que estemos:
eras casi otra vez el mismo padre en tu versión nostálgica,
otra vez esas aguas de distancia en la mirada azul que llega poco a poco y se detiene,
otra vez esos gestos de romper la envoltura sin ninguna paciencia,
otra vez la sonrisa que desplaza prolijamente las arenas,
otra vez esas manos que se abren y se cierran alrededor de la oropéndola inasible,
¿y de pronto esa voz que separa con un tajo vehemente indultos y castigos?
¿y ese aspecto de juez sombrío entre ladrones?
Desplegamos después de cada viaje el mapa de los años perdidos en los años
y recorrimos juntos nuestras dos epopeyas,
como ahora la del brillo y los huesos, la de la libertad y la sangre.
Zonas desdibujadas, pasos interrumpidos, señales que se borran,
etapas que desembocan como estas extensiones en el Rio das Mortes.
En el Museo de la Inconfidencia destapamos tu caja de retratos:
hubo un vaho de invierno embotellado,
algo como un zumbido de insecto entre dos vidrios,
como un temblor de estambres en el reseco herbario de otro tiempo.
Pasamos entre reliquias, estandartes del fasto y anchos biombos de sombras,
pasamos por intrigas, prisiones, cobardías, infamias y torturas,
hasta llegar a las catorce lápidas sin muertos,

a los trece nombres que fueron cruces blancas sobre la máscara
escarlata del destierro
y al que fue borroneado por los compañeros y desmembrado
por los enemigos
–sus letras estampadas con lacre incandescente sobre los desvaríos de la reina loca–,
el elegido para resumir las culpas y detallar los martirios.
Conspirabas ¿con quién? en los subsuelos del silencio.
Fuera, en el sitio donde Joaquim José da Silva Xavier se alza de
cuerpo entero
–la visionaria cabeza en su lugar,
y sus trozos dispersos unidos otra vez por la diligente costura
de la gloria–,
te sacaste el sombrero, ajustaste los lazos de tu corbata Lavallière
y dejaste caer desde tu ojal el clavel encarnado:
ese ostentoso grito con que abrías la parquedad de tus mañanas.
Iglesia tras iglesia
(¡tan luego tú, el misionero ateo, peregrino por estas colonias
de San Pedro!),
entre pilares enroscados y columnas griegas,
entre asfixias de follaje caliente y bocanadas de aérea geometría,
ruina y perduración,
contemplamos la ocre lucidez de Agrigento, de Siracusa y de
Taormina.
Oro negro, oro blanco y oro corrompido
poblaban con imágenes piadosas la selva del barroco, sus delirios,
escondiendo los mismos misterios dolorosos bajo las gruesas
capas esculpidas,
bajo las vestiduras flotantes que delatan una tormenta oculta
entre los pliegues.
Tú encubrías tus males como lastimaduras hacia adentro,
y aun frente a los santos que fueron contrabandistas o emisarios
a través de las pequeñas puertas abiertas y cerradas en su propia
sustancia
–calados como frutas en medio de la espalda–

me hablabas de otras trampas que aquellas que nos fraguan los tejidos.
Recorrías antiguas aventuras, hasta que un pájaro cortó en dos la tarde.
Entonces recordaste amores imposibles,
separaciones como ligaduras,
años en blanco como llagas blancas,
murallas sin salida como el mar que separó a Marília y a Gonzaga.
¡Ah, pero tú también cubriste las hambrientas distancias con otra Juliana de Mascarenhas
que restañaba heridas, deslizaba en tu pan el tiránico sabor de la costumbre
y bruñía los vidrios empañados para hacer hasta el fin un solo espejo!
Las nubes dibujaron dos fantasmas helados;
solamente uno miraba hacia abajo.
Por las bruscas laderas de Santa Ifigênia trepamos a los riscos de San Malò,
y en ese duro puño del normando que mató el verdor y retuvo los pedruscos
encontramos cerrada con hierros y cerrojos la casa del abuelo;
pero en la pila donde se consagró de nuevo Chico Rei rey del Congo con su corte de fiesta,
donde las negras esclavas escurrían las chispas prodigiosas de sus cabelleras
y donde ahora bebían las palomas perdidas y lavaban sus lutos sicilianos las mujeres,
depositamos tu ramito de fresias, mi ramo de azaleas.
Al bajar, cada fuente nos susurró la fábula de los diamantes
que corrían antaño entre la hierba: había que apartar las lágrimas solamente.
Te conmovieron igual que la inocencia esos torpes errores del latín;
me conmovió como una infantil caligrafía en un viejo cuaderno
tu desacierto acerca del porvenir de mi país y el pasado de Francia.

¡Siempre esa rara mezcla de señor feudal y de revolucionario a la intemperie!
Yo no sabía nada de todo lo que no fuera estirpe de los ángeles y dinastías de la espuma.
Yo tenía cinco años, como siempre:
me diste una manzana y un guijarro pintado por el ocio de mi Dios en tus acantilados.
Cuando volví la cara hacia Ouro Preto
tu bufanda flotaba con el adiós del humo en los andenes,
detrás de tantas cartas que llegaron, urgentes como el redoble del granizo,
como si quisieras nivelar el tiempo, cobrarle viejas deudas,
reducir a ceniza sus osarios, cambiarlos por canteras de último momento.
Me estabas esperando en esa madrugada de Congonhas do Campo desde hacía cuatro años.
Con tu capote gris parecías un pájaro aterido revoloteando bajo sobre la plataforma.
Subimos y subimos junto a los precipicios hasta la olla hirviente de tu Etna
y escuchamos su voz de Antiguo Testamento en las palabras de los doce profetas
que levantan la cólera sagrada, la piedad o el lamento,
con la piedra de fuego o la piedra de miel debajo de la lengua,
a través de unos bloques de eternidad arrancados del terremoto de los cielos,
arrancados con uñas y con dientes por el Aleijadinho,
con las uñas que le incrustó el fervor sobre las mordeduras de la lepra.
Al pie de esos vigías sobrenaturales que separan dos reinos,
el de la salvación y el exterminio,
estaban inscritas las advertencias de la Ley, en su dura materia.
Hiciste la traducción a tus propios consejos, tus propios argumentos,
con la vieja costumbre de tapiar ciegamente la fortaleza de tu clan
y abrir todas las jaulas de los parques al arrebato de la primavera.

Me dejabas nada más que la llave o la ganzúa de la poesía.
Sentado en la baranda, contra el viento que llegaba de las Lipari
arrastrando un oleaje de garzas y de lilas tan cambiantes como un ojo de tigre,
me leías Leopardi, Lucio Piccolo, Montale, Quasimodo y el Dante,
con una vibración de tierna mata, de rincón hechizado,
de último inventario, de cuchillo escondido, de llama que devora los infiernos,
mientras el arcángel Miguel convocaba las almas rezagadas en Bom Jesús de Matozinhos.
Paso a paso sobre la hierba húmeda, sobre las lajas rotas,
seguimos las etapas del Calvario y buscamos los nombres de nuestros antepasados
en las tumbas lavadas por el olvido y por la lluvia.
En el Paso de la Última Cena celebramos también tus bodas de oro
desde un mediodía que consagró los huesos del alba en cada plato
y bendijo las horas con aspersiones de topacios y amatistas,
sin que quisieras ver aún el rostro de tu Judas, grabado en tus entrañas.
Cada tarde te acompañé hasta el atrio
y acaricié tu nuca mientras removías la tierra de las plantas
o hacías la penumbra en el altar mayor, sobre el Cristo yacente,
y dejabas caer la fatigada cabeza entre los brazos.
Me besabas la mano que aún conserva intacto ese hueco de musgo,
ese deslizamiento de césped recién cortado, esa felpilla de nostalgia.
A veces me mirabas ya desde tan lejos
como los ojos de Santa Lucía desde aquel misterioso antifaz caído en la bandeja.
Cuando me fui lloraste sin pudor, como los hombres rudos cuando lloran.
Te dejé por última vez en la estación, al lado de Isaías,

con la boca quemada por las brasas de las absoluciones,
pero tu voz me fue siguiendo con el relámpago escalofriante de
los rieles.
Y aquí termina el viaje. Aquí donde se separan estos ríos,
y yo busco en mi libro unas palabras, una señal cualquiera, y
respondes con Eliot:
Although I do not hope to turn again
although I do not hope
although I do not hope to turn...
Sister, mother
and spirit of the river, spirit of the sea,
suffer me not to be separed.
Y algo retumba, lejos: un ataúd, el trueno, ruedas sobre guijarros.
Tu carruaje emplumado te lleva a sacudidas, con mis largos
sollozos,
hacia la orilla donde te está esperando tu barquero,
desde tus sueños, desde mis pesadillas.
Entrégale las dieciséis monedas:
una por cada año que cayó compartido en la rota alcancía del
recuerdo.

Los reflejos infieles

Me moldeó muchas caras esta sumisa piel,
adherida en secreto a la palpitación de lo invisible
lo mismo que una gasa que de pronto revela figuras emboscadas en la vaga sustancia de los sueños.
Caras como resúmenes de nubes para expresar la intraducible travesía;
mapas insuficientes y confusos donde se hunden los cielos y emergen los abismos.
Unas fueron tan leves que se desgarraron entre los dientes de una sola noche.
Otras se abrieron paso a través de la escarcha, como proas de fuego.
Algunas perduraron talladas por el heroico amor en la memoria del espejo;
algunas se disolvieron entre rotos cristales con las primeras nieves.
Mis caras sucesivas en los escaparates veloces de una historia sin paz y sin costumbres:
un muestrario de nieblas, de terror, de intemperies.
Mis caras más inmóviles surgiendo entre las aguas de un ágata sin fondo que presagia la muerte,
solamente la muerte;
apenas el reverso de una sombra
estampada en el hueco de la separación.
Ningún signo especial en estas caras que tapizan la ausencia.
Pero a través de todas,
como la mancha de ácido que traspasa en el álbum los ambiguos retratos,
se inscribió la señal de una misma condena:

mi vana tentativa por reflejar la cara que se sustrae y que me excede.
El obstinado error frente al modelo.

La imaginación abre sus vertiginosas trampas

Ahora entre tú y yo hay un mantel rasgado
–el albatros doméstico abatido en mitad de su inocente vuelo–
que adquiere de repente la forma de un glaciar,
una casa que avanza con las luces trizadas y un cuchillo clavado en el costado,
y se funde y no es más que un reguero miserable de lágrimas
sin reversión y sin destino,
sin ningún tribunal al que apelar como no sea al juicio de la muda intemperie
–¿y para qué? ¿y para quién la indignidad de un cetro sobre tierras baldías?–,
y en el que aún es posible distinguir,
separando las nieblas afanosas de los últimos años,
escenas que iluminaron como lámparas los rincones del alma
con un fulgor insomne que será en adelante la inextinguible luz *de la condena*
dondequiera que me acompañe la tiniebla,
dondequiera que husmeen nuestros perros huellas de paraísos ya perdidos,
osarios indefensos del amor,
como en esas ciudades fundadas cada vez sobre la sal de nuestros sacramentos,
aquellas que venían a ver salir el sol en nuestro pan y la luna en nuestro vino,
y que alzan aquí, ahora, entre los dos,
sus bellísimos rostros mutilados por el rayo implacable de la extremaunción,
esos muros que corren deslizando la sombra de un abrazo hacia nunca jamás,

a lo largo de calles que son en este día calles para salir,
sólo para salir irremisiblemente,
lo mismo que aquel negro laberinto en torno de la fuente de
Viterbo,
el anuncio sombrío,
como la floración errónea en el jardín
o la ráfaga de murciélagos triunfando sobre un ciclón de cartas
desgarradas
que exhalan todavía un sollozo final que fue canción,
antes de consumirse en este pentecostés con llamas de exterminio
–¡tanta alquimia al revés!–
y caer como cae una llovizna de oro trasmutada en cenizas y en
adiós
en estas habitaciones donde tan sólo bajan las mareas
arrastrando monedas desgastadas,
objetos que perdieron definitivamente su nombre y su sentido,
despojos imprecisos atados con las guirnaldas rotas de la fiesta
–todo lo que ya es inventario de polvo, reclamo de naufragio,
allá, en las canteras vertiginosas de la resurrección–,
alrededor de unas inciertas ropas confundidas que se inflan de
pronto
y dejan escurrir nuestros cuerpos de arena por la desgarradura
de este mismo mantel,
irreparable para siempre, desde ahora.

Continente vampiro

No acerté con los pies sobre las huellas de mi ángel guardián.
Yo, que tenía tan bellos ojos en mi estación temprana,
no he sabido esquivar este despeñadero del destino que camina conmigo,
que se viste de luz a costa de mi desnudez y de mis duelos
y que extiende su reino a fuerza de usurpaciones y rapiñas.

Es como un foso en marcha
al acecho de un paso en el vacío,
unas fauces que absorben esas escasas gotas de licor que dispensan los dioses,
un maldito anfiteatro en el que el viento aspira el porvenir de la heroína
y lo arroja a los leones
–su oro resonando al caer, grada tras grada, con sonido de muerte,
como suena el recuento al revés de toda gracia–.

Pegado a mis talones,
adherido a mis días como un cáncer a la urdimbre del tiempo,
tan fiel como el país natal o el sedimento ciego de mi herencia,
no sólo se apodera de mis más denodadas, inseparables posesiones,
sino que se adelanta con su sombra veloz al vuelo de mi mano
y hasta se precipita contra el cristal azul que refleja el comienzo de un deseo.

A veces, muchas veces,
me acorrala contra el fondo de la noche cerrada, inapelable,
y despliega su cola, su abanico fastuoso como el rayo de un faro,
y exhibe uno por uno sus tesoros
–pedrerías hirientes a la luz de mis lágrimas–:
la casa dibujada con una tiza blanca en todos los paraísos prometidos;
los duendes con sombreros de paja disipando la niebla en el jardín;
pedazos de inocencia para armar algún día su radiante cadáver;
mi abuela y Berenice en los altos desvanes de las aventuras infantiles;
mis padres, mis amigos, mis hermanos, brillando como lámparas en el túnel de las alamedas;
vitrales de los grandes amores arrancados a la catedral de la esperanza;
ropajes de la dicha doblados para otra vez en el arcón sin fondo;
las barajas del triunfo entresacadas de unos naipes marcados;
y piedras prodigiosas, estampas iluminadas y ciudades como luciérnagas del bosque,
todo, todo, sobre una red de telarañas rojas
que son en realidad caminos que se cruzan con las venas cortadas.

No hablo aquí de ganancias y de pérdidas,
de victorias fortuitas y derrotas.
No he venido a llorar con agónicos llantos mi desdicha,
mi balance de polvo,
sino a afirmar la sede de la negación:
esta vieja cantera de codicias,
este inmenso ventisquero vampiro que se viste de luces con mi duelo.

Y yo como una proa de navío pirata,
península raída llevando un continente de saqueos.

Objetos al acecho

¿Dónde oculta el peligro sus lobos amarillos?
No hay ni siquiera un pliegue en la corriente inmóvil que tapiza
este día;
ni un zarpazo fugaz contra el manso ensimismamiento de las
cosas.
Ninguna dentellada;
nada que abra una brecha en estas superficies que proclaman su
lugar en el mundo:
mis dominios inmunes,
mi pequeña certeza cotidiana frente a las invasiones de la oscu-
ridad.
Y sin embargo surge la amenaza como un fulgor perverso,
o como una estridencia sofocada;
quizás como un latido a punto de romper la frágil envoltura de
las apariencias.
Ha cundido la impía rebelión en mi tribu doméstica,
acostumbrada antes al ritual de mis manos y a la mirada que
no ve.
Los objetos adquieren una intención secreta en esta hora que
presagia el abismo.
Exhalan cierto brillo de utensilios hechos para la enajenación y
el extravío,
contienen el aliento para el ataque indescifrable,
transforman sus oficios en esta exasperada, malsana geometría
del suspenso.
Son gárgolas ahora.
Son ídolos alertas en muda interrogación a mi poder incierto.
Se ha cambiado la ley:
mis posesiones me presencian.

Se han mudado los credos:
el bello acatamiento se extingue bajo el sol de la sospecha.
Y ninguna palabra que devuelva las cosas ilesas a sus humildes sitios.
Y ningún catecismo que haga retroceder esta extraña asamblea que me acecha,
este cruel tribunal que me expulsa otra vez de un irreconocible paraíso,
recuperado a medias cada día.

"Pavana para una infanta difunta"

a Alejandra Pizarnik

Pequeña centinela,
caes una vez más por la ranura de la noche
sin más armas que los ojos abiertos y el terror
contra los invasores insolubles en el papel en blanco.
Ellos eran legión.
Legión encarnizada era su nombre
y se multiplicaban a medida que tú te destejías hasta el último hilván,
arrinconándote contra las telarañas voraces de la nada.
El que cierra los ojos se convierte en morada de todo el universo.
El que los abre traza la frontera y permanece a la intemperie.
El que pisa la raya no encuentra su lugar.
Insomnios como túneles para probar la inconsistencia de toda realidad;
noches y noches perforadas por una sola bala que te incrusta en lo oscuro,
y el mismo ensayo de reconocerte al despertar en la memoria de la muerte:
esa perversa tentación,
ese ángel adorable con hocico de cerdo.
¿Quién habló de conjuros para contrarrestar la herida del propio nacimiento?
¿Quién habló de sobornos para los emisarios del propio porvenir?
Sólo había un jardín: en el fondo de todo hay un jardín
donde se abre la flor azul del sueño de Novalis.
Flor cruel, flor vampira,
más alevosa que la trampa oculta en la felpa del muro

y que jamás se alcanza sin dejar la cabeza o el resto de la sangre
en el umbral.
Pero tú te inclinabas igual para cortarla donde no hacías pie,
abismos hacia adentro.
Intentabas trocarla por la criatura hambrienta que te deshabitaba.
Erigías pequeños castillos devoradores en su honor;
te vestías de plumas desprendidas de la hoguera de todo posible
paraíso;
amaestrabas animalitos peligrosos para roer los puentes de la
salvación;
te perdías igual que la mendiga en el delirio de los lobos;
te probabas lenguajes como ácidos, como tentáculos,
como lazos en manos del estrangulador.
¡Ah los estragos de la poesía cortándote las venas con el filo del
alba,
y esos labios exangües sorbiendo los venenos en la inanidad de
la palabra!
Y de pronto no hay más.
Se rompieron los frascos.
Se astillaron las luces y los lápices.
Se desgarró el papel con la desgarradura que te desliza en otro
laberinto.
Todas las puertas son para salir.
Ya todo es al revés de los espejos.
Pequeña pasajera,
sola con tu alcancía de visiones
y el mismo insoportable desamparo debajo de los pies:
sin duda estás clamando por pasar con tus voces de ahogada,
sin duda te detiene tu propia inmensa sombra que aún te sobre-
vuela en busca de otra,
o tiemblas frente a un insecto que cubre con sus membranas
todo el caos,
o te amedrenta el mar que cabe desde tu lado en esta lágrima.
Pero otra vez te digo,
ahora que el silencio te envuelve por dos veces en sus alas como
un manto:

en el fondo de todo hay un jardín.
Ahí está tu jardín,
Talita cumi.

Dificultosamente,
como un animal anfibio que trata de adaptarse a todos los desvaríos del planeta,
absorbo con mi pan la insoluble penuria enmascarada de alimento.
Apenas si mi piel es apta para vestir la esfinge desmesurada que me habita.
Mi cabeza es estrecha,
pero guarda recintos capaces de albergar varias ciudades en su frágil desván.
Mis manos no consiguen apresar las visiones que pasan por mis ojos
ni mis pies tocan fondo en la hirviente cantera de mi corazón.
¡Y qué feroz fisura entre mi lengua y cualquier laberinto del lenguaje!
Casi todo mi ser es invisible;
plegado en una brizna,
sumergido hasta el limo en la inconmensurable pequeñez.
La mole de San Pedro brillando en el agujero de la cerradura;
Bizancio en una lágrima.

Hija del desconcierto y la penumbra,
avanzo a duras penas con mi carga de construcciones y naufragios:
cariátide insensata transportando su Olimpo en la nube interior,
perdiendo a cada tumbo su minúsculo yo como una piedrecita del gran friso,
un ínfimo fragmento de eternidad que rueda hasta los límites del mundo
y se recoge a tientas, sin acertar su sitio y su destino.

Igual yo te celebro en tu desproporción y en tu desorden,
increíble existencia,
como si te ajustaras exactamente a la medida de mi cuerpo y al peso de mi voz.
Igual tú me repudias en mi provocación,
absurda vida en sombras,
como a una criatura intrusa en este reino,
cuando interrogo en vano tu rostro impenetrable, hecho de hierro y de muralla.

Te vuelves contra mí,
te eriges en guardiana de un sagrario que alejas de mis pies,
me arrebatas en un negro huracán donde se quiebran las tablas de la ley,
y me dejas en vilo, suspendida en el borde de la orfandad y la catástrofe,
mientras se precipitan al vacío, desplegando en la nada sus telones,
escenas y territorios desprendidos del revés de mi trama.

Todo es posible entonces,
todo, menos yo.

Atavíos y ceremonial

El traje de humaredas y telarañas rotas que permite cruzar alguna vez
–aunque jamás indemne–
esas grietas que entreabren en los muros aquellos cuyo destierro está del otro lado;
el sombrero de ortigas insomnes para forzar los sueños hasta la pesadilla,
o el otro, como enjambre furioso, convocando las chispas del desvarío y de la fiebre;
los guantes de corteza y llaga viva que se contagian de todo cuanto rozan
y que palpan mejor el lecho de las ascuas donde se incuba el porvenir;
la capa de ráfaga emplumada para girar más rápido en la rueda de las metamorfosis
y dejarse aspirar por esas regiones al vacío donde se pierde el yo
y no se toca fondo en otro albergue y se confunde la salida;
y zapatos de hierba, de agujas, de hormiguero,
hechos para explorar todos los reinos y violar las fronteras.

¡Qué taller inaudito mi cabeza!
¡Qué vestuario de fábula en los camarines de las altas tensiones!
¡Qué frágiles envolturas para el juego perverso de la tentación y el desafío!

Yo me probaba vértigos, espejismos, asfixias,
agonías litúrgicas como ceremonias de adaptación al purgatorio;

bordaba encantamientos como túnicas santas;
me envolvía en visiones inconclusas,
en luces inquietantes para cegar a los guardianes de la fatua razón;
cubría con tantos velos de ausencia mi memoria que apenas si despertaba dentro de mi piel;
ensayaba travesías de exilio hacia otras almas perdidas en el bosque;
trataba de ser otros, de borrar las junturas de las separaciones
–sí, un solo tejido donde estuviera inscrito todo lo existente,
un infinito lienzo de Verónica para las trasudaciones de la sangre de Dios–.

A veces recogí algunos minúsculos trofeos:
vidriosos sedimentos como flores de escarcha que se deshacen debajo de la lengua,
espumas que se evaporan como polvo espectral entre los dedos,
centelleos de lumbre que nadie advertiría a pleno sol;
relicarios, en fin,
como esas piedrecitas que alejadas del mar olvidan su fulgor.

Conseguí apremiar las respuestas de las sombras hasta los balbuceos y el derrumbe.
Me avasalló la noche; me filtró entre sus dientes;
me adoptó como su alimento de costumbre.
Se acabaron las pruebas sobre redes doradas y las exploraciones de leyenda.
No hay disfraces para cubrir la retirada y burlar las consignas.
Solamente el precario, desnudo tegumento sin costuras que me ciñe a los huesos,
que me vuelve de pronto del revés y me arrastra hacia adentro,
peldaño tras peldaño por la ciega escalera interminable definitivamente.

Estoy hecha con la misma sustancia del abismo
y oficio contra la nada mi caída en las inmóviles tinieblas.

Densos velos te cubren, poesía

No es en este volcán que hay debajo de mi lengua falaz donde
te busco,
ni en esta espuma azul que hierve y cristaliza en mi cabeza,
sino en esas regiones que cambian de lugar cuando se nombran,
como el secreto yo
y las indescifrables colonias de otro mundo.

Noches y días con los ojos abiertos bajo el insoportable parpadeo del sol,
atisbando en el cielo una señal,
la sombra de un eclipse fulgurante sobre el rostro del tiempo,
una fisura blanca como un tajo de Dios en la muralla del planeta.
Algo con que alumbrar las sílabas dispersas de un código perdido
para poder leer en estas piedras mi costado invisible.

Pero ningún pentecostés de alas ardientes desciende sobre mí.
¡Variaciones del humo,
retazos de tinieblas con máscaras de plomo,
meteoros innominados que me sustraen la visión entre un batir
de puertas!

Noches y días fortificada en la clausura de esta piel,
escarbando en la sangre como un topo,
removiendo en los huesos las fundaciones y las lápidas,

en busca de un indicio como de un talismán que me revierta la división y la caída.

¿Dónde fue sepultada la semilla de mi pequeño verbo aún sin formular?
¿En qué Delfos perdido en la corriente
suben como el vapor las voces desasidas que reclaman mi voz para manifestarse?
¿Y cómo asir el signo a la deriva
–ése y no cualquier otro–
en que debe encarnar cada fragmento de este inmenso silencio?

No hay respuesta que estalle como una constelación entre harapos nocturnos.
¡Apenas si fantasmas insondables de las profundidades,
territorios que comunican con pantanos,
astillas de palabras y guijarros que se disuelven en la insoluble nada!

Sin embargo
ahora mismo
o alguna vez
no sé
quién sabe
puede ser
a través de las dobles espesuras que cierran la salida
o acaso suspendida por un error de siglos en la red del instante
creí verte surgir como una isla
quizás como una barca entre las nubes o un castillo en el que alguien canta
o una gruta que avanza tormentosa con todos los sobrenaturales fuegos encendidos.

¡Ah las manos cortadas,
los ojos que encandilan y el oído que atruena!

¡Un puñado de polvo, mis vocablos!

Variaciones sobre el tiempo

Tiempo:
te has vestido con la piel carcomida del último profeta;
te has gastado la cara hasta la extrema palidez;
te has puesto una corona hecha de espejos rotos y lluviosos jirones,
y salmodias ahora el balbuceo del porvenir con las desenterradas melodías de antaño,
mientras vagas en sombras por tu hambriento escorial, como los reyes locos.

No me importan ya nada todos tus desvaríos de fantasma inconcluso,
miserable anfitrión.
Puedes roer los huesos de las grandes promesas en sus desvencijados catafalcos
o paladear el áspero brebaje que rezuman las decapitaciones.
Y aún no habrá bastante,
hasta que no devores con tu corte goyesca la molienda final.

Nunca se acompasaron nuestros pasos en estos entrecruzados laberintos.
Ni siquiera al comienzo,
cuando me conducías de la mano por el bosque embrujado
y me obligabas a correr sin aliento detrás de aquella torre inalcanzable
o a descubrir siempre la misma almendra con su oscuro sabor de miedo y de inocencia.

¡Ah, tu plumaje azul brillando entre las ramas!
No pude embalsamarte ni conseguí extraer tu corazón como una manzana de oro.

Demasiado apremiante,
fuiste después el látigo que azuza,
el cochero imperial arrollándome entre las patas de sus bestias.
Demasiado moroso,
me condenaste a ser el rehén ignorado,
la víctima sepultada hasta los hombros entre siglos de arena.

Hemos luchado a veces cuerpo a cuerpo.
Nos hemos disputado como fieras cada porción de amor,
cada pacto firmado con la tinta que fraguas en alguna instantánea eternidad,
cada rostro esculpido en la inconstancia de las nubes viajeras,
cada casa erigida en la corriente que no vuelve.
Lograste arrebatarme uno por uno esos desmenuzados fragmentos de mis templos.
No vacíes la bolsa.
No exhibas tus trofeos.
No relates de nuevo tus hazañas de vergonzoso gladiador en las desmesuradas galerías del eco.

Tampoco yo te concedí una tregua.
Violé tus estatutos.
Forcé tus cerraduras y subí a los graneros que denominan porvenir.
Hice una sola hoguera con todas tus edades.
Te volví del revés igual que a un maleficio que se quiebra,
o mezclé tus recintos como en un anagrama cuyas letras truecan el orden y cambian el sentido.
Te condensé hasta el punto de una burbuja inmóvil,

opaca, prisionera en mis vidriosos cielos.
Estiré tu piel seca en leguas de memoria,
hasta que la horadaron poco a poco los pálidos agujeros del olvido.
Algún golpe de dados te hizo vacilar sobre el vacío inmenso entre dos horas.

Hemos llegado lejos en este juego atroz, acorralándonos el alma.
Sé que no habrá descanso,
y no me tientas, no, con dejarme invadir por la plácida sombra de los vegetales centenarios,
aunque de nada me valga estar en guardia,
aunque al final de todo estés de pie, recibiendo tu paga,
el mezquino soborno que acuñan en tu honor las roncas maquinarias de la muerte,
mercenario.

Y no escribas entonces en las fronteras blancas "nunca más"
con tu mano ignorante,
como si fueras algún dios de Dios,
un guardián anterior, el amo de ti mismo en otro tú que colma las tinieblas.
Tal vez seas apenas la sombra más infiel de alguno de sus perros.

La noche a la deriva

1983

En tu inmensa pupila

Me reconoces, noche,
me palpas, me recuentas,
no como avara sino como una falsa ciega,
o como alguien que no sabe jamás quién es la náufraga y quién la endechadora.
Me has escogido a tientas para estatua de tus alegorías,
sólo por la costumbre de sumergirme hasta donde se acaba el mundo
y perder la cabeza en cada nube y a cada paso el suelo debajo de los pies.
¿Y acaso no fui siempre tu hijastra preferida,
esa que se adelanta sin vacilaciones hacia la trampa urdida por tu mano,
la que muerde el veneno en la manzana o copia tu belleza del espejo traidor?
Olvidaron atarme al mástil de la casa cuando tú pasabas
para que no me fuera cada vez tras tu flauta encantada de ladrona de niños,
y fue a expensas del día que confundí en tu bolsa la blancura y la nieve, los lobos y las sombras.
Ahora es tarde para volver atrás y corregir las horas de acuerdo con el sol.
Ahora me has marcado con tu alfabeto negro.
Pertenezco a la tribu de los que se hospedan en radiantes tinieblas,
de los que ven mejor con los ojos cerrados y se acuestan del lado del abismo y alzan vuelo y no vuelven
cuando Tomás abre de par en par las puertas del evidente mediodía.
Tú fundas tu Tebaida en lo invisible. Tú no concedes pruebas. Tú aconteces, secreta, innumerable, sin formular,

como una contemplación vuelta hacia adentro,
donde cada señal es el temblor de un pájaro perdido en un recinto inmenso
y cada subida un salto en el vacío contra gradas y ausencias.
Tú me vigilas desde todas partes,
descorriendo telones, horadando los muros, atisbando entre fardos de penumbra;
me encuentras y me miras con la mirada del cazador y del testigo,
mientras descubro en medio de tus altas malezas el esplendor de una ciudad perdida,
o busco en vano el rastro del porvenir en tus encrucijadas.
Tú vas quién sabe adónde siguiendo las variaciones de la tentación inalcanzable,
probándote los rostros extremos del horror, de la extrema belleza,
la imposible distancia de los otros, el tacto del infierno,
visiones que se agolpan hasta donde te alcanza la oscuridad que tengo,
hasta donde comienzas a rodar muerte abajo con carruajes, con piedras y con perros.
Pero yo no te pido lámparas exhumadas ni velos entreabiertos.
No te reclamo una lección de luz,
como no le reclamo al agua por la llama ni a la vigilia por el sueño.
¿O habría de confiar menos en ti que en las duras, recelosas estrellas?
¡Hemos visto tantos misterios insolubles con sus blancos reflejos, aun a pleno sol!
Basta con que me lleves de la mano como a través de un bosque,
noche alfombrada, noche sigilosa,
que aprenda yo lo que *quieres decir*, lo que susurra el viento,
y pueda al fin leer hasta el fondo de mi pequeña noche en tu pupila inmensa.

Esbozos frente a un modelo

Quizá como las nubes,
tal vez como el reflejo que se desliza siempre por la arena,
busco a tientas en mi bloque de sombras la escultura,
la coincidencia exacta con la imagen que me impone el modelo.
Es un amo implacable que me arrebata el soplo y oprime mi armazón.
Vigila desde mis hombros cada paso y no admite desvíos:
ni los senderos de otro edén, ni el vuelo de los santos, ni la fuga de Elías.
Nuestro pacto es de roca;
en tiránica roca debe ser estampada la copia de la ley,
y mi sustancia es dócil pero incierta,
más errónea que un pájaro atraído por el cristal nocturno,
que un despertar en sueños en medio de otro sueño.
Se desmorona y se alza en fantasmales remolinos a medida que avanzo;
se filtra hasta el subsuelo persiguiendo una engañosa huella en el tapiz;
se arroja deslumbrada contra un haz de luz dura donde se pulveriza la cabeza.
A veces se condensa en ídolos aviesos o en blancas estatuarias de otra edad.
A veces es un cuenco,
nada más que un humilde y desolado cuenco debajo de la lluvia,
a la espera de que se precipite la visión o lo sepulte el rayo.
Cuando logro una mano, pierdo un pie;
cuando alcanzo el contorno el resto se disgrega en vana orografía.
No consigo jamás la semejanza desde mi corazón hasta mis labios,
menos feliz que Adán,

o que ciertos guijarros que perpetúan escenas memorables por
las playas,
o los protagonistas de una fábula oscura dictada por las fauces
del oráculo.
He llegado a pensar que mi modelo es imposible y cruel,
que cambia de figura y de color cuando lo rozo apenas con un
gesto,
apenas con un trazo.
Pero debo seguir obedeciendo hasta el final su inhumano man-
dato,
yo, el espejo escaso,
la bruma acumulada en el umbral,
la pregunta que no acierta jamás a revelar la esfinge y la res-
puesta.
Acaso mi destino sea como el del sello irreversible que dejan las
nostalgias:
la huella no colmada,
el destino de ser por algo que no soy.

Lugar seguro

Por dondequiera que se parta en dos la colmena del sueño,
poniendo al descubierto la ciudad,
el panal gigantesco elaborado por abejas dementes,
no es difícil reconocer mi celda entre otras celdas.
Mi casa es la que nunca termina de llegar.
La que deja paredes rezagadas detrás de la intemperie;
paredes que se acercan después con una escena en la que aúllan
las tormentas,
con inscripciones de peligros ardientes que corren como teas en
la oscuridad,
con siluetas en negro que se prueban las caras del terror y de la
ausencia:
trofeos recogidos al azar en las vertiginosas travesías nocturnas.
¿Y ahora este mismo sol fraguado tan brillante
como aquel que regresa, incomparable, aureolando a mis muertos?
Esta casa no tiene raíces ni ataduras,
y de repente nada,
anda como sonámbula desde los arenales hasta el borde del mar
haciendo resonar en cada tumbo su escalofriante risa de guijarros,
o temblando al rozar algún súbito invierno,
o susurrando fórmulas incomprensibles contra los maleficios de
la luna
que la traspasan de pronto lado a lado.
¿No ves cómo se escurre desgarrando sus flancos entre dos an-
damiajes fantasmales?
Tampoco hay cohesión ni certidumbre.
Donde había una ciega pared se abre una puerta al rojo
como una invitación irresistible hacia las cámaras de las altas
torturas.

Las ventanas que daban a un radiante diciembre se deslizan a tientas
hasta encuadrar a los merodeadores grises que me cercan con sus rostros de agujero
y dejan en los vidrios su insistente señal,
demasiado insistente.
Ni qué hablar de un rincón donde poder dormir a solas con la hierba.
Se descorre el tejado
y cae sobre mí ese telón de escombros con que se cierra el cielo
o me aspira el inmenso bostezo de una noche extranjera.
Los corredores hunden en las habitaciones sus brazos de saqueo
y escapan como andenes con su carga de fardos que van al más allá.
A veces surgen grietas por las que me contempla mi testigo invisible
y aposentos ajenos pasan junto a mi lecho con sus gentes, sus perros, sus trajines,
labrados como estatuas en la corriente fugitiva.
El suelo es una bestia que me aguarda con las fauces abiertas.

Y siempre, en todas partes,
este crujido de alas que planean alrededor de mi cabeza,
este trote de alimañas en fuga hacia ninguna parte,
este batir de trapos agitados por el soplo incesante de la muerte.

Ordalías inapelables como un tribunal de estrellas,
pruebas con las que alguien se digna concederme un ínfimo lugar en este mundo.

Yo con la sombra hasta el cuello.

Surgen de las paredes

Enmascarado días y días por las mareas de la luz,
surge a veces de pronto desde el fondo de una pared cualquiera
ese reino de sombras al acecho que va y viene conmigo.
Entonces,
como si rebalsaran la memoria,
como si fueran parte de un tapiz ya colmado que se rehace indefinidamente,
aparecen imágenes inacabadas, fulgores imprecisos,
cuadros que se asemejan a un muestrario de nubes
o al juego de las figuras emboscadas en el dibujo del follaje:
¿dónde se esconde el príncipe?, ¿dónde se oculta el ogro?,
¿y cuál es el buen camino para llegar o para huir?

Se abre por un instante la trama entretejida por el humo y el brillo del abismo.
Llegan rostros que fueron siempre y nunca en las olas más altas del amor,
ciudades inextinguibles donde el tiempo era un pájaro en llamas,
calles que atravesaban las murallas del mundo,
aposentos de fiesta como el corazón radiante de una estrella,
piedras tatuadas para recordar.
Sin embargo hay errores como puertas cerradas entre la espesura.

Pero cambian los vientos.
Una mano ignorante desplaza los contornos
o un reguero de alcohol se inflama devorando los paraísos prometidos,

y un rostro es otro rostro,
una ciudad leprosa se aproxima envuelta en los harapos del destierro,
los caminos se cierran con aire de saqueadores de jardines,
los interiores corren los paños tenebrosos de las profanaciones,
cada cielo es un ángel caído en un rincón.
Sin embargo hay una lámpara errónea en la espesura.
Que se transforme esta visión,
que se hunda nuevamente en la pared hasta las fundiciones del olvido.
Ahora se abren paso inenarrables geometrías,
restos de construcciones inauditas como un apocalipsis,
fragmentos de naufragios oscuros erigidos en una Babel de hierro,
enigmas como desiertos blancos a la espera de una palabra que se inscriba.
¿Dónde estaba el castillo?, ¿dónde la casa de la bruja?
Es como si se hubieran mezclado los mosaicos,
excavado las faltas, multiplicado las equivocaciones.
Y no veo el modelo para encontrar la clave que complete el sentido de mi vida
–acaso una escalera en el vacío, acaso un talismán que se perdió–.

Ah, si pudiera separar otra vez la luz y las tinieblas,
seguir hasta el final los hilos invisibles como en los acertijos infantiles,
tal vez conseguiría dos diseños perfectos, dos bellos laberintos.
Así antaño pintaba Lorenzetti sus dos frescos en dos muros de Siena
con las tintas de "El buen y el mal gobierno".
Uno se consumió en su fuego sombrío.
Queda intacto el que absorbió la claridad hasta que Dios se cumpla
y las paredes se abran
y los tiempos no hablen.

No hay acceso

Entre mi mano y el objeto que le sale al encuentro a duras penas
–la aguja en el pajar, la llave prodigiosa en la corriente,
la perla que deslumbra como una aparición bajo el temblor del médano–
surge siempre otra mano que se adelanta al juego de mi mano,
que se ajusta como un molde feroz a esas milagrosas condensaciones del deseo
y arrebata de un golpe mi frágil pertenencia
como si retirara la ganancia de una ignorada apuesta con mi dócil destino.

Entre mi mano y el objeto a su alcance, sin búsqueda y sin pena,
–la mesa como fiera al acecho, la silla con su recóndita intención de vuelo,
la lámpara santificada por su aureola de papisa doméstica–
surgen siempre otra mesa, otra lámpara, otra silla, envueltas en el color de otro lugar;
depósitos de visiones adulteradas por pérdidas y olvidos,
todo un desfile irreal que me impide llegar como un telón al fin de cada viaje.

Entre mi mano y el objeto atrapado después de un ímprobo combate
–el vaso en cuyo fondo se abre la flor de las orillas imposibles,
el guijarro que late como un pájaro, la cuchara que me suspende por los pies–
surgen siempre unas densas envolturas de cristal o de hielo,

distancias transparentes que interponen su levedad como un sueño infranqueable
y rechazan mi última inmersión en el secreto corazón de las cosas.

Entre mi mano y otra mano que se aproxima para la permanencia o el adiós
no hay más que divisiones ilusorias, espejismos del verbo en cada nombre,
destinos que sólo son fragmentos en custodia del estallido de los cielos
pugnando por reintegrarse a la sustancia intercambiable y única de Dios;
pero surgen consignas como lápidas, cuerpos atrincherados en huesos solitarios,
hogueras y glaciares que trazan sus fronteras y me señalan mi lugar.

Y no hay ningún acceso,
ninguna superficie permeable bajo el guante de estupor adherido a esta mano
que se desliza, ajena, contra la amurallada dureza del planeta.

Recoge tus pedazos

a Susy

No, no lloro por ti
que ya cerraste "la tarde y la mañana en el último día de los siglos";
lloro por la niñita blanca de dos viejos retratos;
esa de la que eras el porvenir erróneo,
el presente negado por dos veces en el reverso oscuro:
"A Olga, la que no fui".
De pie, detenida en tu paso frente a las pirotecnias de la luz,
¿qué te impidió llegar hasta el columpio que oscila entre las nubes?,
¿quién te cruzó el camino con una soga negra trenzada por los perros del infierno?
¿y en quién recae ahora esta desgarradura insoportable?
De frente y de perfil, la indefensa sonrisa de estupor a punto de nacer,
comenzabas tu inicuo prontuario de inclemencias con los brazos caídos
y una mano apoyada levemente en el terciopelo que se va,
en la dulzura que huye.
¿Qué mirabas entonces tan absorta
como si contemplaras faunas desconocidas en un torpe dibujo indescifrable?
Tal vez vieras proyectarse en el muro formas vertiginosas del destino:
los vuelos insensatos de la madre trazando cada vez círculos más distantes,
unas sombras chinescas creciendo como monstruos domesticados por el padre,

la confabulación de los espejos donde se ocultan siempre las hermanas,
y al final el amor, el laberinto ciego que lo confunde todo,
el puñado de polvo brillando entre los dedos,
la sanción con el látigo, la hoguera y el cuchillo.
Aún no lo sabías.
Aún eras una cinta fulgurante detrás de la cometa inalcanzable,
la niñita que gira como un sol entre acacias, coronada de lluvias amarillas;
la intérprete del zorro, de la piedrecita y de la hormiga;
la comensal de honor de los conejos, que desmigaja el pan junto con su risa;
la que alza los ojos azorados hacia la noche incomprensible
y tiembla entre las sábanas cuando escucha la voz de un dios desconocido amenazando con el rayo.
Yo he visto a esa criatura del pavor asomarse a tu cara
como si resurgiera desde el fondo sombrío hasta la superficie de las aguas
para espiar otra vez entre los listones del carruaje una escena inaudita;
la veo todavía sacudirse de nuevo en tus sollozos, deslizarse en tus lágrimas,
mientras la mano atroz la precipita por la cuesta sin fin contra el acantilado.
¿Dónde estaban los ángeles insomnes?, ¿dónde, la diligente providencia?
Recoge los pedazos.
Yo te presto a mi abuela, esa que ya querías
y que andará tan atareada por todos los hospitales de los cielos.
Sabrá unir los fragmentos con sus costuras invisibles, con su santa paciencia.
Y deja que te conduzca en tus dos tiempos hasta la que no fuiste,
allá donde se fusionan sin duda los modelos del intenso deseo
con los borradores de las frustraciones y la consumación.
Después, en un día cualquiera, cuando te acuerdes, cuando quieras,

que puedas estampar tu rostro único en algún cristal que mire
hacia este mundo,
aunque sea un instante; aunque sea un instante
que yo pueda leer en el reverso de la nube más alta:
"A Olga, la que ya soy".

Como quien se ha perdido en la espesura y es tarde y tiene frío
–no importa que las hojas prometieran con cada centelleo una
gruta encantada,
que los susurros del atardecer fueran las risas de los desaparecidos,
que los pájaros cambiaran de color justo a la hora de no ser ya
los mismos–,
quiero volver a contemplar el fuego entre cuatro paredes.
No diré que la travesía fuera imaginable,
visos de tiempo incesantemente proyectado en la memoria del
olvido,
sino que fue más bien ver desfilar relatos fosforescentes en el
curso del agua,
siempre con la amenaza de una zarpa a punto de borrarlos,
siempre con desenlaces sombríos en los que me alejo de la mano
de nadie
o estoy en una escena en que la muerte ha protagonizado todos
los papeles.
No faltaron prodigios.
Todo viaje comprende reservas naturales de los museos que nos
obsesionan.
Puedo hablar, por ejemplo,
del hombre que se trasmuta en nube cuando lo llama la distancia,
y acaso sea el mismo a quien reclama por cada oreja una mitad
del mundo,
o de aquel que propaga imágenes de amor, como una repetición
del eco,
y acaso sea el mismo en cuya sombra crece sólo la hierba del
edén perdido.
Cada uno en su juego de ráfaga indecisa,

cada uno girando en su noche sin fondo, en su órbita incierta.
También hubo el mensaje de la lluvia que cayó al mismo tiempo en dos lugares
y las apariciones simultáneas de mariposas negras en todas las ventanas
y los atardeceres contagiosos como diseminados por las tenaces pestes del paisaje.
Podría citar otras maravillas y errores que no apresó la crónica,
rarezas y ejemplares nunca domesticados por pregones de feria,
pero no quiero contemplar dos veces lo que vuelve del polvo o es rehén de otro reino.
Que repose intocado con su bautismo de insoluble sal sobre la frente.
¿Y para qué despertar uno por uno los accidentes del camino?
Quedaron señalados con un sello indeleble en los relevamientos del subsuelo,
como si fuera útil ¿para quién? el ejemplo o necesaria ¿para qué? la advertencia,
como si yo pudiera ser la misma aunque no cambie el río.
Entre suelos que corren y límites que se sumergen o que vuelan
las pruebas fueron tantas que no acerté los tiempos;
confundí las personas, entradas y salidas, costumbres y tatuajes;
con las demoliciones de los años construí laberintos en vez de paraderos;
me dormí bajo techo y desperté acosada por los perros de la cacería.
En alguna oportunidad presté mis lámparas a las vírgenes fatuas:
me dejaron a oscuras y me desvalijaron los gorriones.
No pienso, no, que todo fue acechanza, ni mordedura, ni emboscada.
Guardo en algún lugar los días y las noches como inmensos retazos de la fiesta
y solamente habrá que desplegarlos, iluminar los rostros,
probar los episodios y repetir los gestos,
como si alguien nos hubiera elegido para ser personajes de algún sueño.

Aunque tal vez sea mejor conservarlos plegados
junto con los recortes de las bellas excursiones frustradas
y los planos de puertos y ciudades en los que ya no hay nadie para hospedar el alba
y el mapa del planeta con su flora y su fauna coloreados por la melancolía
y la cinta del horizonte inabordable.
Ahora estoy sentada sobre la hierba insomne y hago mi recuento.
¿Debí no haber salido a la intemperie? ¿o cambiar el trayecto?
Todo paso hacia atrás puede invertir de pronto la perspectiva de una historia.
Toda mirada por encima del hombro puede adulterar los inocentes escenarios.
Es tarde y hace frío bajo las estrellas que todavía lucen, actuales en su nunca,
pero que quizás allá lejos se apagaron.
Voy a entrar en la casa.
Alguien está despierto estrujando las sombras, disponiendo los leños.
¿Es innoble la paz? ¿Es sedentario el fuego?

Para este día

Reconozco esta hora.
Es esa que solía llegar enmascarada entre los pliegues de otras horas;
la que de pronto comenzaba a surgir como un oscuro arcángel detrás de la neblina
haciendo retroceder mis bosques encantados, mis rituales de amor, mi fiesta en la indolencia,
con sólo trazar un signo en el silencio,
con sólo cortar el aire con su mano.
Esa, la de mirada como un vuelo de cuervo y pasos fantasmales,
que venía de lejos con su manto de viaje y las mejillas escarchadas,
y se iba bajando la cabeza, de nuevo hasta tan lejos
que yo buscaba en vano la huella del carruaje en el pasado.
Hora desencarnada,
color de amnesia como dibujada en el vacío del azogue,
igual que una traslúcida figura enviada desde un retablo del olvido.
¿Y era su propio heraldo,
el fondo que se asoma hasta la superficie de la copa,
la anunciación de dar a luz las sombras?
No supe descifrar su profecía,
ese susurro de aguas estancadas que destilan a veces los crepúsculos,
ni logré comprender el torbellino de plumas grises con que me aspiraba
desde un claro de ayer hasta un vago anfiteatro iluminado por lluvias y por lunas,
allá, entre los ventisqueros del irreconocible porvenir;
aquí, donde ahora se instala, maciza como el demonio del advenimiento,
en su sitial de honor en medio de la asamblea de otras horas,

pálidas, transparentes,
y me dice que mis bosques son luces extinguidas y aves embalsamadas,
que mi amor era erróneo, como un espejo que se contempla en otro espejo,
que mi fiesta es un cielo replegado en el sudario de mis muertos.
Y se queda esta vez, sin bajar la cabeza.

Con el humo que no vuelve

Yo te barrí con una escoba negra,
di vuelta tus pisadas para que cada paso te alejara de mí,
hice una sola hoguera con todas las marañas donde anidó tu
    sombra
y te tapié la casa con una piedra viva calentada en mi mano.

No medí tu poder contra estas inconsistentes envolturas
tejidas solamente por la complicidad del resplandor y el aire.
No calculé tu alcance de rata que abre un túnel desde un cubil
    de invierno
hasta el rostro del día,
que fue un creciente agujero en todas las ventanas.

Acampaste a lo lejos
con tu arsenal de tenebrosas ollas, fetiches de tierras muertas y
    tijeras,
y esa tribu invisible alimentada con nata del infierno,
y comenzó el asedio, apenas como un pie que roza las fronteras
    de la espuma,
casi como un perfume que avanza o como un canto;
después cerraste el cerco,
¿y por qué no hasta trocar los sitios, hasta dejarme fuera?
Tú eras la invasora cuyos ojos atraviesan los vidrios de la noche
lo mismo que el diamante;
yo, la guardiana ciega en su vigilia de ensimismada porcelana.

Acorralaste mi alma, moldeándome tres veces en la cera funesta:
una con los estigmas de la separación
que traspasan las vendas desde el porvenir hasta el pasado;
la segunda, con la nube interior que perpetúa el desasimiento
y la caída;
la tercera, con esas incrustaciones de azabache que convocan las
obsesiones y el pavor
y que no se disuelven ni bajo el ácido de la costumbre ni bajo el
bálsamo de ninguna fe.
Es como balancearme en el vacío,
teñida por tres veces con el color de la otra orilla.

Confundiste mis pasos anudando la soga del destino
a una catedral que se deshizo en polvo contra el acantilado,
a una barca que huía encandilada por el sol de las vertiginosas
islas,
a una torre que anduvo entre tembladerales y que cayó partida
por el rayo.
Y siempre, en todas partes, tus aliadas,
esas merodeadoras de los muelles esperando el naufragio,
las hijas de la serpiente derribando mi silla desde el árbol de la
tentación,
la mujer con corona de lata profanando las ruinas.

¿Y ahora dónde está la casa blanca con la franja ultramar
que bebería el cielo inagotable en una copa del Mediterráneo?
Molida con cal devoradora en tus morteros.
¿Dónde los niños, cada uno con su clave secreta,
deslizándose como una misteriosa constelación sobre la hierba?
Fundidos con las semillas de mi raza en tu crisol de hierro.
¿Dónde, dónde la hora bienaventurada que rueda hasta el regazo
más indemne que un prisma capaz de recomponer toda la luz
del inocente paraíso?
Fue la que hirvió mejor en tus negras marmitas.

Trabaste con agujas de hielo mis palabras, mi único talismán en las tinieblas,
y extrajiste con hondas incisiones su forma y su color
vaciando sus almendras y evaporando su sentido;
a veces las dejaste entre puertas cerradas en laberintos insolubles
que siempre desembocan en una cámara circular de aguas estancadas
donde se disputaron sus despojos los extintos fulgores, los ecos y los vientos.
En algún lado hiciste castillos de papel con mis fracasos.

Me soltaste tus perros
junto con la jauría innominada que hizo una madriguera de mis noches.
Engendros de aquelarres incubados en las cocinas subterráneas,
alimañas surgidas del "sueño de la razón" en insomnes bestiarios,
sabandijas fraguadas en el reverso de todas las tentaciones de los santos,
probaron mis resortes hasta las últimas alertas del acosado yo,
hasta el chirrido de los engranajes que fijan las protectoras apariencias
solamente hasta aquí, solamente hasta ahora,
en esta incomprensible maquinaria del mundo.

Se quebró el maleficio.
Se rompió como un huevo, como una rama seca, como un anillo inútil.
Acaso sea poco lo que queda:
la inquebrantable fe, el insistente amor, las ataduras con todo lo imposible
y esta desesperada y prolija costumbre de probarme las almas, los vocablos y la muerte.

Ahora planeas, lejos, con el humo que no vuelve.
Visto desde tu lado
ese pájaro negro es la victoria y vuela con tus alas.

Balada de los lugares olvidados

Mis refugios más bellos,
los lugares que se adaptan mejor a los colores últimos de mi
alma,
están hechos de todo lo que los otros olvidaron.

Son sitios solitarios excavados en la caricia de la hierba,
en una sombra de alas, en una canción que pasa;
regiones cuyos límites giran con los carruajes fantasmales
que transportan la niebla en el amanecer
y en cuyos cielos se dibujan nombres, viejas frases de amor,
juramentos ardientes como constelaciones de luciérnagas ebrias.

Algunas veces pasan poblaciones terrosas, acampan roncos trenes,
una pareja junta naranjas prodigiosas en el borde del mar,
una sola reliquia se propaga por toda la extensión.
Parecerían espejismos rotos,
recortes de fotografías arrancados de un álbum para orientar a
la nostalgia,
pero tienen raíces más profundas que este suelo que se hunde,
estas puertas que huyen, estas paredes que se borran.

Son islas encantadas en las que sólo yo puedo ser la hechicera.

¿Y quién si no sube las escaleras hacia aquellos desvanes entre nubes
donde la luz zumbaba enardecida en la miel de la siesta,

vuelve a abrir el arcón donde yacen los restos de una historia inclemente,
mil veces inmolada nada más que a delirios, nada más que a espumas,
y se prueba de nuevo los pedazos
como aquellos disfraces de las protagonistas invencibles,
el círculo de fuego con el que encandilaba al escorpión del tiempo?

¿Quién limpia con su aliento los cristales y remueve la lumbre del atardecer
en aquellas habitaciones donde la mesa era un altar de idolatría,
cada silla, un paisaje replegado después de cada viaje,
y el lecho, un tormentoso atajo hacia la otra orilla de los sueños;
aposentos profundos como redes suspendidas del cielo,
como los abrazos sin fin donde me deslizaba hasta rozar las plumas de la muerte,
hasta invertir las leyes del conocimiento y la caída?

¿Quién se interna en los parques con el soplo dorado de cada Navidad
y lava los follajes con un trapito gris que fue el pañuelo de las despedidas,
y entrelaza de nuevo las guirnaldas con un hilo de lágrimas,
repitiendo un fantástico ritual entre copas trizadas y absortos comensales,
mientras paladea en las doce uvas verdes de la redención
–una por cada mes, una por cada año, una por cada siglo de vacía indulgencia-
un ácido sabor menos mordiente que el del pan del olvido?

¿Porque quién sino yo les cambia el agua a todos los recuerdos?
¿Quién incrusta el presente como un tajo entre las proyecciones del pasado?
¿Alguien trueca mis lámparas antiguas por sus lámparas nuevas?

Mis refugios más bellos son sitios solitarios a los que nadie va
y en los que sólo hay sombras que se animan cuando soy la hechicera.

"Botines con lazos", de Vincent van Gogh

¿Son dos extraños fósiles,
emisarios sombríos de una fauna sepultada en un bosque de carbón,
que vienen a reclamar un óbolo de luz para sus muertos?
¿Son ídolos de piedra,
cascotes desprendidos del obraje de los más tristes sueños?
¿O son moldes de hierro
para fraguar los pasos a imagen del martirio y a semejanza de la penitencia?

Son tus viejos botines, infortunado Vincent,
hechos a la medida de un abismo interior, como las ortopedias del exilio;
dos lonjas de tormento curtidas por el betún de la pobreza,
embalsamadas por lloviznas agrias,
con unos lazos sueltos que solamente trenzan el desamparo con la soledad,
pero con duros contrafuertes para que sea exiguo el juego del destino,
para que te acorrale contra el muro la ronda de los cuervos.

Pero son tus botines, perfectos en su género de asilo,
modelos para atar a cada ráfaga de alucinada travesía,
fieles como tu silla, tus ojos y tu Biblia.
Aferrados a ti como zarpas fatales desde las plantas hasta los tobillos,
desde Groot Zundert hasta la posada del infierno final,

es inútil que quieran sepultar tus raíces en una casa hundida en el rescoldo,
en el barro bruñido, el brillo de las velas y el íntimo calor de las patatas,
porque una y otra vez tropiezan con el filo de la mutilación,
porque una y otra vez los aspira hacia arriba la tromba que no entienden:
tu fuga de evadido como un vértigo azul, como un cráter de fuego.

Botines de trinchera, inermes en la batalla del vendaval y el alma:
han girado contigo en todas las vorágines del cielo
y han caído en la trampa de tu hoguera oculta bajo el incendio de los campos,
sin encontrar jamás una salida,
por más que pisoteen esas flores fanáticas que zumban como abejorros amarillos,
esos soles furiosos que atruenan contra tu oreja, tan distante,
perdida como un pálido rehén entre los torbellinos de otro mundo.

Botines de tribunal, a tientas en la noche del patíbulo,
sin otro resplandor que unos pobres destellos arrancados al pedernal de la locura,
entre los que hay un pájaro abatido en medio de su vuelo:
el extraño, remoto anuncio blanco de una negra sentencia.
Resuenan dando tumbos de ataúd al subir la escalera,
vacilan junto al lecho donde se precipitan vidrios de increíbles visiones,
trizado por una bala el árido universo,
y dejan caer a lentas sacudidas el balance de polvo tormentoso adherido a sus suelas.

Ahora husmean la manta de hiedra que recubre tu sueño junto
a Theo,
allá, en el irreversible Auvers-sur-Oise,
y escarban otra tumba entre los andamiajes de la inmensa tiniebla.
Son botines de adiós, de siempre y nunca, de hambriento funeral:
se buscan en la memoria de tu muerte.

Rara sustancia

Mi especie no es del agua ni del fuego, ni del aire o la tierra, solamente,
sino cuando me fijan a los muestrarios que yo sé con herrumbrados alfileres.
Pero desde mi lado y a deshoras
y en esos días en que se levanta la tapa del momento y se distingue el fondo,
si me arrancan mi capa de espesor y me dejan a oscuras sin el amparo de mi nombre,
verán que pertenezco a esa extraña familia de las metamorfosis transparentes,
a ese orden inconcluso que se fija a un color como a la sal del mundo
o que toma la forma de aquello que contiene,
así sea una llave, así sea una ausencia.
Basta que una palabra me atraviese de pronto lado a lado,
sobre todo si es siempre, sobre todo si es nunca, o acaso, o demasiado,
para que quede impresa como una quemadura hasta el subsuelo de mi anatomía.
Porque así es mi sustancia: un animal oculto en la espesura,
incorporando huellas, humaredas y soles a la hierba que pasa entre sus dientes.
Yo devoro el paisaje, cada trozo de eternidad instantánea, con mi propio alimento.
He copiado visiones que me son más cercanas que mis ojos,
imágenes ardientes como incrustaciones de vidrio en una llaga.
Y no es por atesorar oscuros esplendores de mendiga tras avaros recuentos.

Es por las comuniones del contagio,
por vocación de apego y de caricia aun frente a un adiós, a un adiós imposible,
que me dejo invadir por cosas tan remotas como un país en el que nunca estuve,
que según se me mire soy un tatuaje al rojo,
un farol oscilando en un andén donde se queda envuelto por la niebla mi destino,
una puerta entreabierta por la que se cuela una ráfaga fría que me convierte en soplo,
casi en nadie.
Pero jamás consigo estar completa; no logro aparecer de cuerpo entero.
¿Y en qué consistirá esta naturaleza inacabada
que vira sin cesar hacia otros brillos, otras fronteras y otras permanencias?
¿Cuál podrá ser mi reino en esta mezcla, bajo esta propensión inagotable
que abarca mucho más que las malezas, los plumajes cambiantes y las piedras?
Tal vez el reino de la unidad perdida entre unas sombras,
el reino que me absorbe desde la nostalgia primera y el último suspiro.

No han cambiado y son otros

Mi abuela fue una hechicera blanca que heredó en cada piedra
un altar de los druidas
donde oficiaba a medias con la luna sus ceremonias blancas.
Encendía las lámparas de un soplo,
bordaba las historias más hermosas con las hebras más largas
del invierno
y evaporaba brujas tan sólo con mondar sin miedo una naranja.
Su mundo era un fanal iluminado por rayos y centellas
que guardaban distancia frente al ojo temible del alcanfor y de la
naftalina.
Devanó las madejas de los encantamientos en las torres de sombríos castillos
y las puso en su arcón, bajo la forma de unas trenzas doradas,
junto con los retratos de los invisibles
y los lentos, fervorosos plumajes de la leyenda y la paciencia.
Con su mirada de agua que se va disolvió enfermedades como
flores de fuego,
como encajes de nieve,
y salvó del infierno muchas almas de vivos y de muertos
regateando en voz baja con los santos hasta el amanecer.
Se fue por un jardín con su dócil cortejo de pájaros, de locos y
de duendes.
Lo anunciaron los perros.
Cuando llueve me deja una tisana hirviente y un ramito de espliego.

Mi madre fue una reina que trocó sus dominios en la tierra por
un lote en el cielo,
un pequeño lugar para erigir de nuevo la casa y la familia.

Se habrá cumplido el pacto, porque tenía el don de acatar e imponer hasta el final,
como una quemadura, la ley de la palabra.
Era tan majestuosa como una catedral y más heroica que cualquier muralla,
pero cambiaba de estatura de acuerdo con la ocasión, tierna o solemne,
igual que los arcángeles.
Hacía retroceder las sombras emboscadas, las jaurías hambrientas,
partiendo en dos los puentes y las noches con sus manos tan suaves.
Dominaba las hierbas venenosas rozándolas apenas con la punta del pie,
descubría al trasluz las burbujas secretas en el fondo de los arroyos y las ciénagas,
y apartaba las máscaras con su mirada tormentosa como si descorriera un cortinaje.
Regresó muchas veces desde los bordes de la muerte, sólo para arroparnos.
Se fue por un larguísimo camino,
así como se aleja, llevándose todo el sol, una montaña.
Cada noche acaricia mi cabeza, rasga la oscuridad y me seca las lágrimas.

Mi padre fue un incrédulo rey mago que llegó a nuestro sur siguiendo la otra cara de su estrella.
Vino de mar en mar,
desde una isla donde se entrecruzaron terremotos, dinastías y vientos,
y fundó unas colonias de secretas nostalgias y traicionera sal
que absorbieron un día y otro día las ávidas arenas.
Sus manos no estaban hechas para asir;
eran manos de palmas hacia arriba ofreciendo la perla del milagro a los esperanzados y a los desposeídos.
Tenía los sentidos tan despiertos como las luminarias de los bosques

paganos
y era capaz de convertir de pronto un recinto enlutado en un salón de fiesta,
una roja manzana en el más codiciado trofeo del estío,
aunque hubiera debajo de su piel y detrás de las chispas azules de su risa
una lejana bruma, algo como una oculta vocación de ausencia.
La enfermedad lo ató con invencibles ligaduras a un inmóvil encierro.
Lo he visto en su Agrigento, en el torso del Júpiter caído entre columnas griegas.
Se fue con la marea, como un náufrago que se deja llevar hacia su orilla.
Me trae con el alba bengalas encendidas y un puñado de almendras.

Ellos vuelven y ocupan sus lugares junto a estas ventanas, esta mesa, este lecho;
vuelven con grandes trozos de paredes y muebles y paisajes disueltos
y construyen con ellos extraños escenarios que intercalan a través de los años.
No han cambiado y son otros:
compartieron conmigo los fulgores y los rasguños de este lado.
No han cambiado y son otros:
una opaca polilla, un objeto que cae, la rama que golpea contra el vidrio,
este frío que corre por mi cara.
Es posible que intenten como yo la aventura de violentar el tiempo,
de mezclar las barajas del presente, del porvenir y del pasado.

No han cambiado y son otros.
No es museo de cera la memoria.

Detrás de aquella puerta

En algún lugar del gran muro inconcluso está la puerta,
aquella que no abriste
y que arroja su sombra de guardiana implacable en el revés de todo tu destino.
Es tan sólo una puerta clausurada en nombre del azar,
pero tiene el color de la inclemencia
y semeja una lápida donde se inscribe a cada paso lo imposible.
Acaso ahora cruja con una melodía incomparable contra el oído de tu ayer,
acaso resplandezca como un ídolo de oro bruñido por las cenizas del adiós,
acaso cada noche esté a punto de abrirse en la pared final del mismo sueño
y midas su poder contra tus ligaduras como un desdichado Ulises.
Es tan sólo un engaño,
una fabulación del viento entre los intersticios de una historia baldía,
refracciones falaces que surgen del olvido cuando lo roza la nostalgia.
Esa puerta no se abre hacia ningún retorno;
no guarda ningún molde intacto bajo el pálido rayo de la ausencia.
No regreses entonces como quien al final de un viaje erróneo
–cada etapa un espejo equivocado que te sustrajo el mundo–
descubriera el lugar donde perdió la llave y trocó por un nombre confuso la consigna.
¿Acaso cada paso que diste no cambió, como en un ajedrez,
la relación secreta de las piezas que trazaron el mapa de toda la partida?

No te acerques entonces con tu ofrenda de tierras arrasadas,
con tu cofre de brasas convertidas en piedras de expiación;
no transformes tus otros precarios paraísos en páramos y exilios,
porque también, también serán un día el muro y la añoranza.
Esa puerta es sentencia de plomo; no es pregunta.
Si consigues pasar,
encontrarás detrás, una tras otra, las puertas que elegiste.

Por mucho que nos duela

a Josefina Susana Fragueiro

¿Y ahora dónde estás,
expulsada de todos los paraísos de este mundo,
sin haber encontrado tu lugar ni en el bosque de la cigarra ni en
la torre de la hormiga,
y ni siquiera en un páramo de soledad que se amoldara como un
lecho resignado a tu cuerpo,
como una almohada de renunciamiento a tu cabeza?
Ya habrás cruzado lúcida, con tus ojos de lámpara votiva,
ese punto de fuga del que hablabas,
donde empieza a invertirse la distancia y a ensancharse la tierra
de la promisión.
Ahora, cuando podrías enseñarme todos los subterfugios del ca-
mino,
simularás sin duda no saberlos para exaltar las orgullosas tentati-
vas de mis pies
y erigirme un sitial de reina en mis errores,
igual que de este lado.
¡Hemos andado juntas tantos años palpando las costuras que nos
unieron a esta trama!
Tú cortaste los nudos y soltaste de un golpe todas las puntadas,
con ese mismo exceso con que repartías tu pan y te precipitabas
en el abismo y en la hoguera
–sí, el desmedido amor, la pasión desmedida,
la desmedida inercia frente al rito vampiro de la fatalidad–.
Te arrancaste tu bolsa de intemperies, tu ropaje de huesos,
el puñado de grises piedrecitas adheridas al último pliegue del
destino,
la mordaza de arena,

y huiste por las vertiginosas galerías sin otro sol que tu alma
ni más abrigo que dos o tres nombres apretujados contra tu desnudez
igual que relicarios.
¿Y no podremos ya entreabrir otra vez los bordes de las sombras
como los de una brecha por donde vida y muerte intercambian piadosas sus rehenes
en forma de fantasmas?
¿Alguna vez podríamos tomarnos de la mano,
cuando estemos muy solas,
cuando el pavor recubra con pelambre de tigre todas las ventanas?
Mi mano, al encuentro de la tuya, no recibe respuesta,
como si resbalara por la desnuda y ciega superficie de un espejo que borra.
Mis ojos sólo registran el ardor de una inmersión sin fin en el vacío inexorable.
Mis palabras son como vidrios transparentes trizados contra un muro.
¿Puede ser que no vengas, tú, que siempre acudías antes de ser llamada,
tú, que te adelantabas como un atajo a la necesidad
y que volabas como un pájaro blanco atraído por el sahumerio de un deseo?
¿Puede ser, mensajera de los desayunos, vigía en la epidemia y la tormenta?
Quizás te hayas confundido otra vez el lugar y las horas
y andes como viajera perdida nuevamente entre dunas errantes y encrucijadas circulares,
con ese aire confuso de los que no se sienten esperados,
de los que van hacia ninguna parte.
Acaso te detengas en esos sitios como catedrales en los que resonó tu voz de Piaf,
ese grito subiendo a borbotones desde el amor herido hasta la desgarrada garganta del perdón;
o en esas habitaciones miserables que aspiraban tu vida en un negro bostezo

y te arrojaban al azar y al desorden como a dos ventisqueros;
o junto a esas mesas en las que bebías tu alcohol a grandes llamaradas,
no para ver el mundo a través de una fiesta, sino para quemarle la piel al infortunio;
o en ese altillo donde me dejaste un árbol de alucinada Navidad
como un ángel posado para siempre sobre cualquier rincón inhóspito del año;
o allá mucho más lejos, en casas que hoy son nubes,
donde podías extraer la dicha de un perfume, una cabeza de una piedra,
cuando aún no tenías esa doble visión de los que perfeccionan el fracaso como un huecograbado,
cuando aún no asfixiabas con rejas los retratos,
cuando te arrebujabas en el porvenir bajo el manto de Donatello y Miguel Ángel,
y aún era temprano.
¿Y estarás ajustando más las cuentas,
borroneando tu torturada biografía con tachaduras que son un signo menos?
¿O te retienen por un ala rebelde desde arriba,
mientras pugnas por desasirte con esos tormentosos aleteos,
con esa fuerza de bestezuela exasperada con que te resistías a las jaulas de cualquier ordenanza,
acumulando sólo lastimaduras y castigos, con extraña paciencia?
¿O aún no has logrado entrar y no puedes adelantarte a la salida?
No puedo suponer que estás sentada en tu silla Van Gogh haciendo otra durísima antesala,
repasando los agujeros de tu historia en busca de las llaves,
como si no estuvieran estampadas con fuego en tus dos manos,
como si fueran necesarias;
o que esperas entre celestes agapantos soñando que te despiertas en el alba harapienta,
de cara a la pared,
donde había una puerta que acaban de tapiar y una cortina que se desvanece,

y giras la cabeza y no aciertas a distinguir tus pobres pertenencias,
la exigua certidumbre que te amparaba cada día.
No puedo soportar que veles suspendida de un reflejo, acorralada en lo imposible.
Soy yo quien anda a tientas sin hallar la consigna,
o quien fragua visiones con el humo que exhalan sus propias pesadillas.
¡Tanto velo ilusorio para cubrir los huecos de tu ausencia!
No, no te esfuerces más por hacerte visible probándote los vendajes de la niebla,
no trates de secarme cada lágrima con un soplo de invierno,
no intentes susurrar con el chisporroteo de los leños las viejas melodías.
Tú y yo no precisamos más evidencia que la sed
para saber que en algún lado gorgotean las aguas subterráneas.
¡Hemos andado juntas tantos años bajo estas pavorosas ruedas fulgurantes esperando un milagro!
Ahora dondequiera que estés está el milagro:
ésa es "la tierra de ninguna parte, tu verdadera patria".
Allá está la flor de oro, la corona de luz,
el corazón secreto de la joya que late con tu corazón y alumbra las tinieblas.
No mires hacia atrás.
Asciende, asciende hasta perdernos de vista como a las migraciones de este último otoño,
como a los huesos que se disgregan en la playa.
Y olvídanos junto a la loza rota, los calendarios muertos, los zapatos;
olvídanos tiernamente, con esa fervorosa obstinación que tú sabes,
pero olvídanos, por mucho que te cueste,
por mucho que nos duela todavía.

Al pie de la letra

El tribunal es alto, final y sin fronteras.
Sensible a las variaciones del azar como la nube o como el fuego,
registra cada trazo que se inscribe sobre los territorios insomnes
del destino.
De un margen de la noche a otro confín, del permiso a la culpa,
dibujo con mi propia trayectoria la escritura fatal, el ciego testimonio.
Retrocesos y avances, inmersiones y vuelos, suspensos y caídas
componen ese texto cuya ilación se anuda y desanuda con las vacilaciones,
se disimula con la cautela del desvío y del pie sobre el vidrio,
se interrumpe y se pierde con cada sobresalto en sueños del cochero.
¿Y cuál será el sentido total, el que se escurre como la bestia de la
trampa
y se oculta a morir entre oscuras malezas dejándome la piel
o huye sin detenerse por los blancos de las encrucijadas, laberinto
hacia adentro?
Delación o alegato, no alcanzo a interpretar las intenciones del
esquivo mensaje.
Difícil la lectura desde aquí, donde violo la ley y soy el instrumento,
donde aciertos y errores se propagan como una ondulación,
un vicio del lenguaje o las disciplinadas maniobras de una peste,
y cambian el color de todo mi prontuario en adelante y hacia atrás.
Pero hay alguien a quien no logra despistar la ignorancia,
alguien que lee aun bajo las tachaduras y los desmembramientos
de mi caligrafía
mientras se filtra el sol o centellea el mar entre dos líneas.
Impresa está con sangre mi confesión; sellada con ceniza.

Para un balance

Puse a prueba mil veces mi cabeza
forzándola hasta el cuello en las junturas donde se acaba el universo
o echándola a rodar hasta el vértigo azul por el interminable baldío de los cielos.
Impensables los límites; impensable también la ilimitada inmensidad.
Mi cabeza era entonces un naufragio dentro de la burbuja de la fiebre,
un trofeo de Dios sobre la empalizada del destierro,
un hirviente Arcimboldo en la pica erigida entre mis propios huesos;
y sin embargo urdía pasadizos secretos hacia las torres de la salvación.
La volví del revés, la puse a evaporar al sol de la inclemencia,
hasta que se fundió en la menuda sal de la memoria que es apenas la borra del olvido.
Pero cada región en blanco era un oleaje más hacia las tierras prometidas.
La arranqué de la luz sólo para sumirla en extravío en las trampas del tiempo,
sólo para probarle las formas de la noche y el pensamiento de la disolución
como un ácido ambiguo que preservara intacta la agonía.
Ha triunfado otra vez contra hierros y piedras, derrumbes y vacíos.
¿Y acaso no he probado,
bajo ruedas y ruedas de visiones en llamas que avasallan sin tregua mi lugar,

que aun con el infierno se acrecen los dominios de esta exigua cabeza?

Jugué mi corazón a la tormenta,
a un remolino de alas insaciables que llegaban más lejos que todas las fronteras.
Contra la dicha de ojos estancados donde se ahoga el sueño,
contra desmayos y capitulaciones, lo jugué hasta el final de la intemperie
a continuo esplendor, a continuo puñal, a pura pérdida.
Lo estrujaron entre dos trapos negros, entre cristales rotos,
igual que a una reliquia cuyo culto exaltara sólo la transgresión y el sacrilegio;
lo desgarró el arcángel de cada paraíso prometido, con su corte de perros;
la noche del verdugo lo clavó lado a lado en el cadalso de los desencuentros;
lo escarbaron después con agujas de hielo, con cucharas hambrientas,
y hallaron en el fondo un pequeño amuleto:
una gota de azogue que libra a quien se mira de la expiación y de la muerte.
He convertido así rostros oscuros en estrellas fijas,
depósitos de polvo en sitios encandilados como joyas en medio del desierto.
Pueden testimoniar aquellos a los que amé y me amaron hacia el fin del mundo
–un mundo que no termina ni aun bajo los tajos de los adioses a mansalva–.
¿Y dónde estará entonces la derrota de un corazón en ascuas,
alerta para el amor de cada día, indemne como el Fénix de la desmesura?

Aposté mi destino en cada encrucijada del azar al misterio mayor,
a esa carta secreta que rozaba los pies de las altas aventuras en el portal de la leyenda.

Para llegar allí había que pasar por el fondo del alma;
había que internarse por pantanos en los que chapotean la muerte y la locura,
por espejismos ávidos como catacumbas y túneles abiertos a la cerrazón;
había que trasponer fisuras como heridas que a veces comunican con la eternidad.
No preservé mi casa ni mis ropas ni mi piel ni mis ojos.
Los expuse a la sanción feroz de los guardianes en los lindes del mundo,
a cambio de aquel paso más allá en los abismos del amor,
de un eco de palabras sólo reconocibles en el abecedario de los sueños,
de una inmersión a medias en las aguas heladas que roen el umbral de la otra orilla.
Si ahora miro hacia atrás,
veo que mis pisadas no dejaron huellas fosforescentes en la arena.
Mi recorrido es una ráfaga gris en los desvanes de la niebla,
apenas un reguero de sal bajo la lluvia, un vuelo entre bandadas extranjeras.
Pero aún estoy aquí, sosteniendo mi apuesta,
siempre a todo o a nada, siempre como si fuera el penúltimo día de los siglos.
Tal vez haya ganado por la medida de la luz que te alumbra,
por la fuerza voraz con que me absorbe a veces un reino nunca visto y ya vivido,
por la señal de gracia incomparable que transforma en milagro cada posible pérdida.

Tan sólo por estar

Inmenso el día zumba contra mis orejas;
atruena como un dios atrapado de pronto por un ala en la jaula del mundo.
Dorado su desvarío hasta raspar, vertiginoso hasta romper los bordes.
¿Y ahora qué reclama con esta furia de abejorro descomunal que arrastra el cielo?
¿Es sólo contra mí tanto escándalo en alto, tanto esplendor en guerra?
¿Qué más debo acatar aparte del pedregal en la cabeza, la soga en los tobillos
y el agujero a través de cada mano?
Acaso me reproche mi ración en el reparto de las permanencias,
acaso esté juzgando solamente mi costado visible,
ese que se abre paso entre bloques de oscuridad y avanza sin saber
lo mismo que la proa encandilada de un navío fantasma.
También tú, día cruel, tan fatuo como yo, como la máscara de lo nunca visto,
eres el turbio vaho, apenas la emanación de un yacimiento sumergido,
el sol inacabado que al asomarse oculta los otros soles de la lejanía.
Hemos llegado aquí sin memoria que corra hacia después,
sin contraseña alguna que nos justifique hasta el final del juego.
Tu color es igual al de cualquier rampante mediodía,
mi aspecto es semejante al de cualquier anónima y oscura traficante de tiempos.
Pero no hablemos por eso de no estar, ni tampoco siquiera de ser otros,

fatales, necesarios, previstos en las mareas de la historia y el vuelo de las aves,
porque tal vez seamos también ineludibles,
ambos incluidos en la turbulencia de la primera ola, en el hervor del verbo,
ambos golpeando juntos sobre la misma playa en los vaivenes del retorno,
hasta el último día, hasta el último náufrago.
Porque tal vez quién, cuándo y dónde sean las variaciones de una sola sustancia,
estados en suspensión hasta el fin del recuento.
No me apartes entonces con esta sacudida de trapo huracanado contra el rostro.
No me arrojes de ti lo mismo que si fuera una lapa insidiosa,
tu adherencia superflua, un fanático error de cada hora incrustado en la roca.
No lograrás excluirme aunque me lleves en vilo entre el pulgar y el índice,
aunque me balancees y me dejes caer sobre mi abismo.
A oscuras, contra la loza, desasida.

Hieronymus Bosch en desusada compañía

¿En qué pactos anduvo?
¿Qué ungüentos o qué pócimas usaron para hacerlo asistir a semejantes ceremonias?
¿Y cuál fue su función entre tantos oficios delicados como propalan los muestrarios?
No la quieta intrusión, el espionaje impune del imaginero.
Porque inmóvil será tal vez la beatitud,
un ángel domesticado por la contemplación de inalcanzables lejanías,
una burbuja azul suspendida en el centro de una esfera donde flotan las almas;
pero el pecado es tormentoso y arrebata en su remolino a quien lo roza.
Sopla y cambia de piel con la velocidad del fuego que devora los mejores propósitos
y no consigue nunca disimular con bellos atavíos el rabo y la pezuña.
Es igual que un color que aúlla entre las flores.
¿Y son ésas las tintas que utilizó Hieronymus?
¿Qué pecados mezcló para alcanzar la negrura de la pesadilla?
De caída en caída sin duda rompió el vidrio, se deslizó en el cuadro
y encontró un buen lugar en la farándula embrujada en medio del paisaje.
A simple vista se diría un taller en el que cada uno está absorto en su juego,
o una feria estival donde compiten ilusionismos y acrobacias,
o acaso un libro de horas en el que se mezclaron al azar las imágenes.

Pero hay algo que chilla como un cerdo al que degüellan en el alba,
algo que huele al filo del cuchillo, al tufo del demonio.
Y he ahí que ahora viene trotando sobre los lodazales con manos y con pies.
Viene con hielo y fuego y todo el sol en contra.
Te orina en la cabeza y tu deseo se convierte en sapo, en lagartija, en perro.
Te poseen engendros extraídos de escandalosas bodas y aberraciones de la especie,
de acoplamientos entre un par de bestias y un utensilio al paso.
Fusiones de ortopedia, vínculos que se anudan por el desencuentro y la tortura,
alimañas que saltan con la presión del vicio embotellado,
espantajos obscenos, prelados crapulosos, fortalezas incombustibles y vampiras,
recreos de verdugos, hopalandas encubridoras y festines de asilo,
orejas inquietantes como esfinges, moradas como fauces, delirios como embudos,
aluviones de cuerpos siempre ilesos para los irisados placeres de la soldadesca.
Otro golpe de llama, otro azote de truenos,
otra capa de sangre sobre el escabroso lema: "castigar deleitándose",
y que siga la orquesta.
¡Ah la contrahecha tentación y su profuso instrumental de amanuense del diablo!
Tienes toda "la triste variedad del infierno" por delante,
y tal como el reverso de la culpa así será la inagotable forma de la pena.
¿Y qué hace ahí Hieronymus, en medio de semejantes hervideros,
con esa cornamusa del color de la fiebre y esa gente girando sobre su cabeza?
¿Es el huésped de honor o el sospechoso anfitrión de la fiesta?
Acaso sea un réprobo cualquiera y pague con oprobios los abusos del yo

invirtiendo la suerte,
transformado a su vez en el hueco trofeo de un sentido,
en el atributo de la supresión, en la esponja que absorbe los excesos ajenos.
Aunque tal vez su alianza sea con las alturas, contra toda esperanza.
Tal vez no rece con el amor ni con la fe, sino con la visión de la condena.

Más borroso que un velo tramado por la lluvia sobre los ojos de la lejanía,
confuso como un fardo,
errante como un médano indeciso en la tierra de nadie,
sin rasgos, sin consistencia, sin asas ni molduras,
así era tu porvenir visto desde las instantáneas rendijas del pasado.
Sin embargo detrás hay un taller que fragua sin cesar tu muestrario de máscaras.
Es un recinto que retrocede y que te absorbe exhalando el paisaje.
Allí en algún rincón están de pie tus primeras visiones,
y también las imágenes de ayer y aun los espejismos que no se condensaron,
más las ciegas legiones de fantasmas que son huecos anuncios todavía.
Entre todos imprimen un diseño secreto en las alfombras por donde pasarás,
muelen tus alimentos de mañana en el mortero de lo desconocido
y elaboran en rígidos lienzos los ropajes para tu absolución o tu condena.
Cambia, cambia de vuelo como la ráfaga del enjambre bajo la tormenta.
Un soplo habrá disuelto la reunión;
un soplo la convoca en un nuevo diseño, junto a nuevos ropajes y nuevos alimentos.
¡Qué vivero de formas al acecho de un molde desde el principio hasta el final!

Palmo a palmo, virando
de un día a otro fulgor, de una noche a otra sombra,
llegas con cada paso a ese lugar al que te remolcaron todas las corrientes:
una región de lobos o corderos donde erigir tu tienda una vez más
y volver a partir, aunque te quedes, aspirado de nuevo por la boca del viento.
Es esa la comarca, esa es la casa, esos son los rostros que veías difusos,
fraguados en el humo de la víspera,
apenas esculpidos por el aliento leproso de la niebla.
Ahora están tallados a fuego y a cuchillo en la dura sustancia del presente,
una roca escindida que ahora permanece, que ya se desmorona,
que se escurre sin fin por la garganta de insaciables arenas.
Entre la oscilación y la caída, si no te deslizas hacia adelante, mueres.
Apresúrate, atrapa el petirrojo que huye, la escarcha que se disuelve en el jardín.
Sométela con un ademán tan rápido que se asemeje a la quietud,
a esa trampa del tiempo solapado que se desdobla en antes y en después.
Sólo conseguirás un presagio de plumas y un resabio de hielo.
A veces, pocas veces, un modelo para los esplendores y las lágrimas de tu porvenir.

¿Y qué fue del pasado, con su carga de sábanas ajadas y de huesos roídos?
¿Es nada más que un embalaje roto,
una mano en el vidrio ceniciento a lo largo de toda la alameda?
¿O un depósito inmóvil donde se acumulan el oro y las escorias de los días?
Pliega las alas para ver.
Esa mole que llevas creciendo a tus espaldas es tu albergue vampiro.
No me hables solamente de un panteón o de algún tribunal

embalsamado,
siempre en suspenso y hasta el fin del mundo.
Porque también allí cada dibujo cambia con el último trazo,
cada color se funde con el tinte de la nueva estación o la que viene,
cada calco envejece, se resquebraja y pierde su motivo en el polvo;
pero el muro en que guardas estampadas las manos de la infancia
es ese mismo muro que proyecta unas manos finales sobre los muros de tu porvenir.
¿Y acaso ayer no asoma algunas veces como marzo en septiembre y canta en la enramada?
Todo es posible cuando se desborda y rehace un recuento la memoria:
imprevistas alquimias, peldaños que chirrían, cajones clausurados y carruajes en marcha.
Sorprendente inventario en el que testimonian hasta las puertas sin abrir.

Hoy, mañana o ayer,
nunca ningún refugio donde permanecer inalterable entre la llama y el carbón.
Los oleajes se cruzan y conspiran como los visitantes en los sueños,
intercambian espumas, cáscaras, amuletos y papeles cifrados y jirones,
y todo tiempo inscribe su sentencia bajo las aguas de los otros tiempos,
mientras viajas a tumbos en tu tablón precario
justo en el filo de las marejadas.
Pero hay algo, tal vez, que logró sustraerse a las maquinaciones de los años,
algo que estaba fuera de la fugacidad, la duración y la mudanza.
Guarda, guarda esa prenda invulnerable que cobraste al pasar
y que llevas oculta como un ladrón furtivo desde el comienzo hasta el futuro.
Estandarte o sortija, perla, grano de sal o escapulario,

describe una parábola de brasas a medida que te aproximas, que
llegas, que te alejas:
tu credencial de amor en la noche cerrada.

Aun menos que reliquias

Son apenas dos piedras.
Nada más que dos piedras sin inscripción alguna,
recogidas un día para ser sólo piedras en el altar de la memoria.
Aun menos que reliquias, que testigos inermes hasta el juicio final.
Rodaron hasta mí desde las dos vertientes de mi genealogía,
más remotas que lapas adheridas a ciegas a la prescindencia y al sopor.
Y de repente cierto matiz intencionado,
cierto recogimiento sospechoso entre los tensos bordes a punto de estallar,
el suspenso que vibra en una estría demasiado insidiosa,
demasiado evidente,
me anuncian que comienzan a oficiar desde los anfiteatros de los muertos.

¿A qué aluden ahora estas dos piedras fatales, milenarias,
con sus brillos cruzados como la sangre que se desliza por mis venas?
A fábulas y a historias, a estirpes y a regiones
entretejidas en un solo encaje desde los dos costados del destino
hasta la trama de mis huesos.

Exhalan otra vez ese tiempo ciclópeo en que los dioses eran mis antepasados
–malhechores solemnes, ocultos en la ola, en el volcán y en las estrellas,

bajaron a la isla a trasplantar sus templos, sus represalias, sus infiernos–
y también esos siglos de las tierras hirsutas, emboscadas en el ojo del zorro,
hambrientas en el bostezo del jaguar, inmensas en el cambio de piel de la serpiente.
Pasan héroes de sandalias al viento y monstruos confabulados con la roca,
pueblos que traficaron con el sol y pueblos que sólo fueron dinastías de eclipses,
invasiones tenaces como regueros de hormigas sobre un mapa de coagulada miel;
y aquí pasan las nubes con su ilegible códice, excursiones salvajes,
y el brujo de la tribu domesticando a los grandes espíritus como un encantador de pájaros
para que hablen por el redoble de la lluvia, por el fuego o el grano,
por la boca colmada de la humilde vasija.

En un friso de nieblas se inscribe la mitad confusa de mi especie,
mientras cambian de vestiduras las ciudades o trepan las montañas o se arrojan al mar,
sus bellos rostros vueltos hacia el último rey, hacia el último éxodo.
Un cortejo de sombras viene del otro extremo de mi herencia,
llega con el conquistador y funda las colonias del odio, de la espada y la codicia,
para expropiar el aire, los venados, los matorrales y las almas.
Se aproxima una aldea encallada en lo alto del abismo igual que un arca rota,
una agreste corona que abandonó el normando y recogieron los vientos y las cabras,
mucho antes que el abuelo conociera la risa y los brebajes para expulsar los males
y la abuela, tan alta, enlutara su corazón con despedidas y desgastara los rosarios.

Ahora se ilumina un caserío alrededor del espinillo, el ciego y
el milagroso santo;
es polvareda y humo detrás de los talones del malón, de los
perros extraídos del diablo,
poco antes que el abuelo disfrazara de fantasmas las viñas, los
miradores, los corrales,
y la abuela se internara por bosques embrujados a perseguir el
ave de los siete colores
para bordar con plumas la flor que no se cierra.
Y allá viene mi padre, con el océano retrocediendo a sus espaldas.
Y allá viene mi madre flotando con caballos y volanta.
Yo estoy en una jaula donde comienza el mundo en un gemido
y continúa en la ignorancia.

Pero detrás de mí no queda nadie para seguir hilando la trama
de mi raza.
Estas piedras lo saben, cerradas como puños obstinados.
Estas piedras aluden nada más que a unos huesos cada vez más
blancos.
Anuncian solamente el final de una crónica,
apenas una lápida.

El presagio

Estaba escrito en sombras.
Fue trazado con humo en medio de dos alas de colores,
casi una incrustación de riguroso luto cortando en dos el brillo de la fiesta.
Lo anunció muchas veces el quejido escarchado del cristal debajo de tus pies.
Lo dijeron oscuros personajes girando siempre a tientas,
porque nunca hay salida para nadie en los vertiginosos albergues de los sueños.
Lo propagó la hierba que fue un áspero, tenebroso plumaje una mañana.
Lo confirmaron día tras día las fisuras súbitas en los muros,
los trazos de carbón sobre la piedra, las arañas traslúcidas, los vientos.
Y de repente se desbordó la noche,
rebasó en la medida del peligro las vitrinas cerradas, los lazos ajustados,
las manos que a duras penas contenían la presión tormentosa.
Un gran pájaro negro cayó sobre tu plato.
Es como la envoltura de algún fuego sombrío, taciturno, sofocado,
que vino desde lejos horadando al pasar la intacta protección de cada día.
Ahora observas humear esa cosecha escalofriante.
Llega desde las más remotas plantaciones de tu presentimiento y de tu miedo,
llega incesantemente exhalando el misterio.
Está sobre tu plato y no hay distancia alguna que te aparte,
ni escondite posible.

Guardianas nocturnas

Preparan mi equipaje.
Ellas, las lentas damas moldeadas por crespones en el viento
más frío,
las que bordan pacientes como arañas una grieta sin fin en la
urdimbre de mis días,
ellas, las susurrantes, las delegadas de los altos poderes, las
mitradas:
mis guardianas nocturnas.

Siento pasar el borde de toda mi asombrosa existencia entre sus
dedos;
lo siento como un filo de vidrio contra las entrañas.
Han plegado los pálidos telones de los descubrimientos infantiles
con los mapas del tesoro escondido, el pueblo encandilado y el
palomar en ruinas.
Han puesto en una caja los cristales de la inocencia rota
y han hecho un envoltorio en el que se debaten igual que saban-
dijas mis pecados.
Un puñado de agujas por las escasas contriciones, un alfiler por
la torcaza muerta,
un manojo de astillas por todas las heridas y un puñal por la
sangre del perdón.
Ahora doblan las sábanas de los insomnios, las fundas del delirio,
lienzos agujereados que dejaron escabullir hasta mi nombre y
emerger los murciélagos,
los emisarios del submundo, el nadie siempre a punto de franquear
mi lugar.
Van a llenar los huecos con los acusadores frascos de venenos:

tintas fanáticas para los desaciertos, licores para las mutaciones insensatas,
perfumes alucinógenos extraídos de dichas irrecuperables, lluvias del más allá.
Se consultan, vacilan frente al álbum en el que fosforecen los retratos.
Por favor, todos, todos, desde aquellos que fueron una llaga voraz sobre los muros
hasta los que ahuyentaron el terror y embellecieron los desmantelamientos de mi alma.
Afuera los estuches fervorosos, las felpas hechizadas:
destituidos los ídolos, los talismanes, las medallas, los desvalidos trofeos de la fe,
amontonados al desdeñoso azar, sepultados a tientas en el aserrín de las costumbres.
Ningún sitio de honor para las vestiduras de la soledad, ninguna flor encima.
Que las cubran con esos atavíos estampados por noches copiadas del abismo,
esos que todavía flotan como en sueños alrededor del vértigo y de los suspiros
y en los que aún brillan igual que lentejuelas desordenadas las caricias.
También, también va ese fanal que guarda cielos para los regresos y las despedidas.
Y no olvidar las cartas estrujadas, ni los bellos disfraces extinguidos,
ni las plumas arrancadas al vuelo a la alegría, ni los fabuladores espejos,
ni siquiera la bolsa de retazos de los días desiertos.

Al alba está dispuesto el equipaje.
Embalados mis bienes, ceñidas las correas, sellados los precintos.
Ellas, las altas damas, las papisas enfundadas en lutos solemnes, se retiran.

Hay un rótulo allí. No dice "frágil"; no señala un destino.
Indica: "Para dejar en cualquier parte. Solamente residuos sin reclamo posible".

Cantata sombría

Me encojo en mi guarida; me atrinchero en mis precarios bienes.
Yo, que aspiraba a ser arrebatada en plena juventud por un huracán de fuego
antes que convertirme en un bostezo en la boca del tiempo,
me resisto a morir.
Sé que ya no podré ser nunca la heroína de un rapto fulminante,
la bella protagonista de una fábula inmóvil en torno de la columna milenaria
labrada en un instante y hecha polvo por el azote del relámpago,
la víctima invencible –Ifigenia, Julieta o Margarita–,
la que no deja rastros para las embestidas de las capitulaciones y el fracaso,
sino el recuerdo de una piel tirante como ráfaga y un perfume de persistente despedida.
Se acabaron también los años que se medían por la rotación de los encantamientos,
esos que se acuñaban con la imagen del futuro esplendor
y en los que contemplábamos la muerte desde afuera, igual que a una invasora
–próxima pero ajena, familiar pero extraña, puntual pero increíble–,
la niebla que fluía de otro reino borrándonos los ojos, las manos y los labios.
Se agotó tu prestigio junto con el error de la distancia.
Se gastaron tus lujosos atuendos bajo la mordedura de los años.
Ahora soy tu sede.
Estás entronizada en alta silla entre mis propios huesos,
más desnuda que mi alma, que cualquier intemperie,
y oficias el misterio separando las fibras de la perduración y de

la carne,
como si me impartieran una mitad de ausencia por apremiante sacramento
en nombre del larguísimo reencuentro del final.
¿Y no habrá nada en este costado que me fuerce a quedarme?
¿Nadie que se adelante a reclamar por mí en nombre de otra historia inacabada?
No digamos los pájaros, esos sobrevivientes
que agraviarán hasta las últimas migajas de mi silencio con su escándalo;
no digamos el viento, que se precipitará jadeando en los lugares que abandono
como aspirado por la profanación, si no por la nostalgia;
pero al menos que me retenga el hombre a quien le faltará la mitad de su abrazo,
ese que habrá de interrogar a oscuras al sol que no me alumbre
tropezando con los reticentes rincones a punto de mirarlo.
Que proteste con él la hierba desvelada, que se rajen las piedras.
¿O nada cambiará, como si nunca hubiera estado?
¿Las mismas ecuaciones sin resolver detrás de los colores,
el mismo ardor helado en las estrellas, iguales frases de Babel y de arena?
¿Y ni siquiera un claro entre la muchedumbre,
ni una sombra de mi espesor por un instante, ni mi larga caricia sobre el polvo?
Y bien, aunque no deje rastros, ni agujeros, ni pruebas,
aun menos que un centavo de luna arrojado hasta el fondo de las aguas,
me resisto a morir.
Me refugio en mis reducidas posesiones, me retraigo desde mis uñas y mi piel.
Tú escarbas mientras tanto en mis entrañas tu cueva de raposa,
me desplazas y ocupas mi lugar en este vertiginoso laberinto en que habito
–por cada deslizamiento tuyo un retroceso y por cada zarpazo algún soborno–,

como si cada reducto hubiera sido levantado en tu honor,
como si yo no fuera más que un desvarío de los más bajos cielos
o un dócil instrumento de la desobediencia que al final se castiga.
¿Y habrá estatuas de sal del otro lado?

En el revés del cielo

1987

El resto era silencio

Yo esperaba el dictado del silencio;
acechaba en las sombras el vuelo sorprendente del azar, una chispa del sol,
así como quien consulta las arenas en el desierto blanco.
Él no me respondía, tercamente abismado en su opaca distancia,
su desmesura helada.
Calculaba tal vez si hacer hablar al polvo que fue columna y fue fulgor dorado
no era erigir dos veces el poder de la muerte,
o si nombrar enigmas al acecho y visiones que llevan a otros cielos
no era fundar dos veces lo improbable, como en la vida misma.
Quizás siguiera el juego de unos dados que no terminan nunca de caer,
que giran como mundos extraviados en el vacío inmenso.
Yo aventuraba voces de llamada en la bruma,
sílabas que volvían tal como la paloma del diluvio volvió por primera vez al Arca,
balbuceos deshabitados hasta nadie, hasta salir de mí.
Él crecía entre tanto a costa mía y a expensas de la Historia,
amordazando al tiempo, devorando migaja por migaja la creación.
Era todos los nombres y era el tigre,
el color del crepúsculo, los mares, el templo de Segesta, las tormentas.
Denso como la noche, contra la noche muda me acosaba.
Y ya no había más. Éramos él y yo.
¿No fue entonces extraño que de pronto lo viera casi como al Escriba,

remoto, ensimismado, frente al papel desnudo,
con los ojos abiertos hacia su propio fuego sofocado
y la oreja tendida hacia el sermón del viento y el salmo de la
  nieve?
Había una sentencia en su página blanca,
un áspero dictado caído de lo alto hasta su mano:
"Y haz que sólo el silencio sea su palabra".

Catecismo animal

Somos duros fragmentos arrancados del reverso del cielo,
trozos como cascotes insolubles
vueltos hacia este muro donde se inscribe el vuelo de la realidad,
la mordedura blanca del destierro hasta el escalofrío.
Suspendidos en medio del derrumbe por obra del error,
enfrentamos de pie las inclemencias, la miserable condición del rehén,
expuestos del costado que se desgasta al roce de la arena y al golpe del azar,
bajo el precario sol que quizás hoy se apague, que no salga mañana.
No tenemos ni marca de predestinación ni vestigios de las primeras luces;
ni siquiera sabemos qué soplo nos expulsa y nos aspira.
Apenas si el sabor de la sed, si la manera de traspasar la niebla,
si esta vertiginosa sustancia en busca de salida,
hablan de alguna parte donde las mutiladas visiones se completan,
donde se cumple Dios.
Ah descubrir la imagen oculta e impensable del reflejo,
la palabra secreta, el bien perdido,
la otra mitad que siempre fue una nube inalcanzable desde la soledad
y es toda la belleza que nos ciñe en su trama y nos rehace,
una mirada eterna como un lago para sumergir el amor en su versión insomne,
en su asombro dorado.
Pero no hay quien divise el centelleo de una sola fisura para poder pasar.

Nunca con esta vida que no alcanza para ir y volver,
que reduce las horas y oscila contra el viento,
que se retrae y vibra como llama aterida cuando asoma la muerte.
Nunca con este cuerpo donde siempre tropieza el universo.
Él quedará incrustado en este muro.
Él será más opaco que un pedrusco roído por la lluvia hasta el juicio final.
¿Y servirá este cuerpo más allá para sobrevivir,
el inepto monarca, el destronado, el frágil desertor obligatorio,
rescatado otra vez desde su nadie, desde las entrañas de un escorial de brumas?
¿O será simplemente como escombro que se arroja y se olvida?
No, este cuerpo no puede ser tan sólo para entrar y salir.
Yo reclamo los ojos que guardaron el Etna bajo las ascuas de otros ojos;
pido por esta piel con la que caigo al fondo de cada precipicio;
abogo por las manos que buscaron, por los pies que perdieron;
apelo hasta por el luto de mi sangre y el hielo de mis huesos.
Aunque no haya descanso, ni permanencia, ni sabiduría,
defiendo mi lugar:
esta humilde morada donde el alma insondable se repliega,
donde inmola sus sombras
y se va.

En el laberinto

Más de veinte mil días avanzando, siempre penosamente,
siempre a contracorriente,
por esta enmarañada fundación donde giran los vientos
y se cruzan en todas direcciones paisajes y paredes tapiándome la puerta.
No sé si al continuar no retrocedo
o si al hallar un paso no confundo por una bocanada de niebla mi camino.
Tal vez volver atrás sea como perder dos veces la partida,
a menos que prefiera demorarme castigando las culpas
o aprendiendo a ceñir de una vez para siempre los nudos de la duda y el adiós,
pero no está en mi ley el escarmiento, la trampa en el reverso del tapiz,
y tampoco podré nacer de nuevo como la flor cerrada.
Habrá que proseguir desenrollando el mundo, deshaciendo el ovillo,
para entregar los restos a la tejedora,
comoquiera que sea, en el extremo o en el centro, a la salida.
He visto varias veces pasar su sombra por algunos ojos,
cubrirlos hasta el fondo;
varias veces graznaron a mi lado sus cuervos.
Perdí de vista fieles paraísos y amores insolubles como las catedrales.
Encontré quienes fueron mis propios laberintos dentro del laberinto,
así como presumo que comienza uno más donde se cree que éste se termina.
Extravié junto a nidos de serpientes mi confuso camino

y me obligó a desviarme más de un brillo de tigres en la noche
entreabierta.
Siempre hay sendas que vuelan y me arrojan en un despeñadero
y otras me decapitan vertiginosamente bajo las últimas fronteras.
Recuento mis pedazos, recojo mis exiguas pertenencias y sigo,
no sé si dando vueltas,
si girando en redondo alrededor de la misma prisión,
del mismo asilo, de la misma emboscada, por muchísimo tiempo,
siempre con una soga tensa contra el cuello o contra los tobillos.
A ras del suelo no se distingue adónde van las aguas ni la intención del muro.
Sólo veo fragmentos de meandros que transcurren como una intriga en piedra,
etapas que parecen las circunvoluciones de una esfinge de arena,
corredores tortuosos al acecho de la menor incertidumbre,
trozos desparramados de otro mundo que se rompió en pedazos.
Pero desde lo alto, si alguien mira,
si alguien juzga la obra desde el séptimo día,
ha de ver la espesura como el plano de una disciplinada fortaleza,
un inmenso acertijo donde la geometría dispone transgresiones y franquicias,
un jardín prodigioso con proverbios para malos y buenos,
un mandala que al final se descifra.
Ignoro aquí quién soy.
Tal vez alguien lo sepa, tal vez tenga un cartel adherido a la espalda.
Sospecho que soy monstruo y laberinto.

El obstáculo

Es angosta la puerta
y acaso la custodien negros perros hambrientos y guardias como perros,
por más que no se vea sino el espacio alado,
tal vez la muestra en blanco de una vertiginosa dentellada.
Es estrecha e incierta y me corta el camino que promete con cada bienvenida,
con cada centelleo de la anunciación.
No consigo pasar.
Dejaremos para otra vez las grandes migraciones,
el profuso equipaje del insomnio, mi denodada escolta de luz en las tinieblas.
Es difícil nacer al otro lado con toda la marejada en su favor.
Tampoco logro entrar aunque reduzca mi séquito al silencio,
a unos pocos misterios, a un memorial de amor, a mis peores estrellas.
No cabe ni mi sombra entre cada embestida y la pared.
Inútil insistir mientras lleve conmigo mi envoltorio de posesiones transparentes,
este insoluble miedo, aquel fulgor que fue un jardín debajo de la escarcha.
No hay lugar para un alma replegada, para un cuerpo encogido,
ni siquiera comprimiendo sus lazos hasta la más extrema ofuscación,
recortando las nubes al tamaño de algún ínfimo sueño perdido en el desván.
No puedo trasponer esta abertura con lo poco que soy.
Son superfluas las manos y excesivos los pies para esta brecha esquiva.

Siempre sobra un costado como un brazo de mar o el eco que
se prolonga porque sí,
cuando no estorba un borde igual que un ornamento sin brillo
y sin sentido,
o sobresale, inquieta, la nostalgia de un ala.
No llegaré jamás al otro lado.

Escena de caza

Vestido de maltrecho animal mi porvenir
se oculta en la espesura con un salto de liebre perseguida por viles cazadores
hasta la otra orilla del tapiz.
¡Cuántos nobles destinos inmolados al dios de la pezuña hendida
o al alto, el serenísimo, el que ajusta su vuelo como el lazo del estrangulador!
¡Ah, mi breve, abstraído, impostergable porvenir!
No harás retroceder al enemigo mostrándole los dientes;
ni siquiera podrías domesticar la fronda en nombre del perdón,
ni aunque fueras el ciervo espectral de San Huberto irradiando el milagro.
Entonces no hay salida bajo ninguna piel.
Habrá que resistir hasta que pase la inflamada codicia;
habrá que despistar al rastreador simulando un camino que no vuelve,
o nadie, o el desplomado cielo,
o toda la soledad agazapada contra el árido fondo de un vacío sin fin
en el que se consuma en viento y humo mi pálido destino.
Poco hay para roer,
como no sean las bayas desechadas por las ratas del último saqueo,
raspaduras de espléndidas visiones en las que naces rey,
huesos de fiebres y de idolatrías.
No importa; haremos tiempo con astillas y plumas de los lentos,
lentísimos crepúsculos;
con algún agujero de la trama haremos un lugar para sobrevivir,

un hueco disimulado en la hojarasca,
mientras urde la salvación mi cándido futuro.
¿No fue nuestro el pasado con sus ojos que miran desde todas
partes?
¿Acaso se ha escapado ya el presente, sólo un temblor al tacto?
¿Y todos esos restos esparcidos bajo el grito del sol?
¡Tan bello porvenir despedazado por los perros de la cacería!

Muro de los lamentos

Paso a paso a lo largo de la pared que fue visión tramposa,
transparencia entreabierta,
y ahora está cerrada como boca cerrada
–como estarán cerrados los oídos de mis sobrevivientes al reclamo obstinado–,
por más que me deslice con persuasión de aroma a sigilo de lluvia
contra la torva piedra,
que tal vez sólo tenga nostalgia de mi frente reclinada en su noche,
en la blancura inmensa.
¡Ah desierto insoluble con su enigma de pie como la esfinge que me acosa!
Siempre hay una pared fatal que se adelanta cuando yo me asomo,
un escollo insalvable fabricado con saña en todos los talleres del destino
para que no me jacte de ninguna victoria sobre el polvo,
para que nunca olvide la distancia que media entre la sed y el vaso,
entre el relámpago y el trueno.
Siempre hay una pared que me rechaza, que me arroja a las fieras
o desvía mis pies hacia lugares donde no puedo entrar o adonde nunca llego
y en los que sin embargo estará envejeciendo la primavera que me sueña.
"Apágate, confuso resplandor, polilla encandilada;
no hay sitio para guardar tanta intemperie detrás de un solo muro",
alguien dice, alguien grazna como la bruja de medianoche en el tejado.
Y la estatura de la prohibición asciende, se agiganta y rebasa,
cubre hasta el cielo en nombre de un demonio.

Feroz, insobornable, la guardiana.
A veces me persigue hasta en los sueños esta infernal mampostería.
¿No será que yo llevo esta pared conmigo?

La abandonada

Aún no hace mucho tiempo,
cuando el mundo era un vidrio del color de la dicha, no un puñado de arena,
te mirabas en alguien igual que en un espejo que te embellecía.
Era como asomarte a las veloces aguas de las ilimitadas indulgencias
donde se corregían con un nuevo bautismo los errores,
se llenaban los huecos con una lluvia de oro, se bruñían las faltas,
y alcanzabas la espléndida radiación que adquieren hasta en la noche los milagros.
Imantabas las piedras con pisarlas.
Hubieras apagado con tu desnudez el plumaje de un ángel.
Y algo rompió el reflejo.
Se rebelaron desde adentro las imágenes.
¿Quién enturbió el azogue?, ¿quién deshizo el embrujo de la transparencia?
Ahora estás a solas frente a unos ojos de tribunal helado que trizan los cristales,
y es como si en un día la intemperie te hubiera desteñido
y el cuchillo del viento hecho jirones y la sombra del sol desheredado.
No puedes ocultar tu pelambre maltrecha, tu mirada de animal en derrota,
ni esas deformaciones que producen las luces violentas en las amantes repudiadas.
Estás ahí, de pie, sin indulto posible, bajo el azote de la fatalidad,
prisionera del mismo desenlace igual que una heroína en el carro del mito.

Otro cielo sin dioses, otro mundo al que nadie más vendrá sumergen en las aguas implacables tu imperfección y tu vergüenza.

Rapsodia en la lluvia

Ahora
desde tu ahora estarás viendo
bajo esta misma lluvia las lluvias del diluvio
y aquellas que lavaron las rosas avergonzadas de Caldea
o las que se escurrieron desde el altar del druida hasta el cadalso
y fueron a susurrar sobre una tumba hostil en la espinosa Patagonia,
y también las azules, las prodigiosas narradoras,
las que te prometían un milagro cuando aún eras visible.
¡Qué inventario de lluvias en los archivos embalsamados de la Historia!
Mas ¿qué importan las lluvias?
Sería igual que vieras dinastías de ocasos, medallas o fogatas.
Sólo quiero decir que eres testigo desde todas partes,
huésped del tiempo frente al repertorio de la memoria y del oráculo,
y que cada lugar es un lugar de encuentro como el final de una alameda.
Pero estos pasos tuyos, vacilantes, bajo los pies menudos de la lluvia
me conmueven aún más que tus lamentaciones en el interminable corredor
o tu viejo mensaje para hoy, hallado entre dos libros.
Apostaría estas palabras rotas a cambio de tu nombre tembloroso en los vidrios,
toda la sal del mundo apostaría
a que vienes a combatir por mí contra los legionarios de las sombras,
o a que tratas de hallar el moscardón azul que zumba con la muerte,

o a que pagas un altísimo precio por abrazar *los narcisos y las* amapolas
–la vibración más íntima de cualquier estación–,
siempre bordeando los despeñaderos y hasta el confín del mundo,
siempre a punto de caer en la hoguera,
sin remisión y sin aliento.
Y sin embargo has visto el miserable revés de cada trama,
conoces como nadie la urdimbre del error con que fue tapizada mi orgullosa,
mi mezquina morada.
Querrías escamotear la inocultable imperfección con el brillo de un tajo,
dar vuelta mis pisadas encaminándolas hacia el aplauso y el acierto,
corregir el alcance de mis ojos, el temple de mi especie.
¿No te oigo girar y girar entre las ráfagas del agua lavando cada culpa?
¿Y no intentas acaso revelarme con tu melodía los cielos que ya sabes?
Conseguirás de nuevo doblegar esta noche hasta el amanecer
insistiendo en quedarte, como antes en escurrirte más allá de los muros,
acá, donde sólo compartimos la efímera ganancia y la infinita pérdida,
vueltos sobre el costado que nos oculta la visión,
aunque caiga la lluvia.

Grandes maniobras

No puede ser aquí donde se libra la batalla,
nunca en este lugar de campamentos falsos y supuestas señales
donde se pierde el rastro de los muertos y no se hallan vestigios
de la perduración.
Aquí la niebla no tiene junturas; aquí los días son una muralla
sorda.
No hay agua que se asemeje a nuestra sed, Babel de arena nuestra
lengua.
No entendemos el sentido del viento ni sabemos leer en las
constelaciones.
Subimos con el alba a esperar nubes, a compartir reflejos,
a retener historias como sombras a cuenta del imaginario porvenir.
Subimos a duras penas, pantano tras pantano,
cada uno con la piedra que crece y en la espalda a horcajadas a
su rey.
Entre ascenso y caída se vuelan con un graznido las alturas;
se desplazan sin rumbo como en una pesadilla del horizonte las
fronteras;
perdemos una mano, un trozo de memoria, el gusto del sabor.
Esta es la tierra esquiva,
la tierra de no llegar jamás, la tierra del fantasma en la pared.
Otro es sin duda el sitio del encuentro, del combate invisible,
de la línea de fuego donde se cierra el foso entre la piel y el alma.
Más allá o más acá, una zona en alerta,
una tierra de nadie adonde nos convocan a oscuras y acudimos,
aun más incompletos, aun más mutilados,
casi a punto de ver, siempre al alcance de la sanción y de la muerte.

Penélope

Penélope bordaba el periplo de Ulises.
Bordaba con realce el riesgo y las hazañas, la penuria y la gloria.
Recibía el dictado de los dioses copiando su diseño del bastidor de las estrellas.
Anudaba los hilos con los años.
Pasaban por el ojo de su aguja el caballo de Troya,
los horizontes indomables –esos que no someterán jamás al obstinado–,
los cíclopes, los vientos, los frutos que procuran el desarraigo y el olvido,
y punzaba de paso el corazón de otras mujeres, horadaba otras dichas.
Deshacer cada noche su labor equivalía a conjurar la suerte,
era deshilvanar cada aventura, volver atrás las puntadas del tiempo.
También tú, repudiada, bordas ahora el viaje de otro ausente,
infiel como las nubes, fabulador como el artero mar.
Pero bordas en tu favor lo que desdice el eco y recusan las sombras:
islas en vez de cuerpos que se adaptan a la forma cambiante del deseo,
resacas por delirios,
parajes extenuados en lugar de instantáneos paraísos,
tu casa floreciendo en la nostalgia en lugar de una puerta cerrada para siempre.
Querrías imponer tu dibujo al destino,
convertir en destierro y en muralla la ola que arrebata al inconstante,
amordazar las fauces del oráculo que te condena por su desmemoriada boca.
Pero nunca serás ni siquiera el refugio después de la aventura;

mucho menos el premio de un torneo cualquiera con la muerte. Porque por esta vez Mercurio no intervino en bien del traicionero. Otra Circe perversa lo ha convertido en cerdo.

Al pájaro se lo interroga con su canto

Hay en algunos ojos esas borras de añil que dejan los crepúsculos al evaporarse
–un ala que perdura, una sombra de ausencia–.
Son ojos hechos para distinguir hasta el último rastro de la melancolía,
para ver en la lluvia el inventario de los bienes perdidos,
así como hace falta un invierno interior
"para observar la escarcha y los enebros erizados de hielo"
dijo Wallace Stevens congelando el oído y la pupila,
convertido tal vez en el hombre de nieve que contempla la nada con la nada
y que oye sólo el viento,
sin ningún evangelio que no sea ese sonido único del viento
(aunque tal vez hablara de la más extremada desnudez;
no de la transparencia).
Pero yo sé que cada tiniebla se indaga solamente con la noche que llevo,
que la piedra se entreabre ante la piedra
de la misma manera que se tantea el corazón con el abismo.
¿Hay alguna otra forma de asomarse hasta el fondo del subsuelo,
el fondo de otra herida, el fondo de otro infierno?
No hay ninguna otra lámpara para reconocer lo próximo, lo ajeno, lo distante.
Lo atestigua la esquiva intención de la rata chillando entre los vidrios,
resbalando en la rampa de una impensable luz;
lo proclama la estrella con su remoto código adherido a un temblor,
tal vez a una agonía que ya fue;
lo confirma ese yo que camina contigo y es memoria dondequiera

que olvides,
y ese otro, inabarcable, centelleante,
que le sale al encuentro bajo el agua de las transformaciones,
y a veces ni es persona, ni color, ni perfume, ni huella de este mundo.
Ambos están tejidos con la sustancia misma del silencio.
Se parecen a Dios en su versión de huésped reversible:
el alma que te habita es también la mirada del cielo que te incluye.

Si poblaras el mundo como Dios
sólo con proyectar la sombra de una mano, el oscuro fulgor del ensimismamiento,
o las secretas contradicciones que te habitan,
saltarían de tu regazo hasta tus pies animales aviesos,
una fauna de pesadillas ilustradas que se propagaría infestando el jardín
como en esos tapices en los que la discordia simula las manzanas de la tentación.
No tienes felpa y seda que desplegar desde tu frío central hasta tus uñas
en una deslumbrante, sinuosa orografía
–otro cuadro sienés con castillo lejano, fortaleza e irrevocable caballero–,
ni caricia que vuelque su hierba complaciente sobre la pradera,
ni el intenso esplendor que a veces inventaba un relámpago azul con tu mirada
y que ahora podría esparcir tan largos ríos, tan bellos horizontes,
y hasta los esmaltados y sucesivos cielos de cualquier libro de horas,
sólo con que lograras olvidar el color de la piedra que te cerró el camino.
Pero ningún prodigio dejan fluir las aguas estancadas.
En tu historia no hay tintas para imprimir el decorado que anuncie un paraíso,
ni plumajes de fiesta con que vestir otro destino.
Tampoco de tu palabra emana un génesis semejante a una fábula en tu honor
donde instaurar un trono sobre el séptimo día.

Fundaciones de arena, muros crepusculares para el exilio y el olvido,
lugares destemplados como el viento que pasa bajo las alas de la ausencia.
Puedes volcar tu inmenso depósito de insomnios hasta la borra del final
o volver del revés todas las envolturas que adoptó la nostalgia:
no encontrarás ni brizna de verdor ni hebra que se anude a la esperanza.
Tu imagen, una sombra de áspero desencanto.
Tu semejanza, una desgarradura.

Una opulenta y abominable criatura que conozco

Sobre mi casa está, fatal y sin belleza.
Pesa sobre mi día,
pesa sobre mi techo como un cielo de plomo derribado,
una mole carnosa que ha podido sobrevivir a todas las embestidas del espíritu.
¿Cómo ha de respirar una pálida flor en el aire malsano?
No hay lugar para un alma en esta especie de deidad rupestre y oscilante;
apenas si algún hueso a la deriva
como un raro amuleto soterrado en la espesura inmensa.
Ella impone su ley en nombre de la torpe majestad y la bestial pisada,
y acato su opresión porque no hay otro sitio que me aspire,
porque la penitencia es ésta y sin salida.
¿Y no empaña el cristal y enturbia el vino
y oculta los objetos de mi casa con su costumbre de contagiar la niebla,
ese vaho que exhala con su estertor ansioso como de sumidero y agonía?
Devora su ración de tejidos fastuosos, de dichas y esplendores
y exige siempre más, otra gota de sangre,
hasta agotar el último verdor, las entrañables borras y las plumas.
Ella expande un olor de venenosa ciénaga en acecho,
un tufo como de selva que se pudre bajo los hervideros de las moscas
propagando la peste, desatando el atroz envoltorio de la muerte.
Es estúpida y vil.
No hay un solo rincón iluminado bajo su estrecha frente;
ni un pájaro se aloja en su obtusa cabeza de trueno amordazado;

no crece allí un color, ni siquiera una hierba,
sólo la noche arcaica.
A nadie sorprenderá que su piel sea dura, dura como el ocaso y el desastre,
invulnerable al ruego y al cuchillo.

El narrador

En paz es un relato descriptivo el que repite paso a paso el cuerpo,
una enumeración de llanuras y ocasos, de barcas y colinas,
que no tiene comienzo ni final,
lo mismo que un fragmento entresacado del texto de otra historia.
¿Pero quién permanece como un lagarto inmóvil bajo el sol?
En cuanto cunde el miedo, la penuria o la peste,
la narración se altera en esos puntos donde se quiebra el orden,
y entonces aparecen crónicas de invasiones y derrotas,
episodios oscuros donde hay fieras ocultas y algún otro es el rey
y uno es un fugitivo debajo de la piel,
tal como si habitara en el párrafo intruso de una leyenda negra.
Igual hay que perder hasta concluir sin conocer jamás el verdadero desenlace.
Pero llega el amor, su séquito de estrellas y el ala inalcanzable del deseo,
sobrepasando siempre los límites de toda separación, de todo abrazo,
y el cuerpo se hace altura, precipicio, vértigo, desvarío,
dispuesto a transgredir y a ser atajo hacia lugares en los que nunca estuvo,
él, el protagonista de una fábula única,
el que se prueba por primera vez el corazón, los ojos y las manos,
y es la respuesta exacta y el espejo donde alguien recupera el paraíso.
Aunque al final apenas permita traslucir la puñalada del destino:
así agoniza cada vez el mundo,
con un cuerpo que sobra y con una novela interrumpida.
No habrá tregua después ni siquiera en el sueño,

ni siquiera tratando de dormir sobre el costado ileso,
porque ya no lo hay –nada más que capítulos deshechos, vidrios rotos,
el inventario de la soledad, hueso por hueso–,
porque no hay aridez como la que se narra con un cuerpo que termina en sí mismo,
un cuerpo que se lee lo mismo que un adiós borroneado en la arena.
Y no hablemos ahora de temblores ni de perplejidades ni de alertas
con los que ilustra el cuerpo sus cuentos fantasmales,
episodios ambiguos donde las sombras crujen y no hay nadie
o se siente avanzar el porvenir a través de la escarcha de otro mundo,
como si no supiéramos que el cuerpo no es de aquí,
que viene de muy lejos y se va,
sin aclararnos nunca si es reverso del alma, una opaca versión de lo invisible,
una trampa superflua,
¿o un nudo, sólo un espeso nudo en la gran transparencia?
¿Y a qué modelo alude con su muerte final este intérprete ciego,
el mártir, el incauto, el que no sabe,
el que apaga las luces y cierra el escenario de este lado?

Ésa es tu pena

Ésa es tu pena.
Tiene la forma de un cristal de nieve que no podría existir si no existieras
y el perfume del viento que acarició el plumaje de los amaneceres que no vuelven.
Colócala a la altura de tus ojos
y mira cómo irradia con un fulgor azul de fondo de leyenda,
o rojizo, como vitral de insomnio ensangrentado por el adiós de los amantes,
o dorado, semejante a un letárgico brebaje que sorbieron los ángeles.
Si observas al trasluz verás pasar el mundo rodando en una lágrima.
Al respirar exhala la preciosa nostalgia que te envuelve,
un vaho entretejido de perdón y lamentos que te convierte en reina del reverso del cielo.
Cuando la soplas crece como si devorara la íntima sustancia de una llama
y se retrae como ciertas flores si la roza cualquier sombra extranjera.
No la dejes caer ni la sometas al hambre y al veneno;
sólo conseguirías la multiplicación, un erial, la bastarda maleza en vez de olvido.
Porque tu pena es única, indeleble y tiñe de imposible cuanto miras.
No hallarás otra igual, aunque te internes bajo un sol cruel entre columnas rotas,
aunque te asuma el mármol a las puertas de un nuevo paraíso prometido.

No permitas entonces que a solas la disuelva la costumbre,
no la gastes con nadie.
Apriétala contra tu corazón igual que a una reliquia salvada del naufragio,
sepúltala en tu pecho hasta el final,
hasta la empuñadura.

La sibila de Cumas

En la boca,
debí poner el montón de arena adentro de la boca
y silenciarla para siempre, sellarla con asfixia y aridez,
en lugar de guardarlo adentro de mi mano como un precio de oprobio:
el de una mercenaria, y vergonzosa transacción.
Él estaba a mi lado, centelleante, como la rama dorada en medio de la encina,
¿acaso no era el sol?
Ambos nos contemplamos, agitados, después de la carrera por la playa,
tan jóvenes y bellos, ambos tan codiciosos,
ávidos como el fósforo y el mar, veloces como el vértigo.
Yo miraba más lejos, más allá del instante.
Vi pasar por sus ojos el pleno mediodía del deseo,
extenderse en penumbras, caer bajo la tarde del hartazgo.
Él veía en los míos, replegada quizás entre cenizas, la red de mi artimaña.
Le pedí tantos años como granos de arena recogí en el maldito, desmedido puñado,
a cambio del amor, del imposible amor,
que desde mi costado era la fuga o el aniquilamiento o el veneno.
Apolo concedió; se sonreía como saben hacerlo los dioses cuando saben,
cuando Averno y Olimpo son testigos de la derrota humana.
Yo me había olvidado de reclamar también la juventud,
la corona del tiempo, el esplendor del alba en el espejo, la cresta de la ola.

No, no ardí entre sus brazos tocada por el rayo de la eternidad
y el del espanto.
Mi error me dispensó de regatear el pago:
fue un derrumbe insensato que sepultó entre escombros mi
triunfo y mi falacia.
A él lo eximió de urgencias y de ardores:
acalló su reclamo el negro polvo de siglos de venganza.
Yo miraba más lejos; me veía avanzar por el camino intermi-
nable.
Y el resto siguió igual. No hubo un grito en el cielo,
ni los bosques cambiaron de color ni se detuvo el vuelo de los
pájaros.
Ni siquiera la piedra oyó mi súplica, aunque la disolvió mi llanto.
Ahora soy apenas una borra de sangre,
un harapo estrujado, un mísero pellejo que alcanza solamente
para insecto,
y zumbo mi profecía en esta jaula como un ave agorera roída
por la plaga.
Pero esta misma boca que habló por las cien bocas de la gruta
con la voz del oráculo
adelantó capítulos enteros de la Historia,
anunció la manzana, el rapto y el incendio que arrasaron a Troya,
predijo el esplendor y la caída de Roma, la pomposa, la recién
llegada.
Estos ojos sin lágrimas, que únicamente ven hacia adelante,
contemplaron nacer y morir las dinastías, el Fénix, las montañas,
y hasta vieron un día hundirse en el ocaso la caravana de los
dioses griegos.
Estos pies que son tierra bajaron varias veces al infierno.
Ha llegado la hora de filtrar mi desdicha en un puñado de mor-
tales arenas.
Ahora sólo hay muro, un larguísimo muro bajo ráfagas grises.
Ya no hay sol, ni pasado, ni porvenir siquiera.
Vamos entonces: ¡hiere!

"Amor, ch'a nullo amato amar perdona"

No con lechos viscosos ni con instrumentales de tortura,
no con esas aviesas escaleras que te devuelven siempre al enemigo prometido,
ni con falsos paneles ni laberintos circulares,
y aun menos con la llama inextinguible que te devora y te preserva indemne
–¡ah la intolerable prestidigitación del escarmiento!–,
sino con aquel día que se adhirió a la dicha como un color, como una enredadera,
fabricaste tu infierno.
Es ese mismo día cortado a la medida de tu cielo,
ese que fue más breve que un temblor,
pero tan perdurable como un meteoro sobrenatural de paso en este lado.
Era un lugar de encuentro entre viajeros perdidos en la historia,
un salto de ascensión igual que una vorágine de luz hacia las nubes,
la exacta coincidencia de dos vuelos en una sola sombra sobre el agua.
Era como mirar el mismo panorama que miraría Dios.
¡Qué confluencia de soles sobre un instante único del mundo!
Ahora es piedra y sed.
Ajeno, el día que te envolvió en su piel ya no te incluye.
Nada te reconoce en esta cárcel que tal vez fue cristal y es hielo transparente,
y por más que te obstinas en amaestrar la noche trascendiendo el olvido
no consigues asir ningún objeto ni aciertas con tu paso en el tapiz.

Giras eternamente en torno de alguien que obstruye la salida.
Es alguien cuyos ojos no sirven para ver sino tan sólo para ser mirados,
un fantasma que viene de muy lejos sin ningún reclamo, sin ninguna respuesta,
obligado a volver por el amor que no perdona:
el inasible huésped de algún cielo o quizás el cautivo de un análogo infierno.

Testigos hasta el fin

Perfeccioné penurias como dichas,
engarcé por igual en la espesura lágrimas y fulgores,
saqué lustre al destino por avaro, miserable que fuera,
y de cada pedrusco del instante hice joyas eternas, sin saberlo.
Transporto así también al enemigo con sus lujosos odios esculpidos,
a intrusos que conviven con mis mejores horas como vetas en la piedra pulida,
a los protagonistas de un amor insoluble, de una leyenda inmóvil,
a todos mis custodios, adictos o traidores,
esos sobrevivientes que acampan a mi sombra y son mi propia tribu, fatalmente.
Sí, sí, conmigo hasta el final:
nunca por el acierto o el error,
ni siquiera por la belleza o la esperanza,
sino sencillamente por el bien que nos une, por el mal que nos ata,
por haberme acosado contra el fondo, por compartir la noche.
Ahora son testigos de mis acatamientos y de mis transgresiones,
cada uno con su inverso sistema de medir,
con su manera de cambiar de color de acuerdo con la pena o el indulto,
anticipando el juicio en el relámpago o en el escalofrío
con que se manifiestan y se tornan legibles.
Alertas, recelosos como fieras insomnes mis testigos,
pero así como "el mundo es más profundo de lo que piensa el día",
así será el alcance de sus pruebas.

Porque después igual que ahora y después igual que antes,
ellos acudirán con esos espejados testimonios de los que emerjo
yo
siempre absuelta en azul o condenada en escarlata,
siempre algo más acá o un poco más allá de mi oculta sustancia,
donde la culpa es otra.

Tierra nueva en crónica vieja

En nombre de mi rey
consagro estos dominios al servicio de su fantasía y de sus ocios
y a la gloria y alabanza de Dios.
Sobre estas posesiones puede haber más de un sol
y en cada sol instauran su brillo fulminante la corona y el trono,
porque así es el poder.
En adelante rige, inapelable, estas tierras sin fin y estos océanos
sin estatutos
que forman la dudosa, incomprobable realidad.
Son sitios resbalosos, hechos para el traspié y para la caída;
debajo de cada paso suele haber un agujero.
Son arduos territorios donde todo es posible, salvo la costumbre,
donde cualquier repetición, aun la de abrir las puertas a las visiones de Ezequiel
o la de levantarme de mi lecho para que pase un barco,
es fatal advertencia o acosadora pesadilla.
Lo que fue ayer no es hoy y las piedras de hoy no permanecerán
hasta mañana,
porque no hay nada estable, ni dicha ni tormenta,
y donde hubo un jardín prosperan como locas las cabelleras de
las furias
y donde hubo una hoguera tal vez surja Cartago o los perros
de Orión.
No me preocupa levantar la casa sobre ráfagas que huyen,
porque de todos modos cambiará de lugar con cada trueno lo
mismo que los pájaros,
aunque sobre mis huesos prevalezcan los rosales silvestres y la araña.
También, también los hombres mudan de piel bajo la garra del
relámpago:

son ellos y no son,
como si los hubiera ganado la distancia o invadido otra especie;
a veces se adormecen del lado del amor y despiertan del lado del encono;
a veces se evaporan cuando llegan, crecen cuando se alejan.
Algunos precipicios persiguen al viajero, lo aprisionan en su estuche de hierbas;
otros toman la forma de una herida interior,
de una larga fisura por la que se puede contemplar el infierno.
Traidoramente bellas son la fauna y la flora, hechas de terciopelo y pedrería
o esculpidas en el humo y la niebla,
pero siempre dispuestas al asalto, al estrangulamiento y al veneno.
Este reino es esquivo, soluble y engañoso como ciertos cristales en el atardecer.
Hay rincones que vuelan, poblaciones arrancadas de cuajo,
praderas que caminan hacia el mar con sus hormigas y con sus antorchas,
pero nada es indemne bajo la mordedura de la herrumbre
ni el tajo de los años.
Aquí los habitantes y las cosas son fantasmas: como llegan se van.
Yo le pido a mi Dios una sola certeza:
que no despierte ahora ese rey que me sueña.

El retoque final

Es este aquel que amabas.
A este rostro falaz que burla su modelo en la leyenda,
a estos ojos innobles que miden la ventaja de haber volcado a ciegas tu destino,
a estas manos mezquinas que apuestan a pura tierra su ganancia,
consagraste los años del pesar y de la espera.
Ésta es la imagen real que provocó los bellos espejismos de la ausencia:
corredores sedosos encandilados por la repetición del eco,
por las sucesivas efigies del error;
desvanes hasta el cielo, subsuelos hacia el recuperado paraíso,
cuartos a la deriva, cuartos como de plumas y diamante
en los que te probabas cada noche los soles y las lluvias de tu siempre jamás,
mientras él sonreía, extrañamente inmóvil, absorto en el abrazo de la perduración.
Él estaba en lo alto de cualquier escalera,
él salía por todas las ventanas para el vuelo nupcial,
él te llamaba por tu verdadero nombre.
Construcciones en vilo,
sostenidas apenas por el temblor de un beso en la memoria,
por esas vibraciones con que vuelve un adiós;
cárceles de la dicha, cárceles insensatas que el mismo Piranesi envidiaría.
Basta un soplo de arena, un encuentro de lazos desatados,
una palabra fría como la lija y la sospecha,
y esa urdimbre de lámpara y vapor se desmorona con un crujido de alas,
se disuelve como templo de miel, como pirámide de nieve.

Dulzuras para moscas, ruinas para el enjambre de la profanación.
Querrías incendiar los fantasiosos depósitos de ayer,
romper las maquinarias con que fraguó el recuerdo las trampas para hoy,
el inútil y pérfido disfraz para mañana.
O querrías más bien no haber mirado nunca el alevoso rostro,
no haber visto jamás al que no fue.
Porque sabes que al final de los últimos fulgores, de las últimas nieblas,
habrá de desplegarse, voraz como una plaga, otra vez todavía,
la inevitable cinta de toda tu existencia.
Él pasará otra vez en esa ráfaga de veloces visiones, de días migratorios;
él, con su rostro de antaño, con tu historia inconclusa,
con el amor saqueado bajo la insoportable piel de la mentira,
bajo esta quemadura.

Nudo de los sentidos

Si no es mi porvenir es el paisaje el que prolonga mi visión del mundo,
el que amplía mis mezquinos alcances con sus transparencias
y convierte mis ojos en fabuladores de bosques hechizados y de faunas dementes.
Es la fiesta de sal que siempre se disuelve,
que se transforma en nube desolada, en muro donde se inscribe la condena.
Así como de pronto surge un bloque de invencible silencio
o se derrumba el trueno
donde había un susurro y una canción, tan dulces,
irremediablemente perdidos desde ahora bajo una lápida o una polvareda.
También para el sabor hay paraísos tan ilusorios como el cristal y el hielo,
sustancias que prometen el delirio y después se disipan en una sombra de agua
o son tan sólo el eco de la palabra nunca entre los labios.
Tampoco los olores –tufo, perfume o miasma–
toman la consistencia de los empecinados continentes que anuncian,
sino que se asemejan a fantasmas insomnes, a señales de adiós inscritas en el aire,
a un resplandor de arena que se lleva un secreto cuando pasa.
Y aunque me arrasa el tiempo y me aprieta en su zarpa
como si me arrancara del tapiz, del muestrario fanático para la cacería,
nada queda estampado en esta piel que despliega mi tacto:
nada, ninguna historia, ni nombre, ni mensaje legible en esta piel,
siempre la misma piel, extrañamente ilesa bajo el sol,

bajo distintos besos, bajo extinciones y caricias, bajo desgarramientos.
No hay instrumento alguno que prolongue mis manos y mis pies,
que amplíe mis dominios más allá de cualquier superficie y de cualquier distancia,
hasta poder asir, hasta poder llegar,
porque otro es el acceso a los lugares del verdadero encuentro
y otra es la lejanía que llamamos ausencia.
En cuanto a mi cabeza es un enjambre de astros intraducibles,
una conjuración de posesiones que invaden las fronteras de la realidad,
un depósito errante donde crece la flor nunca encontrada
junto a todo lo amado y a todo lo perdido;
pero además hay vértigos que no quiero nombrar
y fosos insalvables y enemigos ocultos en todos los rincones.
Por fuera mi cabeza no alcanza para precio ni para ofrenda ni para museo.

Éste es el mundo que huye,
el mundo que se va como por una grieta,
y aunque vuelve y me tienta una vez más no consigo ceñir nunca los nudos,
no encuentro la manera.

Ceremonia nocturna

En el fondo de ti hay siempre alguien que con la noche gime,
alguien que llora igual que una criatura olvidada en un bosque
o en un desván en llamas,
alguien que humilde, tierna, desgarradoramente,
se remite al dios pájaro, a la diosa volanta, a su madre la todopoderosa,
o trata de tomarse de tu mano, su propia mano en el impredecible porvenir.
Pero es lejos; no alcanza; no acierta con el sitio del destino.
Tendría que ser topo hurgando en los depósitos atestados del
tiempo;
tendría que tener su talismán de hueso de pescado para poder
pasar.
Alguien llora en la noche fatalmente,
como sale a tu encuentro ese perfume a hierbas que exhalaba el
suspiro del ropero
o como chilla en sueños el último peldaño de la vieja escalera.
Tú no alcanzas a ver, ¿a través de qué nubes,
si hasta la misma espuma se hizo piedra y todas las arboledas se
volaron?
Tal vez la miró el búho,
quizás haya escondido algún tesoro y no recuerda dónde,
acaso esté rodando desde lo alto del tejado sobre los vidrios rotos,
y no encontró remedio ni consuelo que restañara su lastimadura.
En la noche y a solas,
cuando hasta los cobardes amedrentan las fieras
y los que no salieron nunca de su casa fundan ciudades con la
espada,
tú te atrincheras en tus intemperies,

piensas que ningún rostro es duradero, que la vida es una sábana
exigua
y que todo fantasma es un reclamo contra la ocultadora realidad.
Entonces ella gime desde el fondo de ti;
llora puntual, sumisa, desamparadamente.
Aunque alzara una antorcha no la podrías ver, sepultada debajo
de los años.
Es difícil mirar hasta tan lejos a través de otras lágrimas.
¿Y si fueses, tan lejos, la culpable?

Punto de referencia

He acumulado días y noches con amor, con paciencia
–ah, con ira también, un resplandor de tigres en la oscura desdicha–;
los he petrificado alrededor del sitio donde habito,
que no es más que una pálida espesura en medio de la enrarecida vastedad,
una exigua sustancia expuesta a los pillajes y a la furia desatada del tiempo.
He juntado vestigios, testimonios que acreditan quién soy,
credenciales irrefutables como un juego de espejos en torno de un fulgor,
certezas como cifras esculpidas en humo.
Puedo afirmar que no hay bajo este cielo nada que no perdure por mis ojos
y que un ínfimo insecto conserva su lugar de honor en mi muestrario.
No soy menos que un topo; algo más que una hierba.
Sin embargo no encuentro mi verdadera forma ni aun a plena luz,
por más que me recuente, me recorra y persiga por fuera y por debajo de la piel.
Siempre hay alguien en mí que dice que no estoy cuando me asomo,
alguien que se desliza paso a paso a medida que avanzo
hasta dejarme a ciegas, asida solamente a un nombre, a la ignorancia.
Porque hay prolongaciones inasibles que llegan más allá,
zonas inalcanzables donde tal vez se impriman las pisadas de Dios,

subsuelos transparentes que se internan a veces en los jardines de otro mundo
y al regresar expanden un perfume semejante al del alba.
¿Y esos bloques errantes, continentes en fuga como ballenas blancas
que rozan las fronteras propagando el pavor y no regresan nunca?
¿Y qué fronteras rozan, si he forzado hasta el máximo la vista y el insomnio
y donde me aventuro no hago pie, me pierdo en los abismos?
¿No he arrojado preguntas como piedras y amores como escombros
que están cayendo aún, que no han tocado fondo todavía?
Inmenso mi animal desconocido, mi armazón insondable, mi esfinge nebulosa.
Y ningún emisario, ningún eco, que no sea este cuerpo inacabado.
Toda una confabulación de lo invisible para indicar apenas que no soy de este mundo,
sino tan sólo un testimonio adverso contra la proclamada realidad,
una marca de exilio adherida a las grandes cerrazones donde comienza el alma,
acaso con un himno, quizás con un sollozo.

Pero dime, Señor:
¿mi cara te dibuja?

El otro lado

No logras acertar con el lugar,
aunque te asista el sol y desciendan los cielos.
En seguida que llegas, como si se trocaran en vampiros las aves,
los mármoles en yeso y en polvorientas telas pintadas las praderas,
es una equivocación fatal la que te enfrenta con mirada de lobo
y te obliga a salir en cuatro pies, esquivando el castigo.
No es aquí ni es ahora,
grazna con las cornejas el viento que te aspira,
que te arrastra y revuelca como a un fardo de remolino en remolino
y te arroja por fin hacia un rincón en el que se adultera de nuevo el porvenir
entre los vidrios de la lejanía.
No es ese tu lugar, allí,
donde nadie te aguarda para nacer desde hace dos mil años
(ah, ese abrazo primero, semejante al abrazo de la resurrección),
donde no hay ni medida ni tiempo que se ajusten al hueco de tu mano
lo mismo que dos partes acuñadas para la alianza o la separación,
sencillamente igual a mitad y mitad,
como los dos costados de una misma medalla o las dos contrapartes para un crimen.
Nada. Palabras sin pronunciar, maniobras suspendidas,
ojos que aunque te sigan no te ven desde sus apariencias de ojos de retrato,
escenas atestadas de recuerdos ajenos para instalar otro destino,
y contra ti la piedra y la expulsión.

Fuera, fuera otra vez, con el miedo a la espalda,
frente al resto del mundo embellecido, otra vez centelleando,
otra vez aspirándote,
para la nueva prueba y el error.
¿Dónde será el lugar? ¿Dónde será otro lado?
O tú no eres de aquí o ese sitio no está en ninguna parte, todavía.
Aunque tal vez haya en alguna parte cerrada, inexpugnable, mentirosa
una sombra ladrona probándose tu vida,
el otro lado.

Fuera de foco

Sobreviene otro vuelco en la caída,
un sobresalto más en la sustancia donde delira el sol,
otro tumbo en la escena donde se desarrolla la derrota de los
días contados;
algo que a tientas cruza por mi cuerpo
y lo traspasa y casi desaloja como un cambio de guardia.
Descorrida de mí, desatinada,
estoy sin toda yo, vaciando el centro, invadiendo un costado,
tan ajena al comienzo y al final como nadie,
apenas más asida a las últimas plumas del mundo que ninguna.
Es como si la muerte me ganara terreno
y antes de dar al otro el sitio donde estuve me encerrara hacia
afuera.
En esta desplazada razón ya no hago pie.
Inmensa la tiniebla que me acoge y escurre para deshabitarme;
intransitable la lustrosa noche que me despeñará.
¿Dónde había memoria de unos ojos en los que confluía el universo,
de alguien que presidía estos dominios como estrella polar?
¿Dónde quedó la sombra de cuanto me encumbraba en mi sola
persona,
de todo cuanto giraba alrededor?
Es inútil buscar. No acierto con mi visión ni atino con mi mano.
Tal vez justo en el medio de la improbable trama se borró mi
lugar:
un alterado espacio que se va, que ya no me retiene.
Pero algo se resquebraja en mitad de mi espalda.
Siento que un ala negra se desprende.
¿Empezaré a caer hacia lo alto?

En el final era el verbo

Como si fueran sombras de sombras que se alejan las palabras,
humaredas errantes exhaladas por la boca del viento,
así se me dispersan, se me pierden de vista contra las puertas del silencio.
Son menos que las últimas borras de un color, que un suspiro en la hierba;
fantasmas que ni siquiera se asemejan al reflejo que fueron.
Entonces ¿no habrá nada que se mantenga en su lugar,
nada que se confunda con su nombre desde la piel hasta los huesos?
Y yo que me cobijaba en las palabras como en los pliegues de la revelación
o que fundaba mundos de visiones sin fondo para sustituir los jardines del edén
sobre las piedras del vocablo.
¿Y no he intentado acaso pronunciar hacia atrás todos los alfabetos de la muerte?
¿No era ese tu triunfo en las tinieblas, poesía?
Cada palabra a imagen de otra luz, a semejanza de otro abismo,
cada una con su cortejo de constelaciones, con su nido de víboras,
pero dispuesta a tejer y a destejer desde su propio costado el universo
y a prescindir de mí hasta el último nudo.
Extensiones sin límites plegadas bajo el signo de un ala,
urdimbres como andrajos para dejar pasar el soplo alucinante de los dioses,
reversos donde el misterio se desnuda,
donde arroja uno a uno los sucesivos velos, los sucesivos nombres,
sin alcanzar jamás el corazón cerrado de la rosa.
Yo velaba incrustada en el ardiente hielo, en la hoguera escarchada,

traduciendo relámpagos, desenhebrando dinastías de voces,
bajo un código tan indescifrable como el de las estrellas o el de
las hormigas.
Miraba las palabras al trasluz.
Veía desfilar sus oscuras progenies hasta el final del verbo.
Quería descubrir a Dios por transparencia.

Con esta boca, en este mundo

1994

Con esta boca, en este mundo



No te pronunciaré jamás, verbo sagrado,
aunque me tiña las encías de color azul,
aunque ponga debajo de mi lengua una pepita de oro,
aunque derrame sobre mi corazón un caldero de estrellas
y pase por mi frente la corriente secreta de los grandes ríos.

Tal vez hayas huido hacia el costado de la noche del alma,
ese al que no es posible llegar desde ninguna lámpara,
y no hay sombra que guíe mi vuelo en el umbral,
ni memoria que venga de otro cielo para encarnar en esta dura
nieve
donde sólo se inscribe el roce de la rama y el quejido del viento.

Y ni un solo temblor que haga sobresaltar las mudas piedras.
Hemos hablado demasiado del silencio,
lo hemos condecorado lo mismo que a un vigía en el arco final,
como si en él yaciera el esplendor después de la caída,
el triunfo del vocablo, con la lengua cortada.

¡Ah, no se trata de la canción, tampoco del sollozo!
He dicho ya lo amado y lo perdido,
trabé con cada sílaba los bienes y los males que más temí perder.
A lo largo del corredor suena, resuena la tenaz melodía,
retumban, se propagan como el trueno
unas pocas monedas caídas de visiones o arrebatadas a la oscu-
ridad.

Nuestro largo combate fue también un combate a muerte con la
muerte, poesía.
Hemos ganado. Hemos perdido,
porque ¿cómo nombrar con esta boca,
cómo nombrar en este mundo con esta sola boca en este mundo
con esta sola boca?

Señora tomando sopa

Detrás del vaho blanco está la orden, la invitación o el ruego,
cada uno encendiendo sus señales,
centelleando a lo lejos con las joyas de la tentación o el rayo del peligro.
Era una gran ventaja trocar un sorbo hirviente por un reino,
por una pluma azul, por la belleza, por una historia llena de luciérnagas.
Pero la niña terca no quiere traficar con su horrible alimento:
rechaza los sobornos del potaje apretando los dientes.
Desde el fondo del plato asciende en remolinos oscuros la condena:
se quedará sin fiesta, sin amor, sin abrigo,
y sola en lo más negro de algún bosque invernal donde aúllan los lobos
y donde no es posible encontrar la salida.

Ahora que no hay nadie,
pienso que las cucharas quizá se hicieron remos para llegar muy lejos.
Se llevaron a todos, tal vez, uno por uno,
hasta el último invierno, hasta la otra orilla.
Acaso estén reunidos viendo a la solitaria comensal del olvido,
la que traga este fuego,
esta sopa de arena, esta sopa de abrojos, esta sopa de hormigas,
nada más que por puro acatamiento,
para que cada sorbo la proteja con los rigores de la penitencia,
como si fuera tiempo todavía,
como si atrás del humo estuviera la orden, la invitación, el ruego.

La corona final

Si puedes ver detrás de los escombros,
de tantas raspaduras y tantas telarañas como cubren el hormiguero de otra vida,
si puedes todavía destrozarte otro poco el corazón,
aunque no haya esperanza ni destino,
aparta las cortinas, la ignorancia o el espesor del mundo, lo que sea,
y mira con tus ojos de ahora bien adentro, hasta el fondo del caos.
¿Qué color tienes tú a través de los días y los años de aquel a quien amaste?
¿Qué imagen tuya asciende con el alba y hace la noche del enamorado?
¿Qué ha quedado de ti en esa memoria donde giran los vientos?
Quizás entre las hojas oxidadas que fueron una vez el esplendor y el viaje,
un tapiz a lo largo de toda la aventura,
surjas confusamente, casi irreconocible a través de otros cuerpos,
como si aparecieras reclamando un lugar en algún paraíso ajeno y a deshora.
O tal vez ya ni estés, ni polvo ni humareda;
tal vez ese recinto donde siempre creíste reinar inalterable,
sin tiempo y tan lejana como incrustada en ámbar,
sea menos aún que un albergue de paso:
una desnuda cámara de espejos donde nunca hubo nadie,
nadie más que un yo impío cubriendo la distancia entre una sombra y el deseo.
Y acaso sea peor que haber pasado en vano,
porque tú que pudiste resistir a la escarcha y a la profanación,

permanecer de pie bajo la cuchillada de insufribles traiciones,
es posible que al fin hayas sido inmolada,
descuartizada en nombre de una historia perversa,
tus trozos arrojados a la hoguera, a los perros, al remolino de los basurales,
y tu novela rota y pisoteada oculta en un cajón.
Es algo que no puedes soportar.
Hace falta más muerte. No bastarían furias ni sollozos.
Prefieres suponer que fuiste relegada por amores terrenos,
por amores bastardos,
porque él te reservó para después de todos sus instantáneos cielos,
para después de nunca, más allá del final.

Estarás esperándolo hasta entonces con corona de reina
en el enmarañado fondo del jardín.

Con la misma piel

Fue muy largo esta vez el año de las víboras,
duro como la trama que aprisiona el adiós en la sustancia inmóvil.
Sus nudos me ciñeron al vacío,
a la viga que corre sobre las sorpresivas salas del infierno
y que me balancea a punto de arrojarme,
a punto de ceder.
Fue cruel la temporada de las víboras
–la más cruel del bestiario–,
su látigo enredado a mis tobillos sometiendo el lugar
y su turbio veneno destilando la furia y el reclamo por mi maldita boca,
contra todo perdón.
¿Y hasta dónde tapizarán con piedras tramposas mi camino?
¿Y hasta cuándo cancelarán la entrada de los más deslucidos paraísos?
Donde había un jardín crecieron como locas las gramillas.
No hubo vino feliz ni el sol volvió a salir desde mi puerta.
Mi mesa está rajada; mi silla no está en pie.
En mi cama hizo nido el alacrán y las sábanas son sudarios congelados.
He perdido pedazos de mi cuerpo, trozos irrecobrables.
Mi alma fue estrujada como un mísero trapo,
molida en el abrazo constrictor de las víboras que se muerden la cola alrededor de mi destino.
Porque no habrá relevo.
No habrá más rotación de sabandijas. Ningún cambio de piel.
Y desde cada cara vendrá Job a predicar su ejemplo,
erróneo, insuficiente, lamentable,
porque nunca, jamás, ninguna recompensa desandará la pérdida.

Tú, la más imposible

a Yola

Como garra de puma es esta pena,
como sangre que cae a sobresaltos de un adiós a otro adiós,
como arena de vidrio entre los dientes.
Es la cuota definitiva de la soledad, el saldo de la herencia.
Voy a mirar atrás la parte que me dejas.
Voy a partir en dos nuestras hogueras,
el palomar, los soles, las tormentas, las quintas y los médanos.
Quiero partir en dos lo indivisible.
Pero entonces se desmorona el mundo, se me desteje todo el universo.
Porque sólo eran míos y nada más que míos
los rincones del miedo y las lentas ortigas de la penitencia,
y apenas, ni siquiera.
Mío sólo es el luto.
Ahora soy yo sola para toda la pena.
Y la casa se va, la casa insomne
que se levanta y anda entre las ruinas se va yendo contigo.
El carruaje encantado, el carruaje de risas, el carruaje de fiesta,
se bambolea, oscila,
cruje bajo la luna con sus preciosos huesos:
se ha vestido esta vez de blanco carromato de la muerte.
Tú estás diciendo adiós desde lo alto;
saludas alejándote, como desde la pista de algún circo perverso.
Tu prueba fue rodar magistralmente por el tejado hasta la canaleta,
como en aquellas siestas, como en ésta.
¿Y si saltaras desde ayer hasta hoy,
si estuvieras cayendo todavía del árbol al estanque
y surgieras de pronto coronada de dueña del verdín para esta hora,

así como demora siglos en llegar la luz de las estrellas?
Vertiginoso y lento también fue tu esplendor
y así fue tu plumaje
–la tibia cabellera de la selva desplegada en la ola–.
Nadie tuvo en los ojos tanto fulgor de antorchas,
tantas chispas de luciérnagas ebrias en la noche cerrada,
ni en la boca una risa tan semejante a un vuelo en pleno mediodía.
Nadie tendrá después ese perfume de ámbar y canela,
ese vaho que asciende al levantar las piedras de nuestra propia tribu,
ese aliento de espuma que nos llega de remotísimas orillas.
Bajo las mismas alas
el viento susurró en nuestros oídos distintas melodías:
a ti te dictó el canto seductor de la dicha en un jardín cautivo
y bordaste tu casa para una larga fiesta, contra humaredas y tormentas,
porque tuyo era el hilo y tuya era la trama del tapiz.
Tu ciencia fue trocar en prodigio cada error
y convertir las culpas y las furias en un grano de sal,
la inconstancia en un soplo y los remordimientos en escombros.
Pintaste de colores brillantes los fracasos
y pudiste cubrir tus retiradas con huesos para perros y jirones dorados.
¡Ah tu alquimia secreta para lograr el filtro del olvido!
Conseguiste borrar las capitales de la oscuridad, los ríos del abismo.
Apenas si retenías un puñado de perlas ganadas al destino.
Tu museo cabía en la memoria de un pájaro feliz.
No sé si recordabas el chirrido de la roldana del aljibe
cuando el balde subía cargado de regalos en las celebraciones infantiles.
A veces vuelvo a oír ese mismo sonido destemplado
cuando el insomnio arroja su cubo de agua amarga sobre mi rostro frío.
Pienso si aún recordarás que fuimos ángeles, girasoles, Julietas y hechiceras.

Ahora ya eres reina. Tú llegaste primera.
y ahora soy apenas poco más que mendiga en el final de la carrera.
Tú ya lo sabes todo,
y hasta podrás mirar por dentro un hormiguero, así como querías,
y acaso sea el mundo,
el mismo mundo de las emboscadas donde algo jugó mal;
te atrapó a tientas alguna sombra informe, la sustancia innombrable,
y estampó a sangre y fuego en tu costado la mancha venenosa.
No pudiste cambiar el desenlace,
corregir el color de un cielo de amenazas,
volver atrás las últimas puntadas del prolijo tapiz.
Tú, la más imposible de los muertos.
Ahora vas en coche, vas en casa que rueda por el blanco arenal,
y ya no puedo hablarte a través del espejo, como siempre,
como cuando cambiábamos sonrisas y secretos sólo con las imágenes hermanas,
sólo con los reflejos.
Pero debo decirte que a tus plantas las abatió esa tarde una ráfaga helada
y tus pájaros sueltos aletean y chocan contra la oscuridad.
No, no estoy escondida en un armario
ni juego a que me parten de nuevo el corazón.
Estoy aquí para apagar las luces, para cerrar las puertas,
cuando vuelva por mí la casa en que te vas.

Mujer en su ventana

Ella está sumergida en su ventana
contemplando las brasas del anochecer, posible todavía.
Todo fue consumado en su destino, definitivamente inalterable desde ahora
como el mar en un cuadro,
y sin embargo el cielo continúa pasando con sus angelicales procesiones.
Ningún pato salvaje interrumpió su vuelo hacia el oeste;
allá lejos seguirán floreciendo los ciruelos, blancos, como si nada,
y alguien en cualquier parte levantará su casa
sobre el polvo y el humo de otra casa.
Inhóspito este mundo.
Áspero este lugar de nunca más.
Por una fisura del corazón sale un pájaro negro y es la noche
–¿o acaso será un dios que cae agonizando sobre el mundo?–,
pero nadie lo ha visto, nadie sabe,
ni el que se va creyendo que de los lazos rotos nacen preciosas alas,
los instantáneos nudos del azar, la inmortal aventura,
aunque cada pisada clausure con un sello todos los paraísos prometidos.
Ella oyó en cada paso la condena.
Y ahora ya no es más que una remota, inmóvil mujer en su ventana,
la simple arquitectura de la sombra asilada en su piel,
como si alguna vez una frontera, un muro, un silencio, un adiós,
hubieran sido el verdadero límite,
el abismo final entre una mujer y un hombre.

La mala suerte

Alguien marcó en mis manos,
tal vez hasta en la sombra de mis manos,
el signo avieso de los elegidos por los sicarios de la desventura.
Su tienda es mi morada.
Envuelta estoy en la sombría lona de unas alas que caen y que caen
llevando la distancia dondequiera que vaya,
sin acertar jamás con ningún paraíso a la medida de mis tentaciones,
con ningún episodio que se asemeje a mi aventura.
Nada. Antros donde no cabe ni siquiera el perfume de la perduración,
encierros atestados de mariposas negras, de cuervos y de anguilas,
agujeros por los que se evapora la luz del universo.
Faltan siempre peldaños para llegar y siempre sobran emboscadas y ausencias.
No, no es un guante de seda este destino.
No se adapta al relieve de mis huesos ni a la temperatura de mi piel,
y nada valen trampas ni exorcismos,
ni las maquinaciones del azar ni las jugadas del empeño.
No hay apuesta posible para mí.
Mi lugar está enfrente del sol que se desvía o de la isla que se aleja.
¿No huye acaso el piso con mis precarios bienes?
¿No se transforma en lobo cualquier puerta?
¿No vuelan en bandadas azules mis amigos y se trueca en carbón el oro que yo toco?
¿Qué más puedo esperar que estos prodigios?

Cuando arrojo mis redes no recojo más que vasijas rotas,
perros muertos, asombrosos desechos,
igual que el pobrecito pescador al comenzar la noche fantástica del cuento.
Pero no hay desenlace con aplausos y palmas para mí.
¿No era heroico perder? ¿No era intenso el peligro? ¿No era bella la arena?
Entre mi amado y yo siempre hubo una espada;
justo en medio de la pasión el filo helado, el fulgor venenoso
que anunciaba traiciones y alumbraba la herida en el final de la novela.
Arena, sólo arena, en el fondo de todos los ojos que me vieron.
¿Y ahora con qué lágrimas sazonaré mi sal,
con qué fuego de fiebres consteladas encenderé mi vino?
Si el bien perdido es lo ganado, mis posesiones son incalculables.
Pero cada posible desdicha es como un vértigo,
una provocación que la insaciable realidad acepta, más tarde o más temprano.
Más tarde o más temprano,
estoy aquí para que mi temor se cumpla.

Relato en un vitral

Se rompió de una vez el afiebrado vitral de tu recuerdo.
En menudos fragmentos cayó como el granizo rebelde nuestra
historia
desde un alto verano hasta la alcantarilla de los sueños.
Fue imposible rehacer ese relato, disputarlo a la arena,
lograr que coincidieran las miradas, los colores, los tiempos.
Nada volvió a su siempre, a su errante sopor.
El sol es un agujero en todas partes
y los más bellos años no son más que una irreconocible polvareda
donde una sombra impía dibujó el laberinto del error, del enga-
ño y del olvido.
Se perdió todo el oro junto con los pedazos del hechizo,
las brillantes escenas que un día encandilaron a las constelaciones
del amor,
a los protagonistas ejemplares del mito.
Rojo avasallador, rojo implacable,
el torrente insensato de tu sangre enmascara mi rostro,
lo transforma en eclipse, en nebulosa.
El púrpura violento muere tras el telón del granate enlutado:
mi cuerpo no soy yo; es un cuerpo sin nadie,
decapitado a ciegas por los tigres guardianes de las tentaciones
a cambio de otros cuerpos, vanos, siempre inconclusos, siempre
deshabitados,
en el altar del viento, de los cantos rodados, de las nubes.
Se avergüenza el azul, se desvanece, se borra con el cielo
justo donde trocaste la eternidad por una llamarada
y el éxtasis por hambre, por una endemoniada y acuciante jauría.
¿Y en nombre de qué ley nuestra casa es apenas un desván, una
jaula, un farol,

o esa blanca pared que se prolonga sola en la intemperie,
mientras fundas tus casas sobre raíces negras,
sobre falsas alianzas y ligaduras rotas?
La respuesta es de astillas.
No alcanza ni siquiera para fraguar mi asombro y tu ignorancia,
como no alcanza el verde sombrío, venenoso,
el mismo que fue jade y esmeralda en los follajes del mañana,
para resucitar ninguna primavera.
Apenas si algún rastro de lo que fue un fulgor violeta y es arena
me recuerda el adiós y aquel crepúsculo del alma ensimismada.
Lo demás es silencio y turbia confusión.
Nada más que residuos. Esplendores trizados.
Dichas y desvaríos, ceremonias y encuentros, fascinación y abrazos,
se deslizan en polvo de todos los colores
como en un arcoiris que anunciara el fin de la tempestad
y el fin del sortilegio.
Porque con esas crueles partículas radiantes se trazó el desenlace de la gran aventura.
No hubo más porvenir, ni viajero perdido, ni otra bella durmiente.
No hubo eterno retorno del tiempo enamorado,
salvo como castigo.

Pequeños visitantes

Sé que hay algún avaro lugar donde se guardan pedazos del paisaje,
escenas incompletas como cualquier escena de este mundo,
poblaciones y gentes aferradas a un solo atardecer,
a una sola tormenta.
Se dirían imágenes arrebatadas al pasar por un golpe de viento,
retazos del pasado recogidos como por un rastrillo para el último día,
quizás como testigos, quizás como una prueba destinada a la hoguera final.
Ese sitio imantado deja escapar a veces sus mezquinos tesoros,
quién sabe por qué grieta, por qué secreto acierto del azar,
y vienen hacia mí, que apenas reconozco esas apariciones
en las que ya no soy y los otros si están han perdido la sombra y el color.
Pero igual me persiguen con sus lerdos oleajes,
se obstinan, se desvelan, como si en mí estuviera la clave de su exilio,
la llamarada madre.
¿No busco así también la imagen escondida de la que intento ser la semejanza?
Y aunque a mí no me alcance la forma ni el fulgor para modelo,
debo enfrentarme aún una vez más con palabras roídas, con gestos recortados,
con espejos infieles de episodios casi desvanecidos
como quien se contempla en los retratos de algún álbum leproso, miserable.
¡Ah, porque no se trata de momentos guardados para la gran memoria!

¿Y a quién interrogar por esta ciega ronda de ratones?
¿Son tan sólo humaredas,
vanas emanaciones desprendidas de un gran fuego central?
¿O alguna proyección con que poblé, ignorante, los pálidos desiertos de la soledad?
¿Y si fueran, opacos, andrajosos, con su gris aterido,
los fieles anticipos de mi verdadera vida, más allá?

Espejo en lo alto

a Alberto Girri

No sé si habrás logrado componer tu escritura
con aquel minucioso tapiz de hojas errantes que organizaba huecos y relieves,
prolijos ideogramas en este desmantelado atardecer;
tampoco sé si alguna vez me hablaste en los últimos meses
con ese congelado tintineo del vidrio, con el rumor del mimbre,
o el apremiante latido del corazón a oscuras;
y quizás tu mirada fuera entonces esa mirada circular del ágata,
que se abre, que se expande, que se amplía de agua en aire
más allá de la piedra y el fulgor y más allá del mundo.
Imposible saber. No consigo abarcar lo que me sobrepasa y te contiene;
no puedo descifrar de pronto las señales que no fueron costumbre.
Porque ahora traspasaste del todo la zona de los delirios y las emanaciones,
donde la selva y las acechanzas de la selva se confunden,
y los días se tiñen con el color de lo que ya no es, de lo que no será,
y entre un cuerpo y su sombra vuelca el viento veinte siglos de historia
y en una y otra mano se multiplican las semillas de la incertidumbre
y a uno y otro pie se anudan las serpientes de la contradicción.
Porque tal es la prueba y tales las maquinaciones de la simuladora,
inabordable realidad.
No en vano deshojaste la envoltura del sueño y la vigilia,
palabra por palabra y ausencia por presencia,
hasta el último pétalo, hasta el temblor inmóvil del silencio.

¿No revisaste acaso, palpando, escarbando, horadando la trama del poema
el revés y el derecho del destino,
los nudos del error, el bordado ilusorio,
sin encontrar la pura transparencia que permita mirar al otro lado?
Tu fuerza fue habitar en el Reino del No la casa de los innumerables laberintos,
probando las entradas, rondando las salidas,
acechando visiones contagiosas, insectos y peligros y ratones.
Fue una casa oscilante, en continuo equilibrio,
justo en el borde de la inmensidad;
y allí viviste alerta, ensayando la ausencia, desasido de ti
–tu primera persona del singular cada vez más allá,
siempre más cerca de algún otro tú–,
siendo a la vez el cazador que descubre la presa y abandona el asedio
y el pájaro que intenta desterrar con las alas su recuerdo en el suelo.
Ya eres parte de todo en otro reino, el Reino de la Perduración y la Unidad,
estás en el eterno presente que huye, que se consume y que no cesa,
y podrás ser por fin el nombre y lo nombrado.
Pero yo sé que casi medio siglo de amistad, permanencia, emociones y amparo,
no me basta para encontrar que una pequeña huella,
una chispa en suspenso, un flotante perfume
son, en medio del anónimo coro universal, de la corriente del acontecer,
tu modo de dictarme lo más justo, lo más bello y lo más verdadero,
como antes, como siempre, con un gesto, con un talismán, con una lágrima.
Y si así fuera, ¿cómo responder?
A partir de mi boca, de mi congoja y mi ignorancia sólo puedo rogar:

"Señor:
Haz que tu hijo sea como el más incontaminado de todos tus espejos
y muéstrale las cosas así como él quería,
tales como son".

Con un costado vuelto hacia este mundo,
solamente un costado, expuesto día y noche a la depredación y a las mareas,
y el resto sumergido no sé dónde, a tientas y a temblor,
espero desde tu sombra en blanco una señal.
He oído el confuso parloteo de bocas invisibles en el bosque nocturno,
y hay alguien que me sigue paso a paso
y es puro resplandor y es sólo ráfaga cuando yo lo persigo;
a veces una lágrima cae sobre mi mano,
helada, desde nadie,
lo mismo que la llama del aliento que de repente corre por mi cara.
Pero ésas no son pruebas.
Ni siquiera evidencias de que los muertos vuelvan.
¿No son más bien los vínculos que fragua la nostalgia,
así como la oscuridad convoca siempre un campo de amapolas detrás de la pared
y cada luna llena busca por los canales los espejos trizados del amor?
¿Y ahora por qué vienen estas frases arrancadas de cuajo
y todos estos cielos desfondados y rotos?
Yo no te reclamaba emanaciones de las dichas perdidas,
fantasmas que se rehacen a partir de un perfume, a partir de un sollozo,
y que son los fantasmas de mi negación.
Pero desde el costado que se desprende y huye con su bolsa de huesos
hasta el otro, el oculto, el increíble,

el que acaso aletea contra la semejanza en medio de la mayor oscuridad,
yo te pido un milagro, tan leve,
tan fugaz como el humo que un sueño deposita debajo de la almohada.
No, yo no necesito un testimonio de tu exacta, entreabierta existencia,
sino una prueba apenas de la mía.
Ah, Señor, tu silencio me aturde igual que la corneta del cazador perdido entre las nubes.
¿O estará en el castigo, en el Jordán amargo que pasa por mi boca,
tu respuesta,
la voz con que me nombras?

Se levanta en la noche y anda

La aflicción mayor
es la del porvenir traicionado.
Gaston Bachelard

"Ojalá nos hubieran devorado los monos
bajo el ácido aliento de aquella callejuela del mercado,
en el amanecer húmedo y gris."
"Ojalá nos hubiéramos envenenado con aquellas almendras tan amargas,
mientras brillaba como nunca el sol."
"Ojalá te comieran el corazón los perros todavía,
bien lejos, amor mío,
los perros en la noche que te apartó de mí."
¿Quién maldice en voz baja?
¿Quién susurra como nodriza loca entre los aleteos de la oscuridad?
Es alguien que se levanta a tientas y empieza a caminar entre los muertos;
alguien que roza un trapo o que pisa una sombra con un escalofrío.
El lugar está lleno de trastos, de alimañas y de polvo insistente por todos los rincones.
No hay sitio ni para una moneda por aquí.
Pero ella vuelve del revés los días, revisa los agujeros de las noches
hasta el vacío del final.
Una vez más aún, una vez más busca entre vidrios rotos la llave del error,
entre cuentas vencidas la cifra del fracaso,
entre ataduras sueltas el nudo del adiós.

¡Ah memoria, memoria,
cuando apilabas sólo encantamientos de hoy para mañana y
después de mañana,
y tenías las manos fervorosas y los ojos de transparente miel!
Mamá, papá, no me miren ahora desde allá, desde entonces,
como si mi destino estuviera anunciado por la fulguración de
las estrellas,
como si fuera el ángel del futuro esplendor.
Sí, sí, todo estaba teñido con el color de los paraísos prometidos
y yo era como el sueño de la más absoluta, la más incorruptible
de las primaveras.
Julieta suspendida del canto del ruiseñor hasta el veneno,
cada encuentro en el filo del cuchillo y cada cielo en ascuas:
el imposible triunfo del amor que siempre se traiciona.
Mamá, papá, recogieron los dados.
No seré ni siquiera como el punto luminoso de Keops para el
amante,
ni mi ausencia será tiniebla sin remedio para nadie hasta el jui-
cio final.
Pero bórrate ya, espejo infamatorio, espejo usurpador,
¿acaso hay alguien más infeliz que yo en este inalterable, muti-
lado universo?
"Te pertenezco", dijo. "¿Tanto como los ojos que no ves,
como la voz que clama en el desierto?", dije.
"Tanto como tú misma. Tanto como el lugar del bien perdido.
Pero ésta es una historia para después del mundo", dijo.
¡Ah memoria, memoria,
tienes las manos frías y la mirada oscura de los que vuelven
desde nunca!
Llevemos, de todos modos, esas habitaciones abismales,
esos parques con lluvia y aquel muelle donde sólo es verano.
No dejemos caer las lámparas guardianas ni las cartas tan frá-
giles;
pongamos en esta misma sal los besos, los adioses, los retornos;
guardemos cada piedra, cada sol, cada lágrima.
Y así, paso por paso, año tras año, hemos forzado el tiempo

reavivando el pasado boca a boca con el vino vertiginoso del porvenir
hasta ver el presente posado aquí o allá como un pájaro ciego.
Fue un incesante y arduo traslado subterráneo.
Ahora estamos cerca del final, de cara contra un muro que no cede.
Han caído ciudades; han pasado dinastías de hormigas.
Todos estos escombros han sido removidos, triturados, confundidos,
sin ninguna piedad, sin ninguna esperanza.
¡Ah memoria, memoria,
nos hemos deslizado varias veces por los alrededores de la eternidad,
donde alguien nos estará esperando cualquier día "para después del mundo", como dijo!
Entonces ella se alza entre ráfagas frías y turbios remolinos
igual que las mendigas destempladas de los basurales,
y tropieza y escarba y maldice tu sombra todavía:
"Ojalá te comieran el corazón,
ya frío,
los perros en la noche que te alejó de mí."

En abril o en octubre

> Abril es el mes más cruel, engendra
> lilas de la tierra muerta, mezcla
> recuerdo y deseo, despierta
> con lluvia primaveral muertas raíces.
> T. S. Eliot

¿Que el más cruel de los meses es abril, es decir nuestro octubre?
¿Sólo porque da brillo a la esperanza y sopla sobre las cenicientas ascuas?
Quizás porque supones que todas las primaveras son perversas,
que humillan agonías y tratan de abatir de un golpe avieso,
de un verdor que despliega su abanico de plumas en un joven alarde,
desdeñoso, insolente,
la rama que no ha muerto,
esa que resistió debajo de la escarcha los castigos del viento,
los menudos puñales de la lluvia y la embestida de la fiera.
Yo, hija de hombre, ya sé desde el principio de mis noches
que toda carne es hierba, y se doblega y cae como paja,
pero si no despierta la hierba sofocada y se alza nuevamente como hierba,
y si el deseo sólo se prolonga en vanas humaredas fantasmales,
no es culpa de tu abril, sino de nuestro agosto que secó toda gloria,
carcomió sin piedad las cortezas del mundo
y sepultó hasta el reino más negro de las sombras las visiones doradas.
Sí, sí, reconozco ese olor de humedad subterránea, de jardín clausurado,
ese sabor de exilio en las arenas de la boca,

el tacto de la nada.
Pero yo, hija de hombre, igual te digo que cuando en un abril o en un octubre,
aunque sea lejano, ya casi como nunca,
abriste por una vez, por un instante, las puertas de tu irrecuperable paraíso
y te invadió la luz de aquella primavera,
aprendiste de una sola mirada la mirada del sol de cada día
que alza su altar también sobre las aguas muertas, sobre la dura tierra,
sobre la hierba seca.

En la brisa, un momento

a Valerio

Que pueda el camino subir hasta alcanzarte.
Que pueda el viento soplar siempre a tu espalda.
Que pueda el sol brillar cálidamente sobre tu rostro
y las lluvias caer con dulzura sobre tus campos,
y hasta que volvamos a encontrarnos
que Dios te sostenga en la palma de su mano.
(Oración irlandesa)

–¡Ya se fue! ¡Ya se fue! –se queja la torcaza.
Y el lamento se expande de hoja en hoja,
de temblor en temblor, de transparencia en transparencia,
hasta envolver en negra desolación el plumaje del mundo.
–¡Ya se fue! ¡Ya se fue! –como si yo no viera.
Y me pregunto ahora cómo hacer para mirar de nuevo una torcaza,
para volver a ver una bahía, una columna, el fuego, el humo de
la sopa,
sin que tus ojos me aseguren la consistencia de su aparición,
sin que tu mano me confirme la mía.
Será como mirar apenas los reflejos de un espejo ladrón,
imágenes saqueadas desde las maquinarias del abismo,
opacas, andrajosas, miserables.
¿Y qué será tu almohada, y qué será tu silla,
y qué serán tus ropas, y hasta mi lecho a solas, si me animo?
Posesiones de arena,
sólo silencio y llagas sobre la majestad de la distancia.
Ah, si pudiera encontrar en las paredes blancas de la hora más cruel
esa larga fisura por donde te fuiste,

ese tajo que atravesó el pasado y cortó el porvenir,
acaso nos veríamos más desnudos que nunca, como después de nunca,
como después del paraíso que perdimos,
y hasta quizás podríamos nombrarnos con los últimos nombres,
esos que solamente Dios conoce,
y descubrir los pliegues ignorados de nuestra propia historia
cubriendo las respuestas que callamos,
incrustadas tal vez como piedras preciosas en el fondo del alma.
Todo lo que ya es patrimonio de sombras o de nadie.
Pero acá sólo encuentro en mitad de mi pecho
esta desgarradura insoportable cuyos bordes se entreabren
y muestran arrasados todos los escenarios donde tú eres el rey
—un instantáneo calco del que fuiste, un relámpago apenas—
bajo la rotación del infinito derrumbe de los cielos.
Fuera de mí la nube dice "No", el viento dice "No", las ramas dicen "No",
y hasta la tierra entera que te alberga,
esa tierra dispersa que ahora es sólo una alrededor de ti,
se aleja cuando llamo.
¿Cómo saber entonces dónde estás en este desmedido, insaciable universo,
donde la historia se confunde y los tiempos se mezclan y los lugares se deslizan,
donde los ríos nacen y mueren las estrellas,
y las rosas que me miran en Paestum no son las que nos vieron
sino tal vez las que miró Virgilio?
¿Cómo acertar contigo,
si aun en medio del día instalabas a veces tu silencio nocturno,
inabordable como un dios, ensimismado como un árbol,
y tu delgado cuerpo ya te sustraía?
Aléjate, memoria de pared, memoria de cuchara,
memoria de zapato.
No me sirves, memoria, aunque simules este día.
No quiero que me asistas con mosaicos, ni con palacios, ni con catedrales.

Húndete, piedra de la Navicella, junto al cisne de Brujas,
bajo las noches susurradoras de Venecia.
Sopla, viento de Holanda, sobre los campos de temblorosas amapolas,
deshoja los recuerdos, barre los ecos y la lejanía.
No quiero que sea nunca para siempre ni siempre para nunca.
Juguemos a que estamos perdidos otra vez entre los laberintos de un jardín.
Encuéntrame, amor mío, en tu tiempo presente.
Mírame para hoy con tus ojos de miel, de chispas y de claro tabaco.
Sé que a veces de pronto me presencias desde todas partes.
Tal vez poses tu mano lentamente como esta lluvia sobre mi cabeza
o detengas tus pasos junto a mí en pálida visitación conteniendo el aliento.
He conseguido ver el resplandor con que te llevan cuando te persigo;
he aspirado también, señor de las plantaciones y las flores,
el aroma narcótico con que me abrazas desde un rincón vacío de la casa,
y he oído en el pan que cruje a solas el pequeño rumor con que me nombras,
tiernamente, en secreto, con tu nuevo lenguaje.
Lo aprenderé, por más que todo sea un desvarío de lugares hambrientos,
una forma inconclusa del deseo, una alucinación de la nostalgia.
Pero aun así, ¿qué muro es insoluble entre nosotros?
¡Hemos huido juntos tantos años entre las ciénagas y los tembladerales
delante de las fieras de tu mal
cubriendo la retirada con el sol, con la piel, con trozos de la fiesta,
con pedazos inmensos del esplendor que fuimos,
hasta que te atraparon!
Anudaron tu cuerpo, ya tan leve, al miedo y al azar,

y escarbó en tus tejidos la tiniebla monarca con uñas y con dientes,
mientras dábamos vueltas en la trampa, sin hallar la salida.
La encontraste hacia arriba, y lograste escapar a pura pérdida, de caída en caída.
Aún nos queda el amor:
esa doble moneda para poder pasar a uno y otro lado.
Haz que gire la piedra, que te traiga de nuevo la marea,
aunque sea un instante, nada más que un instante.
Ahora, cuando podrás mirar tan "fijamente el sol como la muerte",
no querrás apagarlo para mí ni querrás extraviarme detrás de los escombros,
por pequeña que sea mirada desde allá,
aun menos que una nuez, que una brizna de hierba, que unos granos de arena.
Y porque a veces me decías: "Tú hiciste que la luz fuera visible",
y otra vez descubrimos que la muerte se parece al amor
en que ambos multiplican cada hora y lugar por una misma ausencia,
yo te reclamo ahora en nombre de tu sol y de tu muerte una sola señal,
precisa, inconfundible, fulminante, como el golpe de gracia que parte en dos el muro
y descubre un jardín donde somos posibles todavía,
apenas un instante, nada más que un instante,
tú y yo juntos, debajo de aquel árbol,
copiados por la brisa de un momento cualquiera de la eternidad.

Para que vuelvas

Ahora vas al frente de las grandes heladas de julio.
Abres la marcha igual que un almirante, de cara contra el viento,
incrustado en la proa de tu barco fantasma,
tan solemne y pausado como el protagonista de la puntual fatalidad.
Avanzas sin mirarme, la bufanda de niebla hasta los ojos
y aquel capote azul de dar la vuelta al mundo
–ese que fue más lejos esta vez y sin embargo guardo conmigo todavía–
y detrás esa escolta de bultos harapientos, sumisos, desgarrados,
que flotan a la orden del azar o al golpe del asombro
y parecen los restos de un combate o el miserable saldo de un naufragio.
¿Y si fueran crespones?
¿Y si fuera mi luto siguiéndote de cerca, siempre despavorido?
Tal vez ni puedas verme, prisionero en la escarcha como estás,
–igual que esos tesoros, esas piedras preciosas,
esos inabordables herbarios de cristal que contemplábamos al alba–
y con los pies más fríos que cuando apisonabas la nieve entre las sábanas.
O es que soy invisible, por escasa, por densa, por efímera;
no te llego a los ojos, no trasciendo la sombra y me rechaza tu estatura.
Tú estás en todo tiempo, y yo casi en ninguno.
Habrás acariciado, como si fueras otro, al tímido niñito que a solas con su alma,
perdido entre las fieras y el rugido de la muchedumbre,
temblaba con tu frío junto al circo de los prodigios y los miedos;

y acaso aplaudirías con sonrisa piadosa al joven navegante
que trepa por el mástil y que agita en lo alto una triunfal bandera;
y hasta recorrerás, sin dichas que se mueran, todos los verdes prados del amor,
cuando la realidad no colmaba el deseo, pero la sed crecía, inextinguible,
porque tenía el rostro vacío de la ausencia.
¿Y no habrá un paraíso para mí? ¿No vendrás a contarme ningún cielo?
Aunque sea uno solo, uno solo de aquellos por los que yo te guiaba de la mano
narrándote una historia, creando para los dos un nuevo mito,
tal vez un nuevo refugio, un nuevo cielo,
a través de las faunas, las costumbres y las metamorfosis de las nubes.
¡Cuántas casas viajeras en las colinas blancas, en el acompasado atardecer!
Pero ahora te vas, te deslizas, te alejas sin volver la cabeza,
sin levantar un brazo y agitar una mano,
sin hacer la señal que atraviese las brumas y aletee en suspenso,
a la espera de un brazo y una mano que tracen a lo lejos un adiós semejante,
una respuesta igual que propicie un regreso,
porque tal era el pacto con la suerte
–el sí o el no librados a un ademán anónimo, ignorante, remiso, complaciente–,
entonces, hace mucho, hace nada,
al dejar esos puertos persistentes a los que ansiábamos volver.
Pero éste no es un puerto ni me dices adiós,
y aunque apenas te veo, engarzado en un trozo de otro mundo que ya desaparece,
que se funde en el hielo sin dejar ni una estría para poder entrar,
para poder salir,
yo levanto una mano y trazo contra el duro destino la señal.

Ahora brilla otra vez

Sube, sube, fulgor,
entreabriendo algo más la sustancia opresiva de noches sobre noches,
como si aprovecharas toda mi oscuridad para existir.
Quizá sea una brasa que enterré,
una gran quemadura sofocada por las separaciones y la lejanía,
y ahora será un nombre, una mirada, algún beso que vuelve,
que atraviesa como una incandescente cicatriz el espesor de mi destino.
Aunque tal vez se trate de un verano bruñido por las olas,
de un resplandor que llega de muy lejos con las exploraciones infantiles,
y arrojará debajo de mis pies la isla del tesoro,
los guijarros que lloran y aquel bosque donde las risas se persiguen:
el reino más perdido, más irrecuperable del planeta.
Podría ser también una lámpara insomne detrás de la ventana
donde mi madre trata de bordar la esperanza con una hebra que se desvanece
–hebra de miel, hebra de sangre desolada, hebra de nieve–,
porque ninguna dicha será nunca posible para mí.
Y acaso quién me dice que no sea la travesía fantasmal del último lucero,
el que bebió el adiós en nuestro vino
y arrojó contra el muro los cristales de la copa más alta:
el testigo que vuelve a reclamar en nombre del alba rota algún sollozo,
una herida entreabierta, la prueba irrefutable contra cualquier olvido.
¿Y por qué no ha de ser aquel farol que se balancea en un andén,

y hace señas a ciegas, remotísimo, a la salida de mi paraíso,
lugar imaginario, clausurado, como todo insensato paraíso,
pero en nombre de la profanación y la mentira?
¿Y por qué no esa mancha fulgurante que me miraba,
que se me aparecía tan puntual a la hora del sueño en las paredes
y era el reflejo de mis propios miedos?
¿O algún globo de azogue que condensó el misterio de cada
Navidad,
y a lo lejos titila para hoy
igual que las estrellas que aún me alumbran, pero ya se apagaron?
Ahora se diría que así fue la luz de las bujías, amor mío,
junto al lecho donde suben las sombras mientras te desvalijan
las mareas,
y te llevan desnudo, envuelto en las escarchas del invierno,
y trato de aferrarte y me devuelven sólo la desmesura y este frío.
¿Y si fuera una luz que viene del porvenir, no del pasado,
con mayor palidez, con menor lejanía,
a traer la promesa de una llama o el amparo de un fuego de
expiación?
Sube, sube, destello. Asciende hasta mis ojos:
déjame descifrarte como a un nombre, como a una chispa de
mi significado.
¿No eres acaso anuncio,
ni siquiera mensaje de alma en pena, ni memoria que abrasa?
Ahora gira al llegar, como si trasladara el universo.
Y es más que una evidencia, mucho más que una historia.
Porque todo este vértigo hacia mí, este asombro encendido,
es el alborotado fulgor de una naranja,
una ofrenda del mar que rueda por la playa y se aloja en mi
mano,
debajo de tu mano,
y que ahora regresa para testimoniar que fue un instante
—nada más que un instante, un centelleo, un delirio del sol so-
bre la tierra—
incrustado allá lejos en el oleaje del final.

Miradas que no ven

Adán miraba el mundo y no lo conocía,
ni Lázaro,
ni yo.

Adán abrió los ojos sin ninguna nostalgia, desasido
del sueño original, amparándose a ciegas en la imagen y en la semejanza,
y no entiende qué es, y ni siquiera sabe que está solo.
Su asombro es un jardín donde se precipita vertiginoso el universo;
su día como relámpago de tigres; su noche como delirio de su esquiva sombra.
Y no hay ningún deseo que le anuncie lo ajeno, la culpa y la caída.
Podrá probarse todas las caras de la dicha
en los cristales de las primeras olas, de las primeras lluvias,
bajo el cielo inmortal,
porque lo asiste Dios por todos los costados.
Ahora vuelve a mirar, asómate otra vez:
la manzana roída, el rastro zigzagueante del error en la tierra burlada,
todo tu eterno edén contaminado por los pantanos de la muerte,
mientras caes y caes por la espiral del tiempo,
acorralado dentro de tus propios rincones, sin hallar la salida,
sin encontrar siquiera la palabra que se asemeje al sol del bien perdido.
Y sólo la mujer para inculpar:
espuma y desvarío, la carne de tu carne el hueso de tus huesos.

Nadie más que te asista, nadie que te proteja de tu inhumano nacimiento.
Ya puedes escribir sobre tu especie tu nombre multiplicado por el polvo.
Has querido esconderte y es Dios quien se ha ocultado.

Lázaro regresaba de una región confusa de vientos y de nieblas
con la oscura memoria de un abismo debajo de los pies.
O estaba en un portal que daba ¿adónde?
cuando la voz lo arrebató hacia atrás como un huracán de fuego,
invirtiendo el oleaje hasta el blanco sepulcro, hasta el blanco vendaje,
hasta el claro de luna embalsamado que cubrirá su soledad en este páramo.
¿Acaso no será en adelante el extranjero, dos veces arrancado de raíz,
el que dejó de ver y entrevió y ya no sabe,
el que no puede ahora traducir un indecible idioma de fronteras?
¡Ah, volver a nacer es volver a morir también del otro lado!
Andará entre los vivos lo mismo que un fantasma, como un ala extraviada,
sin acertar siquiera si este remoto mundo es un reflejo del sospechado paraíso
o sólo un engañoso lugar para probar la medida del alma.
Todo cuanto contempla se volverá distancia, como detrás de un velo,
como detrás de nubes, de lluvias de ceniza.
Su cabeza era noche encandilada, era fisura y humo.
Y todos los manjares tenían el sabor de las agrias almendras de la muerte,
y hasta el sol era frío sobre la piel helada,
aunque ahora viniera de la mano de Dios.

Yo no inauguro el mundo ni vuelvo de un exilio debajo de la nieve,
pero no reconozco los lugares ni encuentro mi refugio exacto en cada día.

Rompieron la fantástica envoltura del tiempo; le vaciaron la
cara.
¿Quién tapió con pedruscos las ventanas?
¿Quién derramó estas sombras insaciables que roen las paredes?
Algo sacó de quicio los colores
y alejó cada brillo del alcance de mis pies y mis manos.
Mis ojos no recuerdan estos ojos que veo, ojos que son distantes
a través de las luces tan avaras y el fulgor de las lágrimas.
Los que amaba se fueron; quizás los que me amaban olvidaron
quién soy.
Palabras desgajadas, sacudidas, aventadas por ráfagas impías.
Labios que no acertarán jamás con otros labios.
No comprendo las voces que susurran ni las menudas risas que
aletean
a ras del suelo o del subsuelo, apenas,
ni este viento que gira y arrastra unos jirones de felpa ennegrecida,
papeles desgarrados, frases adulteradas, oros desvanecidos.
Y siempre, en todas partes, sigiloso, como a tientas o en sueños,
un llamado insistente se abre paso, un llamado confuso que me
asedia.
¿Dios estará tal vez pronunciando mi nombre contra el vidrio
final,
contra el silencio congelado?

¿Quién? ¿quién? ¿quién?

A solas,
en medio del vendaval del tiempo no estoy sola.
Van y vienen, errantes como nubes,
sumisos al capricho de la luz, a las oscilaciones entre la fe y la duda,
pero al final se imponen, lo mismo que una música o un destello lunar,
invadiendo mis ojos, mi nublada cabeza,
desde la extraña, oscura, vertiginosa rotación del tiempo.
¿Son recuerdos, o sombras, o visiones? ¿Espíritus, acaso?
Los siento agazapados, dispersos en el fondo de todos los rincones,
al acecho de algún momento en blanco, una pausa, un suspenso,
para rehacerse desde algún perfume, una ráfaga, el eco de unos pasos,
y ponerse a existir como la vez primera o la última vez,
mientras aumenta el frío en mis rodillas.
¿Quién? ¿quién? ¿quién?
Llegan como jirones desprendidos del sueño.
Pero los reconozco: no se han roto los inasibles vínculos.
Son mi abuela, mis padres, mis hermanos en su versión de gasas para el vuelo,
y el modo de caer a vida o muerte, como una inmolación,
hasta el centro engañoso de la llama,
que es mi propia manera de partir y volver a nacer.
Sé también quiénes son los que llegan ahora:
parecerían pájaros en duelo o humaredas que significan "nunca más",
papeles calcinados por embustes, por juramentos y traiciones,

un remolino negro en las tormentas del pasado.
Y tú ¿vienes por mí?
Tú, que desde tan cerca me rodeas con tu abrazo de seda,
huyes después tan rápido que apenas puedo ver el destello de un rastro,
el fulgor de tu piel bendiciendo mis lágrimas,
y sentir que me dejas otra vez tu aliento entre las manos
y este amor sin sosiego entreabriendo la herida en mi costado.
Ahora cierro los ojos y si vuelvo a mirar hay una mancha pálida.
Se balancea, rueda y es la casa, mi refugio de siempre frente al miedo.
Avanza entre las brumas como un barco fantasma,
con su carga de muertos y los viejos enigmas aún sin resolver,
y allí en algún rincón, yo, la sobreviviente,
soy en este destiempo la irreal aparecida,
al acecho de algún momento en blanco, una pausa, un suspenso,
para rehacerme desde algún perfume, una ráfaga, el eco de unos pasos,
y ponerme a existir como por vez primera.
Porque de aquel costado seré sombra también, o recuerdo o espíritu,
en busca de los asilos ya perdidos.
Pues tal como perduran en el cuerpo los dolores de las mutilaciones,
así vuelven las almas a reclamar por todos sus vacíos.

¡Tanto esplendor en este día!
¡Tanto esplendor inútil, vacío, traicionado!
¿Y quién te dijo acaso que vendrían por ti días dorados en años venideros?
Días que dicen sí, como luces que zumban, como lluvias sagradas.
¿Acaso bajó el ángel a prometerte un venturoso exilio?
Tal vez hasta pensaste que las aguas lavaban los guijarros
para que murmuraran tu nombre por las playas,
que a tu paso florecerían porque sí las retamas
y las frases ardientes velarían insomnes en tu honor.
Nada me trae el día.
No hay nada que me aguarde más allá del final de la alameda.
El tiempo se hizo muro y no puedo volver.
Aunque ahora supiera dónde perdí las llaves y confundí las puertas
o si fue solamente que me distrajo el vuelo de algún pájaro,
por un instante, apenas, y tal vez ni siquiera,
no puedo reclamar entre los muertos.
Todo lo que recuerda mi boca fue borrado de la memoria de otra boca;
se alojó en nuestro abrazo la ceniza, se nos precipitó la lejanía,
y soy como la sobreviviente pompeyana
separada por siglos del amante sepultado en la piedra.
Y de pronto este día que fulgura
como un negro telón partido por un tajo, desde ayer, desde nunca.
¡Tanto esplendor y tanto desamparo!
Sé que la luz delata los territorios de la sombra y vigila en suspenso,
y que la oscuridad exalta el fuego y se arrodilla en los rincones.

Pero ¿cuál de las dos labra el legítimo derecho de la trama?
Ah, no se trata de triunfo, de aceptación ni de sometimiento.
Yo me pregunto, entonces:
más tarde o más temprano, mirado desde arriba,
¿cuál es en el recuento final, el verdadero, intocable destino?
¿El que quise y no fue?, ¿el que no quise y fue?

Madre, madre,
vuelve a erigir la casa y bordemos la historia.
Vuelve a contar mi vida.

Últimos poemas

Cuento de invierno

Nadie me desmintió la primavera, ni el ardor de las ascuas, ni el oro de la fiesta.
Pero hace muchos años que habito en esta choza en el medio del bosque,
donde las ramas hablan sin motivo, los silencios son crueles
y en los sueños más bellos se cobijan los lobos.
Tal vez sea la casa de la bruja, o quizás la posada de las ánimas.
No lo sé; lo he olvidado
como se olvida uno las luces y las sombras de costumbre,
o acaso me confunda con el rincón para las penitencias o con el apeadero de los vientos.
Aquí los días tiemblan, tormentosos, porque les temen a las noches;
nunca se asoma el sol, siempre acosado por los largos colmillos del invierno,
y todo cuanto amé se disolvió en las nubes
o me fue arrebatado por unas alas pálidas que llegan y se van
y en cuyas duras plumas se guarece tal vez la eternidad.
¿Cómo llegué a esta cueva sin calor y sin misericordia?
No he dejado guijarros ni migajas de pan como señales de luz para el regreso.
¿Y hacia dónde volver, si todos los caminos me devuelven aquí,
como en los laberintos de los niños perdidos?
Aunque quizás no vuelva de nuevo a este lugar sólo porque algún vértigo me aspire
sino porque lo llevo adherido a mis pies, a mi propia condena.
Lo anticipó la niebla girando con mi paso en el jardín;
lo anunciaba el reflejo de esta casa todavía remota en el estanque;
lo confirma el chirrido de tu llave en la puerta del oxidado amanecer,
cuando ya te aproximas, cuando ya me olfateas, cuando llegas.

Sí, tú, la enemiga invisible con corazón de perro,
sombra de cuervo, rastro de serpiente;
la voraz que consume un poco cada día esta mano que asomo a
través de la jaula,
a través de mi cuento, hasta el otro final.

Conversación con el Ángel

Contigo en aquel tiempo yo andaba siempre absorta,
siempre a tientas, a punto de caerme, pero indemne y eterna,
tomada de tu mano.
Ya casi te veía, lo mismo que al destello de un farol en la niebla,
una señal de auxilio en la tormenta.
Sí, tú, mi sombra blanca, transparencia guardiana,
mi esfinge azul hecha con el insomnio y el íntimo temblor de cada instante,
igual que una respuesta que se adelanta siempre a la pregunta.
Sin duda en algún sitio aún estarán marcados tus dos pies delante de mis pasos
porque te interponías de pronto entre mi noche y el abismo.
Sospecho que convertías en refugios dorados mis peores pesadillas,
que apartabas las setas venenosas y las piedras sangrientas
y venciste acechanzas y castigos.
Tal vez hasta me contagiaras la sonrisa
y lloraras después un larguísimo tiempo con mis lágrimas, vestido con mi duelo.
Después, mucho después, en esos años en que creí perderte
en algún laberinto o en una encrucijada,
fue cuando me dejaste a solas, tan mortal, en el destierro.
Quizás te convocaron de lo alto para un duro relevo,
y acudiste como un vigía alerta sin mirar hacia atrás,
aunque a veces descubrí tu perfume de nube y de jazmín en una ráfaga
y hasta palpé la suavidad que deja la huida de una pluma debajo de la almohada.
Ahora, ya replegada toda lejanía con un golpe ritual,

como en un abanico que se cierra,
frente al fuego donde arde de una vez el lujoso inventario de todo lo imposible,
contemplamos los dos el muro que no cesa,
no aquel contra el que lloraríamos como estatuas de sal a la inocencia,
su mirada de huérfana perdida,
sino el otro, el incierto, el del principio y el final,
donde comienza tu oculto territorio impredecible,
donde tal vez se acabe tu pacto con el silencio y mi ceguera.

¿Eres tú quien llama?

Sin un solo fulgor que acompañe mi noche
–no hay nadie junto a mí; hace mil años que tu silencio es sombra–,
vuelvo a oír otra vez, como en esos insomnios de brujas y de lobos,
el oscuro, insistente llamado contra el vidrio.
Pero tampoco ahora, como entonces, cuando mi casa comunicaba con el cielo,
veo pájaro herido ni rama desvelada que reclamen abrigo.
"Sólo un golpe de lluvia o de puñado de arena contra los malos sueños,
o algún ánima errante en busca de perdón y de plegarias"
–dijo la voz del viento en mis recuerdos–.
¿Y si fuera esta vez el visitante siempre convocado, tan sólo con estar,
sin que haga falta un nombre, ni siquiera una lágrima?
(He llorado ya tanto, de cara contra el muro,
que mi alma fue barrida por la sal, lo mismo que Cartago.)
Ahora tiembla el aire, se convulsiona, se condensa en gasas,
me presencia, me mira.
Hay alguien transparente que retorna desde un leve depósito de niebla
o quizás del reflejo de mis propios ojos.
¿Acaso no encontramos lo perdido oculto en los confusos inventarios del mundo,
aun en los relatos de las nubes y en los tatuajes de las piedras,
sin haberlo buscado?
Así te vi pasar como un relámpago por ansiosas paredes,
y fuiste alguna vez el resplandor de un ángel borroso en mi costado

y la ráfaga tibia y perfumada que me abrazó en la noche más hostil del invierno.
Creo que eras entonces y eres también ahora.
Y aunque basten los juegos de una llama o los desplazamientos de una pluma en la brisa
para que reaparezca de pronto alguna ausencia,
puede ser que las almas anden en ese fuego, en esa brisa,
a la espera de la nostálgica mirada que las devuelva por un instante al mundo,
nada más que un instante,
un parpadeo apenas en la vigilia de la eternidad.
Tal vez aquel remoto llamado contra el vidrio, entre asedios de brujas y de lobos,
allá lejos, entonces, cuando el destino era un tapiz en blanco,
fuera un eco anterior,
el anuncio de que vendrías hoy, después del tiempo,
a golpear con tus manos de siempre, con tus manos de nunca en mi ventana.

Allá lejos, ¿para qué?

(Para José Antonio, con un cálido, tierno recuerdo)

La chair est triste, hélas! et j'ai lu tous les livres.
Fuir! là-bas fuir!
Stéphane Mallarmé

Ni mi carne fue triste ni tampoco leí todos los libros.
Sé que es triste la carne que interroga tan sólo por ausencia,
porque toda respuesta de otro cuerpo la sume en el error y el desencuentro
y la devuelve oscura, vacía, desolada, a su playa desierta.
Pero cuando dos cuerpos elegidos para el amor se buscan y se encuentran,
cada cuerpo es entonces una respuesta exacta para cada pregunta del deseo
y la carne vertiginosa asciende por el revés de la caída
y es delirio de fuego y alabanza, un aluvión de soles,
hasta precipitarse en el suspenso donde se vuelan juntas las dos almas
y hay un solo aleteo enamorado contra las puertas de la eternidad.
No, ninguna tristeza, sino la bendición de un prodigioso encuentro
que nos lleva más lejos que todas las victorias sobre los límites del mundo.
Y tampoco leí todos los libros,
pero abrí muchos libros como puertas que daban a circulares laberintos de puertas.
¿No cambia cada página el eco de otras páginas y lo envía más lejos
y es el mismo y es otro cuando vuelve?

Eso es lo que hace el mar con cada ola, el viento con el olvido
y los recuerdos.
¡Asombrosa tarea la de este desmesurado, ilegible universo!
Nunca sentí el hastío del jardín atrapado en su estación sombría,
ni el del ciego papel que me interroga en vano.
No pasó por mi casa la costumbre con su alevosa ráfaga congelando los años
ni me arrojó a la cara su enrarecido aliento de animal enjaulado.
Solamente el milagro, amargo, deslumbrante o tormentoso,
–no la hierba oxidada–, creció bajo mis pies.
¿De quién huir? ¿y adónde? ¿y para qué?
Dondequiera que vaya soy yo misma pegada a mi aventura,
a mi ansioso destino tan ajeno a quedarme o a partir con mi bolsa de fábulas
y el impreciso mapa de lo desconocido.
Allá lejos estoy tan cerca de las revelaciones y las dichas
como aquí, como ahora,
donde no logro descifrar jamás el confuso alfabeto de este mundo.

Himno de alabanza

¿Y por qué no he de cantar también yo un himno de alabanza,
aunque casi todos los que amé sean ahora igual que la hojarasca
que se arremolina alrededor del viento
y no puedan jactarse ni siquiera de poder arrojar su propia sombra?
Por todo lo perdido, ¿acaso contrariaste mi voluntad de dicha
o volví del revés los pasos que me habías señalado?
Si celebré con llanto mis bodas con la noche, ¿fue por seguir mi vocación de abismo
o porque me cubriste con sábanas de tinieblas cada día?
Para nadie la culpa ni para mí el castigo.
Fue solamente porque cayó una estrella
o porque se precipitaron bajo la luna errónea las mareas.
Es la misma señal, el mismo asombro con que sigo cayendo en la espesura,
aquí, desde tu mano.
¿Y no he de cantar por eso un himno de alabanza?
Te agradezco estos ojos que se agrandan para ver tu escritura secreta en cada piedra;
esta boca con el sabor de "siempre", "tal vez" y "nunca más";
las manos y la piel donde arrojan su aliento los emisarios de territorios invisibles;
el perfume de la estación que pasa, su ráfaga hechicera ceñida a mi garganta,
y el reclamo insistente del sonido que atruena con el cuerno para las cacerías.
¡Ah sentidos, mis guardianes insomnes,
refugios instantáneos en un mundo improbable y sin fondo,
como yo!

Desde lo más profundo de mi estupor y mi deslumbramiento
yo te celebro,
cuerpo, suntuoso comensal en esta mesa de dones fugitivos,
a ti, protagonista de paso en cada historia del amor que no muere,
intermediario heroico en todas las batallas de la tierra y el cielo,
tú, mi costado de inevitable realidad,
delator de intemperies y fronteras, siempre bajo un puñal,
entre el relámpago de la tentación y el tajo de la herida.
A pesar de tu corazón irascible, yo te bendigo, mar, bestia obstinada;
en tu acechanza y en tu letanía pasa el relato del diluvio y mi risa infantil,
junto con ese cielo con que sueñas en cada una de tus olas,
en cada balanceo, como yo en el vaivén de mi respiración.
Guárdame en tu memoria como a un guijarro más,
como a un hueso perdido y a estos nombres escritos en la arena,
para velar contigo hasta el último día en el insomnio de la inmensidad.
Gracias te doy, hormiga, modelo de mis viajes en las exploraciones imposibles,
y a la torcaza por la incesante queja que acompañó mis lágrimas y duelos;
agradezco a la hierba la tierna protección para mis pies furtivos
y a ti, brizna en el viento, por todo el imprevisible porvenir;
bendita seas, sombra generosa, sumisa a tanto error y a tantas sombras,
y también tú, mi silla, guardiana infatigable frente a la espera y a la lejanía.
Yo te celebro, ráfaga, lluvia, enredadera,
murmullo enamorado del silencio que habita entre las piedras.
¿O no puedo cantar, amor, la noche de tu ausencia y el filo de tu espada?
¿Quién no lleva en la punta de su arpón una ballena blanca?

Algunas anotaciones alrededor del miedo

¿Qué puerta es esa que se entreabre y chirría en la noche
como si graznara el cuervo del último tejado?
Yo no he llamado a nadie. Yo no he pedido entrar en otro encierro.
Y ningún visitante puede venir aquí para envolverme como ráfaga
dulce,
como una boa de aterciopeladas y calientes plumas.
Recuerdo, déjenme recordar
(tengo que asirme de algo hasta que se atavíe de color lo invisible),
entre la incertidumbre y el pavor recuerdo cualquier día,
cuando el mundo empezaba frente a mis pies menudos como un
festival de soles
invitándome a entrar,
y yo, con los bolsillos repletos de cristales, de cosechas sagradas
y amuletos,
rechazaba de pronto los esplendores y los descubrimientos,
mis pasos paralizados un instante y en seguida llevándome hacia
atrás,
lejos de aquellas puertas transparentes
a las que se asomaban sólo los espantajos y el estrangulador.
Tal vez no hubiera nadie.
Que se contagie ahora la noche y no haya nadie.
Que me asista el espejo sin crueldad,
que las sagradas imágenes bajen y me asistan,
y la respiración de todos los que duermen acompañe mi solitaria
sombra.
Pero sólo el rumor de una maldad sin rostro me responde.
Imposible aferrarse de las alas del tiempo:
su vuelo soy yo misma.
Porque gira y avanza irrevocable la rueda más veloz de la memoria

sobre rieles que corren como un escalofrío, como un tajo fulminante y sin fin,
arrastrando su carga, el repertorio de las transformaciones.
No serpientes, ni asaltantes, ni crímenes.
Detrás de las más cándidas imágenes llega mi propio infierno.
Vuelvo a un amanecer sobre las aguas quietas en un muelle lejano, por ejemplo,
y hay una mancha roja que aparece de pronto en la pared
y después ya no está sino negras fisuras
por donde me arrebatan la bella inconsistente y siempre amenazada realidad
y es una telaraña esa que me presencia sentenciosa y fatal
lo mismo que la noche cuando me aprisiona con su desmesura desde todos lados
y me asfixia su vaho de otro mundo arrojado a la cara
mientras intento huir reteniendo mis huesos tan ajenos dentro de mi piel
con ese extrañamiento de quien perdió el dominio de su ya inadaptable anatomía
pero debo seguir suspendida del hilo
aferrada de un último color
con tal de no caer sólo alma desnuda y desvarío
sobre la boca abierta del abismo
aquí donde voy cayendo
y caigo y caigo
hacia ninguna parte.
Padre, padre, siento que todos me han abandonado
o tal vez sea yo quien abandona todo.
Aunque quizás aún esta puerta que se abre y chirría en la noche me retiene
y quizás estos ojos no copiarán jamás la verdadera forma de las oscuridades que me acosan.
¡Ah, los abusos del miedo probándome los trajes de la muerte!
¿Y por qué no ha de ser extraordinario este feroz descenso,
esta vertiginosa bocanada que me envuelve y me arrastra
y al final me reduce a temblor y a silencio?

¿Acaso vale más ver una catedral en una gota de agua
o mirar cómo pasa flotando en una nube la Ciudad de los Césares?

Balance de la sombra

Muchas veces, en los desvanes de la noche,
cuando la soledad se llena de ratones que vuelan o escarban bajo el piso
para roer, tal vez, los pocos nudos que me atan a este asilo,
busco a tientas la tabla donde asirme o el lazo que todavía me retenga.
Entonces te adelantas, aunque no sé quién eres,
sombra fugaz y sombra de mí misma, mi sombra ensimismada,
sí, tú, la más cercana pero la más extraña,
y siento que aun con tu inasible custodia me confirmas un lugar en el mundo.
Pero ¿quién eres tú?, ¿quién eres?
Quizás seas apenas como un jirón de niebla
que copia dócilmente cada pacto de mi sustancia con el tiempo,
como cree la luz;
o acaso estés aquí sólo para testimoniar con tu insistente opacidad la culpa y la caída.
Compañía fatal o delatora,
yo sé que agazapada en un rincón cualquiera de los sueños
permites que la muerte se pruebe mi propio cuerpo cuando duermo.
Y no ignoro tampoco que llegas desde el fondo de un abismo con alas de ladrona
y escondes en tu vuelo soles negros,
humaredas de infiernos nunca vistos y recuerdos que zumban como enjambres.
Tu cosecha de ayer; tu amenaza y promesa para hoy y mañana.
Sospecho que también me has contagiado paredones roídos,
templos rotos, fisuras dolorosas y escondrijos que dan al otro lado.

Pero también multiplicaste a ciegas las visiones del amor que
no muere,
nos vestiste con noche encandilada, con fugitivos resplandores,
y hasta te vi saliendo de ti misma
y te vi propagarnos como a un eco, como a un temblor de luces
hacia la eternidad,
al paso de las aguas.
Sombra perversa y sombra protectora,
mi doble de dos caras.
Nunca tuve otra hija más que tú,
y has hecho lo imposible por parecerte a mí, en mi versión con-
fusa,
aunque siempre aparezcas embozada en anónima y ajena, pere-
grina envoltura.
Yo te confieso ahora, mientras estoy aquí,
mientras aún me anuncias o me sigues, no sé si como emisaria
o como espía,
que quienquiera que seas no querría perderte entre otras sombras.
No me dejes entonces nunca a solas con mi desconocida:
no me dejes conmigo.

Lo que fue; lo que no ha sido

Hay en lo más secreto de ti, sin que a veces lo sepas,
un desván en tinieblas donde sólo se cruzan las lluvias y los vientos,
donde un vaho letárgico empaña los espejos de los días
y duermen en los rincones los ropajes de lo nunca alcanzado y lo perdido.
Pero no es un lugar donde puedas entrar
como si te asomaras a un refugio de arena que un soplo desmorona,
porque no es un depósito violado por las rapiñas del olvido,
ni un sueño de la muerte,
sino sólo el letargo de la llaga y del hambre agazapados.
A veces hasta un soplo,
precisamente un soplo que vuelve con un rumor, con un perfume,
o que anuncia el desvelo de la hierba en un jardín remoto,
y de repente se sobresalta el tiempo, se despereza el mundo,
y todo ese sopor desaparece como un vaho arrasado por una llamarada.
En cada imagen que guardó el deseo,
entre los cielos siempre inabordables y aquellos asombrosos paraísos cumplidos,
se multiplica en un instante el sol, se estremece la luz,
se astillan en tus ojos los colores.
Insoportables los destellos del oro, insufrible la sed de la distancia,
escasa la medida de tus pasos detrás del horizonte fugitivo.
No llegarás jamás.
No hay lugar para tu alma dentro de los secretos rincones que te habitan.
No alcanzará tu mano lo que fue;
tal vez tampoco lo que nunca ha sido.

Pero ¿acaso no son esas moradas imposibles tus verdaderas propiedades,
ganadas palmo a palmo para los territorios de los eternos bienes?
¿No son como la inmóvil, inalterable cara de una misma moneda
que lleva en reverso el precio que pagaste:
la confusa, la incierta, la cambiante, la sorpresiva cifra del presente?

Un relámpago, apenas

Frente al espejo, yo, la inevitable:
nada que agradecer en los últimos años,
nada, ni siquiera la paz con las señales de los renunciamientos,
con su color inmóvil.
Esta piel no registra tampoco el esplendor del paso de los ángeles,
sino sólo aridez, o apenas la escritura desolada del tiempo.
Esta boca no canta.
Ancha boca sellada por el último beso, por el último adiós,
es una larga estría en un mármol de invierno.
Pero ninguna marca delata los abismos
–ah intolerables vértigos, pesadillas como un túnel sin fin–
bajo el sedoso engaño de la frente que apenas si dibuja unas alas en vuelo.
¿Y qué pretenden ver estos ojos que indagan la distancia
hasta donde comienza la región de las brumas,
ciudades congeladas, catedrales de sal y el oro viejo del sol decapitado?
Estos ojos que vienen de muy lejos saben ver más allá,
hasta donde se quiebran las últimas astillas del reflejo.
Entonces apareces, envuelto por el vaho de la más lejanísima frontera,
y te buscas en mí que casi ya no estoy, o apenas si soy yo,
entera todavía,
y los dos resurgimos como desde un Jordán guardado en la memoria.
Los mismos otra vez, otra vez en cualquier lugar del mundo,
a pesar de la noche acumulada en todos los rincones, los sollozos y el viento.
Pero no; ya no estamos. Fue un temblor, un relámpago, un suspiro,
el tiempo del milagro y la caída.

Se destempló el azogue, se agitaron las aguas y te arrastró el oleaje
más allá de la última frontera, hasta detrás del vidrio.
Imposible pasar.
Aquí, frente al espejo, yo, la inevitable:
una imagen en sombras y toda la soledad multiplicada.

Había una vez

Si llamara a esa puerta ya nadie me abriría.
No se puede pasar con una constelación de estrellas negras zumbando alrededor
y este fardo de penas insolubles aferrado a mi espalda.
La consigna fue siempre murmurar cada nombre,
cuando el nombre tenía el color de la inocencia, el eco del cristal,
un temblor de amapolas debajo del rocío.
Eso era en el comienzo de este mundo, en mi edad más temprana,
en los atardeceres encantados que tejías, abuela, en tu telar de asombros
con hebras arrancadas de la urdimbre del cielo, con palabras cargadas de poder
como los talismanes de las sabias leyendas.
Laboratorio inmenso la cocina con sus cobres en llamas,
las marmitas oscuras donde hervían las brujas y el burlado demonio,
mientras en la caldera pataleaban los monstruos
y en el horno jadeaban agonizando vampiros y ratones.
Entraban con el humo castillos embrujados, escaleras sin fin y puertas clausuradas,
y en las más altas torres padecían cautivas las princesas,
víctimas de mentiras, intrigas y traiciones.
¿Cómo reconocer al caballero amado en el mendigo errante, el sapo o el lagarto?
¡Ah!, pero bastaba un beso inexplicable entre los laberintos del jardín
para que se quebrara el maleficio como un huevo de víboras
y apareciera el rostro triunfante del amor, ese que nunca muere.

Abuela, dulce abuela portentosa,
lograbas contraer el universo hasta la dimensión de tu asamblea,
convocabas ciudades, desfilaban los bosques y los mares, se alteraban los tiempos,
un dios omnipotente cabía en una nuez y una hormiga tapaba el horizonte.
Recuerdo que la sombra de un gallo fantasmal se proyectaba en todas las paredes.
Tú oficiabas la suerte.
Tú repartías premios, indultos y castigos.
Perdonabas a la bestia inocente, a los diablos incautos, al huracán salvaje,
y te pido perdón por los bienes perdidos, por los pasos no dados, por el ocio,
por la fe inquebrantable y traicionada.

Abuela, sé que estarás allá, contando historias,
tal vez en una nube semejante al refugio hechizado que tuvimos.
Yo no te pido entrar en este día.
Te invoco para entonces, para cuando recorra la real eternidad
en busca de un espacio de luz a la medida de un sueño perdurable.
Déjame entrar entonces en tus atardeceres fulgurantes junto al fuego sagrado.
Podrás reconocerme por mi color de invierno neblinoso;
tengo las mismas manos ahuecadas para guardar el vaho de los mejores años
y los húmedos ojos siempre nuevos para cada milagro.

En el fondo, el sol

¿Y hay que llegar al fondo de la taza para ver el destino?
Aquí hay una ráfaga de estrellas, dos pájaros en vuelo, una sortija rota,
y algo que se asemeja a una sombra, de pie, junto a una lámpara.
Todo diseminado sobre un desierto blanco, un desierto de nieve, indescifrable.
Tal vez sean tan sólo fragmentos ilegibles de días ya vividos,
porciones de una historia desgarrada por los dientes despiadados del tiempo.

Pero desde temprano yo vi mi porvenir en una nube,
o en aquella burbuja de cristal
donde había una casa vagabunda, con sus luces de fiesta y de leyenda,
y un jardín encantado que llevaba de pronto hasta muy lejos
–siempre, en el fondo de todo hay un jardín–,
hasta la puerta oculta para salir a los peligros y a la desconocida inmensidad,
para volver a entrar, medrosa o deslumbrada, a mi tibio refugio,
a mi aterciopelado paraíso.
¡Cómo brillaba entonces aquel sol!

Pocos años después descubrí mi sentencia
inscrita en el oscuro reverso de una piedra que rodó con el viento
desde el final hasta el principio de todo mi camino.
Y esa fue mi condena, mi mandato de fuego:

encontrar la secreta escritura de Dios dispersa en las imágenes del mundo,
debajo de la hierba, en el fulgor del rayo, en la memoria de la lluvia.
Tentativa imposible la de enhebrar los signos,
el cifrado alfabeto que comienza en el Verbo y termina en mis huesos.
¡El sol ardía siempre sobre cada vocablo!

A lo largo del tiempo leí más de una vez el fondo de mi suerte
–el cielo y el infierno confundidos–,
lo leí en unos ojos de chispas y de sombras,
ojos para mirarse como en un largo insomnio de las profundas aguas
–¡ah, pero lo que veía en esas aguas no es lo mismo que vi a través de las lágrimas!–.
Yo me veía en ellas como la más intensa y eterna primavera,
aunque siempre aspirada por los remolinos, por el vértigo al borde del abismo.
Hasta que sobre mí se condensó la noche,
se cerraron las aguas.
¡Y hasta entonces el sol enceguecía como nunca!

Ahora estoy a solas, mi sombra desvelada frente al muro,
contemplando la última señal que trazó en todas partes mi destino:
una larga fisura que corre como un río, como una zanja negra, como un tajo.
Aunque tal vez no sea una frontera,
un límite infranqueable entre mi ayer visible y mi mañana ciego,
sino sólo la marca de la unión entre la breve tierra y el reino prometido.
¿Y el sol?, ¿ya nunca el sol?

Si miras otra vez el fondo de la taza no verás nunca el sol del
otro lado,
desde aquí no verás nunca nada,
no verás más allá sino un desierto blanco.

VUELVE CUANDO LA LLUVIA

Hermanas de aire y frío, hermanas mías:
¿cuál es esa canción que se prolonga por las ramas y rueda contra el vidrio?
¿Cuál es esa canción que yo he perdido y que gira en el viento
y vuelve todavía?
Era lejos, muy lejos,
en las primeras albas de un jardín custodiado por ángeles y ortigas,
paraíso sin sombra y sin olvido.
Cantábamos para siempre la canción.
Cantábamos nuestra alianza hasta después del mundo.
Era hace mucho tiempo, hermana de silencios y de luna.
Era en tu adolescencia y en mi niñez más tierna,
cuando apenas te habías asomado a las sinuosas aguas del amor,
que te apresaron pronto,
y aún te vestías contra nuestro candor con el muestrario de las apariciones:
la novia fantasmal, el alma en pena o la mendiga loca;
pero al día siguiente eras la paz y el roce de la hierba.
Cuando te fuiste, faltó el cristal azul en la canción.
Era hace mucho tiempo, hermana de aventuras y de sol.
Yo era la más pequeña y seguía tus pasos por sitios encantados
donde había tesoros escondidos en tres granos de sal,
un ojo de cerradura enmohecida para mirar el porvenir más bello
y un espejo enterrado en el que estaba escrita la palabra del supremo poder.
Tú inventabas los juegos, las tentaciones, las desobediencias.
Fueron tantos los años compartidos en fiestas y en adioses
que se trizó en pedazos la canción cuando tu mano abandonó la mía.

Hermanas de ráfaga y temblor, hermanas mías,
las escucho cantar desde las espesuras de mi noche desierta.
Sé que vuelven ahora para contradecir mi soledad,
para cumplir el pacto que firmó nuestra sangre hasta después del mundo,
hasta que completemos de nuevo la canción.

Ensayos

Anotaciones para una autobiografía

Con sol en Piscis y ascendente en Acuario, y un horóscopo de estratega en derrota y enamorada trágica, nací en Toay (La Pampa), y salí sollozando al encuentro de temibles cuadraturas y ansiadas conjunciones que aún ignoraba. Toay es un lugar de médanos andariegos, de cardos errantes, de mendigas con collares de abalorios, de profetas viajeros y casas que desatan sus amarras y se dejan llevar, a la deriva, por el viento alucinado. Al atardecer, cualquier piedra, cualquier pequeño hueso, toma en las planicies un relieve insensato. Las estaciones son excesivas, y las sequías y las heladas también. Cuando llueve, la arena envuelve las gotas con una avidez de pordiosera y las sepulta sin exponerlas a ninguna curiosidad, a ninguna intemperie. Los arqueólogos encontrarán allí las huellas de esas viejas tormentas y un cementerio de pájaros que abandoné. Cualquier radiografía mía testimonia aún ahora esos depósitos irremediables y profundos.

Cuando chica era enana y era ciega en la oscuridad. Ansiaba ser sonámbula con cofia de puntillas, pero mi voluntad fue débil, como está señalado en la primera falange de mi pulgar, y desistí después de algunas caídas sin fondo. Desde muy pequeña me acosaron las gitanas, los emisarios de otros mundos que dejaban mensajes cifrados debajo de mi almohada, el basilisco, las fiebres persistentes y los ladrones de niños, que a veces llegaban sin haberse ido.

Fui creciendo despacio, con gran prolijidad, casi con esmero, y alcancé las fantásticas dimensiones que actualmente me impiden salir de mi propia jaula. Me alimenté con triángulos rectángulos, bebí estoicamente el aceite hirviendo de las invasiones inglesas, devoré animales mitológicos y me bañé varias

veces en el mismo río. Esta última obstinación me lanzó a una fe sin fronteras. En cualquier momento en que la contemple ahora, esta fe flota, como un luminoso precipitado en suspensión, en todos los vasos comunicantes con que brindo por ti, por nosotros y por ellos que son la trinidad de cualquier persona, inclusive de la primera en singular.

En cuanto hablo de mí, se insinúa entre los cortinajes interiores un yo que no me gusta: es algo que se asemeja a un fruto leñoso, del tamaño y la contextura de una nuez. Trato de atraerlo hacia afuera por todos los medios, aun aspirándolo desde el porvenir. Y en cuanto mi yo se asoma, le aplico un golpe seco y preciso para evitar crecimientos invasores, pero también inútiles mutilaciones. Entonces ya puedo ser otra. Ya puedo repetir la operación. Este sencillo juego me ha impedido ramificarme en el orgullo y también en la humildad. Lo cultivé en Bahía Blanca junto a un mar discreto y encerrado, hasta los dieciséis años, y seguí ejerciéndolo en Buenos Aires, hasta la actualidad, sin llegar jamás a la verdadera maestría, junto con otras inclinaciones menos laboriosas: la invisibilidad, el desdoblamiento, la traslación por ondas magnéticas y la lectura veloz del pensamiento.

Mis poderes son escasos. No he logrado trizar un cristal con la mirada, pero tampoco he conseguido la santidad, ni siquiera a ras del suelo. Mi solidaridad se manifiesta sobre todo en el contagio: padezco de paredes agrietadas, de árbol abatido, de perro muerto, de procesión de antorchas y hasta de flor que crece en el patíbulo. Pero mi peste pertinaz es la palabra. Me punza, me retuerce, me inflama, me desangra, me aniquila. Es inútil que intente fijarla como a un insecto aleteante en el papel. ¡Ay, el papel! "blanca mujer que lee en el pensamiento" sin acertar jamás. ¡Ah la vocación obstinada, tenaz, obsesiva como el espejo, que siempre dice "fin"! Cinco libros impresos y dos por revelar, junto con una pieza de teatro que no llega a ser tal, testimonian mi derrota.

En cuanto a mi vida, espero prolongarla trescientos cuarenta y nueve años, con fervor de artífice, hasta llegar a ser la manera de saludar de mi tío abuelo o un atardecer rosado sobre el Himalaya,

insomnes, definitivos. Hasta el momento sólo he conseguido asir por una pluma el tiempo fugitivo y fijar su sombra de madrastra perversa sobre las puertas cerradas de una supuesta y anónima eternidad.

No tengo descendientes. Mi historia está en mis manos y en las manos con que otros las tatuaron. Mi heredad son algunas posesiones subterráneas que desembocan en las nubes. Circulo por ellas en berlina con algún abuelo enmascarado entre manadas de caballos blancos y paisajes giratorios como biombos. Algunas veces un tren atraviesa mi cuarto y debo levantarme a deshoras para dejarlo pasar. En la última ventanilla está mi madre y me arroja un ramito de nomeolvides.

¿Qué más puedo decir? Creo en Dios, en el amor, en la amistad. Me aterran las esponjas que absorben el sol, el misterioso páncreas y el insecto perverso.

Mis amigos me temen porque creen que adivino el porvenir. A veces me visitan gentes que no conozco y que me reconocen de otra vida anterior. ¿Qué más puedo decir? ¿Que soy rica, rica con la riqueza del carbón dispuesto a arder?

ALREDEDOR DE LA CREACIÓN POÉTICA[1]

Para Andrea, con un pájaro blanco
para su hombro izquierdo y un puñado
de luciérnagas contra cualquier oscuridad,
con todo cariño.

La poesía puede presentarse al lector bajo la apariencia de muchas encarnaciones diferentes, combinadas, antagónicas, simultáneas o totalmente aisladas, de acuerdo con la voz que convoca sus apariciones. Puede ser, por ejemplo, una dama oprimida por la armadura de rígidos preceptos, una bailarina de caja de música que repite su giro gracioso y restringido, una pitonisa que recibe el dictado del oráculo y descifra las señales del porvenir, una reina de las nieves con su regazo colmado de cristales casi algebraicos, una criatura alucinada con la cabeza sumergida en una nube de insectos zumbadores, una anciana que riega las plantas de un reducido jardín, una heroína que canta en medio de la hoguera, un pájaro que huye, una boca cerrada. Las imágenes creadas por sus resonancias se fijan, se superponen, se suceden. ¿Cuál será la figura verdadera en este inagotable calidoscopio? Todas y cada una. La más libre, la más trascendente sin retóricas, la no convencional, la que está entretejida con la sustancia misma de la vida llevada hasta sus últimas consecuencias. Es decir, la que no hace nacer fantasmas sonoros o conceptuales para encerrarlos en las palabras, sino

[1] Este ensayo –reproducido aquí a partir del original– fue publicado por primera vez en el número 14 de *Revista de Poesía Último Reino* (1985) y leído por la autora en el acto de presentación de dicho número. Una parte significativa del mismo, con algunas variaciones, pertenece al discurso que Olga Orozco pronunció al recibir el Gran Premio del Fondo Nacional de las Artes en 1980.

que hace estallar aun los fantasmas que las palabras encierran en sí mismas.

Pero estas conclusiones enuncian características y no significados de la poesía. Y es casi fatal que así sea, porque la poesía en su esencia, en su representación total, así como el universo, como esa esfera de la que hablaban Giordano Bruno y Pascal, cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna, es inaprensible. No se la puede abarcar en ninguna definición. Cualquiera sea el centro cambiante desde el que se la considere –pepita de fuego, lugar de intersección de fuerzas desconocidas o prisma de cristal para la composición y descomposición de la luz–, su ámbito se traslada cuando se lo pretende cercar y el número de alcances que genera continuamente excede siempre el círculo de los posibles significados que se le atribuyen. Intentar reducirlos a una fórmula equivale a suspender el vuelo de una oropéndola, a paralizar a un ángel, a domesticar a un dios natural y salvaje y a someterlos a injertos, a operaciones artificiosas y a disecciones hasta lograr cadáveres amorfos. Porque la poesía es un organismo vivo, rebelde, en permanente revolución, y aun la definición más feliz, la que parece aislar en una síntesis radiante sus resonancias espirituales y su mágica encarnación en la palabra, no deja de ser un relámpago en lo absoluto, un parpadeo, una imagen insuficiente y precaria. La poesía es siempre *eso* y algo más, mucho más.

Tenemos que conformarnos con aludir a ella a través de los medios de que el poeta se vale para alcanzarla, confundiendo así de alguna manera el camino con el objetivo. Unos y otros poetas se han referido y se refieren a la poesía desde el propósito que ha sustentado su acto creador, porque, aunque las consecuencias de éste sean insospechadas, sus procesos están, deliberadamente o no, marcados por la intención de quien los suscita. Es decir, la actitud inicial del poeta tiñe con un sentido último a su poesía, a esa faz particular de la poesía. Quiéralo o no, cada uno funda su arte poética, aun remitiéndose a la negación de toda regla, y le impone sus leyes: las de la libertad absoluta, las del rigor extremo, las del abandono y la brusca vigilancia. Bajo estas directivas que rigen un material en ebullición, una arquitectura

pétrea o una sustancia cristalina, el acto creador se convierte, en uno y otro caso, en arco tendido hacia el conocimiento, en ejercicio de transfiguración de lo inmediato, en intento de fusión insólita entre dos realidades contrarias, en búsquedas de encadenamientos musicales o de símbolos casi matemáticos, en exploración de lo invisible a través del desarreglo de todos los sentidos, en juego verbal librado a las variaciones del azar, en meditación sobre momentos y emociones altamente significativos, en trama de correspondencias y analogías, en ordenamiento de fuerzas misteriosas sometidas a la razón, en dominio de correlaciones íntimas entre el lenguaje y el universo. Los enunciados podrían continuar indefinidamente. Sobre ellos planean, entre otras y por no ir más lejos, las sombras de Rimbaud, de Verlaine, de Mallarmé, de Apollinaire, de Eliot, de Bretón, de Eluard, de Reverdy. Entre todas configuran un mosaico hecho de fragmentos complementarios, de tonos francamente opuestos, de zonas que se superponen o se rechazan. Ampliando esta visión con los colores de otras épocas y otros territorios, aparece un panorama general aún más contradictorio, pero ilustrado en sus armonías y en sus disonancias por experiencias prestigiosas, por ejemplos que no se pueden descalificar aun cuando frente a algunos de ellos nuestro punto de partida se encuentre en la otra orilla.

Recorrer la trayectoria de la poesía desde la formulación del encantamiento y su consecuente palabra de poder hasta la época actual es un camino en doble espiral, tan largo como la génesis del lenguaje y tan tortuoso como la historia del hombre.

Pero condensando todos los ismos, que unen y separan como los verdaderos istmos, reuniendo en un solo cuerpo las palabras que nacen, crecen, mueren y renacen, es posible afirmar que más allá de cualquier discrepancia de acción y de fe la poesía se alza a través de los siglos como un acto de fe, como una crítica de la vida, un cuestionamiento de la realidad, una respuesta frente a la carencia del hombre en el mundo, una tentativa por aunar las fuerzas que se oponen en este universo regido por la distancia y por el tiempo, un intento supremo de verdad y rescate en la perduración.

Ignoro cuál sería el porvenir de la poesía en un mundo regido por una técnica impensable o por una imposible perfección. Silencio, canto de alabanza, escalofriante mecánica que se genera a sí misma, tal vez, y digo tal vez porque no puedo dejar de creer que la poesía no sea una infinita probabilidad. Más aún, porque no puedo pensar en un mundo perfecto, sin muerte, sin restricciones, sin ignorancias ontológicas, sin barreras entre el tú y el yo, un universo de revelaciones y unidad que haga innecesaria la búsqueda de significados, la ronda de esos signos en rotación en permanente disponibilidad, de los que habla Octavio Paz, y a través de los cuales reagrupamos en núcleos magnéticos los trozos dispersos de nuestra realidad visible e invisible.

Mientras tanto, aquí y ahora, los poetas siguen conviviendo con las palabras. Las nutren, las mastican, las aplastan, las pulverizan; combaten por saber quién sirve a quién, o pactan con ellas, o tienen una relación semejante a la de los amantes. El poeta elige su expresión. Elige la palabra como un elemento de conversión simbólica de este universo imperfecto. La idea de que el nombre y la esencia se corresponden, de que el nombre no sólo designa sino que es el ser mismo y que contiene dentro de sí la fuerza del ser, es el punto de partida de la creación del mundo y de la creación poética. Ambas emanan del verbo que confiere la existencia.

Separado de la divinidad, aislado en una fracción limitada de la unidad primera o desgarrado en su propio encierro, el individuo siente permanentemente la dolorosa contradicción de su parte de absoluto, que lo arrebata, y de sus múltiples, efervescentes particularidades, que le permiten vivir. Quiere ser otro y todos sin dejar de ser él, no invadiendo sino compartiendo. Ese sentimiento de separación y ese anhelo de unidad sólo culminan y se convierten en fusión total, simultánea y corpórea, en la experiencia religiosa, en el acto de amor y en la creación poética. El "yo" del poeta es un sujeto plural en el momento de la creación, es un "yo" metafísico, no una personalidad. Esta transposición se produce exactamente en el momento de la inminencia creadora. Es el momento en que la palabra ignorada y compar-

tida, la palabra reveladora de una total participación, la palabra que condensa la luz de la evidencia y que yace sepultada en el fondo de cada uno como una pregunta que conduce a todas las respuestas, comienza a enunciarse con balbuceos y silencios que pueden corresponder a todos y a cada uno de los nombres que encierran los fragmentos de la realidad total. Su resonancia se manifiesta en una sorpresiva paralización de todos los sistemas particulares y generales de la vida. El poeta, con toda la carga de lo conocido y lo desconocido, se siente de pronto convocado hacia un afuera cuyas puertas se abren hacia adentro. Una tensión extrema se acaba de apoderar de la trama del mundo, próxima a romperse ante la inminencia de la aparición de algo que bulle, crece, fermenta, aspira a encarnarse, en medio de la mayor luz o de la mayor tiniebla. El ser entero ha cesado de ser lo que era para convertirse en una interrogación total, en una expectativa de cacería en la que se ignora cuál es el cazador y cuál es el animal al que se apunta. Algo está condensándose, algo está a punto de aparecer. Algo *debe* aparecer o el universo entero será aspirado en una imprevisible dirección o estallará con un estrépito ensordecedor en otros millares de fragmentos.

El poeta traspone entonces las pétreas murallas que lo encierran y sale a enfrentarse con los centinelas de la noche.

Va a acceder al mundo del mito, va a repetir el acto creador en el limitado plano de la acción de su verbo, va a enfrentarse con su revelación. No importa que ese momento ejemplar –eterno en la eternidad como el molde del mito– tenga de este lado la duración exacta de un momento del mundo, ni que la palabra que ha usado como un arma de conocimiento y un instrumento de exploración ofrezca después el aspecto de un escudo roto o se convierta en un humilde puñado de polvo.

Ha penetrado, de todas maneras, o ha creído penetrar, en la noche de la caída, la ha detenido con su movimiento de ascenso y ha revertido el tiempo y el espacio en que ocurría. El pasado y el porvenir se funden ahora en un presente ilimitado donde las escenas más antiguas pueden estar ocurriendo, al igual que las escenas de la profecía. Es un tiempo abierto en todas direcciones.

El vacío que precede al nacimiento se confunde con el vacío adjudicado a la muerte, y ambos se colman de indicios, de vestigios, de señales.

"¿Qué memoria es ésa que sólo recuerda hacia atrás?", dice la Reina Blanca de *Alicia en el país de las maravillas*, y entonces es posible responderle que la memoria es una actualidad de mil caras, que cada cara recubre la memoria de otras mil caras, y que si el pasado ha estampado sus huellas infantiles en los muros agrietados del porvenir, también el futuro ha dejado su marca fantasmal sobre el pretérito.

Tampoco la distancia que nació con la separación existe ya. La sustancia es una sola, sin fisuras, sin interrupciones. Es posible ser todos los otros, una mata de hierba, una tormenta encerrada en un cajón, la mirada de alguien que murió hace dos mil quinientos años.

Se está frente a una perspectiva abierta y circular, pero aún en los umbrales del exilio. Es un viaje largo y solitario el que se debe emprender en las tinieblas. El que se interna amparado por la lucidez, como por el resplandor de una lámpara, no ejercita sus ojos y no ve más allá de cuanto abarca el reducido haz luminoso que posee y transporta. El que avanza a ciegas no alcanza a definir las formas conocidas que se ocultan tras los enmascaramientos de las sombras, ni logra perseguir el rastro de lo fugitivo. No hay conciencia total ni abandono total. No hay hielo insomne ni hervor alucinado. Hay grandes llamaradas salpicadas de cristales perfectos y grandes cristalizaciones que brillan como el fuego. Hay que tratar de asirlas. Hay que encender y apagar la lámpara de acuerdo con los accidentes del camino.

Los senderos son engañosos y a veces no conducen a ninguna parte, o se interrumpen bruscamente, o se abren en forma de abanico, o devuelven al punto de partida. Hay muros que simulan espejismos, imágenes prometedoras que se alejan, ejércitos de perseguidores y de monstruos, apariencias emboscadas, objetos desconocidos e indescifrables que brillan con luz propia, terrenos que se deslizan vertiginosamente bajo los pies. Se viven confusiones desconcertantes entre la pesadilla y la vigilia, lo fa-

miliar resulta impenetrable y sospechoso y lo insólito adquiere la forma tranquilizadora de lo cotidiano. Se tiene la sensación de haber contraído una peste que puede producir cualquier transformación, aun la más inimaginable, y hay una fiebre que no cesa y que parece alimentarse de la duración.

El poeta cree adquirir poderes casi mágicos. Intenta explorar en las zonas prohibidas, en los deseos inexpresados, en las inmensas canteras del sueño. Procura destruir las armaduras del olvido, detener el viento y las mareas, vivir otras vidas, crecer entre los muertos. Trata de cambiar las perspectivas, de presenciar la soledad, de reducir las potencias que terminan por reducirlo al silencio.

A lo largo de todo este trayecto, la palabra –única arma con que cuenta para actuar– se ha abandonado a las fuerzas imponderables o ha asumido todo el poder de que dispone para transmutarse en el objeto de su búsqueda: Por medio del lenguaje, emanación de la palabra secreta, el poeta ha tratado de trascender su situación actual, de remontar la noche de la caída hasta alcanzar un estado semejante a aquel del que gozaba cuando era uno con la divinidad, o de continuar hacia abajo para cambiar lo creado, anexándole otros cielos y otras tierras, con sus flores y sus faunas. El hecho es el mismo: es la repetición del acto creador por el poder del verbo. Por el poder del verbo, el poeta se ha entregado a toda suerte de encadenamientos verbales que anulan el espacio, a ritmos de contracción y expansión que anulan el tiempo, para coincidir con el soplo y el sentido de la palabra justa: del *sea* o del *hágase*. Pero el poder del lenguaje es restringido por todo el precario sistema de la condición humana. La palabra secreta, capaz de crear un mundo o de devolver éste a sus orígenes, no se manifiesta a través de ninguna aproximación. El poeta ha enfrentado lo absoluto con innumerables expresiones posibles, solamente posibles, con signos y con símbolos que no son la cosa misma y que suscitan también imágenes analógicas posibles, solamente posibles. Entre ese inabordable absoluto y este reiterado posible se manifiesta la existencia del poema: lo más próximo de esa palabra absoluta.

El poema: un instrumento inútil, una proyección del acto creador que fue descubrimiento, un pálido mapa del territorio de fuego que se atravesó.

Para el poeta todo ha terminado, por ahora. Al lector le corresponde entonces instalarse frente al poema que interroga y responde, en su condición de objeto y de sujeto, y rehacer a través de ese mapa su propio territorio de fuego, retomar el camino de su revelación. Cada intérprete encontrará en cada vocablo su propio alcance, no por ambiguo, sino por encerrar una infinita posibilidad.

En conclusión y en resumen, a través de toda la trayectoria de esta extraña aventura, se hace evidente que la poesía es una tentativa perversa y malsana.

Es perversa porque el poeta se obstina en asir una presencia que se le escabulle, en retener un agua milagrosa que no toma la forma de ningún cuenco, en traducir un texto cuya clave cambia de código permanentemente. Es perversa porque es una tentativa tenaz, desesperada y desesperanzada, que se vuelve a recomenzar después de cada frustración. Ya que eso es cada poema si lo comparamos con esa inmersión en lo absoluto que es su lugar de origen: un objeto inacabado, apenas un reflejo elusivo en un azogue avaro, apenas una opaca cartografía de un viaje deslumbrante, apenas la aproximación a un centro que siempre se sustrae. Como en el mito de Sísifo con su invencible piedra, o como en aquella condena que Gómez de la Serna imaginaba para Lautréamont, cuyo blasfemo canto III Dios rompía, implacable, sin haberlo leído, enviándolo a escribirlo de nuevo cada día, el poeta debe recomenzar otra vez su interrumpido e interminable poema, su precario puente entre lo perdurable y lo momentáneo. Es un curioso acto de fe el de esta afirmación que lleva implícita gran parte de negación, el de este misterio de amor que nos lleva a ligarnos incondicionalmente a lo que nos ha vencido, por más que, como bien lo expresó Jean Paulhan, el poema sea también como un soplo de aire puro que nos llega después de haber estado a punto de perder el aliento, o como un poco de salvación en el fondo de la pérdida, o como el alivio de haber salvado el lenguaje después de haberlo expuesto al mayor de los peligros.

Dije que la poesía es una tentativa perversa y agregué que es una tentativa malsana. Y lo es, porque, como hemos visto, el poeta se expone a todas las temperaturas, desde la del hielo hasta la de la calcinación; soporta tensiones opuestas, desde la exaltación hasta el aniquilamiento; camina sobre tembladerales; se sumerge en profundidades contaminadas por todas las pestes del silencio y la palabra; transgrede las leyes de la gravedad y del equilibrio; pasa del vértigo hacia arriba a la caída en el espacio sin fin; encarna con perplejidad en cuerpos ajenos; padece asfixias y amenazas de desintegración, mientras permanece unido al seguro lugar de su diaria existencia sólo por un hilo que adquiere por momentos la fragilidad de lo imaginario.

¿Y para qué? ¿Para qué sirve este oráculo ciego, este guía inválido, este inocente temerario que se inclina a cortar la flor azul en el borde de los precipicios? Reduciendo al máximo su misión en este mundo, prescindiendo de su fatalidad personal y de sus propios fines, y limitando su destino al papel de intermediario que desempeña frente a los demás, aun sin proponérselo y por antisocial que parezca, diremos que ayuda a las grandes catarsis, a mirar juntos el fondo de la noche, a vislumbrar la unidad en un mundo fragmentado por la separación y el aislamiento, a denunciar apariencias y artificios, a saber que no estamos solos en nuestros extrañamientos e intemperies, a descubrir el tú a través del yo y el nosotros a través del ellos, a entrever otras realidades subyacentes en el aquí y en el ahora, a azuzarnos para que no nos durmamos sobre el costado más cómodo, a celebrar las dádivas del mundo y a extremar significaciones, ¿por qué no?, cuando la exageración abarca la verdad.

Jorge Luis Borges en su *Historia de la eternidad*[1]

Soy de un país áspero, desmemoriado, indiferente y extendido, en el que las llanuras desnudan cada piedra, la señalan, la acusan, delatan al viajero solitario, y los crepúsculos son insoportables porque se prolongan hasta la extenuación amenazando con una eternidad sin sueño. Tal vez por lo primero Borges se nos antoja siempre desmesurado en su intemperie (como a los héroes, como a los espíritus de la visitación, nunca lo hemos visto de tamaño natural); y quizá por lo segundo el mismo Borges transgrede a cada rato el tiempo lineal para franquear la eternidad, esa "fatigada esperanza".

Es alguien que a fuerza de negar el destino comúnmente anecdótico de cualquier hombre –aunque datos no faltan– parece lograr que lo invada una sustancia neblinosa, un laborioso aire de vaguedad, pero tan imponente que logra perdurar con mayor fuerza que una cara tajante o un conjunto de contornos recortados, definidos. Nos quedamos mirando a ese Jorge Luis Borges de una hora precisa de cualquier día fijo como si igual que su obra estuviera hecho de infinitas superposiciones de tiempos y distancias. Sombras de pudor, de ironía, de perplejidad, de duda, de sabiduría, de humor, de inocencia, de placidez, de emoción contenida, agitan esa superficie de imágenes, "ese caos de apariencias", ese "simulacro en que la naturaleza lo ha encarcelado", como dice él mismo.

Ese hombre alto, esa especie de vacilante rapsoda casi ciego, para quien la estatura parece constituir una evidencia fastidiosa

[1] Ponencia leída en el Palazzo Vecchio de Florencia, durante el Congreso Mundial de Poetas celebrado en esa ciudad, en julio de 1986.

y cada movimiento una indecisa espera del azar, ha sido comparado con un barco en zozobra, con alguien a punto de naufragar en el mundo físico.

Y así es. Porque si bien la llamada realidad inmediata –la única que se nos ofrece sin buscarla– es prolija, organizada, aparentemente accesible y bastante fija, bien mirada es dudosa, colmada de duplicidades, de subterfugios, de enmascaramientos, de rupturas. Borges dice que hemos soñado el mundo como algo resistente, visible, ubicuo en el espacio y firme en el tiempo, pero que hemos consentido en su arquitectura tenues y eternos intersticios de sinrazón para saber que es falso. "La sustancia más firme de la felicidad de los hombres es una lámina interpuesta sobre ese abismo y que mantiene nuestro mundo ilusorio. No se requiere un terremoto para romperla. Basta apoyar el pie", agrega en *Otras inquisiciones.* ¿Hemos consentido tales blancos, tales fisuras, tal abismo ininterrumpido? ¿Y ante quién? ¿Y desde qué realidad o irrealidad comenzamos a soñar o continuamos soñando? ¿Y esa débil lámina de la que habla encubre también dificultosamente la precariedad del universo, la limitación del yo, la inconsistencia del tiempo?

Y bien, allí está su obra como una refutación de toda esa engañosa intolerable realidad, como un alerta contra sus tergiversaciones, como una protesta contra sus regateos y también como una ampliación de sus alcances, aunque no se proponga crear un orbe paralelo. Es otro suelo infatigable, vertiginosamente significativo, el que nos ofrece. Un suelo de escritura donde podemos tratar de descubrir las verdaderas reglas del trazado del mundo, ordenar los mosaicos de las posibilidades en diferentes combinaciones, apostar a una u otra conjetura, multiplicar lo improbable y deslizarnos por todos los espejismos de la razón de manera ascendente y descendente, lateral, simultánea.

Sobre ese tablero vibrante y móvil, que gira y se desliza, se producen sorprendentes proliferaciones, permutas y anulaciones de la personalidad; sí, la personalidad, "esa superstición occidental", acota desdeñosamente el creador. El yo, la nada y el otro son intercambiables. A veces como si las dos caras de una

moneda traspasaran el filo de la oposición y se fusionaran hasta identificarse, hasta suplantarse: así la víctima y el victimario, el traidor y el traicionado, los rivales encarnizados, los antagonistas irreconciliables. Incluso llega a decir, en el prólogo de su *Obra Poética*, confirmando este juego de imprevisibles inversiones: "Nuestras nadas poco difieren; es trivial y fortuita la circunstancia de que seas tú el lector de estos ejercicios, y yo su redactor", lo cual, a semejanza de otros equivalentes postulados que nos descolocan, nos produce la vertiginosa sensación de ser usurpadores, de ser erróneos, de ser ficticios. Otras veces, como en "La forma de la espada", cuando asegura: "Lo que hace un hombre es como si lo hicieran todos los hombres... Yo soy los otros, cualquier hombre es todos los hombres", amplía el margen de opciones llevándonos a participar en una unidad metafísica o a caer, alternadamente, en el vacío total, como en "El inmortal", cuando hace hablar a Homero: "Nadie es alguien, un solo hombre inmortal es todos los hombres. Como Cornelio Agrippa, soy dios, soy héroe, soy filósofo, soy demonio y soy mundo, lo cual es una fatigosa manera de decir que no soy... Yo he sido Homero; en breve seré nadie, como Ulises; en breve seré todos: estaré muerto". Oscilación, suspenso y caída que no presuponen una fe, que aniquilan la individualidad en el anonimato y la borran definitivamente.

Tampoco el tiempo es aceptado como una entidad consistente, lineal, continua, con una dirección precisa en su fluir, sino que se interrumpe, admite intercalaciones de eternidad, cambios en el orden, inversiones, recorridos cíclicos y circulares, combinaciones del pasado, el presente y el porvenir, numerosas hipótesis acerca de su comportamiento y su perduración. El pretérito es tan dúctil, tan modificable como el futuro. "El porvenir es inevitable, preciso, pero puede no acontecer. Dios acecha en los intervalos", asegura en *Otras inquisiciones*. (¿Cuál dios? ¿Ese que es una creación de la literatura fantástica y que él desearía que lo fuera de la literatura realista, aunque tampoco cree en ésta porque la "realidad no es verbal"?) Continuando, si bien "no hay hecho, por humilde que sea, que no implique la

historia universal", se trata de destruir la duración corriente y la concatenación de causa a efecto. En *Historia de la eternidad* nos explica que una oscuridad, "no la más ardua ni la menos hermosa, es la que nos impide precisar la dirección del tiempo. Que fluye del pasado hacia el porvenir es la creencia común, pero no es más ilógica la contraria... Ambas son igualmente verosímiles e igualmente inverificables". Pero sobre todo existe el propósito de destruir la idea de tiempo, ya sea recurriendo a la repetición de lo cotidiano hasta anularlo en la prolongación de una sola jornada que se hace eterna, o a la forma de concentrar años en un minuto o dilatar un momento en varios años, o valiéndose de la identidad de sensaciones experimentadas por uno o varios protagonistas en distintos momentos, tal como sucede en "Refutación del tiempo", "El milagro secreto" y "Sentirse en muerte", respectivamente. Claro que el autor sabe que estos juegos intelectuales son impotentes para anular el tiempo y por lo tanto la muerte. Sus mismas declaraciones invalidan muchas de sus teorías más osadas, devolviéndoles su valor de pretextos para el pensamiento, de especulaciones mentales: "Negar la sucesión temporal, negar el yo, negar el universo astronómico, son desesperaciones aparentes y consuelos secretos. Nuestro destino no es espantoso por irreal; es espantoso porque es irreversible y de hierro. El tiempo es la sustancia de que estoy hecho... El mundo, desgraciadamente, es real; yo, desgraciadamente, soy Borges". ("Nueva refutación del tiempo"). Después de este reconocimiento llega al coherente pero patético enunciado con que abre las puertas de la duración en *Otras inquisiciones*: "La vida es demasiado pobre para no ser también inmortal".

¿Pobre, la vida? No lo es, ciertamente, la de quien puede construir arquitecturas fantásticas en el ojo de una cerradura, detener en el aire durante cincuenta años el hacha del verdugo, multiplicar alfabetos y sueños que lo incluyen, contemplar un tigre hecho de muchos tigres y de ejércitos de tigres que parecen revelar otros tigres, ser él y ser el otro, desplegar los ocasos del sur con el vuelo de un pájaro, desandar el infinito en el espejo, reconstruir años enteros con la memoria de las nubes, siempre

frente al papel, siempre ante "la inminencia de una revelación" que él cree modestamente que no se produce.

Porque para Borges vivir es escribir. El sujeto sólo existe como motivo del texto, puesto que el hombre no es sino relato; vigilancia de la trama, búsqueda de la exactitud. "En cuanto el relato deja de ser necesario puede morir. Es el narrador quien lo mata, puesto que ya no cumple una función."

¿Y quién es el narrador de nuestra vida, sino el mismo que nos sueña, el mismo que nos hace trazar un laberinto con nuestros propios pasos?

Quien soñaba con Borges despertó y Borges completó el laberinto que dibujó paso tras paso; lo cerró en Ginebra, cerca, muy cerca del comienzo. Alguien puso un punto final en su largo, prodigioso relato, en esa singular aventura verbal que acercaba mágicamente dos puntos muy dispares, o encontraba el atajo más breve y sorprendente para llegar al lugar elegido, o descubría las claves sintácticas más eficaces para entrar en cualquier territorio o se demoraba rítmica y minuciosamente en la palabra de poder para salir de cualquier encrucijada, porque él extendía las fronteras de nuestra heredad, fijaba nuestro linaje en el idioma.

No voy a contar la otra trayectoria, la de sus circunstancias. No voy a contar los pormenores de una biografía. Borges creía en la igualdad esencial de los destinos humanos, y por eso nos dijo: "Si los destinos de Edgar Allan Poe, de los vikingos, de Judas Iscariote y de mi lector, secretamente son el mismo destino –el único posible–, la historia universal es la de un solo hombre".

Tal vez se refiriera a nacer, a amar, a padecer, a ignorar y a morir. No a circunstancias, triunfos, frustraciones ni glorias.

Pero yo le digo a usted, Jorge Luis Borges, ahora en su incierta eternidad, en su nadie, en su todos, que vista desde nuestro despojado país esa historia universal de un solo hombre, de la que usted nos habla, tiene una gran fisura, un tajo que la atraviesa de lado a lado.

Cronología

1920

El 17 de marzo, en Toay, La Pampa, nace Olga Nilda Gugliotta, la cuarta hija de Cecilia Orozco ("una señorita de la sociedad de San Luis") y de Carmelo Gugliotta, nacido en la ciudad siciliana de Capo d'Orlando (Italia), que había llegado a la Argentina alrededor del 1900. Los tres primeros hijos del matrimonio fueron Emilio, Celia del Carmen y Yolanda.

1926

Su hermano Emilio muere de tuberculosis.

1927

Gran nevada en Toay.

Su abuela María Laureana, de familia irlandesa, no sólo contaba a sus nietos cuentos maravillosos, "además hacía cosas mágicas como preparar tes que tuvieran siete hierbas, porque eran los que iban a hacer bien para una u otra cosa..., protegía a los locos".[1]

Este será el mundo mágico que muchos años más tarde recreará en sus libros de relatos.

1928

La familia se traslada a Bahía Blanca, provincia de Buenos Aires.

Olga termina la escuela primaria en un colegio de monjas.

Primeras lecturas: la Biblia, los novelistas rusos, los místicos, San Juan de la Cruz, y los poetas españoles del Siglo de Oro, Garcilaso, Quevedo, Lope de Vega.

---

[1] Olga Orozco y Gloria Alcorta. *Travesías*, Buenos Aires, Sudamericana, 1997, pp. 16-17.

1930-1932

"Desde los diez o doce años empecé a escribir en serio y desde entonces me volví muy exigente, muy autocrítica".[2]

1934

Estudia violín.

El primer amor "fue a los 14 años; estudiaba violín. Él tenía 18 años, me esperaba en la esquina y me acompañaba por la calle hasta el Conservatorio, pero no me decía una sola palabra".[3]

Era el poeta Miguel Ángel Gómez, cuyos padres eran amigos de los padres de Olga.

Enrique Molina: "Lo conocí cuando yo tenía catorce años y seguí frecuentándolo hasta su reciente muerte. Fuimos mutuos testigos de nuestros destinos personales y literarios".[4]

1935

Se establece con su familia en Buenos Aires.

1936

Se recibe de maestra en el Normal Sarmiento.

Guerra Civil Española. Olga, junto con otros estudiantes, pega carteles por la España republicana.

Lee a los poetas que luego reconocerá como influencias: Rilke, Milosz, los poetas románticos, los poetas españoles de la Generación del 27, especialmente Luis Cernuda.

1937

Ingresa en la Facultad de Filosofía y Letras. Conoce a Daniel Devoto.

---

[2] *Travesías, op. cit.*, p. 14.

[3] *Travesías, op. cit.*, p. 18.

[4] *Travesías, op. cit.*, p. 141.

1938

Aparece su primer poema en la revista *Péñola,* del Centro de Estudiantes de la facultad.

Por intermedio de Devoto conoce a Julio Cortázar. Nace una gran amistad.

Noviazgo con Miguel Ángel Gómez.

Conoce a Oliverio Girondo y a Norah Lange.

"Era soltera, debía de tener 18 años, y ahí lo conocí a Oliverio. Estaba sentado frente a mí y comía polenta con pajaritos. Oliverio tenía unos modales, mezcla de hidalgo y personaje primitivo. Yo veía esas fauces que devoraban los pajaritos, masticando los huesecitos con un afán un poco troglodita, y esa trituración me impresionó mucho, me puse muy melancólica y se me empezaron a caer las lágrimas. Entonces él tiró el plato y dijo: 'No se puede comer cuando una ninfa llora'. Tomó una servilleta y me dijo: 'Norah no ha podido venir esta noche, pero vos te vas a hacer muy amiga de ella, escribile algo acá'. Yo le escribí una carta y a los dos días Norah Lange me llamó, me invitó a tomar una copa con ellos y ahí empezó con los dos una amistad que duró siempre."[5]

1940

Se casa con Miguel Ángel Gómez.

Publica poemas en la revista *Canto,* que dirigían Miguel Ángel Gómez, Eduardo Calamaro y Julio Marsagot. En el grupo de poetas de *Canto* estaban, entre otros, Miguel Ángel Gómez, Enrique Molina, Vicente Barbieri, Eduardo Bosco, Daniel Devoto, Castiñeira de Dios, Wilcock y Alfonso Sola González.

Rafael Alberti y María Teresa León llegan a Buenos Aires. Al cóctel de recepción asistieron los jóvenes poetas que publicaban en *Canto,* y le dieron los dos números de la revista a Alberti, "que se fue a un rincón para recorrer sus pocas páginas. Cuando volvió, dijo: 'Los dos mejores poetas son estos dos', y señaló un

---

[5] *Travesías, op. cit.*, p. 30.

poema de Enrique Molina y uno mío. Losada, que estaba presente, me miró y dijo: 'Tu primer libro es mío'. Fue *Desde lejos*".[6]

1941

Deja la facultad.

Frecuenta a los poetas Aldo Pellegrini, Enrique Molina, Miguel Ángel Gómez, Julio Llinás, Edgar Bayley, Alberto Vanasco, Mario Trejo, Carlos Latorre, Alberto Girri, Francisco Madariaga, Sola González. Se reúnen en casa de Daniel Devoto, en Almagro, y en la calle Medrano, donde vive Olga con Miguel Ángel Gómez, su marido.

En esta década de 1940 conoce a escritores y poetas españoles exiliados, como Rosa Chacel, Juan Ramón Jiménez y León Felipe.

1944

Se separa de Miguel Ángel Gómez.

1945

Fallecimiento de Carmelo Gugliotta, su padre. Se entera de la existencia de su hermano Francesco Stella.

1946

Aparece su primer libro, *Desde lejos,* publicado en Buenos Aires por la editorial Losada.

1947

Entra en Radio Municipal de Buenos Aires como comentarista de teatro clásico español y argentino, acompañando al elenco dirigido por Ernesto Bustamante. Finalizado el ciclo, es contratada como actriz de radioteatro.

Entre 1947 y 1954 actuará en Radio Splendid como segunda en la compañía de Nidia Reynal y Héctor Coyre. Durante todo este período se hará llamar Mónica Videla.

---

[6] *Travesías, op. cit.*, p. 24.

Traduce piezas teatrales del italiano y del francés: *Vestir al desnudo*, de Pirandello; *La lección y las sillas*, de Eugene Ionesco; *La invasión*, de Arthur Adamov; y *Beckett o el honor de Dios*, de Jean Anouilh.

En el mes de noviembre emprende un viaje en tren a La Paz, Bolivia, en compañía de Enrique Molina.

1948

A mediados de febrero se despide de Molina y vuelve a Buenos Aires en tren. Ese día y en aquel mismo tren viajaba el novelista inglés Christopher Isherwood con su amigo, el fotógrafo Bill Caskey. En su libro *The Condor and the Cows*, la crónica de su expedición a Sudamérica, Isherwood evoca aquel viaje:

"...los raros pueblitos parecían haber llegado al fondo de su miseria... Me sentí aliviado cuando la noche cayó, fría y triste, sobre ese paisaje desolador y me ahorró el tener que pensar con culpa en sus habitantes. Para olvidarnos invitamos a Olga Orozco, que viajaba en nuestro vagón, a compartir una botella de whisky. Es una joven poeta argentina, muy bella y atractiva, que conocimos en casa de los Wasson, en La Paz. El licor duró más que nuestro español, pero aun así la velada fue muy agradable".

1952

Aparece *Las muertes*, su segundo libro, publicado por la editorial Losada.

Fallecimiento de Cecilia Orozco, su madre.

1954

Viaja a Brasil, Perú, Ecuador y Chile.

En Perú conoce a Blanca Varela, César Moro y Emilio Westphalen.

1955

Conoce a Alejandra Pizarnik.

1956

Con José María Gutiérrez pone un bar en la calle Estados Unidos, a pocos pasos de Paseo Colón. Se llamó La Fantasma.

"Lo habíamos trucado con Saulo Benavente, de modo que un ropero se abría y era una puerta que conducía a otra parte; la heladera se convertía en piano, en las paredes había frases escritas de Michaux, de Breton, de otros poetas, y había un reloj cuya esfera se abría a una especie de pasarela-altillo. Entonces yo me vestía de fantasma y me paseaba por allí, me asomaba por esa esfera y les endilgaba un discurso a los visitantes. Se tomaban licores, vinos, y había dos platos permanentes que eran *soupe à l'oignon* y *tripe à la mode de Caen*."[7]

1961

El Fondo Nacional de las Artes le otorga la beca de investigación literaria para estudiar "Lo oculto y lo sagrado en la poesía moderna" en varios países europeos: España, Italia, Francia y Suiza. Viaja durante nueve meses.

Visita Capo d'Orlando, en Italia. Conoce a su hermano, Francesco Stella.

En París frecuenta, entre otros, a Alejandra Pizarnik y a Julio Cortázar. Conoce a Octavio Paz y tiene "encuentros casuales" con Gastón Bachelard, en una librería, y con Georges Bataille "en una panadería de Saint-Sulpice, donde entré por casualidad con un libro suyo bajo el brazo".[8]

1962

Aparece su libro *Los juegos peligrosos*, publicado por la editorial Losada.

1964

Recibe el Primer Premio Municipal de Poesía.

---

[7] *Travesías, op. cit.*, p. 71.

[8] *Travesías, op. cit.*, p.142.

1965

Entra en la revista *Claudia*. Firma sus notas con diversos seudónimos: Valentine Charpentier, Carlota Ezcurra, Richard Reiner, Sergio Medina, Jorge Videla, Elena Prado, Martín Yáñez y Valeria Guzmán.

Es elegida por unanimidad para representar a la Argentina como candidata a la beca para escritores de habla hispana ofrecida por la Unesco.

1967

Aparece su primer libro de relatos, *La oscuridad es otro sol*, publicado por la editorial Losada, con dibujos y *collages* de Enrique Molina.

Recibe el Segundo Premio Municipal de Prosa.

1969

Viaja por Italia, Francia, Suiza, Bélgica, Holanda, Inglaterra.

1970

Conoce al arquitecto Valerio Peluffo, quien se convertirá en su segundo marido.

1971

Recibe el gran Premio de Honor de la Fundación Argentina para la Poesía.

1972

Recibe el Premio Municipal de Teatro para pieza inédita por su obra *Y el humo de tu incendio está subiendo*.

En mayo viaja a Europa (Sicilia, Roma, Grecia, Venecia), y regresa en julio.

En septiembre muere Alejandra Pizarnik.

En octubre fallece Norah Lange.

1974

La despiden de la revista *Claudia*.

En marzo emprende un viaje de tres meses con Valerio Peluffo a África: Liberia, Nigeria, Ghana, Zaire, Angola y Sudáfrica.

Trabaja para la revista *Vosotras.*

Publicación de *Museo salvaje.*

Recibe el Segundo Premio Regional de Poesía.

1975

El 2 de julio muere su gata Berenice.

La editorial Monte Ávila publica en Venezuela *Veintinueve poemas*, con prólogo de Juan Liscano.

1976

El Ministerio de Asuntos Exteriores de Italia le concede una beca para estudiar las diversas corrientes de la poesía italiana contemporánea.

En enero parte a Europa: Sicilia, Roma, Ginebra, Lausana y Madrid. La Universidad de Lausana la invita a dar una conferencia.

Regresa a Buenos Aires en marzo, tres días antes del golpe de Estado perpetrado por los militares al mando del general Videla.

1977

Aparece su libro *Cantos a Berenice*, publicado por la editorial Sudamericana en Buenos Aires.

1978

En junio parte con Valerio Peluffo a Brasil.

El 6 de julio, mientras se encuentran en Bahía, su hermano Francesco Stella muere en Capo d'Orlando.

En septiembre Olga y Valerio regresan a Buenos Aires.

1979

Aparece su libro *Mutaciones de la realidad,* publicado por Sudamericana. Y *Obra poética*, en la Editorial Corregidor.

1980

Recibe el Gran Premio del Fondo Nacional de las Artes.

1981

Recibe el Primer Premio Esteban Echeverría.

Viaja a México invitada al Congreso Interamericano de Escritoras.

1982

El Centro Editor de América Latina publica una *Antología* de su obra en verso.

1983

Viaja a México y Perú.

Recibe el Segundo Premio Nacional de Poesía.

Aparece en México *La noche a la deriva,* publicado por el Fondo de Cultura Económica.

1984

Viaja, en compañía de su marido, a España, Francia, Italia, Córcega y Cerdeña.

Aparece *Páginas de Olga Orozco seleccionadas por la autora*, con prólogo de Cristina Piña.

1985

Viaja a los Estados Unidos de Norteamérica, invitada a un Congreso de Editores de la Universidad de San Diego, donde tiene lugar una jornada de lecturas en su homenaje.

En Madrid se publica una *Antología poética.*

1986

Viaja a Italia para asistir al Congreso Mundial de Poetas, en Florencia, presidido por Leopold Senghor. Comparte las jornadas con Joseph Brodsky, Czeslaw Milosz, Humberto Díaz Casanueva, Lawrence Ferlinghetti, Gregory Corso, Hans Magnus Enzensberger y Eugène Guillevic.

Celebración, en el Teatro Municipal General San Martín,

de los cuarenta años de la publicación de los primeros libros de Olga Orozco y de Alberto Girri, *Desde lejos* y *Playa sola*, respectivamente, "que no son dos libros sueltos, aislados en el silencio inmenso, sino que son como el primer estado del último libro de Alberto y de mi último libro, es decir, estamos celebrando cuarenta años de constancia o de obstinación", dirá en su discurso aquel día.

1987

Recibe el Primer Premio de Poesía Fundación Fortabat.

En el otoño aparece *En el revés del cielo,* publicado por Sudamericana.

1988

Recibe el Primer Premio Nacional de Poesía.

1989

La Sociedad Argentina de Escritores (SADE) le otorga el Gran Premio de Honor. La Universidad de Turín la distingue con una Láurea de Poesía.

1990

Recibe en Buenos Aires el Premio San Martín de Tours al Mérito.

Viaja a los Estados Unidos invitada a dar conferencias y efectuar lecturas de poemas en las universidades de Miami y de Nueva York.

Muere, tras una larga enfermedad, Valerio Peluffo.

1991

El Ministerio de Cultura de Uruguay y universidades de diversas provincias argentinas (Mendoza, Córdoba, Tucumán, La Pampa) la invitan a dar conferencias.

En Toay (La Pampa) se le prodiga un emotivo homenaje y se efectúan trámites para que la casa donde nació pase a formar parte del patrimonio nacional.

El Patrimonio Nacional de España la invita a leer poemas en el Palacio Real de Madrid. La editorial Pre-textos de Valencia

publica la edición española de *La oscuridad es otro sol*, su primer libro de relatos.

1992

Viaja a Francia y a España. Con motivo del Quinto Centenario del Descubrimiento de América es invitada a un Congreso de Escritores en Tenerife (Canarias) y a dar conferencias y lecturas en la Residencia de Estudiantes de Madrid y en la Universidad Pontificia de Salamanca.

1993

Recibe el Gran Premio de Honor de la Fundación Alejandro Shaw, en Buenos Aires.

1994

Es distinguida con el Konex de Platino de Poesía por el quinquenio 1984-1988.

La editorial Sudamericana publica *Con esta boca, en este mundo*.

1995

La editorial Emecé publica en Buenos Aires su segundo libro de relatos, *También la luz es un abismo*.

Recibe el Premio Gabriela Mistral otorgado por la OEA, en los Estados Unidos de Norteamérica.

Recibe el Premio Fundación El Libro y el Premio de Honor de la Academia Argentina de Letras, en Buenos Aires.

1996

El Fondo Nacional de las Artes edita *Olga Orozco: Antología poética*, en la colección Poetas Argentinos Contemporáneos.

1997

Sudamericana edita *Travesías*, conversaciones entre Olga Orozco y Gloria Alcorta coordinadas por Antonio Requeni.

La editorial Fondo de Cultura Económica en Buenos Aires publica una antología de su obra con el título *Relámpagos de lo invisible*.

En mayo viaja a Portugal, invitada por la Fundación Gulbenkian, y a Madrid y Barcelona, donde efectúa lecturas públicas de sus poemas y recibe el homenaje de poetas y escritores que le expresan su reconocimiento y admiración.

1998

Recibe en México el Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo.

Publicación en Barcelona, a cargo de la editorial Lumen, de otra antología de su obra con el título de *Eclipses y fulgores*, prologada por Pere Gimferrer.

1999

El domingo 15 de agosto a las 21.20 h fallece en el Sanatorio Anchorena de la Ciudad de Buenos Aires.

La casa donde nació, en Toay, provincia de La Pampa, es actualmente la Casa de la Cultura Olga Orozco.

Índice

Esta edición se terminó de imprimir en Altuna Impresores S.R.L.,
Doblas 1968, Ciudad de Buenos Aires, en el mes de enero de 2012.